primera edición: Lima 1969
segunda edición: Lima 1972
tercera edición: Lima 1973
cuarta edición: Lima 1977
quinta edición: Lima 1980

© Mosca Azul Editores SRLtda.,
La Paz 651, Miraflores — Lima, Perú.

© Guillermo Thorndike
Tapas de Claude Dietrich

Guillermo Thorndike

el año de la barbarie

perú 1932

MOSCA AZUL EDITORES

El año de la barbarie es el primer intento de presentar una visión objetiva de hechos más bien renuentes a la consideración imparcial: los protagonizados por el partido aprista en Trujillo, en 1932. No le será fácil al siglo XX peruano alojar otra insurrección como aquella que cuarenta años atrás encendió enconos tenaces, hasta hace poco casi intactos.

Casi intactos, insidiosamente alimentados, ardían aún en 1969, cuando la primera edición de esta obra apareció.

Mosca Azul Editores

Nota del Autor

Débiles esperanzas amanecieron sobre el mundo el primero de enero de 1932. La Humanidad cantaba entre dientes y barría sus serpentinas esa mañana, pensando que tal vez la gran crisis había concluido, que una época feliz empezaba con el nuevo calendario. Pero once millones de desocupados no almorzaron ese día en los Estados Unidos y pronto en el planeta hubo protestas, siguieron las guerras y los magnicidios, los motines y los fusilamientos. Y la Humanidad supo que 1932 sería un año como cualquier otro.

Fue el año del ascenso de relampagueantes personajes, de los hijos de la gran crisis, del principio de espantosas pesadillas.

Y es que mil novecientos treinta y dos años después de Cristo, la ambición, la codicia y la insensatez humanas firmaron una inexorable sentencia que debió cumplirse más allá de todo lo imaginable. Ese fue el año en el cual, como pocas veces en su historia, los hombres se echaron a recorrer los caminos de la guerra civil, el odio, la masacre y la guerra universal.

Fue el año de Hitler, de la guerra en Manchuria, del asesinato del Presidente Doumer.

¡Pero quién lo hubiera dicho! Tiempos del one-step y de las pildoritas de Carter para el estreñimiento, de veloces descapotables y películas de la Garbo, ¿acaso no soñaban romances las modistillas de los Barrios Altos? ¿No se habían embriagado hasta caerse los jóvenes calaveras en el restaurante del Zoológico? ¿No se había bailado hasta el cansancio "Oh Garibaldi Pum" y

"Galleguita", "Oh Quejas del Bandoneón" y "La Rayita de sus Medias"? ¿No era la existencia algo que debía beberse alegremente, soñarse, amarse, estrujarse en un enfurecido orgasmo?

Lima, recubierta de provincianos remilgos, se divertía. Y en torno de ella el país se agitaba en su atraso, la lucha de clases se agudizaba con el virus galopante de las nuevas ideas; condenado el Sur más que antes a su triste papel de consumidor, empobrecido el Norte bajo el impacto de la gran crisis, los propietarios de los imperios azucareros añoraban los días en que cada caña valía un chelín, se inquietaban los sindicatos, la Nación se dividía. No sólo se asistía a la más vergonzosa cacería de brujas, con la persecución de partidarios de Leguía, sino que la represión contra el APRA colmó todas las medidas. Se asaltaba al Congreso, se clausuraban periódicos, se deportaba y golpeaba, la contienda de ideas degeneraba en lucha primitiva y un vasto e inclemente aparato policíaco, se adueñaba de las vidas de los ciudadanos. Aquí, una titubeante clase media, los sindicatos y los estudiantes se organizaban en un partido de ideas francamente revolucionarias: el APRA. Allá, una aristocracia que había disfrutado de siervos chinos, un experimentado civilismo ducho en tretas políticas, se apresuraban a resistir con el auxilio de dos poderosos aliados: los militares y las masas grotescamente vestidas con camisas negras. Por una parte los apristas, derrotados oficialmente en las elecciones de octubre de 1931, eran acusados de comunistas, de planear la destrucción del Estado burgués peruano y se les encarcelaba, desterraba y perseguía. Por otra, los aristócratas y los civilistas, acaudillados por Sánchez Cerro y respaldados por el aparato castrense, gobernaban con creciente brutalidad luego de una rápida y turbulenta sucesión de acontecimientos. Así, mientras corrían los galgos en el Kennel Park y los aventureros volaban aeroplanos y dirigibles, el Terror se vigorizaba.

Pero... ¿qué vislumbraba la humanidad ese día, fiesta de la Circuncisión del Señor?

"Se me ha pedido que actúe como profeta, que escudriñe mi bola de cristal y diga qué sucederá en 1932", escribía Wells. "Hace algunos años era imposible convencer a la gente de que la estructura social del mundo en que vivíamos no era perfec-

ta. Teníamos una confianza infantil en la estabilidad de nuestro pequeño universo. Esos días de seguridad feliz han terminado... El embrollo monetario, la falta de un balance entre la producción y el consumo y la tradición de guerra entre sesenta Estados soberanos, son las tres cuerdas que estrechan el cuello del Homo Sapiens".

Y agregaba: "Cuando escudriño mi cristal para determinar las alternativas, no veo más que nubes sombrías, multitudes; políticos, patriotas y especuladores ocupados; trabajadores desocupados, cesantes hambrientos, algunos rayos de luz".

Terrible, sí.

Fue el año en que raptaron a baby Lindbergh.

Fue el año en que un cosaco del Kubán, exilado en París y llamado Gorgouloff, habría de disparar contra el Presidente de Francia, Paul Doumer, durante una Tarde del Libro en casa de Salomón Rothschild, en la rue Berryer Nº 11. Serían ocho disparos de una pistola automática, tres de ellos destinados a dar muerte al anciano político, que dejaría la presidencia a Albert Lebrun. Tres meses más tarde el asesino sería guillotinado y la gente pugnaría por empapar sus pañuelos en la sangre del ajusticiado.

1932. Siete militares habrían de entrar a la residencia del Primer Ministro del Japón, Takeshi Inukai, y, sujetándolo por las axilas, le darían muerte con dos disparos hechos a la sien y a las ventanas de la nariz.

1932. El sabio belga Piccard haría su segunda ascensión a la estratósfera y Sir Hubert Wilkins prepararía su segundo viaje submarino al Polo Norte. Vito Dumas llegaría a América del Sur, solitario en su velero de dieciocho pies de eslora, y el piloto Nat Brown habría de caer en el Pacífico, al desintegrarse su aeroplano en el primer vuelo sin escalas entre Seattle y Tokio.

1932. Estallaría el conflicto del Chaco Boreal y Franklin D. Roosevelt sería elegido Presidente de los Estados Unidos.

1932. En un vertiginoso ascenso al poder, Adolfo Hitler diría en un discurso: "Debemos suprimir el gobierno de la democracia". Y luego: "Queremos barrer a los treinta partidos de Alemania. Tenemos que ser un pueblo unido. Estamos en víspera de grandes resoluciones históricas. Los trece años de nuestra decadencia se acercan a su fin".

1932. En Brasil los paulistas se rebelarían contra el gobierno federal de Getulio Vargas y el país se cubriría de sangre. Y en España, donde la República cumpliría su primer aniversario, el general José Sanjurjo se alzaría en Sevilla tratando de reponer la monarquía de Alfonso XIII.

1932. Chile habría de debatirse en una profunda crisis económica. La existencia de nitratos llegaría a los dos millones setecientos mil toneladas y la demanda mundial habría de descender al millón de toneladas debido a la competencia de los nitratos sintéticos. Condenado al hambre y a la desocupación, ese país sería testigo de una calamitosa corrida de moneda metálica, varias conspiraciones contra el Presidente Juan Esteban Montero, la triunfante revolución del general Puga, la contrarevolución del 16 de junio, la formación de otra Junta presidida por Carlos Dávila, la revolución del coronel Merino, la Junta presidida por el general Blanche...

Y 1932 sería para el Perú el año de la barbarie.

Podría decirse que este libro nació por una curiosidad incurable. Como muchos jóvenes peruanos que echaron un vistazo a su pasado, yo pregunté a menudo qué había pasado realmente en Trujillo, cuál era, por fin, la verdad de la más dramática revolución de nuestra Historia, cómo mataron a los oficiales en la cárcel, cuántos apristas fueron fusilados en Chan Chan, quién fue el siniestro o heroico Barreto. Y como muchos peruanos de mi generación, no pude encontrar respuesta satisfactoria. Había pocos escritos dignos de crédito y los diarios de la época estaban llenos de contradicciones. Pronto tuve el convencimiento de que pocos sucesos de la Historia del Perú habían sido tan terriblemente deformados para la posteridad como éste, que pocas veces las pasiones en juego habían alcanzado tal sanguinaria intensidad.

Me propuse buscar la verdad de los hechos que conmovieron al país hace 36 años. Supe que sería una tarea difícil, los resultados quizás ingratos. Quise conocer íntimamente a los sobrevivientes de la revolución, reconstruir la bárbara y alucinante personalidad de Luis M. Sánchez Cerro, interrogar implacablemente a Víctor Raúl Haya de la Torre. Un grupo de investigadores penetró en nuestra pobre y querida Biblioteca Nacio-

nal, donde un personal eficiente hace milagros para que las ratas y la polilla no acaben con el testimonio de nuestro pasado, y, tras varios meses de trabajo, reunió y copió todo lo que relacionado con la revolución existía en los diarios de la época. En Trujillo sostuve entrevistas con quienes vivieron esos trágicos días de julio de 1932. No se les había pedido que revivieran sus experiencias. Nadie, por ejemplo, se había propuesto difundir la identidad de los asesinos de los oficiales en la cárcel trujillana. Hablé con gente de toda condición, en los sitios más diferentes: calles, cafetines, una funeraria, aeropuertos, la cocina de un chifa y en un banco. Antes de poder efectuar una segunda entrevista con uno de mis informantes, el bohemio Federico Esquerre, íntimo amigo de juventud de César Vallejo, fui sorprendido por su muerte. Encontré respuestas sorprendentes a viejas preguntas. El Alcalde de Huanchaco resultó ser el autor de un disparo de cañón que casi pulverizó al Estado Mayor de la Primera División en las afueras de Mansiche. Un cesante que reclamaba un reintegro en la Municipalidad de Trujillo, vino a ser el chofer que llevó a muchos condenados a muerte hasta los paredones de Chan Chan. Era un hombrecito gordo y asustadizo, que miraba la grabadora con desconfianza. Al momento de escribir estas líneas, he sido informado de que también ha muerto. Casi un octogenario. Una cinta magnetofónica es todo lo que queda de su valioso testimonio.

Poco a poco las piezas fueron colocándose en el rompecabezas. El dibujo que aparece, sin duda, está teñido en sangre. Es un cuadro poblado de héroes y asesinos. Es la experiencia misma de nuestra golpeada República. El libro no ha sido alterado, en lo humanamente posible, por simpatías o antipatías políticas. Presento a mis personajes tal como los he sentido mientras escribí la obra. Si algún enardecido sanchecerrista cree que trato con excesiva dureza a su caudillo, sepa que es la reacción que me ha provocado como ser humano. Y como hombre también condeno, por apasionada y absurda, la revolución precipitada por Manuel Barreto "Búfalo". No pretendo halagar a ningún grupo, sino dar mi modesta verdad. No quiero elevar fríos razonamientos a las alturas históricas, sino compartir la reconstrucción de estos hechos que, como pocos, han modificado el curso de los acontecimientos políticos peruanos.

Este libro trata, entre otras cosas, del proceso electoral que condujo a Luis M. Sánchez Cerro al palacio de los Presidentes del Perú. En el colegio y en la universidad se me había enseñado que ésas fueron las más honestas elecciones realizadas en nuestra República. Decidido a confirmarlo por mis propias observaciones, recopilé los resultados de un apreciable número de mesas. Los datos manejados son los oficiales reproducidos en el diario "El Comercio". La comparación de las cifras, el estudio de los porcentajes obtenidos gradualmente por cada candidato, me han permitido obtener algunas reveladoras conclusiones. Y me han obligado a revisar los conceptos que de ese proceso tuve en el pasado.

Este libro trata de los hombres y mujeres que una mañana de julio despertaron envueltos en una revolución, de los muchachos que robaron los fusiles de su colegio para irse a las trincheras de Trujillo; de los militares, sus dudas, sus conspiraciones, su trágico e injustificado fin en una mazmorra; de la guerrillera María Luisa Obregón, de hombres pequeños que de pronto adquirieron grandeza en la lucha, de hombres grandes que se rebajaron a la altura de la venganza y la matanza, de buenos y malos apristas, de buenos y malos militares, del bombardeo de una ciudad, de la rebelión de Huaraz, de los fusilamientos y las intrigas durante el año de la barbarie.

Este libro trata del Perú mismo, de aquellos solemnes, ubicuos, prósperos y atildados doctores que se prestaron a maniobras políticas por la dudosa recompensa de honores inmerecidos; de los poderosos nababs, opulentos y necios, que nunca comprendieron realmente que el mundo había cambiado; de los ricachones fútiles, satisfechos y protocolarios que predicaron la violencia para defender el estado de cosas del que medraban a gusto. Trata de la Lima excitada por fruslerías, vestida con bombasí de colores, parlanchina y chismosa, que se estremeció al estallar el conflicto; de la Lima de dedos lujuriosos, ciudad trivial, frívola, inútil, que se enfrentaba de pronto con la responsabilidad de su época. Trata del pánico de los poderosos adormecidos, a quienes sorprendían los cascotes de la revuelta; de la histeria de un gobierno frente a los milicianos y sus banderas rojas, de un Ejército que se dedicó a atrapar campesinos, a aguerrir a un pueblo para combatir al mismo pueblo que demandaba libertad. Trata de ministros con

berrinche y de gordos chalecos a rayas, de un mundo que se desvanecía con sus prestamistas cicateros y sus ruines, sórdidas ratoneras, sus imperios y sus protocolos, que se iba para siempre al son de la "Marsellesa" o la "Internacional", que se iba a pique en un país que no había descubierto aún sus auténticas libertades o se asustaba de ellas.

Este libro trata de una guerra civil y también de esos militares que convirtieron el Ejército en un partido político y sirvieron de instrumentos al ensañamiento de un dictador a través de las Cortes Marciales, cuyo funcionamiento estaba expresamente prohibido por la Constitución de 1920, y que aplicaron una pena de muerte contra la cual se pronunciaron reiteradamente los abogados del país. Trata asimismo de los militares que hicieron honor a su uniforme, que no se dejaron arrastrar por la vesania, que en medio de la enajenación colectiva intentaron frenar la demencia que empujaba a los peruanos contra los peruanos.

Este libro trata, inevitablemente, de los dieciséis meses de gobierno de Luis M. Sánchez Cerro. Empieza unos días antes de su juramentación como Presidente y concluye con su asesinato. Es él quien aparece una y otra vez, mangache enamorado del poder, sensual y violento, atufado caudillo, colérico y vengativo, vidrioso jefe de Estado, dando la tónica de arrebato y barbarie de la época. Fueron días de ferocidad e intransigencia. De un pueblo feroz en armas, derrotado a los tres días y sin embargo luchando tenazmente, hasta el exterminio; y de una soldadesca igualmente sanguinaria, de bombardeos implacables, de masacres y fusilamientos, del ojo por el ojo, de la injusticia y la crueldad. El año de la ferocidad, del ensañamiento y la barbarie. El año de Sánchez Cerro y la ley del rebenque. Su enfrentamiento con Haya de la Torre, el caudillo frente al revolucionario, es lo que produjo finalmente la explosión social en el Perú. Atrapados en este estallido, los otros, los personajes que lucharon y murieron, me parecen ahora infinitamente secundarios, fatalmente gobernados por las fuerzas históricas que habían sido desencadenadas.

Durante el año de la barbarie el gobierno dispuso de un modo arbitrario de las vidas de los gobernados. Poniendo a un

lado su origen oscuro, su nacimiento en discutibles comicios, el régimen de Sánchez Cerro pronto atropelló la Constitución y las leyes y se puso, así, al margen de ellas. Eso está totalmente fuera de dudas. Un tribunal extraordinario, por ejemplo, condenó a muerte a José Melgar Márquez y al Dr. Juan Seoane, por haber atentado contra la vida del Presidente. Pero el artículo 21 de la Constitución entonces vigente sólo permitía la aplicación de la pena de muerte por excepción y de acuerdo a leyes que, en el momento del atentado, no estaban en vigencia: el decreto-ley 7060, derogado en 1931 por el decreto-ley 7161; y la ley 7491 que ratificaba, al día siguiente del atentado, el decreto-ley 7060. A pesar de la protesta de los abogados, se pisoteó el artículo 20 de la Constitución que declaraba que las leyes no tienen fuerza ni efecto retroactivos y se les condenó a muerte.

Pero el decreto-ley 7060 y la ley 7491 violaban también los principios que emanaban de la Constitución, por cuanto castigaban con la muerte delitos que no revestían la gravedad señalada por la ley fundamental para ser castigados con la pena máxima. Así, los cómplices de un amotinamiento podían ser fusilados cuando la Constitución reservaba la pena de muerte sólo para el homicidio calificado y la traición a la Patria.

Por otra parte, la Constitución de 1920 prohibía los tribunales extraordinarios y, según señaló el Colegio de Abogados de Lima, la ley fundamental de entonces "de manera explícita ordena junto con la preexistencia de las penas, la preexistencia de los tribunales capacitados para decretarlas".

Pero la dictadura de Sánchez Cerro no tuvo ningún respeto por la Constitución en cuanto ésta entorpeciera sus vengativos designios. Los ocho marineros fueron enviados al paredón en San Lorenzo por una Corte Marcial instituida después de cometido el delito de rebelión. En Trujillo actuaron Cortes Marciales formadas muchos días después de estallada la revolución. Los rebeldes de Huaraz y aquellos que acompañaron a Gustavo Jiménez fueron juzgados de la misma manera. Cabe ahora preguntar: ¿eran legítimas las sentencias que contradecían los principios claramente establecidos por la Constitución vigente? Por último, salvo las ejecuciones de 1924, el paredón político había sido lentamente erradicado del Perú. La pena de muerte había estado muy limitada en las Constituciones de

1823, 1826, 1828 y 1860, y había sido totalmente abolida en las de 1856 y 1867. La de 1920 la reservaba, como ya se ha dicho, para el homicidio calificado y la traición a la Patria.

Los abogados limeños, capitaneados por el jurista Diómedes Arias Schreiber, libraron una tenaz, poco conocida —fuera del Foro— y muy digna campaña en defensa de la vida y la dignidad humanas. Una campaña verdaderamente enaltecedora en medio de la barbarie imperante. Después de haber formulado varias protestas que fueron desoídas, consumados los fusilamientos de Trujillo y de Huaraz, el Colegio de Abogados de Lima manifestó: "Las sentencias pronunciadas por las Cortes Marciales de Trujillo y de Huaraz demuestran que fueron justificados los temores determinantes de la solicitud del Colegio de Abogados de Lima para la derogación de las leyes anteriormente referidas". En el alienado ambiente de entonces pudieron ser acusados de apristas o de amarillo. Así estaban las cosas. Pero el Dr. Arias Schreiber fue un jurisconsulto de esos que honran a un país, un ferviente enamorado de la Justicia, un devoto creyente de esos principios que, a pesar de todo, sobreviven a los hombres. El Dr. Arias Schreiber, antiaprista, alzaba su solitaria voz como Decano del Colegio de Abogados de Lima, porque se atropellaba la Constitución, la dignidad humana y la Justicia. Y la auténtica Justicia no puede ponerse camiseta política.

La protesta del Colegio de Abogados de Lima estaba referida a los ciento doce condenados a muerte en Trujillo y Huaraz. Ignoraba los otros fusilamientos, los que habían sido ocultados por la dictadura y que constituyen un capítulo hitleriano en nuestra Historia. Sabiamente los abogados señalaban que "los excesos de las revoluciones no deben ser compartidos con los excesos de la represión. La perduración de unos y otros excesos amenaza con convertir nuestro territorio en un campo de lucha inexorable".

"El asesinato de los presos de la cárcel de Trujillo", decía el Colegio de Abogados de Lima, "los demás delitos cometidos por los revolucionarios de esta ciudad y los perpetrados, en evidente menor escala, por los sublevados de Huaraz, merecían severa sanción. Ninguna sanción más eficaz ni más ejemplarizadora que la que imponen las reglas constitucionales aplicando la ley general. La acción represora contra el delito no de-

be estar mezclada ni con la apariencia del rencor; y la majestad de la Justicia impide que los vencidos en la contienda sean entregados al fallo de los jefes y oficiales vencedores".

Se juzgó, pues, con tribunales extraordinarios que estaban prohibidos por la Constitución. La garantía constitucional vigente que prohibía asimismo que jueces militares juzgaran a civiles, fue ostentosamente pisoteada. Se condenó a muerte a quienes sólo resultaban cómplices de delitos colectivos, contrariando el sentido con que la Constitución permitía la aplicación de la pena máxima. Por último, como señalaron los abogados limeños, "las mismas Cortes Marciales ejecutaron sus sentencias olvidando la regla elemental de la piedad humana inscrita en los códigos más retardatarios, que limita la ejecución de la pena de muerte impuesta a los autores de los delitos colectivos, a un número reducido de los condenados mediante el procedimiento del sorteo, practicado también con la denominación de quinta, aun en medio de los estragos de las guerras internacionales".

Es posible que en el momento de terrible virulencia que existía en el país, la batalla del Colegio de Abogados de Lima cayese en saco roto. Parecía llegada la hora de pronunciar el desahucio moral de la República. Después de la masacre de la cárcel y el fusilamiento de seiscientas a ochocientas personas, la justicia estaba abatida; no había descargo, ni rehabilitación, ni absolución para nadie, y, en medio del encono colectivo, de los rencores y aborrecimientos más intensos, la Piedad había quedado reducida a escombros. Habían triunfado los confalonieros de la intriga, los héroes de la ofuscación y el desvarío, se había profanado el Derecho. El Perú era el imperio del paredón, la incoherencia, la logomaquia y la bufonada solemne. Todo había sido dirigido para provocar el caos moral. Al descubrirse los cadáveres de los oficiales, policías y civiles en la cárcel, no se investigó sino superficialmente los hechos. El jefe de los guardianes apristas, como se verá en el libro, fue fusilado sin que se estableciera su verdadera identidad. Y un rastrero funcionario de la secretaría del Presidente, enviado a Trujillo a informar acerca de los sucesos, achulado por la fuerza de las bayonetas que lo precedían, encabezó la campaña de histeria nacional, derramando exageraciones y mentiras para enardecer y agitar la opinión nacional contra

los apristas y Trujillo. Había que envilecerse, rebajarse, todo en nombre de la ley. Había que atropellar la Constitución, hacer acopio de la sinrazón, acuchillar las leyes con el beneplácito de los relamidos cortesanos que rodeaban al dictador. Pronto los mensajes de ese funcionario irresponsable excitaron la fácil y pródiga fantasía de los limeños. No sólo se trataba de apristas, sino también de caníbales que habían arrancado los corazones de sus víctimas y bailado sobre los despojos. Todos los trujillanos de extracción media y popular, todos, sin excepción, eran bribones, o asesinos impunes. Había que embarcarlos a Lima, enterrarlos en las cárceles; había que fusilar a toda una ciudad. En Lima, al darse solemne sepultura a los militares caídos en Trujillo, no se habló de la Justicia, sino que se escucharon diatribas y los más violentos ataques a los apro-comunistas, a todos los apristas, fuesen culpables o inocentes de la muerte de esos militares. Y el mismo día de la ejecución masiva de aquellos oficialmente condenados a muerte, el Director de Gobierno presidió una fiesta en el Club Central de Trujillo, a la que asistieron aderezados mamarrachos de frac, que aplaudían neciamente —o por temor— el triunfo obtenido por los soplacausas de Luis M. Sánchez Cerro sobre el imperio de las leyes. De otro lado, culpables todos los trujillanos de la matanza de la cárcel, fácil es entender que se quisiera fusilar a Haya de la Torre, quien había estado preso e incomunicado desde el 6 de mayo anterior a la revolución. Cualquier cosa podía suceder en el año de la barbarie. No obstante, simultánea a la campaña de la sinrazón, había empezado una campaña de respeto por la vida humana. Una invisible, misteriosa terapéutica hizo el resto. La dignidad postrada se incorporó lentamente. Sí, a pesar de todo, a pesar de nosotros mismos, la Justicia, la Verdad, la Libertad existen. Nos dirigimos a ellas como las flores vuelven su rostro hacia el Sol. El juicio volvió a la República después de Sánchez Cerro. Y volvieron la Prudencia, el Derecho, la Razón y, eventualmente, la igualdad de todos los peruanos.

Se había especulado con las tragaderas de la gente, cándidos e incautos estaban convencidos de historias espeluznantes, el país volvía a creer en brujas. Mientras tanto, militares

ciertamente ignorantes del Derecho usurpaban el asiento de los jueces, funcionaban las cortes del prejuicio y los códigos eran arrojados al despeñadero. Preguntamos ahora: ¿cómo puede desovillarse toda la barbarie para encontrar a los responsables treinta y seis años después? Y... ¿por qué no se hizo en su tiempo? Hoy no tenemos sino el estudio de algunos documentos oficiales no afectados por la histeria nacional durante esos trágicos días y el testimonio de los sobrevivientes. No ha pasado mucho, pero sí lo suficiente para que se hayan extinguido —vejez y enfermedades— las vidas de muchas figuras importantes. Treinta y seis años han bastado para que desaparezcan del escenario el coronel Manuel A. Ruiz Bravo y el mayor Eloy Ureta. El mismo Alfredo Tello Salavarría, el joven maestro de escuela que se fue a hacer la revolución, es hoy un hombre próximo a cumplir los sesenta años. Treinta y seis años también constituyen un periodo generoso para quienes han tenido la responsabilidad de aclarar las cosas. En los dirigentes apristas he encontrado un cierto fatalismo; estaban dispuestos a hablar con franqueza y, siendo en su mayoría hombres de formación liberal, académicos, gente que acepta la duda como un paso más hacia el conocimiento de la verdad, esos dirigentes no se sentían incomodados por mi cautela, mis dudas y suspicacias al interrogarlos. Pero todos, o casi todos, habían perdido las esperanzas de que se aclarasen algún día las circunstancias de la revolución de 1932. Por otra parte, las Fuerzas Armadas, y específicamente el Ejército, han dejado flotando un no sé qué de permanente rencor hacia los apristas, sentimiento que, precisamente, no se aclaró con el golpe de Estado muy singular que se dio en 1962 y que, más que contra el Presidente Manuel Prado, pareció dirigido contra Víctor Raúl Haya de la Torre. Se entiende en todo caso que los altos jefes del Ejército, sin duda comprometidos —por acción o inacción, por comisión o negligencia, por conocimiento o sospechosa ignorancia— en los atropellos a la Constitución cometidos por Sánchez Cerro, hayan guardado entonces silencio. Lo que no se explica es por qué después se ha permitido que aquellas versiones deformadas por la violencia de las pasiones, sean explotadas para mantener la división entre peruanos, para seguir acuchillando la tolerancia y la prudencia, para avivar los rescoldos de la barbarie en las cenizas del pa-

sado. Y es que —y todos somos testigos— a las romerías que congregan a centenares de oficiales de todas las armas ante las tumbas de los militares caídos en la cárcel de Trujillo, se les concede una interesada atención que no se otorga, por ejemplo, a las actuaciones en recuerdo del mártir Olaya y, por supuesto, a aquellos en recuerdo de los policías emboscados por los guerrilleros comunistas, hace un par de años.

Los militares muertos alevosamente en la cárcel trujillana merecen todo el respeto ciudadano, ni más ni menos que los miles de peruanos que acabaron sus días al servicio del país y vistiendo su uniforme. El comandante Julio Silva Cáceda, por ejemplo, fue uno de los hombres de armas más queridos en Trujillo. Había nacido en La Libertad, en Pacasmayo, el 9 de agosto de 1888. Se perfeccionó en academias italianas, y al estallar la revolución era jefe del regimiento de artillería de montaña Nº 1. A simple vista, eso es todo. Pero hay que revelar otras cosas, hay que anotar que en diciembre de 1931 había conspirado activamente a favor de Víctor Raúl Haya de la Torre, que su regimiento no se defendió durante el ataque aprista al cuartel O'Donovan y que, ya prisionero de los revolucionarios, una vez que se hubo negado a tomar el comando militar de la revuelta, fue acusado de traición por el Comisario Carbajal. Hasta allí llega la investigación. Dar ahora una explicación de sus íntimos conflictos al momento de morir no sería otra cosa que una aventura. Y lejos de aclarar las cosas, las suposiciones históricas pueden empeorar el caótico panorama de entonces, que los peruanos jóvenes estamos recibiendo como herencia. Volviendo a las romerías que en el mes de junio realizan las Fuerzas Armadas, quisiera señalar una ironía en ese homenaje colectivo porque beneficia a un gendarme que no tiene nada que hacer entre esos difuntos respetables, cuya desaparición fue a todas luces injusta, que merece un emotivo recuerdo, pero que no debe ser empleado con fines políticos. Y me refiero al desdichado teniente Alberto Villanueva, jefe de la policía rural en Trujillo, responsable de la masacre de Mal Paso, el oficial que permitió la violación de mujeres en Chocope, el polizonte que disparó sobre inermes y viejos regantes en Paiján, un valentón con uniforme igual que Oyolo, rompeesquinas y perdonavidas como el tristemente célebre Damián Mústiga. No, el

teniente Villanueva nada tiene que hacer mezclado con los limpios alféreces Revelli, Molina y Picasso, ni con los subtenientes Mendoza y Hernández. Pero recibe el homenaje como si la policía peruana no tuviese suficientes héroes de verdad, caídos en la lucha con enemigos de afuera, a quienes dispensar más atención.

Ya en 1967 se alzaron algunas voces independientes criticando la perduración de esos multitudinarios homenajes y la utilización que de ellos se hace con fines claramente políticos e interesados. El pasado nos entrega, a quienes todavía tenemos que recorrer la mayor parte del camino, buenos y malos recuerdos. Tal como sucede dentro del complicado mecanismo del subconsciente, debemos ir enterrando lo negativo para utilizar lo bueno, que es mucho y generoso, para construir algo en ese dramático plazo que se nos ha dado antes de rendir cuentas ante quienes vienen siguiendo nuestras huellas. Hay 51 inocentes asesinados en una cárcel sombría. Hay de 600 a 800 fusilados a quienes no se les juzgó de acuerdo con los mandatos de la Constitución. Podemos reavivar el desvarío, la ofuscación y el odio. Podemos sepultarlos piadosamente, rendirles culto, si queremos; pero con sosiego, con una tierna entereza, con la serenidad que merecen ahora las víctimas de una locura colectiva en la que muchos participaron. La esperanza de que este libro arroje un poco de luz sobre hechos de los que se han dado tantas y tan contradictorias versiones y de que, conocida la verdad, los peruanos podamos discrepar sin ser mortales enemigos, me empuja a publicar una obra que recuerda tan terribles momentos. Si no, sería preferible decir como el poeta: "... l'oubli vient au coeur, comme aux yeux le sommeil".

Búfalo

La revolución aprista debió estallar los primeros días de diciembre de 1931, capitaneada personalmente por Víctor Raúl Haya de la Torre. Su cuartel general: Trujillo. Su fuerza: la Alianza Popular Revolucionaria Americana, algunos cuerpos de ejército, los sindicatos y los estudiantes.

En la apacible casa trujillana de don Raúl Edmundo Haya de Cárdenas, dominada ahora por la electrizante personalidad del hijo, que a los 36 años de edad ya había sido candidato a la Presidencia del Perú, los conjurados trabajaban día y noche. Allí, vigilado nerviosamente por los soplones, defendidos los techos por voluntarios apristas, el líder despachaba emisarios, estudiaba mapas, conspiraba con el comandante Julio Silva Cáceda, amigo íntimo y jefe militar de la plaza, para capturar el cuartel O'Donovan, situado en las afueras de Trujillo. El levantamiento sería seguido por el de las importantes ciudades de Cajamarca, Chiclayo, Huaraz y la lucha en las calles de Lima. El movimiento debía culminar con una marcha a la Capital del país.

Pequeña y soleada, ciudad de siestas y de rosarios, de grandes casas coloniales, de caballos de finos remos, caderones como una negra habanera, Trujillo conspiraba. Pero a diferencia de la pérfida Lima, veterana en intrigas y cuartelazos, Trujillo y sus gentes carecían de experiencia. Ocupado Haya en los detalles del plan —entre otras cosas ordenó la compra de alpargatas para que sus hombres se acercaran silenciosamente al cuartel—, estremecidas las calles por continuos disturbios, la revolución fracasó por un lío de faldas y la impetuosidad de uno de sus actores principales: Barreto. Era el hombre más

fuerte de Trujillo, pero su mujer se había fugado con otro. Orador vigoroso, turbulento organizador de sindicatos, enfurecido revolucionario, no llegó siquiera a candidato a diputado; bonachón, encantado por los niños, su vida fue sin embargo violenta y no dio cuartel a sus semejantes. Llevó consigo la tragedia, aceptándola como su socia de aventuras, trotamundos enamorado de ideas nobles, endurecido peleador, rebelde tenaz. Se llamaba Manuel Barreto y le decían Búfalo.

Había nacido en el Callao y llegó a Trujillo a los 14 años de edad. Hijo ilegítimo de un hombre a quien nunca había conocido, su madre se había unido a un sujeto agresivo, que la maltrataba continuamente. Una noche cualquiera, Búfalo saltó en su defensa. Era casi un niño, pero la naturaleza lo había dotado de una fuerza prodigiosa, de un vigor sobrehumano, y estuvo entonces a punto de matar a su padrastro. Luego huyó.

En Trujillo fue visto al principio con desconfianza. Podía ser un ladronzuelo, cualquier cosa. Pero la familia Idiáquez, que más tarde se convertiría en una de las más populares y sólidas dinastías apristas, lo recogió. Y Búfalo Barreto se hizo hombre en Trujillo. Ya no estudiaría más en las escuelitas de entonces y pronto se independizó: de lustrabotas pasó a ser mozo en el restaurante del Recreo. Allí conoció a una jovencita llamada Hortensia, entenada del japonés Oda cuya peluquería funcionaba cerca del restaurante. Transformado en mozo de carga y en chofer de camiones, Barreto se hizo anarco-sindicalista. Sólido, ancho, musculoso, de ojos casi azules y cabello castaño, era bohemio y pegador, hombre de malas borracheras. Al correr de los años tomó dos decisiones importantes: se casó con Hortensia —con quien tuvo dos hijos, un varón y una mujer—, y al ser absorbido el anarco-sindicalismo por el APRA, se afilió al nuevo partido. Se entregó a él místicamente, barbudo monje de los sindicatos y de la lucha contra los latifundios. Su pasión aprista no disminuyó cuando inició un pequeño negocio de venta de gasolina y cuando compró un destartalado automóvil de servicio público. La piedra que había rodado a puntapiés encontraba reposo.

Vivían en un ranchito miserable, familia de cuatro, los rodeaban fotos, láminas de vivos colores, libros, revistas, viejos periódicos, ambiente sórdido de casa pobre, olor de guisos y de sudores. Búfalo adoraba a sus hijos. Y Hortensia, creía él, era

una buena compañera. Juntos compartían una vida turbulenta. Pero Hortensia no había nacido para ser mujer de un sólo hombre, y un día, al regresar al hogar, Búfalo encontró su pequeño mundo hecho pedazos: ella había fugado a Chiclayo con un compañero de partido llamado Ríos. Le decían "Niño Lindo". Esa misma noche Búfalo bebió con amargura, herido en su amor propio, un macho abandonado. Bebió hasta caerse, hablando de la amistad, de las mujeres que no comprendían, de una vida que siempre le había sido adversa y triste. Y guardó la injuria con el sigilo de quien está decidido a tomar venganza con sus propias manos. No, no lo buscaría. Pero donde encontrase a "Niño Lindo" le daría muerte.

La política desbordó entonces sus antiguos cauces. Se entregó a ella convirtiéndola en sustituto de lo que había perdido. Búfalo, orador; Búfalo, líder obrero; Búfalo, abriéndose paso a balazos en los turbulentos mítines de 1931; Búfalo, aspirante a una curul en el Congreso Constituyente; Búfalo, elegido por las bases obreras como candidato del APRA. Pero contrariando las reglas internas de su partido, Búfalo había hecho campaña de proselitismo en las bases.

HAYA DE LA TORRE lo esperaba en el segundo salón de su casa, altos techos de madera, paredes decoradas con fotos y difusos cuadros provincianos, herencia de otro siglo. El jefe del partido sonrió apenas. Ancha su frente, peinado el cabello con raya al medio, formando ya su boca un arco que se curvaba hacia abajo, Haya lo miró con cansancio. Inmaduro e impetuoso, eso era Búfalo. Nadie, hasta que se hizo amigo del líder, pudo dominarlo.

—He tachado a Cucho —dijo el jefe del partido— porque es mi hermano y no debe ser candidato al mismo tiempo que yo. No está bien, ¿comprendes?

—Sí, jefe.

—No puede alterarse la disciplina del partido.

—Así es, jefe.

—Me han informado que has hecho trabajos por tu cuenta para derrotar a Arévalo en la pre-elección... ¿Es cierto?

Búfalo se miró las manazas.

—Sí, es verdad, jefe... Yo no conocía las reglas.

—Tengo el derecho de tacha —dijo Haya de la Torre— y tú no serás candidato.

—Está bien, jefe.

—Arévalo es el candidato.

—Como usted diga, jefe.

Dos días antes de las elecciones, Haya de la Torre retornó a Trujillo, luego de sufrir dos accidentes aéreos. Búfalo encabezó el recibimiento. Había trabajado intensamente por la candidatura de Arévalo, le dio todo su apoyo en los sindicatos, batalló por su victoria. Y cuando, después de los comicios, convencidos los apristas de que se había perpetrado el fraude en favor de Sánchez Cerro, se organizó la revolución que debía frustrar la entrega del mando, Barreto fue su más apasionado propulsor. Formó un batallón de ciento cincuenta campesinos y realizó con ellos maniobras blancas, les impuso una rígida disciplina y, faltando tres días para la sublevación, acudió a casa de Haya de la Torre a recibir sus últimas instrucciones.

A LAS OCHO de la noche Manuel Barreto se despidió con un apretón de manos. Buena suerte. Volverían a verse luego del ataque al cuartel O'Donovan, emprendido el viaje sin retorno, en el triunfo o en la derrota, patriotas victoriosos o condenados a muerte.

Haya de la Torre había convertido el segundo salón de la casa en su centro de operaciones. El vestíbulo estaba custodiado por apristas armados de revólveres y en el techo una brigada de disciplinarios vigilaba la calle Ayacucho. Recibidas las últimas órdenes, Búfalo salió; pero al llegar a la puerta encontró a dos dirigentes: Paco Dañino y José Alberto Tejada. Antes de ponerse en camino a Laredo, quiso conversar con ellos: se sentaron en el mismo sofá y entonces apareció "Niño Lindo".

Luis Heysen, que debía dirigir la rebelión aprista en Chiclayo, había enviado a "Niño Lindo" a recoger las instrucciones finales de Haya de la Torre. Trujillano, chofer de servicio público, su presencia en la ciudad no debía despertar sospechas en la policía. Todo hubiera salido bien para los apristas de no haberse encontrado los rivales en casa del jefe del partido. Búfalo se endureció al verlo. Hortensia se había dado a la mala vida, cuatro años habían pasado desde que ella lo aban-

donara, doscientos hombres iban a jugarse la vida en una revolución y estaban también en juego los destinos del país; pero nada de esto pasó por su mente, sólo recordó la ofensa. "Niño Lindo" se recuperó de la sorpresa, saludó a Dañino, ignoró a Barreto y estrechó la mano de Tejada.

—¿No conoces al compañero Ríos? — preguntó Dañino a Búfalo.

Silencio.

Se abrió una puerta y alguien dijo:

—"Niño Lindo", el jefe te espera.

Búfalo salió. Iba a esperar a su rival en la calle. Tenía una sombría promesa que cumplir.

Haya de la Torre recuerda:

"La revolución en Trujillo debió empezar en diciembre. Pero un incidente, aquí, echó todo a perder: Búfalo Barreto hirió a un hombre. Después supe que la víctima, 'Niño Lindo', le había quitado a la mujer. Pero los balazos, una falta gravísima, desbarataron el plan de la revolución.

"Primero había entrado Búfalo. Estábamos en mi casa. Le di todas las órdenes, porque Barreto se iba ya a Laredo, para la revolución que debía estallar en tres días.

"Luego entró 'Niño Lindo'. Le di las instrucciones para Heysen en Chiclayo. Estaban escritas en tela. Le abrí el forro del saco con una gillete, las escondí allí y pedí a mi hermana Zoila que lo volviera a coser. Cuando salió 'Niño Lindo', tres minutos, dos minutos después, oí los disparos y creí que estaban asaltando la casa. Corrí al techo, porque en el techo teníamos a la gente, pero mi madre me detuvo. No es nada contra la casa, me dijo, es de aquí".

"Niño Lindo" había salido sin despedirse de los dirigentes que estaban en el vestíbulo. Iba nervioso, pensando en su encuentro con Búfalo. En la calle Ayacucho, a pocos metros de la esquina, distinguió la sólida silueta de su rival.

—¡Cuidado! — alcanzó a gritar.

Barreto lo observó por un instante, soñada y agridulce venganza, y disparó una, dos veces. El primer balazo no dio en el blanco; la segunda bala le pasó cerca del corazón, perforándole el pulmón izquierdo. Pero "Niño Lindo" no se desplomó. Búfalo, creyendo no haberle acertado, corrió hacia su víctima y resbaló. Los papeles de la revolución que llevaba en el bolsi-

llo posterior del pantalón quedaron desparramados por el suelo. Mientras los recogía, "Niño Lindo" retrocedió tambalenante hacia la casa de Haya de la Torre.

"Trajeron al herido con un agujero en el pecho, parecía en el corazón", recuerda Haya de la Torre.

"Lo sentaron en un sofá, en el segundo salón, y él se miraba el balazo y gemía, me muero, me muero.

"En ese instante entró mi hermana Zoila.

"—No diga usted eso delante de una señora —le dijo—, un hombre no se acobarda delante de una mujer.

" 'Niño Lindo' se serenó.

"Yo le pregunté: — ¿quién te disparó?

"—Barreto — me dijo.

"—¡Bien, que te registren!

"Yo, que nada sabía de la mujer y del lío entre ambos, me dije: Si Barreto le ha disparado es porque ha descubierto que Ríos es un traidor.

"Vino mi hermano Cucho y empezamos a registrar sus ropas.

"Con un hilo de voz, Ríos me dijo:

"—Jefe, yo no soy un traidor, soy aprista hasta la muerte.

"—Y entonces, ¿por qué te han disparado?

"—Por cuestión de mujeres, jefe.

"¡Maldita sea!

"Entró Arévalo y se puso furioso. Le gritó miserable. Estábamos perdidos y lloró de rabia.

"Ríos no murió, pero Barreto se convirtió en prófugo. Y todo se desbarató al día siguiente con el escándalo".

¿Por qué lo hiciste, Búfalo? ¿Ibas a demostrarles que podías derribar el Gobierno, que eras un líder intrépido? ¿Querías, tal vez, reparar el incidente de diciembre, cuando frustraste la sublevación? ¿Cuáles eran tus verdaderos propósitos, Búfalo, cuando soñabas revoluciones y frente a tus ojos desfilaban las imágenes de la guerra civil?

La misma noche de los disparos, Barreto se escondió en la residencia de Elías Iturri, su padrino y protector. Y unos días más tarde, mientras la policía lo buscaba por intento de homicidio, fue llevado al Garaje Chirichigno, en la Portada de Moche.

Allí, escondido, asediado, Búfalo se hundió en una peligrosa depresión. Se había vengado, sí, pero su pena se ahondaba. Se dejó crecer la barba, solitario réprobo, extraño en su propio mundo. Chirichigno, un buen amigo, pero un compañero lacónico para esa vida clandestina. Como morirse a pocos. Uno también podía morirse a pocos, Búfalo, cuando soplaba el viento arrastrando el olor de los eucaliptos y el rumor de los sauces. Uno podía morirse a pocos empapado en sudor, haciéndose preguntas una noche de verano. ¿Te acuerdas, Búfalo, qué hermoso era echarse de cara al cielo y contar las nubes como si fuesen carneros? ¿Te acuerdas qué dulce era el olor del pasto, qué fresca el agua, qué lento el tiempo? Comían en silencio. Chirichigno sorbía la sopa, eructaba, atrapaba los fideos que colgaban en el aire, lombrices agitadas que cubrían el hule de salpicaduras. Uno llevaba la muerte consigo mismo, Búfalo; uno la tenía adentro, la respiraba, latía con ella, Búfalo; uno se podía morir cada día, cada atardecer, cada vez que cantaban los pájaros, Búfalo; una muerte llena de plenitudes, que cubría el vacío de lo que ya había sido y no tenía remedio. Un réprobo melancólico y barbudo. Uno se moría triste de haber hecho mal, triste de no haber hecho, triste de haber olvidado.

Refugiado más tarde en casa de Oswaldo Llorens, una hermosa quinta trujillana en la Alameda O'Donovan, cuya huerta llegaba hasta el callejón a Mampuesto, el barbudo Barreto revivió. En esa huerta, en las noches todavía tibias de mayo, un pequeño grupo de rebeldes empezó a complotar bajo su dirección. Fueron semanas intensas, mientras al otro lado de la puerta principal el Terror crecía, el descontento se hacía insoportable. Búfalo soñaba agitadamente. Era así, más o menos, el primer paisaje que recordaba: una huerta que era todo a la vez, patio, jardín, gallinero, un lugar para fregar las ropas sucias, un sitio para patear la pelota, un refugio para dormir siestas bañadas de sol, un escondite, una costumbre. Ese era el primer paisaje, y el otro, el dominante, era el del puerto, gran puerto con su música de sirenas y de gaviotas, de locomotoras y poleas, de cadenas de anclas y grúas de vapor; puerto lluvioso y oscuro, de viejos barracones de madera, de muelles que olían a algas, a países lejanos, a cáñamo, a miel, a petróleo, a pimienta y azafrán; puerto azul de veranos, de furiosas olas en la Mar Brava, blanco de velámenes vagabundos, de uniformes

marineros. Suyos habían sido los muelles, el de pescadores y el otro, el de las embarcaciones mayores, al que llegaban las chalupas de los transatlánticos con su pasaje de turistas, gorras a cuadros y quitasoles de vivos colores. Infinitas veces había recorrido sus calles y sus escondrijos. Había buceado sus aguas en busca del antiguo Callao sepultado por el mar después del gran terremoto, había respirado sus perfumes y sus miasmas, palpado sus tibiezas, sufrido sus fríos, ciudad, laberinto, bazar oriental, mundo que nunca se iba a dormir, con sus comerciantes siempre dispuestos a discutir un precio, sus mujeres siempre animadas a recibir a un viajero. ¿Te acuerdas, Búfalo? Soy anarcosindicalista, qué carajo, y ustedes no tienen ningún derecho de meterme preso. Y los cachaquitos, duros y prepotentes, empujándolo con las culatas. Tú eres un vago y nada más, muchacho, ¿por qué no te pones a trabajar? Todavía estás a tiempo, es hora de que te busques un oficio. Cholo rubio, cholo de ojos claros, cholo color cucaracha, ¿adónde se ha visto un cholito de ojos azules? ¿Quién es tu mamá, cholito? Y el estallido, las solapas del jefe de los cachaquitos, su cara de miedo, su implorante gemido y antes de que cayeran las culatas, antes de que los botines se estrellaran contra su cuerpo, los golpes furiosos, golpes de cabeza, uno, dos, tres, cuatro, una rápida sucesión, y cada vez que echaba la frente hacia atrás, tomando impulso, veía más sangre, más cartílagos, más dientes rotos. Era, sí, violento, impetuoso. Quería tomar el cuartel O'Donovan ese día, esa noche, inmediatamente. Volvía a soñar en la huerta de Llorens: iba a ejecutar su revolución.

LLORENS Y BÚFALO eran compadres, pero se habían conocido en una pelea.

Alto, vigoroso, de gustos refinados, de risa fácil, Oswaldo Llorens era popular en Trujillo y su mejor futbolista. Bohemio empedernido, era visitante habitual del café Esquén, en la calle Bolívar, que permanecía abierto toda la noche. Allí tuvo su primer encuentro con Manuel Barreto.

Había ido a instancias de un limeño camorrista, al que debió advertir que no buscara pleito. Llorens tenía un brazo en cabestrillo. No bien entraron en el cafetín, el limeño insultó a los presentes.

Eran las dos de la mañana, tal vez más tarde. A través del humo y el vaho de los cuerpos sudorosos, Llorens vio cómo saltaban de una mesa el propio Búfalo y otro fornido chofer a quien decían "Talán", porque bufaba como una locomotora. El limeño se guareció detrás de su amigo.

—No le hagan caso —dijo Llorens conciliador—. Hemos estado bebiendo... No sabe lo que dice.

—¡Nos ha insultado! —bramó Búfalo—. Ha faltado a los trujillanos... ¡Yo le voy a enseñar!

—¡Oiga usted, no me venga con guapezas! —dijo Llorens.

Búfalo lo miró, casi con curiosidad. Sonrió y dijo:

—Usted se pone valiente porque tiene el brazo colgado.

Llorens liberó su brazo y gritó:

—Yo no tengo nada colgado...¡ Y le voy a sacar el alma a cualquiera de ustedes!

Se miraron fijamente y Llorens ganó la batalla. Búfalo estaba deslumbrado. Era la primera vez en mucho tiempo que no le demostraban miedo.

Pasado el peligro de un pugilato, se sentaron a beber. Llorens invitó unas copas. Sí, era el capitán del equipo "Buenos Aires". Sí, era aprista y conocía a Víctor Raúl. Una hora más tarde se despidieron con abrazos. Desde esa noche Búfalo le tuvo un profundo afecto y un gran respeto. Llorens, aventurero, conversador, gallero y experto en caballos de paso, fue considerado por el chofer como el hombre más hombre del mundo. Y cuando nació su hija le pidió que fuera el padrino.

Chofer al servicio de los Pinillos, conductor de camión y luego de taxis, Búfalo se sentaba al timón cuando no conducía y se enfrascaba en la lectura de textos políticos, sólidas obras o panfletos sin importancia. Leía, leía y discutía apasionadamente. Estacionado en la Plaza de Armas o frente al Hotel Americano, en la calle Progreso, Barreto era una de las figuras familiares en esa ciudad de veinte mil almas que tenía diez cuadras de largo y diez cuadras de ancho.

Los policías habían sido siempre sus adversarios. Guairuros pequeños, cachaquitos de capa y espada, guardias civiles a la española, bastaba que hubiese bebido para que Búfalo les buscara pleito. Viejo huésped del cuartel de seguridad, varias veces había hecho el recorrido de la plazuela del Recreo a la Plaza de Armas, dejando aturdidos pinchasapos de cabeza en los

grandes cilindros que se colocaban en las esquinas para recoger la basura del vecindario. Los alzaba en vilo con la misma facilidad con que cargaba al hombro un barril de cemento de cuatro quintales; los alzaba y los sacudía y los asustaba y los largaba de cabeza en el cilindro de basura.

Búfalo pidió refugio a su compadre Llorens porque la policía estaba enterada de su paradero. Enflaquecido y taciturno, en la huerta soleada volvió a reír. Allí no se sentía perseguido. Había una buena biblioteca, se reunían los amigos, se hablaba de la revolución.

Una tarde Llorens preguntó:

—¿Por qué le disparaste a Ríos, compadre? ¡Pudiste haberlo deshecho de un solo golpe!

Búfalo meditó unos instantes. Recordaba quizás el violento encuentro, la luz violácea de los disparos en la noche, su propio código del honor.

—No quise ensuciarme las manos, compadre. Usted sabe que a esos miserables no se les toca — dijo.

El Garaje Chirichigno fue allanado, pero estaba vacío. Despistados, los cachaquitos lo siguieron buscando. Llorens no quiso correr riesgos. Buscó a un comerciante que era informante de la policía, un melifluo soplón al que se responsabilizaba de varias traiciones. Lo encontró en un bar.

—¡Tú, ven aquí!

—Señor Llorens..., ¿qué quiere de mí?

—Voy a darte un informe... Es para ti, solamente para ti.

—Diga, usted, señor, soy una tumba.

Llorens sonrió.

—Tengo a Búfalo escondido en mi casa.

—¿Búfalo? ¿Usted? ¿Se lo va a decir a la policía?

—Tú eres el único que lo sabe y si se entera la policía es porque tú se lo has dicho. Así que ten cuidado, que no se enteren los cachacos.

—Señor Llorens..., ¡por favor!

—Te lo advierto.

—Sí, ya entiendo.

—Tú haz que busquen por cualquier parte, menos en mi casa.

—Sí, sí, por supuesto.

La policía nunca lo encontró.

Vivo o muerto

LA REVOLUCIÓN fracasó antes de que se disparara un solo tiro. Pero el incidente de la calle Ayacucho sirvió para alertar a las autoridades. Hay indicios de que algunas personas vinculadas al movimiento hablaron más de la cuenta sobre la verdadera misión que llevaba Barreto al salir de la casa de Haya de la Torre. Entonces el Gobierno preparó los incidentes de la Nochebuena en 1931 y antes de concluir el año impartió la orden de capturar al jefe del APRA, vivo o muerto.

Luis M. Sánchez Cerro ya era Presidente del Perú. Había terror de dinamita, de turbas, de lucha civil; terror de matanza, de garrotes, de paredón y las puertas se cerraban con miedo en aquel Perú de fines de 1931. Desde el 19 de noviembre, cuando se intentó asesinar al ex-Presidente Augusto B. Leguía en el Hospital Naval, hasta la juramentación de Sánchez Cerro, lo que constituía para los apristas la consumación del fraude electoral, hubo en el país asonadas, disturbios y balazos.

Al ex-Presidente Leguía se le quiso dar muerte con una bomba de dinamita arrojada a las siete de la noche desde la calle al pabellón donde se encontraba gravemente enfermo. La bomba cayó en los jardines y la explosión rompió ventanas pero no causó víctimas. Cuando a la mañana siguiente Leguía llamó a su confesor, se negó la entrada al sacerdote porque su pase carecía del sello del Prefecto del Callao. Sólo pudo ingresar el portador del almuerzo destinado al ex-Presidente: una olla de sopa, una botella de leche, dos botellas de agua mineral.

La lucha política se propagó por las calles, atrapando en su remolino a personas tan inocentes como José Rojas, un obrero ayacuchano de 54 años de edad, domiciliado en un conventillo

de Cocharcas, que circulaba por el centro de la ciudad en la tarde del 27 de noviembre de 1931, en busca de trabajo. Era sábado y a las ocho de la noche, en el Gimnasio Deleón, pelearía un pequeño boxeador llamado Sérvulo Gutiérrez. Atardecía y una ruidosa manifestación aprista marchaba hacia el vetusto local de "La Tribuna" por la calle Espaderos y, de este modo, pasó desafiante ante la casa política de Sánchez Cerro. ¿Gritó alguien mueras al Presidente electo? Lo cierto es que de la casa política, de los techos del restaurante Astoria, del segundo piso de una finca vecina partieron disparos de revólver. Los apristas, atrapados, se reagruparon, retrocedieron, contestaron el fuego. De pronto, transformado en un campo de batalla, el centro de la ciudad se estremeció con las detonaciones, cubiertas sus veredas de vidrios rotos y del yeso desprendido de las fachadas por el impacto de las balas. Durante casi veinte minutos se combatió entre las esquinas de Plateros de San Agustín y de Lescano —las trincheras apristas— y la casa política. Seis muertos de bala y veintiséis heridos, entre ellos José Rojas, desprevenido transeúnte a quien un proyectil hizo pedazos la rótula izquierda, fueron recogidos de las pistas y las veredas por los policías y los soldados del Regimiento de Infantería Nº 7, enviado por el Ministro de Guerra, comandante Gustavo Jiménez, para restaurar el orden público.

A las nueve de la noche del viernes cuatro de diciembre, las luces se extinguieron en Lima. Sumergida la ciudad en tinieblas, los limeños descolgaron sus teléfonos sólo para descubrir que las comunicaciones estaban cortadas. Un terror animal se propagó entonces de barrio en barrio, cerrándose las puertas y postigos, la voz de revolución se murmuró con miedo en esa noche de fines de primavera. Las contraórdenes de Haya de la Torre enviadas desde Trujillo llegaban tarde y, en muchas partes del país, los apristas, con la ayuda de la policía, se adueñaban de las comunicaciones y de las armas.

En Chosica, el comisario Daniel La Rosa y un grupo de 25 civiles dirigidos por Pedro Bedoya Villacorta capturaban la ciudad y paralizaban la central eléctrica de Yanacoto. Un día antes, La Rosa se había apoderado de catorce cajones de dinamita, fulminantes, guías y un dínamo empleado en las obras de la carretera central. En Huacho, otro grupo de civiles, al que se sumó la policía, tomaba la Subprefectura y el control del ferrocarril.

En la fría ciudad minera de Cerro de Pasco, grupos de civiles armados se apoderaban de la ciudad. El movimiento contó con la simpatía de la población, pero no pudo propagarse a Huánuco —baluarte aprista en el centro del país— y los sublevados removieron las tablas del puente de Atohuarco para interrumpir el tránsito con esa ciudad. A las seis de la tarde del 5 de diciembre llegaron tropas de La Oroya y se produjo un violento tiroteo en el crucero de las calles Junín y Apurímac.

Y en Cajamarca, los apristas capitaneados por Nazairo Chávez Aliaga, se habían adueñado de la prefectura por unas horas.

Pero al no producirse la gran rebelión en el Norte, estos movimientos quedaron aislados y fracasaron estrepitosamente.

Por fin, el 8 de diciembre de 1931, Sánchez Cerro asumió la Presidencia del Perú. El APRA lo ignoró: ninguno de sus representantes al Congreso Constituyente asistió a la ceremonia de transmisión de mando.

Ese día, en su discurso, el nuevo Jefe de Estado dijo: "Hijo de la democracia, sintiéndola ardorosamente en mi pensamiento y en mi corazón, yo os ofrezco, por mi honor de soldado, cumplir el compromiso que acabo de contraer de fidelidad a sus principios".

Paiján, Chocope, Ascope... La policía, a la que se dio patente de impunidad, actuó brutalmente en defensa de los democráticos principios del flamante Gobierno. En la práctica, suprimido el derecho de reunión, se dio muerte a unos viejos regantes que protestaban por los abusos de la poderosa hacienda Casagrande y luego se atribuyó carácter político al incidente. Si bien es cierto que los apristas conspiraban, fundamentando su desobediencia en la ilegalidad de las elecciones y del gobierno recién constituido, no es menos cierto que desde sus primeros días el régimen de Sánchez Cerro encubrió abusos, violencias y hasta asesinatos, arrojando su responsabilidad sobre los hombros de la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

Llamándose a sí mismo hijo de la democracia, Sánchez Cerro no tardó en seguir poblando de presos políticos las cárceles del país. Las órdenes enviadas a los prefectos eran terminantes: no se permitiría demostraciones públicas contra el gobierno. En una época en que el Perú se agitaba en busca de inevitables cambios sociales, este democrático soldado optó por la más absoluta represión. Tendría, aun, el triste privilegio de

gobernar con patíbulos políticos: al país le faltaba vivir la etapa de los democráticos fusilamientos, la pena de muerte aplicada sin causa ni abogados, sin el adiós a los hijos, sin otra tumba que una zanja abierta a la medianoche, sin siquiera la mascarada de una corte marcial, democracia del tiro de gracia, grotesca y triste democracia.

La calle Progreso es una arteria importante en este Trujillo de 1932: siete cuadras de largo atravesando la ciudad a lo ancho, desde las viejas murallas hasta la línea del tren. La ciudad ha cambiado mucho. Uno puede ver los autos de alquiler estacionados frente al Hotel Americano, posada de ruidosos agentes viajeros. Adoquinada y estrecha, transitada por chalanes y carretones halados por burros, la calle pasa por la Plaza de Armas, junto a la Municipalidad con sus arcos italianos, pero empieza tres cuadras antes, donde están la cárcel y la iglesia de Santo Domingo. Más allá de la Casa del Mayorazgo, más allá de la Municipalidad y La Nación, la calle Progreso se llena de tiendas oscuras y se ven anuncios atrapados en la telaraña de cables telefónicos y de luz. Luego de la iglesia de La Merced y del Hotel Verdad, se levanta el Palacio de Iturregui, ahora Club Central, donde las fiestas se desarrollan de acuerdo con un riguroso ceremonial.

Hay once iglesias importantes en Trujillo y también un palacio para el obispo y un seminario donde los niños estudian bajo la dirección de sacerdotes franceses. La más grande de todas es la Catedral, gris y blanca, iluminada por lámparas de cristal que cuelgan como péndulos. Es fría en el atrio y va poblándose de altares a medida que uno se aproxima al altar mayor. A la derecha agoniza un Cristo de ijares ensangrentados, hambriento y patético. Hay muchos santos que, con las manos juntas, los ojos desorbitados, descansan con su placidez de yeso, con sus vestimentas de crayón, azul cielo, rojo sangre, dorado santísimo, inmóviles en sus opulentos altares, suspendidos en las paredes, quietos sobre nubes sostenidas por angelitos sonrosados. Afuera, en la esquina que forma la Catedral con la calle Independencia, soplan vientos furiosos y por eso le dicen "la esquina mataserranos".

Era una ciudad fortificada, pero los chilenos destruyeron sus murallas. Por eso tiene el Club Libertad su forma de bastión. Es uno de los mejores sitios para pasar el domingo en Trujillo. Los jardines fueron diseñados y cuidados amorosamente por Héctor Minas hasta que se lo llevaron a Lima, para que embelleciera el Zoológico y el pequeño italiano enamorado de las flores desapareció para siempre. Hay un restaurante rodeado de vidrios y plantas tropicales, donde un whisky cuesta treinta y cinco centavos. Allí se comen los mejores pavos y cabritos de la provincia y hay buenos helados de frutas, de guanábana y de piña, y, después del almuerzo, no hay nada mejor que pasear entre los pabellones, dar vueltas alrededor de la estatua de la loba que amamanta a Rómulo y Remo, observar los animales, el único león africano que se ha visto en la ciudad, el camello, las dos panteras, los pavos reales y los papagayos. Es una pena que se haya muerto la jirafa.

En la calle Libertad, a sesenta metros de la Plaza de Armas, está la casa del Mariscal Luis José de Orbegoso y Moncada. Antes la mansión se extendía hasta la misma calle Bolívar, pero el Mariscal regaló su jardín a la ciudad y allí se hizo una plazuela, cálida y pequeña, con faroles y cuatro árboles mecidos por el viento, frente a la iglesia de San Agustín. La casa del Mariscal tiene doscientos años y la mejor sala de armas de Trujillo. En ella se recibió con una gran fiesta al Libertador Simón Bolívar que marchaba a pelear con los españoles, y fue entonces cuando Orbegoso le entregó el mando de su ejército particular. Se reunió en la fiesta a la orgullosa aristocracia trujillana y a los guerreros altivos y morenos. Fue una fiesta espléndida, pero la esposa del Mariscal se negó a bailar con el General Lara porque, después de todo, era negro. Su marido le ordenó que bailara, todos eran iguales en América, qué se habían creído; ella se entregó a la más alegre marinera; después subió a la sala de armas y vomitó. Y esa noche, al terminar la fiesta, hizo quemar sus vestidos en el patio.

En Trujillo se vivía un clima de intolerancia; el aparato policíaco cada vez más incrustado en la vida privada de los ciudadanos, la libertad de expresión coactada, los mítines prohibidos una y otra vez.

El 24 de diciembre se puso en marcha un frío plan del gobierno para poner fuera de la ley al APRA trujillana. Dos automóviles recorrieron la ciudad en la tarde. Sus ocupantes gritaron vivas al APRA, mueras a Sánchez Cerro e hicieron disparos al aire. Según los partes oficiales, además del ruidoso paseo de los automóviles hubo varias violentas manifestaciones. En realidad, los mítines no se realizaron. En la Plaza de Armas se desarrolló una pacífica retreta, el templo de San Agustín se llenó de fieles para la Misa de Gallo y la calle Independencia, donde estaba situado el local del APRA, fue patrullada desde temprano por un numeroso destacamento de la guardia rural, comandada por el odiado "Mal Paso", el teniente Alberto Villanueva, impune responsable de las recientes matanzas de Paiján y Chocope. Y, a instancias del Prefecto, el comandante Julio Silva Cáceda envió piquetes del primero de Artillería para reforzar la vigilancia de las calles y los edificios públicos.

A las doce de la noche se iba a servir, en la casa de los apristas, un chocolate popular. Haya de la Torre estaba en su casa, esperando el regreso de sus padres del templo de San Agustín, y planeaba ir luego al local del APRA, donde campesinos, obreros, mujeres de fanáticas miradas, estudiantes y dirigentes se confundían alegremente, mientras las grandes ollas de chocolate humeaban y esparcían su dulce aroma. Entonces irrumpió la policía.

Un decreto prefectural, culminación de un plan desarrollado astutamente, acababa de entrar en vigencia con el nuevo día. Su propósito: proscribir al APRA y cerrar sus locales. Decía así:

"El Prefecto del Departamento de La Libertad

"Considerando

"Que por informes que constantemente ha recibido esta prefectura, los locales políticos del Partido Aprista que se han denominado después 'Universidades Populares' no son centros de cultura sino focos de agitación pública y de conspiración contra las instituciones nacionales;

"Que la noche de ayer grupos de individuos afiliados a ese partido, después de salir de la casa política central, situada en la calle Independencia 515 de esta ciudad, alarmaron al vecindario organizando, sin permiso de la autoridad policial, manifestaciones públicas bulliciosas en las que se profirió gritos hostiles al Gobierno Constitucional y se disparó armas de fuego en

peligro de la vida de los transeúntes, grupos que al ser perseguidos por la policía se refugiaron en el mencionado local;

"Que los disparos se produjeron en varios sectores de la población, llegándose a atacar el local de esta Prefectura desde sitios altos de la Plaza de Armas, quedando manifiesta la actitud de rebelión de los atacantes;

"En guarda de la estabilidad social encomendada a esta Prefectura;

"Decreta:

"Clausúrese en el día el local central del Partido Aprista que funciona con el título de Universidad González Prada, así como todas las filiales o sucursales situadas en los diversos barrios de la ciudad, encargándose al Subprefecto de la provincia del cercado la ejecución del presente decreto, dando cuenta del resultado.

"Dado en la casa prefectural, en Trujillo, a los veinticinco días del mes de diciembre de mil novecientos treinta y uno.

Alejandro Barúa Ganoza".

El testimonio aprista es radicalmente opuesto a la versión oficial. "Todo fue una maniobra", afirma el dirigente del APRA en Trujillo, José Alberto Tejada.

"Hubo dos autos aquí, recorriendo Trujillo, cuyos ocupantes daban vivas al APRA y mueras al gobierno y a Sánchez Cerro. Esos que gritaban y disparaban al aire no eran apristas, ni la policía hizo el más pequeño esfuerzo por arrestarlos. Al contrario, los apristas estábamos extrañados de que en ese momento, con la represión existente, hubiera quienes se atrevieran a pasear, en pleno día, lanzando gritos contra Sánchez Cerro.

"Pasada la medianoche empezaron el ataque al local del partido.

"Yo había salido un rato antes, buscando a un amigo, Alejandro Spelucín, hermano de Alcides, para tomar el chocolate. Me dijeron que estaba en la Misa de Gallo, en San Agustín. Fui a la iglesia, lo encontré y al terminar la misa empezaron los balazos. Estábamos con dos guardias, apristas, de franco, vestidos de civil; cuando le dije a Alejandro para ir al local, los guardias nos advirtieron que no hiciésemos tonterías. Hay algo serio, dijeron; a nosotros, los que saben que somos apristas, nos han dicho que salgamos francos y sabemos que algo se

prepara. De todas maneras quisimos ir, pero fue imposible acercarse. La calle Independencia era un campo de batalla".

Los guardias entraron disparando. Volcadas las ollas de chocolate en la desbandada humana, hombres, mujeres y niños se refugiaron en las habitaciones del fondo. Luego de una segunda descarga de fusilería el teniente Villanueva, un sargento y cuatro guardias entraron en el patio, disparando siempre. Sobre ellos cayó una lluvia de piedras y desde una ventana disparos de revólveres, hirieron al sargento. La policía disparaba de la calle a los techos del local, tratando de impedir la fuga de los dirigentes sorprendidos por el ataque. Otro grupo de guardias entró a apoyar a Villanueva, pero la breve lucha había concluido. Una mujer, Evelia Isla, gemía en el principal, herida de balazos en ambas piernas. Murió desangrada antes de que la llevaran al Hospital Belén. Otros cinco apristas murieron a consecuencia de los disparos, pero al día siguiente la prefectura anunció el saldo oficial de víctimas: la cínica cifra de tres muertos y cinco heridos.

Enviado por la Célula Parlamentaria Aprista, Manuel Seoane relató así sus impresiones el 2 de enero de 1932:

"He ido a visitar el local central del partido, que, como saben, fue el teatro de los sucesos. En la fachada estaban las huellas de las balas: muchísimas. La fusilería debe haber sido espantosa.

"Las acusaciones que han hecho las autoridades son totalmente falsas... Actualmente desempeña el cargo de Prefecto de La Libertad el señor Barúa Ganoza. Este señor ha sido Alcalde en la época de Leguía y además presidente del Partido Democrático Reformista de la localidad. La subprefectura está desempeñada por el capitán Isidoro Ortega, siendo su segundo el teniente Villanueva. Estos dos oficiales son bastante conocidos. A ellos se les debe las masacres de Oyolo, Mal Paso y Cuzco. Es en razón de estas acciones que las gentes de Trujillo los llaman 'el capitán Oyolo' y 'el teniente Mal Paso'... Respecto a cómo se desarrollaron los sucesos, debo repetirles lo que ya dije en el Congreso. La víspera de Pascua, desde las nueve de la noche, empezaron a circular camiones cargados de gente que lanzaba vivas al APRA y mueras al gobierno. Estas personas no eran apristas. Era gente recolectada de los valles, traída de las haciendas que son propiedad de nuestros adversarios políticos.

Las autoridades, no obstante estas manifestaciones, nada dijeron. Querían justificar de este modo los hechos posteriores.

"A la una de la mañana había un grupo de compañeros y compañeras dentro del local. Se había organizado un chocolate de Pascua, al cual debía acudir el jefe del partido. Minutos antes había llegado un automóvil conduciendo un mensaje escrito por él. Parece que las autoridades, creyendo que Haya de la Torre estaba dentro del local, decidieron, en ese momento, atacarlo".

EN RESPUESTA a un artículo escrito en 1934 por Agustín Haya de la Torre, el ex-Prefecto Barúa Ganoza, para entonces convertido en agricultor de la hacienda Puyuntala, en Piura, defendió así su actuación:

"La clausura del local aprista y la muerte de tres personas la noche del 24 de diciembre (de 1931) han sido objeto de que se pretenda echar sombras sobre mi actuación. Aprovecho esta oportunidad para decir bien en alto que no tengo absolutamente responsabilidad de la muerte de ciudadanos que soy el primero en lamentar. Los hechos se produjeron cuando el que suscribe ordenó al Subprefecto de la provincia que se acercara al local aprista y les avisara a los que allí se encontraban que, en vista de las manifestaciones adversas al gobierno por personas que entraron al referido local, ordenaba la prefectura que para evitar disturbios se cerrara el local por esa noche. Según versión del señor Subprefecto, cuando regresó a dar cuenta su comisión, fue recibido a balazos el oficial Villanueva a quien dio orden de cumplirla, quien tuvo que disparar en defensa de su persona, resultando, desgraciadamente, tres muertos. No sé en qué estriba mi responsabilidad en el asunto...

"Clausurado el local se ordenó por esta Prefectura no se sacara a los allí reunidos sino en la mañana siguiente, para evitar mayores desgracias. Trasladados a la cárcel, fueron puesto en libertad inmediatamente las mujeres, quedando los hombres, quienes fueron puestos en libertad después de rendida su declaración ante la policía..."

Alejandro Barúa Ganoza era un exponente de la aristocracia trujillana, pulcro, autoritario y amable a la vez, aficionado a la

caza, a los perros finos, la crianza de caballos de pura sangre. Estaba casado con Emilia González Orbegoso quien, se afirma, había estado muy enamorada de Víctor Raúl Haya de la Torre. Hay quienes dicen que éste es el motivo por el cual Barúa Ganoza nunca tuvo muchas simpatías por el jefe del APRA. Ella, una mujer hermosa, había ayudado siempre a Haya de la Torre. Se dice, por ejemplo, que enterada de la pésima alimentación que se daba al líder aprista en la penitenciaría —cuando cayó preso en 1932— fue Emilia González Orbegoso quien gestionó la pensión del hotel Maury, tres comidas que eran llevadas diariamente hasta la cárcel. En diciembre de 1931, enterada del peligro que corría la vida de Víctor Raúl, no vaciló en ayudar a su hermano Luis en la fuga de Trujillo.

Bisnieto del Mariscal, hombre fuerte, alegre, duelista, un abogado de nota y con un claro instinto político, Luis González Orbegoso nació en Trujillo el 12 de noviembre de 1888. De niño fue llevado a Europa y regresó al Perú a tiempo para alistarse en el Tercero de Caballería con el grupo de patriotas que no vaciló en tomar las armas cuando el país parecía encaminarse a una guerra en 1910. Doctor en Jurisprudencia, había sido elegido representante al Congreso Constituyente y debía viajar a Lima a fines de año. Decidió entonces llevar a un pasajero de incógnito: Haya de la Torre. Irían por tierra, en un automóvil manejado por Julio Jiménez, chofer del mismo prefecto. En el plan intervino un número reducido de personas y se fijó, por último, la fecha de partida: el 30 de diciembre de 1931.

Esa noche, Luis González Orbegoso ofreció una fiesta en la casa del Mariscal, a la que asistieron los personajes del gobierno local, las autoridades militares, sus amigos. Al terminar la fiesta emprendería el viaje.

La fiesta concluyó a las dos y media de la mañana. A esa hora el automóvil estaba listo. Partieron, mientras los amigos agitaban los brazos en la puerta de la bella mansión colonial. Atrás quedaban clausurados los venerables salones, tieso mundo de las cosas pasadas, de pinturas, de hadas en un bosque y vívidos bodegones, de dorados muebles y brocados franceses, rancio mundo con su humedad de desvanes, con su silencio de clausuradas alcobas de difuntos, con su tristeza de palacio sin habitantes.

Después estuvo solo, en un campo bordeado de sauces, más allá de la Portada de Moche, de los caminos, las linternas y los guardias que tenían órdenes de disparar si no se entregaba. Buena suerte. Tienes que ir solo, ése es el compromiso. Ya nadie podía ayudarlo hasta que lo recogieran. Caminó, hundiéndose en la noche transparente, poblada de lejanas luces, de estrellas y de luciérnagas. Lo matarían si lo descubrían, así, en un lugar solitario, donde no hubiese testigos, para decir después que había resistido el arresto, que era un asesino como los que ya estaban muertos y no podían defenderse. Buena suerte, jefe. Empezaba el largo viaje, eludiendo la carretera vigilada, las garitas que emergían en cada valle, en cada pueblo, garitas y tranqueras puestas allí para capturarlo. Cinco libras a quien capture al jefe, al cabecilla, al divulgador de ideas perniciosas, al capitán de esa banda de forajidos y comunistas. Y otra vez estaba solo, lejos del animal colectivo, con sus miles de rostros, sus manos que lo perseguían, tironeaban, hurgaban y rompían como si fuese algo que podía llevarse de recuerdo a la casa; lejos de los fuegos artificiales y las bombardas, de los pañuelos blancos y las banderas de los brazos en alto y los machetes que se blandían con amenazadora devoción; lejos de los patios familiares, de los salones profundos, forrados en viejas sedas, de las columnas que subían retorciéndose hasta los tallados capiteles de palacetes provincianos, de la casa con sus lajas, sus olores a cosas antiguas, a vinos añejos, a carnes mechadas, a bibliotecas, a cuero y habanos, a sándalo y alcanfores, a madreselva y pomarrosa; lejos de las primeras y entusiastas conspiraciones, de los amaneceres conversados en torno a la libertad de los pueblos, lejos de las tardes violentas, barricada y música, pólvora y orgasmo, todo a la vez.

"Yo debía ir solo", recuerda Haya de la Torre, "y en Moche me recogerían. Era importante que nadie, nadie lo supiera. Fui andando por las chacras, de noche... en ese tiempo no había camino. Debía ir hasta la chacra de Macario Ganoza. Entré a la casa vacía, a oscuras. Unos minutos después apareció Macario con una velita. Apenas podíamos vernos las caras. Con él esperé a que llegara Luis a sacarme de Trujillo.

"Luis vino, muy entrada la noche. Estaba de buen ánimo, como siempre. Me llevó hasta un camino donde estaba el auto con Tula, su esposa. Al timón estaba el chofer, Julito Jiménez.

Fue toda una conspiración para sacarme de Trujillo. En los preparativos intervino Emilia, la esposa del prefecto Barúa. El no sospechó nada".

El auto, enorme, poderoso vehículo de siete asientos, había sido cargado con todo: llantas, latas de gasolina, botellas de agua, equipaje, víveres, frazadas, hasta libros. Se despidieron de Ganoza en silencio. El motor trepidó, los faroles proyectaron su luz amarilla y partieron. Pero su destino no era el camino a Virú. Siguieron por la vieja trocha del cerro Las Carretas y luego por las playas, rodando velozmente sobre la arena húmeda.

"El viaje duró tres días. A ratos, Tula empuñaba el timón. Manejaba muy bien. Cuando nos deteníamos a reposar, recuerdo que Luis se echaba en la arena, las piernas y los brazos abiertos. Decía que era la mejor postura para descansar. Bravo era Luis, inolvidable. Más adelante tuvimos que entrar en la carretera. Cuando veía a un policía que hacía señas, seguía de largo, unos cien metros. Entonces bajaba. ¡Perdone usted, decía, no lo vi! Soy diputado a la Constituyente. Y seguíamos viaje sin que el vehículo fuese registrado. En Huacho finalmente, la vigilancia fue tan estricta que debí bajar con Tula y rodear los controles. Una caminata de dos horas. Una gran mujer, animosa, bella, inteligente".

Año Nuevo sin luces de bengala, ni bebidas frescas, huyendo bajo una noche clara de verano. Tres días completos. El dos de enero se aproximaban a la Capital y ya oscurecía. ¿Cinco libras por su cabeza? Cinco libras al rural que lo encuentre. Cinco libras para comer, para pagar deudas, para beber, para comprar una frazada o una mujer, cinco libras para muchas cosas. Y él se iba desvaneciendo, se movía, se balanceaba dentro del auto, sintiendo otra vez el tablado bajo sus pies, escuchando el batir de palmas, uno, dos, tres, en olas que se extendían, se apartaban, lo envolvían mientras elevaba el mentón, el perfil afilado, de pájaro, casi místico, casi enfurecido frente a la gran multitud, al gran animal palpitante, y riente, y vociferante. Abrió los ojos y vio el resplandor de la ciudad en la lejanía.

"Entramos en Lima a las seis de la tarde del dos de enero de 1932. Me llevaron directamente a una casa de Víctor Carlos Larco, en la Colmena. Allí me esperaba Arévalo".

Haya De La Torre

PÉRFIDA Y GRIS, húmeda de neblinas, sonriente de hipocresías, Lima, la ciudad de las modistillas tuberculosas; de los profundos, pestilentes conventillos; de las ricas, doradas, insultantes iglesias coloniales; pérfida Lima, adúltera y cortesana, en las noches huele a sexo de mujer vieja. Ciudad femenina, envuelta en piadosos mantones negros mientras reza con las beatas a las siete de la mañana, se pinta y enloquece más tarde en sórdidos lupanares, pérfida y húmeda celestina de las prostitutas húngaras, asomadas a sus ventanas de la calle Pato. Señorita culta que canta entrelazando los dedos durante una velada musical, es en realidad lectora de malas poesías, ávida consumidora de libros pornográficos, solterona estremecida por cursilerías. Vieja Lima, cubierta de una lepra blanca que devora las buenas intenciones, corrompida, y blanda, y traidora, ¿cómo fue que acabaron en el patíbulo tantos de sus hombres predilectos? ¿Dónde estaban su orgullo, su magnífica altivez, cuando al llegar Bolívar lo recibiera el anfitrión de una fiesta en cuatro pies, oh Bolívar, es la única forma como los peruanos pueden presentarse ante ti?

Lima, pérfida y gris, ciudad de aristócratas rendidos a los jefes políticos, ha olvidado ya los días de la invasión chilena, ha sepultado convenientemente todas las cobardías. Aquellos que intentan renovar las instituciones, entran en contacto con esa corruptora lepra y ceden. Los intelectuales asisten a veladas literarias para discutir con señoras menopáusicas e ignorantes el contenido de sus obras. O cobran sueldos del gobierno. Pero Lima es una ciudad alegre; alegre y falsa. Las misas son cada vez más solemnes y hermosas, aunque los atrios estén po-

blados de garras mendicantes; y en el Palais Concert se sirve un chocolate estupendo mientras una orquesta de opulentas vienesas interpreta melodías con suave lamento de violín.

Perú, república-virreinato en la que casi nada ha cambiado, país importador de leyes que no se cumplen, a la deriva porque sus luchas no son doctrinarias sino caudillescas, nación sin plena conciencia de sí misma, país racista en el que los negros son abandonados a su pobreza, sustituidos en la esclavitud por braceros chinos que llenan las haciendas; pisoteados en sus derechos los indios, condenados los cholos a la ignorancia, a oficios mal remunerados, al servicio doméstico, a la intemperancia y los castigos pueriles de las señoras limeñas. Y cuando llegan los cortos pero intensos veranos limeños, esa minoría que disfruta del país como si fuese su hacienda privada, que asalta anualmente el presupuesto nacional, que gobierna a través de los ministerios, las cátedras, las cortes y los púlpitos, se traslada a los balnearios, los más ricos en dinero y apellidos a Chorrillos, los que siguen en recursos a Barranco, como si las posiciones sociales estuviesesn regidas por la estación del tranvía en la que uno se apea.

Lima, pérfida y gris, ciudad de matronas que se abanican opulentas e insatisfechas, a la mitad de todos los caminos, sin los ensueños del principio, sin la quietud del fin; virtuosas sin saber por qué, perseguidas por vagas ansiedades, todavía bellas, maduras, con vocación de rosarios y de pecados, acorraladas entre sus sexos voraces y los rígidos mandamientos. Ciudad de jovencitas habladoras, de miradas cálidas y negras, aún dóciles pero instintivamente astutas, adornadas con las joyas familiares, buscando sus cuerpos la proximidad humana, bonitas, esplendorosas, con sus cabellos formando elaboradas fantasías, sus hímenes cuidadosamente preservados. Ciudad de recreos y de prostíbulos, de fiestas con cocaína, de prostitutas extranjeras exhibidas en las calles como en los gigantescos lupanares africanos, Perú propagador de la sífilis, país de confesionarios, de coloridas procesiones, liturgia y carnaval, cánticos y anticuchos y sahumadoras, donde las fornicaciones públicas se interrumpen el Viernes Santo, porque es pecado, y siguen alegremente el Sábado de Gloria; Lima de los capituleros, de fraudes electorales, de políticos profesionales, de ministros todopoderosos, de prefectos impunes, de diputados serviles, ciudad en

la que se ha transformado a los matones en agentes del gobierno, Lima de los soplones que golpean, registran, encarcelan y matan en nombre de la Ley, en nombre de esas relaciones necesarias por la naturaleza de las cosas.

A esa Lima en la que ahora estaba perseguido, Haya de la Torre llegó por primera vez cuando tenía 21 años de edad.

ERA UN MUCHACHO provinciano, casi alto, de atractiva sonrisa, buen bailarín, aficionado a los deportes, inquieto, que quería conquistar un mundo, sin saber todavía cuál. Había soñado con ser médico, pero su madre lo convenció de que debía estudiar leyes. Su destino parecía ser el de uno más de los jovencitos de buena familia, mezcla de doctor y petimetre, uncido al carruaje de lo establecido y tradicional.

Descendiente de rancias familias —entre sus antepasados figuran, además de Fray Pedro de Urraca, el santo varón venerado en la iglesia de La Merced, los próceres Jerónimo de la Torre y Luis José de Orbegoso y Moncada, único presidente trujillano en nuestra historia—, Haya de la Torre había sido un niño con bacín de plata, calentado en las noches para que su mimado dueño no tuviese frío al usarlo. Tal era la costumbre. Y aunque nunca fue cubierto de blondas y encajes como el engreído Macedonio de la Torre, el "niño rey" de la familia, el jefe del APRA tuvo en su tesoro infantil pelotas de vivos colores, un reluciente triciclo, aros, algún instrumento musical y una hermosa caja de acuarelas. Víctor Raúl tocaba el piano y Macedonio el violín. Bailaba minués con sus primas. Organizó una minúscula ciudad edificada con viejos carretes de hilo y pronunció, ante esa república imaginaria, sus primeros discursos. Más tarde capitaneó un circo con sus pequeños parientes, corridas de toros —en las que casi siempre tuvo que hacer de toro— y un teatro de titeres.

Su padre fue don Raúl Edmundo Haya de Cárdenas, profesor, diputado, fundador del diario "La Industria", quien casó, después de vencer la oposición de algunos familiares, con su prima Zoila Victoria de la Torre de Cárdenas, una vigorosa matrona trujillana. Este hogar bendecido con cinco hijos, fue apacible origen de la vida turbulenta del político, hogar ordena-

do y católico, orgulloso depositario de su tradición y de ideas civilistas.

Los primeros veranos que Víctor Raúl recuerda transcurrieron en Huanchaco. Días perezosos sobre la arena grisácea, con castillos que crecían desafiando al mar, un niño voluntarioso, un enrojecido ingeniero de fosos, y murallas, y almenas, y baluartes. A las dos de la tarde la playa empezaba a quedarse desierta y los criados recogían los baldes y las pelotas. Afrancesado y pequeño, Huanchaco estaba atrapado entre el cauce del río Seco y los barrancos marrones, y se extendía a ambos lados de la calle París, con sus ranchos de madera y su plaza minúscula. Desde allí podía verse el mar deshaciéndose en olas lejos de la playa, rompiéndose en espuma, agitado, avanzando sobre sí mismo, helado y azul, con sus olas persiguiéndose unas a otras, como perros lanudos; una inmensa escalinata líquida sobre la que rebotaban los rayos del sol y atrás, encima de los barrancos, la silueta de la iglesia que guarda a la Virgen del Socorro y la momia austera, todavía impregnada de misticismo, del deán Saavedra.

Pero Huanchaco desapareció pronto como balneario. Los Larco, inmigrantes italianos que habían amasado inmensa fortuna, concluyeron por apoderarse de él para convertirlo en puerto de salida para sus productos de la Negociación Roma. Y pronto los trujillanos emigraron a Moche, donde se estableció el balneario de "Las Delicias". En los veranos que siguieron, Víctor Raúl recibió allí sus primeras lecciones de astronomía y aprendió a manipular el telescopio de su tío y padrino Carlos Washburn. Fue durante un verano en Moche cuando su padre lo despertó —eran las tres de la mañana— para que viese pasar el cometa Halley, que se temía fuese a chocar con la Tierra.

Víctor Raúl y su hermano Cucho estudiaron en el Seminario de San Carlos y San Marcelo, bajo la tutoría de sacerdotes franceses. Sus compañeros de colegio fueron Macedonio, el más tarde mariscal Eloy Ureta, Antenor Orrego. Estudiaban, jugaban pelota vasca, peleaban una imaginaria guerra ruso-japonesa. Víctor Raúl fue el comandante en jefe de las fuerzas niponas que llevó sus combates, con las medias chorreadas y la gorra cubierta de polvo, hasta las ruinas de Chan Chan. Formó un club deportivo, tomó lecciones de esgrima, se internó en la biblioteca paterna y leyó ávidamente. Por último, for-

mó con toda seriedad una universidad popular cuyos maestros eran él, tres primos, tres estudiantes y, los alumnos, un puñado de mayordomos y obreros del barrio. La pequeña y ambiciosa universidad no tardó en fracasar.

"La casa de mi padre fue la primera que tuvo luz eléctrica en Trujillo", recuerda Haya de la Torre, "y con cada bombilla nos enviaron de regalo una pantalla de porcelana. Las veintidós pantallas estuvieron guardadas mucho tiempo en la biblioteca". Era ya un jovencito de catorce años que había establecido amistad con los anarquistas, cuyo sindicato funcionaba a pocos pasos de la casa de los Haya en la calle Ayacucho, cuando se apoderó, con su hermano Cucho, de cuatro de las pantallas de porcelana y las regaló a los dirigentes sindicales. Fueron colocadas sobre las luces de lectura en la biblioteca obrera, y los anarquistas, agradecidos, les abrieron las puertas. Allí, en ese local, leyó entonces diarios y libros que nunca habían entrado en su propia casa. Y se enteró de la existencia de González Prada.

En 1913, después de muchas dudas en torno a la profesión que debía seguir, Víctor Raúl fue admitido en la Facultad de Letras de la Universidad de Trujillo.

SE CONOCIERON en el aula, espigado, taciturno cholo, quizás sombrío en su traje negro el uno; extrovertido, dinámico, hablador el otro. Ambos serían los peruanos más conocidos de su tiempo y ambos sufrirían la injusticia de sus compatriotas. Más tarde, aunque las ideas los llevaran a trincheras apartadas, nunca dejarían de profesarse un entrañable afecto. Poeta el uno: César Vallejo; político el otro: Haya de la Torre.

Delgado, de triste continente, la frente ancha y beethoveniana, los labios sellados, el mentón altivo, Vallejo aún no había escrito de Pedro Rojas y su dedo grande, al que mataron obligándolo a morir. Era un estudiante tres años mayor que Haya de la Torre, inquilino del Hotel del Arco, donde, en las noches, antes de dormir y concluidos los estudios, escribía versos enviados tenazmente a editores en cuyas respuestas le sugerían que abandonase la poesía. Usted no sirve, amigo Vallejo, dedíquese a otra cosa, a amanuense quizás. Vamos, Vallejo, déjese de escribir mamarrachos y "burradas más o menos infectas".

Para el poeta, Haya era un estudiante sin método, había que dárselo. Y estudiaba con él. Para el político, Vallejo era un hombre sin método de vida. Debía jugar fútbol, cantar, reír, formar parte de la sana bohemia trujillana, apuntar hacia el futuro. Daban largas caminatas hablando del mundo y de sus incomprensiones y soledades. He almorzado solo ahora, y no he tenido madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua. Una madrugada cualquiera, en la habitación amplia y mal iluminada del Hotel del Arco, Vallejo le extendió sus poemas. Al día siquiente, en uno de sus peculiares entusiasmos, Haya de la Torre se los entregó a Antenor Orrego en el diario "La Reforma". La crítica no pudo ser más favorable. "Vallejo es un hombre de bondad sin límites", afirmaba Víctor Raúl, que fue, casi con absoluta certeza, el primero que creyó en la grandeza del poeta. Por su parte, Orrego le profesó siempre admiración. A la muerte de Vallejo, escribió: "Ni en el pasado, ni en el presente —tampoco lo esperamos en el porvenir— hay nada que se le parezca. Podrán surgir fuerzas más poderosas, porque la matriz de la Vida es siempre inagotable, pero serán distintas. Como toda gran poesía, la suya es única. En él se cumple el apotegma del arte eterno: una vez y nunca más".

Vallejo encontró el calor humano en ese grupo bohemio formado en torno de la poderosa personalidad de Orrego. Le pusieron un sobrenombre: Korriskoso. Y bebió y cantó y rió con ese grupo de trasnochadores impenitentes entre los cuales se encontraban Macedonio, el propio Orrego, Víctor Raúl y su hermano Cucho, José Eulogio Garrido, Carlos Manuel Cox, el pequeño y bebedor Federico Esquerre, el compositor Carlos Valderrama, el poeta Oscar Imaña.

En 1916, después de las primeras lides políticas de Haya de la Torre en la Universidad de Trujillo, empezaron los ataques anónimos contra el poeta Vallejo desde dos publicaciones locales. Los poemas de Vallejo habíanse visto impresos gracias al apoyo de Antenor Orrego, pero encontraron una violenta oposición en los intelectuales de la cátedra universitaria. Poeta maldito, le dijeron. Y también ateo y drogadicto. Haya de la Torre, adolorido, conversó de esta innoble campaña dirigida contra uno de sus mejores amigos y fue escuchado por Amalia de Isaura, bella primera actriz de la Compañía Española de Comedias, que sostenía una temporada en Trujillo. La Isaura, de

quien se decía que Víctor Raúl andaba enamorado, le sugirió que escribiera una sátira contra los intelectuales y una defensa de Vallejo y le prometió que tan pronto estuviese terminada, ella la pondría en escena. Haya de la Torre aceptó y se encerró a escribir sin descanso. El resultado fue una comedia, "Triunfa, Vanidad", que obtuvo un gran éxito en las tablas del Teatro "Ideal". Víctor Raúl fue llamado diez veces a escena. Vallejo, agradecido, le escribió un soneto publicado en "La Reforma" y su amigo respondió, siempre bajo el seudónimo de "Juan Amateur", con unos versos titulados "Hiperestesia". Unos meses más tarde se marchó a Lima. Vallejo lo hizo a fines de 1917 y volvió a Trujillo en 1920, sólo para verse encarcelado durante ciento doce días por la estupidez de un juez, luego de un sangriento incidente en Santiago de Chuco, en el que toda su participación estuvo dirigida a apaciguar los ánimos. Volverían a verse en París.

MINISTROS DE ESTADO, influyentes banqueros, ricos agricultores formaban parte de ese mundo cortés al cual vino encomendado el joven estudiante trujillano: su familia. El ritual en Lima tenía un compás aletargado: los días miércoles, té con el tío Ministro; los días viernes, cena con otro tío que regalaba monedas de oro. Y todas las tardes, después de las clases en la universidad, el té pantagruélico en casa de una trujillana de campanillas, convertida ahora en la amante de uno de los hombres más acaudalados del país. En su época, esas relaciones prohibidas constituían un escándalo tan grande como los amoríos del Presidente Pardo. Haya de la Torre, que era íntimo amigo de ella, no vaciló nunca en acompañarla a la ópera o al ballet. "Si podía ir a su casa con otras quince o veinte personas todos los días para tomar el té, bien podía tratarla con el mismo cariño, respeto y amistad cuando estábamos en sitios públicos", recuerda. Pero el joven estudiante fue alcanzado por el escándalo, sus tías lo amenazaban con enviar cartas a la madre que estaba en Trujillo, acusándolo de libertino, y así, convertido poco a poco en la oveja negra por su permanente rechazo a los tabúes sociales, Víctor Raúl empezó a descubrir las falsedades de su propio mundo. Concluyó de abrir los ojos cuando la pareja que motivaba el escándalo contrajo matrimo-

nio. A la recepción que ofreció con ocasión de su boda asistió, desde luego, el "todo Lima" que los había criticado ferozmente. Al llegar Víctor Raúl a la fiesta, la recién casada lo llevó a un lado, jugó con su largo collar de perlas y dijo con su voz ronca de fumadora empedernida: "Mira bien, mírame dando de comer a las fieras".

En agosto de 1917, al ser designado prefecto del Cuzco su pariente el coronel César González, el futuro jefe del APRA lo acompañó como su secretario y transfirió su matrícula a la universidad de esa ciudad. Este viaje no sólo significó el alejamiento del mundillo familiar limeño, sino también de una bella adolescente a la que había conocido en Chorrillos, que fue el gran amor de su vida. Habría de convertirse en un personaje tan importante en el APRA, que cincuenta años después Haya de la Torre llegaría a decir: "Sin ella, el partido no existiría". Se trata de Ana Billinghurst, hija de un presidente de la República, Guillermo Billinghurst, derrocado en la segunda década del siglo por Oscar R. Benavides.

Al llegar de Trujillo, Haya de la Torre se había hospedado con frecuencia en la casa que su tío Agustín de la Torre González tenía en Chorrillos. Allí conoció a Ana Billinghurst y trabó amistad con Andrés Valle, un joven acaudalado que, infortunadamente, estaba atrapado por las drogas heroicas. El jefe del APRA recuerda de aquellos días los largos y románticos paseos con Ana y las horas pasadas al lado de su amigo, quien en los momentos de más intensa ansiedad, en las noches pobladas de fantásticos terrores, lo mandaba llamar y le pedía que no lo dejase solo.

El destierro impuesto por Leguía terminó por separar a Haya de la Torre de estas dos personas que iban a tener tanta influencia en su vida. En 1929 ella fue a buscarlo a Alemania. Andrés Valle le había propuesto matrimonio y ella no había olvidado al joven desterrado. Pero condenado al exilio, sin saber cuándo podría retornar al Perú, empobrecido y casi derrotado, Haya de la Torre se hizo a un lado. Ella se casó en el Perú, tuvo un hijo y enviudó en 1930. El líder del APRA regresó a su vez al país y entonces le propuso matrimonio, solo que ahora fue Ana quien se sintió impedida. En efecto, durante su corto matrimonio con Valle, se había aficionado a las drogas. Se casarían, sí, pero primero debía curarse. Viajó con

ese propósito a Chile y se internó en la clínica del Dr. Sebastián Lorente; terminó liberándose de las drogas, pero empezó a beber. Haya de la Torre fue siempre su freno, cuidó de ella y compartió su vida hasta extremos nunca divulgados con esta mujer que, pese a su caótica existencia, fue sin duda extraordinaria. A partir de 1936, Ana Billinghurst, bajo el seudónimo de Ana Pantoja, sería la protectora del APRA, conspiradora, enlace, agente y espía. Daría escondite innumerables veces a Haya de la Torre, lo llevaría de un sitio a otro de la ciudad con la policía siguiéndole los pasos y gastaría por lo menos un millón de soles en mantener vivo a ese partido clandestino y golpeado. Cuando en 1942 los apristas pudieron salir de sus catacumbas, Ana Pantoja dio una gran fiesta celebrando el cumpleaños del líder. Volvería a trabajar activamente en la política durante la nueva persecución de que fueron objeto los apristas y en 1945 compartiría la alegría de libertades que parecían definitivas. Pero se separó para siempre de Víctor Raúl en 1948. Asilado en la Embajada de Colombia y luego desterrado, él no pudo verla más. Ana Billinghurst, la imagen dulce que evocaba junto con los lejanos días de Chorrillos, la mujer que fue la compañera de su vida turbulenta, la legendaria Ana Pantoja, derrotada por la soledad y otra vez por las drogas, murió en 1955 en la clínica Villarán, al otro lado de una calle en la que estaba el viejo local del APRA, convertido ahora en una escuela secundaria. Cuando volvió al Perú en 1957, Haya de la Torre dejó su equipaje en una casa atestada de gente y escapó de inmediato con su secretario y fiel amigo Jorge Idiáquez. Su destino: el antiguo cementerio prebístero Maestro. En la puerta compró un inmenso ramo de violetas que costó cien soles. Pero al llegar al mausoleo de los Billinghurst encontró la reja cerrada. Allí descansaba para siempre Ana Pantoja. Idiáquez se alejó discretamente; al darse vuelta vio cómo el ahora poderoso Haya de la Torre deshacía lentamente el ramo de violetas y las iba arrojando, una a una, al piso de viejo mármol. Sus manos apenas podían pasar entre los estrechos barrotes.

EN 1918 SE PUSO en evidencia el gran instinto político de Haya de la Torre. Despertó, por decirlo así, con el conflicto de

las ocho horas que estalló el 23 de diciembre de ese año a causa de la huelga decretada por los trabajadores de "El Inca". Un viejo anhelo de los anarco-sindicalistas, la lucha por las ocho horas había empezado en 1905, y esta vez, toda clase de sindicatos se unieron a la huelga hasta paralizar la ciudad y dejarla a oscuras. Haya de la Torre, dirigente de la Federación de Estudiantes del Perú, estableció contacto con los huelguistas. Su propósito: lograr el apoyo estudiantil a las peticiones obreras. No pudo conseguir el pronunciamiento de la FEP, pero obtuvo para los trabajadores el uso del inmenso salón de actos que la Federación tenía en el ala derecha del Palacio de la Exposición. El 12 de enero de 1919, el mismo día en que comenzaba el paro general y la ciudad quedaba privada de sus últimos servicios, Haya de la Torre consiguió unificar a un grupo de delegados estudiantiles y negoció la autorización de viaje solicitada por el Presidente de la FEP a cambio del apoyo a los obreros y la designación de una comisión de estudiantes que debía integrarse al Comité de Huelga. La asamblea, a ratos violenta, le deparó una votación favorable: se nombró la comisión, con Haya de la Torre como presidente. En calidad de tal, trabajando dieciséis, a veces dieciocho horas diarias, se convirtió en el principal negociador teniendo como contacto en el gobierno al Ministro de Fomento Manuel Vinelli, representante liberal en el gabinete civilista-liberal del Presidente José Pardo. Pronto asumió plenos poderes en la comisión estudiantil. En la ciudad paralizada, patrullada por la caballería, transitaba en un automóvil con salvoconducto, llevando de un lado a otro propuestas y contrapropuestas. Por último, una gran asamblea obrera le designó "representante del pueblo" para buscar la solución del conflicto. El 14 de enero de 1919, casi traicionado por los civilistas, se enfrentó a las tropas que rodearon el Palacio con el propósito de atacarlo y apresar a los dirigentes obreros. El día 15 convenció a los huelguistas de que era necesario ceder en los reajustes salariales para obtener la conquista más importante: la jornada de trabajo de ocho horas. Presionó entonces al gobierno, que no estaba dispuesto a dar marcha atrás. Pero la situación se hacía insostenible: el paro era total, tomaba cuerpo la dura oposición del candidato Leguía, los estudiantes apoyaban firmemente a los trabajadores. Luego de una tensa reunión del Consejo de Ministros, Vinelli

envió a Haya de la Torre el decreto firmado. Una delirante manifestación de obreros y estudiantes recorrió entonces las calles de Lima. Al día siguiente los trabajadores volvieron a reunirse en el salón de actos de la FEP, con el propósito de organizar la Federación de Tejidos del Perú, la más poderosa organización sindical de su tiempo. Y cedieron a Haya de la Torre la simbólica presidencia de esa reunión.

POR PRIMERA VEZ los estudiantes habían tomado parte en la lucha al lado de los obreros y en franca rebeldía contra el viejo sistema. Su intervención había sido decisiva no sólo para conseguir el decreto de las ocho horas, sino para despertar en los ciudadanos respeto hacia los sindicatos. El país-virreinato despertaba. Ahora los estudiantes debían imponer las reformas en su propia casa. La apolillada universidad era feudo de linfáticos académicos, profesionales para quienes la cultura giraba inerte y desfallecida en torno de un siglo ya desprendido de los calendarios, junto con sus privilegios y sus mayorazgos. Había sido un siglo vertiginoso, deslumbrante para el pensamiento. De Hegel, enciclopédico y sistemático, a las utopías de las falanges de Fourier; de Comte, sumo pontífice de una religión de la humanidad, a Proudhon, fustigador de filósofos, enemigo de la especulación, polémico y fascinante, el siglo culminó con la aparición de Marx, el transformismo de Lamarck y Darwin, el evolucionismo de Spencer y el relampagueante mundo de Nietzsche. Fue un siglo que devolvió vigor a la filosofía, que hizo de la dialéctica algo más que una ley del pensamiento y la convirtió en el esqueleto de la historia del hombre. Pero era ya un siglo fenecido. Nuevos hechos, nuevos hombres, nuevos acontecimientos seguían transformando la realidad humana y se abrían al mismo tiempo las puertas de un universo nuevo. Después de la guerra mundial y sus millones de muertos, un eclipse de sol confirmaba en 1919 la revolucionaria teoría de Einstein sobre el espacio curvo Y, entre tanto, en la indolente universidad peruana se continuaba la preparación de doctores; universidad de grupo, retórica y provinciana; universidad que no constituía una fuerza social sino el refugio de los animales intelectuales de Hegel, que daban arbitrariamente a su tarea, a sus puntos de vista, un valor absoluto. Petrificada, conservado-

ra, aristocrática, atrasada, la universidad debía ser reformada y pese a los esfuerzos hechos desde principios de siglo por Manuel Vicente Villarán, y más allá de sus polémicas con Deustua, serían los estudiantes quienes propagando la chispa de la reforma que brotó en Argentina, echarían fuego a los decrépitos privilegios.

El conflicto estalló con la huelga de los estudiantes de Letras para obtener el cogobierno, extirpar sinecuras, establecer la autonomía universitaria y tachar a los malos catedráticos. La huelga empezó días antes del golpe de Estado de Leguía, que asumió la presidencia el 4 de julio de 1919, aduciendo que el gobierno tramaba desconocer su triunfo en las elecciones.

Elegido Hernando de Lavalle Presidente de la Federación de Estudiantes, la huelga se extendió rápidamente en San Marcos y, por mayoría de opiniones, los estudiantes tacharon a dieciocho catedráticos. Pero casi dos meses después, sufriendo enormes presiones y ante la amenaza de renuncia de la totalidad de los catedráticos sanmarquinos, Lavalle dejó la presidencia y la FEP quedó acéfala. La reforma vaciló. Una fracción de estudiantes de Derecho, capitaneada por José Manuel Calle, intentó detener la huelga. Era un complot ejecutado de acuerdo con los catedráticos, y en una turbulenta asamblea, Haya de la Torre denunció la maniobra y obtuvo en favor de la huelga y la reforma una abrumadora mayoría de votos. El 6 de octubre fue elegido Presidente de la Federación.

Había muerto Ricardo Palma y los linotipistas de todos los diarios limeños estaban en huelga. En sus primeras cuarenta y ocho horas de Presidente de la FEP, el joven Haya encabezó el duelo de la juventud por la muerte del Maestro, supo en una entrevista con el rector Javier Prado que los catedráticos habían renunciado irrevocablemente y tuvo dos reuniones con Leguía, quien terminó, con extraordinaria habilidad, por promulgar las dos leyes, la 4002 y la 4004, referente a la reforma y las tachas. Aunque la Universidad sería recesada, para reiniciar sus labores en 1922 con Manuel Vicente Villarán como Rector, la reforma estaba en marcha.

HAYA DE LA TORRE vivía en Chorrillos. Ausente durante unas semanas, mientras organizaba el Primer Congreso de Estudian-

tes del Perú que se realizó en el Cuzco, volvió al viejo y soleado balneario al concluir sus funciones como presidente de la FEP.

En las noches chorrillanas Haya bajaba al Club Regatas para darse una zambullida de ocho metros y nadar solitario mientras un antiguo proyecto regresaba a su mente llena de inquietudes: la universidad popular. Su propósito: dar educación a los obreros con el concurso de estudiantes universitarios. Era una obra titánica, pero al cabo tomó la determinación de emprenderla y tras varias semanas de intenso trabajo logró formar sus cuadros de maestros. Pronto, sólo con el auxilio de la Federación de Estudiantes y de los sindicatos, la universidad popular empezó a funcionar en Lima y Vitarte.

El buen éxito de las universidades populares —más tarde universidades González Prada, en honor al maestro de la juventud— despertó la profunda desconfianza de Leguía. El astuto Presidente de la República veía en ellas la posibilidad de un gigantesco frente de estudiantes y obreros para quienes Haya de la Torre era el líder indiscutible. Y si bien no tenían entonces un colorido político, podían convertirse en un formidable instrumento de oposición. Leguía procuró entonces atraer a Haya de la Torre empleando sus armas predilectas: el soborno y las amenazas. El estudiante resultó inmune a ambas.

En abril de 1923 trascendieron los planes del Gobierno para aprovechar políticamente la entronización del Corazón de Jesús en el país. Esos solemnes actos religiosos significarían para Leguía —en ese momento modificando la Constitución para perpetuarse en el poder mediante la reelección y un escandaloso fraude electoral— algo más que una devoción. Considerándolo además un atentado contra la libertad de conciencia en el Perú, Haya de la Torre inspiró la formación de un comité que habría de dirigir la campaña pública de protesta.

Aparecieron los primeros artículos contrarios a los planes de Leguía en la revista "Variedades". Y se fijó el 23 de mayo como la fecha de una multitudinaria asamblea en la universidad de San Marcos. Alertada la policía y enviados los soplones en busca de Haya de la Torre, éste se refugió la víspera en casa de un tranviario llamado Salomón Ponce. Y a la hora de la asamblea, mientras los soplones de la Patria Nueva lo seguían

buscando, el joven líder de los estudiantes entró en la universidad por sus techos.

Según el testimonio de los presentes, un nutrido grupo de soplones había logrado introducirse en la universidad, ya sea con la intención de abrir fuego contra el estrado donde estaba Víctor Raúl —ya habían querido asesinarlo en el Callao unos días antes—, ya con el propósito de tomarlo preso al concluir los discursos. Pero al terminar la asamblea, en una sorpresiva maniobra, los dirigentes del movimiento cerraron filas y salieron al Parque Universitario.

Fue una manifestación sin precedentes, no sólo porque era la primera gran protesta contra los sistemas de la Patria Nueva, sino porque enfrentaba al pueblo con el tráfico de la liturgia, unánime condena al mal uso que de la religión hacían sus prelados, de acuerdo con una dictadura ansiosa de popularidad para quedarse en el poder.

Los manifestantes avanzaban hacia la Plaza San Martín, cuando los fusiles al servicio de Leguía abrieron fuego encarnizadamente.

Atardecer de cierrapuertas y miedo, día de lúgubres resonancias, de trotar de caballos, de chocar de sables y espuelas, de estampidos de mosquetones, de manifestantes que retrocedían hasta quedar acorralados. Atardecer de cólera, de un pueblo enfurecido que devolvía con adoquines los golpes de sables. Atardecer que alumbraba a un puñado de líderes: Haya de la Torre, lívido, las ropas en desorden, blandiendo el bastón como si fuese una espada; Manuel Seoane, alto, atlético, desenfundando un revólver enmohecido; Luis Heysen, un jovencito de diecisiete años de edad, arrojando adoquines a diestra y siniestra. Atardecer de soldados que dirigían sus cabalgaduras contra los estudiantes, dando planazos, golpeando después con el filo de sus sables, dejando tras de sí un reguero de bárbaros cortes. Obligando a refugiarse en el "Callejón de los Blancos", Haya de la Torre salió al anochecer. La policía se había retirado a distantes bocacalles. Sobre los adoquines sucios de sangre, bajo un cielo de luces cada vez más tenues, se quejaban los heridos. En los brazos de Cucho Haya agonizaba Salomón Ponce, en la casita obrera y chorrillana donde Víctor Raúl había pasado la noche anterior, eje de un pequeño universo de niños que iban a la escuela y miraban desorbitados al visitante lo-

cuaz. Se murió Salomón Ponce sin que supieran que era él, con el rostro desfigurado por las balas, las manos crispadas, pisoteadas por los caballos. Víctor Raúl estuvo a su lado durante la galopante agonía y luego, a la cabeza de un pequeño grupo, avanzó por las calles de Lima llamando a gritos a los asesinos, desafiante líder cuyos seguidores aumentaban a medida que se acercaba a la Plaza de Armas a la que llegó sin encontrar a las tropas. Ya Leguía, dándose cuenta de la gravedad de la situación, había ordenado detener la carnicería. Ahora había que atrapar a los cabecillas y deportarlos. Haya de la Torre, luego de un corto discurso pronunciado desde un banco de la plaza, llevó a los manifestantes a los diarios limeños para expresar su protesta —fue la última vez que entró en "El Comercio"— y escapó después de los soplones que esa noche estuvieron a punto de atraparlo varias veces.

En la mañana del 24 de mayo, Haya de la Torre volvió a encabezar un mitin en el centro de Lima. La policía había llevado a las víctimas de la víspera —el motorista Ponce y el estudiante Alarcón— a la morgue y las autoridades pretendían inhumarles apenas concluidas las autopsias en la tarde, sin permitir los servicios fúnebres. Al hablar desde las escalinatas del Teatro Colón, Haya de la Torre anunció: "Como Antonio con el cuerpo de César, llevaremos a nuestras víctimas ante los ojos del pueblo exigiendo justicia".

Burlando otra vez a los soplones se escondió al mediodía en casa de Heysen y esa tarde marchó con un extravagante disfraz a la morgue, ya rodeada por una multitud de unas veintemil personas. Y mientras parte de la muchedumbre simulaba retirarse atrayendo la atención de los soldados que custodiaban el local con sus ametralladoras, los estudiantes sacaron los cadáveres por la parte posterior.

Se formó el cortejo fúnebre: Ponce en un ataúd descubierto, el desafortunado estudiante sobre la tapa del féretro del obrero, lívidas, mutiladas víctimas que avanzaban sobre los hombros de una sudorosa multitud, bajo otro atardecer de violentos colores, atravesando las angostas calles de los Barrios Altos en dirección al centro de la ciudad, arrancando oraciones de los viejos balcones atestados de gente, silenciosa procesión que fue atacada al llegar al puente vecino al cuartel Santa Catalina.

Allí los esperaba la caballería.

Pero los cuerpos pálidos, desnudos de las víctimas, las venas muertas inyectadas de formol, los ojos desorbitados, inmóviles en un cielo de huidizas nubes, siguieron avanzando. Quince mil, veinte mil personas empujaban, encogiéndose al sonar los disparos, apretujándose entre sí pero avanzando siempre. Los dirigentes, encabezados por Haya de la Torre, Seoane, Oscar Herrera y Heysen, se metieron entre los caballos, agitando sus bastones, cayendo a tierra en esa tempestad de sables y detonaciones para volverse a levantar y seguir caminando. Detrás siguió la masa y las dos víctimas y la caballería se replegó a la Plaza de Santa Teresa, donde volvió a atacar al cortejo, tratando siempre de derribar a los cargadores, de apoderarse de los cadáveres que el pueblo reclamaba para sí. La muchedumbre no se detuvo. Pasó desafiante frente a los efectivos de la Escuela Militar de Chorrillos, que no obedecieron la orden de disparar, y llegó al fin al Parque Universitario, donde una parte luchó con la caballería mientras la otra llevaba a las víctimas a la universidad.

Esa tarde Haya de la Torre entró en San Marcos golpeado y ensangrentado, pero crecido en su talla de conductor de hombres. Ante la muchedumbre y junto a las víctimas de la brutalidad policial, anunció con voz ronca que la universidad quedaba ocupada por la juventud y el pueblo.

Advertido de los planes de Leguía gracias a los informes de un empleado de la Prefectura, Haya de la Torre sabía que se pretendía su asesinato y la deportación de un falso Víctor Raúl y que la universidad sería atacada a la una de la mañana, cuando los soplones disfrazados de empleados de una agencia funeraria llegasen a entregar ofrendas florales.

Haya de la Torre preparó rápidamente la defensa. Grupos de obreros debían levantarse en los barrios tan pronto fuese atacada la universidad. Dentro de ella quedarían unos mil estudiantes y trabajadores que alzaran barricadas mientras los alumnos de química preparaban bombas y ácidos. Vigilados los techos, organizados los primeros auxilios, establecidos los enlaces, dio la última orden: si entraban las tropas, se incendiaría San Marcos.

Puntualmente, a la una de la mañana, llegaron las ofrendas, pero las puertas no se abrieron. A las cuatro de la ma-

ñana el informante llamó a Haya de la Torre al teléfono de Letras: en el seno del gabinete se había impuesto la cordura del Ministro Alfredo de la Piedra y se daría garantías para los solemnes funerales de las víctimas.

En la mañana del 25 de mayo, por intermedio del Rector Manuel Vicente Villarán, se solicitó que una comisión de estudiantes y obreros se entrevistara con el Ministro de Gobierno para acordar la tregua. Concedida ésta se abrieron las puertas de San Marcos para dar paso a una gigantesca muchedumbre.

Y después, el cortejo: los dos ataúdes cubiertos de flores, Haya de la Torre grave e insomne; el rector y los decanos de chaqué y tarro; la multitud, el silencio, el rumor inmenso de las pisadas por las viejas, malolientes callejuelas que conducen al cementerio. Y ya en el Presbítero Maestro, en ese petrificado bosque de cruces blancas y estáticos ángeles de mármol, Haya de la Torre subió hasta la Cripta de los Héroes y se hizo el primero, hipnótico silencio entre él y la masa. Orador que nunca aprendió de memoria un discurso, siempre tuvo un intenso miedo, casi pánico, al enfrentarse a la multitud; un miedo traducido en dolor físico, a veces una punzada intensa que se hunde en su estómago, angustia de sus ojos ausentes hasta que se establece el vínculo telepático, electrizante, el milagro final de sus grandes discursos. Y esa tarde, golpeado por los sables, tenso, despierto por un esfuerzo de su asombrosa vitalidad, miró desde lo alto a la muchedumbre, se unió a ella y proyectando hacia adelante la diestra extendida, exclamó con un grito ronco: "¡El quinto, no matar!" Y repitió, enfurecido: "¡El quinto, no matar... el quinto, no matar!"

TERMINADA LA oración fúnebre, Haya de la Torre emprendió nuevamente la fuga. Debía refugiarse en el mausoleo de la familia Billinghurst. Un empleado de confianza debía ser enviado por Ana con las llaves desde Chorrillos, pero no llegó a tiempo por la falta total de transporte en la ciudad y Haya no tuvo más remedio que saltar los muros del cementerio, con la ayuda de dos obreros, y huir por el Rímac hacia la casa de Oscar Herrera, activo dirigente de las universidades populares y su compañero inseparable durante esas históricas jornadas. Allí fue escondido. Estaba agotado, con fiebre alta, principio de pulmonía. Pero ese mismo día apareció el lacónico comunicado firmado por el Arzobispo Lisson —que había sido su maes-

tro en el Seminario de San Carlos y San Marcelo— anunciando que se suspendía la consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús. El Presidente Leguía seguía dando órdenes dictatoriales desde la casa de Pizarro, pero había sido derrotado.

Haya de la Torre pudo volver a sus ocupaciones al cabo de unas semanas. Leguía quería deshacerse de él, pero apeló otra vez al soborno. Le ofreció un destierro de lujo: 30 mil soles al momento de embarcarse, cien libras mensuales para que viviese cómodamente en Europa. Siguieron las amenazas y por fin la prisión en el antiguo y lóbrego Real Felipe y en la isla San Lorenzo. Era el 2 de octubre. La Federación de Estudiantes, en plenas elecciones, lo eligió Presidente por unanimidad y designó Vicepresidente a Manuel Seoane. Se declaró la huelga general en Lima, Callao y Trujillo. Paralizado el ferrocarril central en protesta por su encarcelamiento, hubo graves disturbios en Vitarte y Lima quedó nuevamente sin electricidad. Y en la isla, Haya de la Torre se declaró en huelga de hambre. Ocho días después fue deportado a Panamá.

Fue un largo destierro. México con su revolución y la amistad con Gabriela Mistral, Vasconcelos y Diego Rivera. Allí fundó el APRA el 17 de mayo de 1924. Luego la Unión Soviética, las reuniones del V Congreso Mundial del Comintern, las entrevistas con Trotsky. Suiza, adonde tuvo que recluirse en un sanatorio y las visitas a Romain Rolland. Inglaterra y Oxford, el célebre debate con los estudiantes de la Universidad de Washington. París y el reencuentro con Vallejo, las conversaciones con Unamuno en el Café de la Rotonda y la formación de la Célula Aprista de Francia. Bruselas y el Congreso Anti-imperialista Mundial. Nueva York ahíta de riquezas, excéntrica y bulliciosa antes de la gran crisis. Y otra vez México; Centroamérica y su planeado asesinato en El Salvador, los vejámenes en la Zona del Canal, donde fue obligado a seguir viaje a Europa, considerado por las autoridades norteamericanas como un peligroso agitador comunista. Y la última etapa del destierro en Charlottemburg, un apacible barrio de Berlín al que empezaba a llegar, todavía distante, la fanfarria de los nazis.

Hasta allí arribó la noticia: Leguía había sido derrocado por un oscuro comandante del ejército llamado Luis M. Sánchez Cerro.

Sánchez Cerro

LAS MUJERES cortaron sus rizadas cabelleras y sustituyeron los corsés por pequeños e impúdicos corpiños franceses, enseñaron las rodillas, aprendieron a fumar cigarrillos de boquilla dorada, bebieron cocteles y manejaron autos descapotables. Aparecieron los millonarios de la postguerra, Charlie Chaplin y el Hollywood Revue, se enriquecieron amigos y enemigos del gobierno y se brindó por la sabiduría y la vida del Dictador. Había llegado la Patria Nueva, la época de los empréstitos, de las urbanizaciones, del veloz enriquecimiento, los once años de Augusto B. Leguía. Burbujeante y dorada década de los veintes, años de adulación, de soplones, carnavales y banquetes, de huachafas que soñaban con el Palais Concert, de señoritas casaderas consumidas en la costura, de aristócratas y doctores que vivían en casas húmedas y profundas, llenas de libros, sables enmohecidos y bellas porcelanas. Fueron los años de los poetas tuberculosos, de los pachecudos, líricos, ignorantes diputados; la época en que las barrigas más majestuosas de Lima sólo podían ser operadas por el Dr. Guillermo Gastañeta; la era de Chocano, Felipe Pinglo y Sabogal, de las óperas con la Besanzoni y el cinema con el mono Trullen; de Alejandro Granda y el Almanaque Bristol; de los blancos y soleados ranchos chorrillanos y las tardes en Acho con Chicuelo y el Gallo, Ignacio Sánchez Mejías, Joselito y Belmonte; del Clásico Centenario ganado por el crack "Marcial" y del gol al divino Zamora. Once años de vaivenes en torno de un caballero cortés y elegante, de pulcro bigote blanco, que prefería corromper antes que asesinar. Once años de tumultos, cierrapuertas, negociados, crímenes, bandoleros y señores feudales.

Lima rodeó a Leguía, lo aduló, lo llenó de regalos, se humilló al aceptar sus dádivas, y por eso, tal vez, al caer en desgracia, lo trató con crueldad sin precedentes. Pero en su apogeo, la ciudad lo tuvo por Prócer de la República y le levantó estatuas, reprodujo sus discursos, le ofreció banquetes, bailó para él, rió para él, lo llamó Gigante del Pacífico, el Nuevo Mesías, dijo que se vivía el Siglo de Leguía y lo comparó con Napoleón, Bolívar, Washington y Lincoln. Embriagado, todopoderoso en la prosperidad, Leguía se consideró infalible. Se modificó la Constitución para que pudiera reelegirse en 1924 y en 1929. Desaparecieron los partidos políticos, se llenaron las cárceles de conspiradores y la lista de los desterrados se hizo interminable. Pero la crisis mundial que comenzó en 1929 se interpuso en los proyectos de Leguía de perpetuarse en el poder. El Perú tuvo que ir a una devaluación del 18%, reemplazando la libra por el sol de oro como unidad monetaria. Entre 1929 y 1932, a consecuencia de la crisis, declinó la producción de todos los metales y combustibles y el gobierno no pudo obtener más empréstitos. Ya el país debía inmensas cantidades de dinero al extranjero —unos 360 millones de soles en 1932, cotizado el sol a cuarenta centavos de dólar— y el Presupuesto de la República llegaba a la muy respetable cantidad de 14'098,719.2.23 libras peruanas. Paralizaron poco a poco las obras públicas, se hizo economías fiscales pero quedaron al descubierto los grandes peculados. La cotización de la libra peruana bajó de 4.00 dólares en octubre de 1929 a 3.68 dólares en agosto de 1930. Pronto la posición de Leguía se volvió inestable. Durante una función de gala en el "Excelsior", a la que asistió el Presidente, se proyectó una película sobre la revolución francesa y en la oscuridad de la sala se oyeron gritos contra el tirano. Los años burbujeantes habían concluido, su suerte estaba echada: el pueblo hambriento le había perdido el miedo.

MANGACHE, PEQUEÑO y oscuro, pariente lejano de las gentes del Madagascar, Luis M. Sánchez Cerro era hijo de un modesto escribano, Antonio Sánchez, y de Rosa Cerro, perteneciente a una distinguida familia piurana.

Asomarse a su intimidad es lo mismo que echar un vistazo a las más atormentadas complejidades humanas. Violento, sanguinario, obsesivo, casi paranoico, fue el cuarto de siete hermanos y tal vez sufrió de epilepsia. Brutal, agresivo, pintoresco caudillo que hizo delirar a las masas en su momento de gloria fugaz, jamás conoció el miedo. Nacido en Piura, maniático sexual, conspirador, abusivo a menudo, desprovisto de cultura, cruel, contradictorio, impulsivo pero silencioso en sus planes, astuto, mucho más astuto de lo que creyeron sus adversarios, sus propios amigos reconocían que no tenía cualidades de estadista.

En su libro "Freud y los Actos Maniáticos", el Dr. Gómez Nerea escribe: "La equivocación refleja a veces el estado patológico del sujeto. En apoyo de esta aseveración puedo ofrecer un ejemplo rigurosamente histórico y que hace poco tiempo adquirió gran difusión en el Perú. El abyecto tirano que ensombreció la vida de ese país hace algunos años, empeñado como estaba en llevar al pueblo a la guerra con Colombia, pronunció el mismo día en que una bala providencial acabó con su vida, una alocución a sus tropas en la que pudo escucharse la siguiente frase: 'Yo, como miembro viril del Ejército Peruano . . '.

"Evidentemente el tiranuelo quiso decir: 'Yo, como miembro del viril ejército peruano'. Pero la equivocación transpositiva debía delatar las características psicológicas del sujeto, por lo demás ya populares en el país, y por lo cual causaron mucha gracia: Sánchez Cerro era un erotómano conocido, un pervertido sexual, uno de esos tontos de capirote que cifran su mayor orgullo en una suerte de priapismo".

Cuando aún era un oficial joven ya le decían "el dictador" y mantenía la disciplina entre sus soldados si era necesario con azotes. Pero él mismo parece haber incurrido en faltas graves y haber protagonizado algunos bochornosos incidentes en Chiclayo, en 1912, cuando era subteniente, sucesos que fueron duramente criticados en los diarios locales.

"El Progreso" del 29 de mayo editorializó:

"Ayer, a las 5 y 30 de la tarde, un subteniente Sánchez Cerro que pertenece a la Infantería Montada, haciendo gala de la borrachera en que diariamente vive, faltó de una manera salvaje y grosera a una respetada señora que se dirigía a su domicilio en la calle San Pedro.

"No es ésta la primera vez que este sujeto denigra la carrera militar, pues hace poco un diario local dio cuenta de un abuso casi análogo perpetrado en una mujer.

"No dudamos que al tener conocimiento de este cobarde atentado el pundonoroso coronel Puente sabrá castigar como se merece semejante abuso, para que comprenda ese vulgar oficial cuál debe ser en adelante su comportamiento".

"El Departamento", de la misma fecha, también se ocupó del incidente:

"Ayer en la tarde, en momentos en que una señora se dirigía a su domicilio situado en la calle San Pedro, fue ultrajada de manera villana por un Sr. oficial Sánchez, de la Infantería Montada, quien olvidando el respeto que debe a su uniforme, al ver rechazados con altivez sus insolentes galanteos, tuvo el avance de atropellarla y patearla, ante las escandalizadas miradas del público, que no pudo menos que reprochar semejante escándalo.

"Muy duro nos es tener que dar cuenta del hecho tan odioso como el que dejamos relatado, pero lo hacemos íntimamente convencidos de que los superiores de ese oficial sabrán imponerle el ejemplar castigo a que se ha hecho acreedor, teniendo en cuenta que no es la primera vez que comete escándalos, pues no hace muchos días dábamos cuenta de otro, en el que hubo de intervenir la policía y del que nuestro sujeto salió regularmente averiado".

El diario "La Tarde", de la misma fecha, al informar sobre el incidente recordaba: "No es la primera vez que este oficial, con los escándalos que fomenta, sobreexcitado por la abundancia del alcohol de que constantemente hace uso, ultraja y mancilla el galón que inmerecidamente se le otorgara. Hace poco que cometió una gran serie de escándalos, entre ellos el de haber asaltado a una pobre señora, no sabemos con qué propósitos, y después de dejarla herida y contusa con los innumerables revolvazos que le descargara, huyó despavorido a ocultar su cobardía".

Es difícil precisar la verdad en torno a los incidentes a los que se refieren los periódicos de la época. Llegado a la casa de los Presidentes del Perú por el juego sorprendente de la política y la audacia, Sánchez Cerro quiso para sí todos los honores. Se estremeció de placer al juntarse con la sociedad li-

meña, le gustaba vestirse de etiqueta, pero nunca aprendió el protocolo —al despedirse del Príncipe de Gales en su visita al Perú en 1931, le dijo: "Saludos a su papá" —. Conversaba en replana y despreciaba a los intelectuales.

En "A King's Story" (Cassel and Company Ltd., London, 1951), las memorias del Duque de Windsor, éste relata: "Aunque mi visita no era oficial, fui recibido en Lima con todos los honores; y, por cierto, quienes disputaban el poder postergaron una inminente revolución palaciega hasta que yo abandonase la Capital. El Presidente Provisional Sánchez Cerro, era un pequeño, oscuro y voluble mestizo que había alcanzado el poder desde una humilde posición en el Ejército. Durante una comida en la Legación Británica, el Presidente se sentó a mi derecha. El sitio a mi izquierda, reservado para el Vicepresidente, estaba vacío. "Yo no esperaría por mi colega", dijo el señor Sánchez Cerro con una sonrisa sardónica, "acabo de enterarme que está conspirando para asesinarme, pero le tengo una pequeña sorpresa: yo lo voy a matar a él primero".

SÁNCHEZ CERRO salió de Piura a los diecisiete años con una meta: ser oficial del Ejército. Entró a la Escuela Militar de Chorrillos en 1906 y egresó en 1910 como subteniente. Sirvió en el Norte, visitó Piura con frecuencia y se reunió con sus viejos amigos; luego fue destacado al 15º de Infantería en Sicuani y ascendido a teniente en 1912. Más tarde fue comisionado al Batallón de Ingenieros en Lima. El 4 de febrero de 1914 tuvo actuación en la revolución que derrocó al Presidente Billinghurst, al abrir una puerta de Palacio que estaba defendida por una ametralladora. Herido —perdió un dedo, de donde su apodo "el Mocho"— recibió como recompensa el ascenso a capitán y el cargo de adjunto militar en la Embajada del Perú en los Estados Unidos.

Sirvió más tarde en Carabaya y Loreto, ascendió a Sargento Mayor en 1918 y pasó al 11º de Infantería en Arequipa hacia 1920 y dos años más tarde fue destacado como juez militar en el Cuzco. En esa ciudad formó su primera revolución contra Leguía. Un lacónico mensaje llegado a Lima indicaba el fracaso del cuartelazo: "Anoche descubrióse complot revolucionario. Jefe región, prefecto accidental, coronel Julio Mindreau,

dispuso prisión varios oficiales batallón Nº 3. El mayor Sánchez Cerro, momento ser detenido, pretendió victimar coronel Mindreau quien despojóle revólver. Se han efectuado otras prisiones". Sánchez Cerro fue enviado a la terrible prisión de Taquila, una lóbrega, desnuda, fría isla en el lago Titicaca. Allí estuvo varios meses. Más tarde obtuvo la clemencia de Leguía, fue dado de baja en el ejército y puesto en libertad. Sin dinero, perseguido por la policía secreta, Sánchez Cerro vino a Lima a reivindicarse, pero no tuvo suerte y no logró entrevistarse con ningún personaje del régimen. Parecía que sus ambiciones concluían en la paupérrima casa del barrio de Chacra Colorada en la que habitaba. Recurrió entonces a un modesto amigo, el mayordomo de Leguía. Del relato escrito por ese mayordomo de Palacio, Tomás Meza, se desprenden estas escenas:

En ese tiempo daba miedo conversar con el mayor Sánchez Cerro, porque la policía secreta lo seguía para dar cuenta a la jefatura de los sitios a los que entraba y salía y como... todos le volvían las espaldas, pensó en buscarme a mí, recordando nuestra amistad de años atrás".

Relata Meza que Sánchez Cerro lo esperó en el camino a su casa, en la puerta de un callejón del barrio de Monserrate. El diálogo fue así:

—¡Meza!

—¿Cómo va, mayor?

—Te estoy esperando desde hace dos noches, quiero pedirte un servicio.

—¿En qué lo puedo ayudar, mayor?

—¡Quiero hablar con Leguía!

Meza preguntó:

—Si usted ha actuado contra Leguía, ¿cómo quiere hablar con él?

—Dígale usted que me muero de hambre... ¡que soy capaz de cualquier cosa!

—Voy a consultar —dijo Meza—. Espéreme mañana en este lugar.

Al día siguiente, después de almuerzo, Leguía llamó a Meza para saber si ya había traído el programa de las carreras de caballos. El mayordomo vio que Leguía estaba de buen ánimo y dijo:

—Me he visto con el mayor Sánchez Cerro.

—¿Dónde está? — preguntó Leguía sorprendido.

—Lo he visto en la calle. Me ha dicho que se muere de hambre y que quiere hablar con usted. Si me lo ordena, yo lo traigo.

El Presidente asintió con la cabeza.

—Mañana, después de la siesta.

El mayordomo hizo llegar a Sánchez Cerro a Palacio como había convenido con Leguía, y sin que lo vieran, hasta la sala de edecanes. Faltaban unos pasos cuando apareció el Jefe de la Casa Militar, que preguntó indignado:

—¿Quién ha ordenado que entre este asesino?

"En ese momento tocó el timbre el señor Presidente", relata Meza, "corrió el mayor Mendívil e instante después preguntó: ¿el mayor Sánchez Cerro? Al oírlo, Sánchez Cerro, casi empujando al coronel Bazo, pasó al despacho de Leguía".

Veinte días después, Meza salió a entregar una carta al correo y en el patio de Guerra encontró a Sánchez Cerro en uniforme, golpeándose las botas con una fusta. Abrazó al mayordomo, lo llevó a un bar y le invitó champaña. Sánchez Cerro había sido bien colocado por Leguía: era ayudante del Ministro de Guerra.

Más tarde, como sus superiores no lo quisieran en Lima, fue enviado a Europa. Estuvo en Italia y en Francia. Y también luchó en Marruecos con el Ejército de España; fue herido en combate y hospitalizado. Al saberlo, Leguía le envió una fuerte suma de dinero. Cuando el pequeño militar volvió al Perú en 1929, Leguía lo invitó a almorzar y lo ascendió a comandante. Meza, que sirvió el almuerzo, recuerda que el despacho de comandante fue entregado a Sánchez Cerro a la hora de los postres y que éste dijo al Presidente: "Muchas gracias. Lo considero a usted como si fuera mi padre y de esto no me olvidaré nunca".

Pero ya germinaba en su mente la idea del cuartelazo. Poco después Sánchez Cerro fue nombrado primer jefe del Batallón de Ingenieros Nº 4, acantonado en Arequipa. Antes de partir almorzó con Leguía. Unos meses más tarde volvió a Lima. El gobierno se tambaleaba y la policía secreta no tenía descanso persiguiendo a los conspiradores. Era el 5 de agosto de 1930 y Leguía lo volvió a invitar a Palacio. Se despidieron

cordialmente y al salir, el oficial hizo una reverencia. Diecisiete días después hizo la revolución.

El comandante Sánchez Cerro, piurano supersticioso, ávido de quirománticos y temerosos del cachudo, se apoderó de las tropas que en Arequipa estaban de maniobras. Andaba escaso de munición y de haber sido atacado no hubiese tenido otro remedio que rendirse. Pensando lo peor, había aprestado sus maletas y tenía preparada la fuga hacia Bolivia. El manifiesto, un documento escrito por el más tarde Presidente de la República José Luis Bustamante y Rivero, empezaba así: "El pronunciamiento que acaba de efectuarse no es la obra de un partido, ni la hazaña de un grupo, ni la audacia de un caudillo: es la expresión genuina de un anhelo nacional fervoroso y unánime, largo tiempo reprimido por la Tiranía; pero convertido hoy al fin en realidad enérgica y regeneradora".

"... la hora de la dignidad nacional y el duro ajuste de cuentas ha llegado al fin", agregaba el manifiesto. "Vamos a moralizar primero y a normalizar después la vida institucional y económica del Estado; para ello hacemos hoy un supremo llamamiento a todos los hombres honrados del Perú, para derrocar a la tiranía más cínica que registra nuestra Historia, restaurar nuestros fundamentos constitucionales y hacernos dignos hijos de una nación libre".

La Junta que se formó en Arequipa tenía como jefe supremo a Sánchez Cerro y estaba integrada por el mayor Alejandro Barco, el mayor Rubén del Castillo, el mayor Julio Arboleda Viñas, el Dr. José Luis Bustamante y Rivero, el Dr. Manuel Vinelli y por Gustavo de la Jara.

El gobierno de Leguía, pese a la gravedad de la situación, no estaba dispuesto a ceder: clausuró el puerto sureño de Mollendo y prohibió los vuelos comerciales a Arequipa. Pero el 24 de agosto de 1930 las guarniciones de Cuzco y Puno inclinaron la balanza a favor de Sánchez Cerro y el debilitado Leguía tuvo que formar apresuradamente un gabinete presidido por el general Fernando Sarmiento e integrado por los coroneles Eulogio Castillo, Ernesto Montagne, Roberto López, Julio Goicochea, Gerardo Yánez y el contralmirante César Biélich. Los oficiales jóvenes se opusieron a este gabinete, hubo una ás-

pera reunión en Palacio de Gobierno y se exigió la dimisión del anciano dictador. Entonces se formó la Junta presidida por el general Manuel María Ponce, opuesto a Sánchez Cerro. El mayordomo Meza recuerda que esa noche el coronel de aviación Juan Leguía, hijo del Presidente, bebió hasta caerse y que, Augusto B. Leguía, después de dimitir y con el crucero "Grau" a su disposición, se recostó hasta las cinco de la mañana. A esa hora sus dos maletas estaban listas. Vestido de chaqué apareció en su despacho. Lo esperaba el general Ponce para tomar las riendas del gobierno.

—Buenos días, general.

—Buenos días, señor Leguía —dijo Ponce.— Está usted facultado para usar el crucero "Grau" hasta donde quiera.

—Muchas gracias, general.

—Yo mismo lo llevaré a bordo, señor Leguía.

Leguía embarcó en el "Grau". Una turba asaltaba en esos momentos su casa y las de sus más íntimos y notorios colaboradores. El Gigante del Pacífico había caído por tierra. En el crucero, sin embargo, hubo dos sucesos importantes: los oficiales, entre ellos el segundo comandante Roque Saldías, se entusiasmaron con la idea de devolver la presidencia a Leguía y enarbolaron la insignia presidencial; y Leguía sufrió una retención de orina... Nadie hizo jamás una contrarrevolución con los riñones enfermos. Más tarde Sánchez Cerro ordenó el retorno del "Grau" y Leguía volvió prisionero al Perú, para sufrir un terrible cautiverio hasta su muerte en 1932.

Hasta el 26 de agosto el general Ponce trató de formar un gobierno en Lima. Sánchez Cerro, apoyado por el general Sarmiento, le envió un ultimátum ese día y le dio hasta la una de la tarde del 27 para que lo reconociera como jefe supremo. Esa noche hubo rumores de que el general Sarmiento se había levantado en la Escuela Militar de Chorrillos. A las 5:10 de la tarde siguiente, cuando en un avión piloteado por el pionero de la aviación comercial peruana Elmer Faucett, el jefe supremo llegó a Lima, los generales Ponce y Sarmiento le dieron la bienvenida en el viejo campo cercano al Country Club. No sólo había desaparecido la oposición a su movimiento, sino que el pueblo se había volcado a las calles para vitorearlo y repicar campanas. Entró en la ciudad cubierto de polvo, sonriente, de pie en un auto descubierto, empuñando un ramo de flo-

res, la otra mano sobre la cacha del revólver. Le parecía que varios siglos habían transcurrido desde sus perezosos días de ensoñación en Piura, la ciudad lejana con sus faroles de kerosene y sus aguateros, sus burros, sus chicheras y sus vocingleros, oscuros y flacos mangaches. En su hora de triunfo, llegó a Palacio y fue obligado a salir a un balcón y pronunció un discurso —el primero de su vida— ante una multitud de unas cincuenta mil personas. Luego se afeitó, duchó y bebió un jugo de naranja.

De la Junta formada en Lima no participaron todos los revolucionarios de Arequipa. En Lima prestaron juramento el coronel Ricardo Llona, en Hacienda; el coronel Ernesto Montagne, en Relaciones Exteriores; el comandante Armando Sologuren, en Justicia; el comandante Gustavo Jiménez, en Gobierno; el comandante Carlos Rotalde, en Marina; el mayor Alejandro Barco, en Guerra; y el coronel Eulogio Castillo, en Fomento.

Autoritario, irascible, Sánchez Cerro se convirtió así en el inquilino precario del Palacio de Gobierno. Era afecto a ordenar castigos corporales o a pegar él mismo a sus subalternos. Al coronel Bazo, ex-jefe de la Casa Militar del ex-Presidente Leguía, lo atacó a puñadas y puntapiés por llevar consigo la llave de una caja fuerte y lo envió luego a pudrirse en vida en la isla-penal del Frontón, vecina a San Lorenzo. En otra oportunidad, insatisfecho con la calidad de la comida que le habían preparado, ordenó que se castigaran con tres latigazos a cada uno de los servidores de Palacio.

El delirio de libertad vivido por el pueblo, la liberación de los presos políticos —algunos de los cuales habían estado nueve años en San Lorenzo, esa desnuda, árida isla que está frente al puerto del Callao—, la ebriedad editorial de los diarios limeños, todo eso desapareció pronto aplastado por una aguda depresión económica. La crisis mundial llegaba a su peor momento. Leguía fue trasladado a la isla y el país continuó inquieto. Primero vino la huelga de los mineros de Pasco, luego los incidentes de Oyolo y Mal paso, luego las actividades de los agrarios comandados por Pedro Beltrán. Se formó el Tribunal de Sanción, destinado a perseguir a los partidarios de Leguía que se había enriquecido con peculados. Se renovó la Junta y Gustavo Jiménez dejó la cartera de Gobierno. Se anun-

ció, por último, que Sánchez Cerro sería candidato a la presidencia, publicándose un decreto que convocaba a una Asamblea Constituyente que debía reunirse el dos de mayo de 1931 para reformar la Constitución y dar el Estatuto Electoral, en un plazo no mayor de sesenta días. Entonces estalló la reacción contra Sánchez Cerro y el jefe supremo demostró indecisión.

El 20 de febrero de 1931, concluida la visita del Príncipe de Gales, se sublevó el Real Felipe en el Callao. Sánchez Cerro envió al 7º de Infantería para doblegar a los sediciosos, bien parapetados en la antigua fortaleza española. El violento tiroteo duró desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde; a esa hora se rindieron los rebeldes.

Pero esa misma noche los comandantes Beytía y Dianderas se rebelaron contra el jefe supremo en Arequipa, y en Piura se sublevó el coronel Valdeiglesias. Dispuesto a luchar, Sánchez Cerro despachó un regimiento al Norte y una poderosa expedición comandada por Gustavo Jiménez se embarcó en los transportes de la Armada "Rímac" y "Apurímac", con destino al Sur. Pero los buques, vigilados por el crucero "Grau" y dos submarinos, se inmovilizaron en alta mar. La marina acababa de sublevarse.

Impotente para combatir, Sánchez Cerro renunció. Lo hizo, más o menos, ante el vecindario. Leyó una renuncia pintoresca: "... por mi Patria, que mil veces la he visto azotada por vendavales y otras tantas he acudido presuroso y a pecho descubierto en su auxilio, siempre he sido y soy capaz de los más nobles sacrificios y abnegaciones". Había tenido quien le escribiera el manifiesto, pero nadie estuvo a la mano para redactar la renuncia.

Sánchez Cerro entregó la presidencia a un Obispo.

Había reunido una asamblea de notables y dejó el comando de los acontecimientos a su presidente, Monseñor Holguín, Administrador Apostólico de la Arquidiócesis. Luego se fue a beber al Hotel Bolívar y a pasar la noche en el Country Club. La asamblea fue tumultuosa y el sacerdote no supo qué hacer. Presentes estaban el Dr. Leoncio Elías, presidente de la Corte Suprema: el rector de San Marcos, Wenceslao Molina; el alcalde de Lima, Luis Antonio Eguiguren; el director de la Beneficencia, Gerardo Klinge; el decano del Colegio de Abogados de Lima, Dr. Diómedes Arias Schreiber; los representantes de

los partidos Liberal, Social Nacionalista, Acción Republicana, Socialista y Laborista; los directores de los diarios La Prensa, El Comercio, El Pueblo, La Crónica y La Noche; los representantes de las Sociedades Agrarias y de Industrias; los presidentes de los clubes Nacional, de la Unión y Jockey Club; y personas notables que no traían representación alguna. En su época de furibundo enemigo de Sánchez Cerro —más tarde lo alabó empujado por su antiaprismo— Federico More describió así esta asamblea en su libro "Zoocracia y Canibalismo":

"La dimisión de Sánchez Cerro, impuesta por la Marina y urdida por el civilismo es uno de los actos más graciosos que jamás haya presenciado país alguno. Nos reunimos en el gran comedor del Palacio de Gobierno alrededor de trescientas personas, de todos los colores, de todas las procedencias y de todos los rincones del país..."

"... el debate siguió en forma frenética. Sánchez Cerro, después de leer una delirante renuncia en la cual insultó a todo el mundo, se retiró de la sala. Y en su ausencia, el debate, presidido por el obispo don Mariano Holguín... adquiría, momento a momento, caracteres de pelea callejera entre gentes de ínfima ralea.

"El señor doctor don José de la Riva Agüero y Osma era uno de los más interesados en intervenir en el debate. En vista de ello, me puse de pie y me acerqué al doctor de la Riva Agüero. He aquí nuestro diálogo:

"—Creo, doctor de la Riva Agüero, que es preciso que alguien dirija este debate. Monseñor Holguín, varón seguramente lleno de virtudes, no sabe de estos tumultos. Me parece que usted podría asumir una especie de asesoría y, puesto al lado del Monseñor, ordenar el debate.

"—Yo lo haría con gusto; pero a las cinco tengo que irme a Chorrillos".

Eventualmente el Dr. de la Riva Agüero sacrificó su compromiso en Chorrillos y subió al estrado a dirigir el pintoresco debate. A propuesta de Pedro de Osma se formó una Junta Transitoria presidida por el Dr. Leoncio Elías. Al mismo tiempo, los comandantes Beytía y Dianderas formaban en el Sur otra Junta presidida por el viejo montonero y político David Samanez Ocampo. Y en el Callao desembarcó la expedición de Gustavo Jiménez, quien entró en Lima con sus tropas y llegó

a Palacio de Gobierno. El Dr. Elías, juez de gran prestigio atrapado en ese ir y venir de golpes y contragolpes, estaba en el despacho. El breve diálogo que sostuvo con Jiménez refleja su estado de ánimo.

—Buenas tardes, doctor.

—Buenas tardes, comandante.

—Doctor, cinco minutos, nada más, para salir de Palacio.

Elías se incorporó, tomó su sombrero y sonrió aliviado.

—No es necesario —dijo—, saldré ahora mismo.

Y así, otro Presidente salió de la casa de gobierno y el comandante Jiménez tomó posesión de la jefatura de la Nación desde Lima. Exigió que se le dispensara trato presidencial con todos los honores y sugirió a Sánchez Cerro que se fuera del país. Sostuvieron una helada entrevista y el caudillo piurano se embarcó el 7 de marzo a Europa. Dijo al partir: "Al volver al país, respondiendo a la llamada de mis conciudadanos, asistiré a los comicios electorales presentando mi candidatura a la primera magistratura nacional. Mientras tanto, mi corazón, mi cerebro y mi músculo quedan empeñados ante el altar de la Patria, dispuesto como siempre al sacrificio en la forma en que ella imperiosamente lo reclama". Era su típica y caótica oratoria.

GUSTAVO JIMÉNEZ quedó atrapado en las negociaciones telegráficas, telaraña de intrigas y ultimátum que llegaba desde las provincias. Los comandantes del Sur no lo aceptaban siquiera como ministro en una Junta y por algunas horas se temió la guerra civil. Pero en el Perú los símbolos del poder siempre han estado centralizados en Lima y gobierna quien está en Palacio. Jiménez los tenía en sus manos y sus adversarios concluyeron por cederle un puesto de importancia en la Junta que debía convocar a elecciones y devolver el país al proceso democrático. Fue su Presidente David Samanez Ocampo y estuvo integrada por Gustavo Jiménez, en la cartera de Guerra; Rafael Larco Herrera, en Relaciones Exteriores; Manuel Vinelli, en Hacienda; José Gálvez, en Justicia; Francisco Tamayo, en Gobierno; Ulises Reátegui Morey, en Fomento; y Federico Díaz Dulanto, en Marina.

Samanez entró a Palacio preocupado por el estado de su frac y bebió un cóctel de papaya con pisco. Hubo una corta

tregua con la estabilización de su gobierno, pero el 23 de mayo estalló la violenta revuelta del sargento Huapaya, quien sublevó a la tropa del cuartel San Catalina y se lanzó a las calles de Lima para atacar el Palacio de Gobierno, cuyas ametralladoras barrieron la Plaza de Armas. Los sublevados regresaron entonces al cuartel, donde se rindieron después de recibir un par de cañonazos y de conferenciar con el mismo Ministro de Guerra. El 27 de junio hubo una abortada revolución y, al fin, la Junta pudo dar su Estatuto Electoral y convocar a elecciones. En esa época cobraba ya fuerza el APRA; se organizaban la Unión Revolucionaria, cuyo motor era Luis A. Flores, que lanzaría la candidatura de Sánchez Cerro; y el movimiento descentralista, que tenía las intensas simpatías de Gustavo Jiménez.

SÁNCHEZ CERRO se estableció en París, en el Hotel Regina, un hotelito próximo a las Tullerías. Le gustaba la ciudad y sus "cholas francesas", como llamaba él a las parisinas. De su llegada, Ventura García Calderón ha hecho este relato:

"Se sabía que los apristas habían preparado una manifestación hostil en la estación (de Montparnasse) y acepté con placer la tarea de vigilar aquella exhibición en el extranjero de nuestras querellas intestinas que me parecía de mal gusto. Llevando pues en la faltriquera mi viejo compañero de soledades en la sierra peruana —seis balas apretadas en una linda mazorca— esperé con paciencia en el 'muelle' de la estación, tratanto de discernir en el flujo de viajeros y acordándome de los retratos de los diarios de Lima, cuál era él. Adiviné, me acerqué bruscamente explicándole quién era yo, lo cogí del brazo para decirle al oído:

"—Coronel, parece que hay preparada una manifestación en contra de usted, permítame acompañarlo. Estoy armado.

"No contaba yo con la viril reacción de este espléndido felino que en un arranque de ira, soltó mi brazo y preguntó:

"—¿Dónde están esos babosos?"

Debido a las presiones ejercidas por Gustavo Jiménez, la Junta prohibió el retorno de Sánchez Cerro. Este, sin embargo, se embarcó a mediados de año con destino al Callao. Arribó a bordo del "Orazio" en la tarde del 2 de julio de 1931. Las autoridades no le dieron permiso para bajar a tierra y la po-

licía abrió fuego contra los manifestantes, produjose el pánico en el muelle y cayeron al mar varias personas. Al día siguiente, el mismo Samanez Ocampo dispuso que se dieran garantías a Sánchez Cerro.

La Unión Revolucionaria había preparado la campaña y Sánchez Cerro entró en acción inmediatamente. No tenía otro programa que dejar las cosas más o menos como estaban, haciendo vagas referencias a mejorarlas, pero sin transformar nada: el ideal de las derechas a las cuales iba a representar con tanta ferocidad.

El 15 de agosto, Haya de la Torre volvió al Perú. Con él ya estaban presentes todos los personajes del drama.

Elecciones

En el Perú, cuando no sacudido por cuartelazos o desgarrado por la guerra civil, los procesos electorales adolecieron, por decir lo menos, de falta de seriedad. Burlada siempre la voluntad popular, los comicios solían terminar con el asalto a las urnas, los mítines disueltos a balazos, los cómputos alterados por esos prestidigitadores al servicio del candidato oficial. Y ahora, por primera vez en el siglo, se prometían comicios libres y limpios.

No pasarían de eso: de una hermosa promesa.

Candidato era Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador del APRA, de 36 años de edad, con profundas simpatías en los sindicatos de la Costa, jefe del primer partido peruano bien organizado, en cuyas filas se encontraban revolucionarios mezclados con contadores, jóvenes enfervorizados por la posibilidad del cambio y obreros. Marxista-relativista en su origen, propugnadora de cambios radicales, mística y nueva, su candidatura producía escalofríos en la derecha peruana.

Candidato era Luis M. Sánchez Cerro, impulsivo, violento caudillo en torno del cual se agrupó un pueblo ebrio de fascismo criollo. Tenía el inmenso prestigio de haber acabado con el Oncenio de Leguía. Cruel a menudo, obsesionado por el poder, había sido rodeado por el civilismo y muchas de las más notorias vacas sagradas del país.

Candidato era el Dr. Arturo Osores, cajamarquino, conspirador, maestro y revolucionario de viejo cuño. Tenía 62 años y un sólido prestigio personal, Ministro de Gobierno en la Junta de 1914, senador por Cajamarca, miembro del primer gabinete de Leguía en 1919, plenipotenciario en Italia. Enemistado más

tarde con Leguía y desterrado, encabezó la revolucón de 1924. Entró por el Ecuador y capturó Chota, su ciudad natal, defendida por un teniente llamado Zenón Noriega. Atacadas sus fuerzas y derrotado unos días después, Osores huyó. Sus dos compañeros de aventura, el coronel Samuel del Alcázar y el teniente Carlos Barreda, fueron fusilados. Cuando Osores cayó en manos de las autoridades, fue enviado por cinco años, con su familia, a la prisión de la Isla San Lorenzo.

Candidato era el Dr. José María de la Jara y Ureta, ministro del Perú en Brasil, auspiciado por la Alianza Nacional, un grupo formado por dos espectros políticos —el Partido Liberal y el Partido Demócrata— y por la Acción Republicana, dominada por los agrarios. Periodista, maestro, intelectual honorable, había sido pierolista, luego futurista. Estuvo también preso en San Lorenzo. Contó con la simpatía inicial de la Junta de Gobierno.

La ofensiva de aquel proceso electoral estuvo en manos del APRA, que hacía numerosos e importantes aportes a la revolución de los planteamientos políticos en el Perú. Por primera vez, gracias a ella, se explicó al pueblo que los problemas políticos iban unidos a los económicos. El APRA condujo al pueblo hacia el análisis del caos peruano, caos provocado por el trasplante de las ideas de la Revolución Francesa a un país que conservó sus latifundios, franca contradicción entre el sistema y la verdad de las cosas.

El APRA habló al país, por primera vez, de lo que era el imperialismo y de la función del Estado para controlarlo. País productor de materias primas, con una industria incipiente, con un proletariado sin conciencia de sí mismo, el Perú tenía una economía basada en la minería explotada por extranjeros y una agricultura de latifundios con un campesinado primitivo, incapaz, por su falta de preparación, de tomar parte en la conducción de su propio destino. De otro lado, náufraga la clase media en el desequilibrio social, resultaba inevitable para el APRA que el control del Estado cayese en manos de una minoría y de grupos nacionales que representaban al imperialismo sin control, voraz y esclavizante. El APRA pretendía organizar y vincular a las clases de peruanos, incorporarlas a la vida del país y lograr el equilibrio de fuerzas necesario para el progreso de las mayorías.

Por otra parte el APRA planteó en 1931 la necesidad de una nueva demarcación territorial, la organización funcional de las municipalidades, la descentralización administrativa, el reconocimiento de los derechos políticos de la mujer, la organización del seguro social, el derecho de los peruanos a la educación gratuita, la igualdad ante la ley de toda clase de hijos, la formación de nuevos Ministerios —entre ellos los de Educación y de Trabajo—, la provisión de cargos públicos por concurso y la eliminación de los tarjetazos, la recaudación directa de las rentas del Estado, impuestos más altos a los artículos de lujo y al capital inerte, el fomento a las industrias y a las cooperativas de crédito, la nacionalización progresiva de los medios de transporte, la estabilidad de la moneda y la fundación del Banco de la Nación, la reforma agraria, la protección a la minería nacional, la revisión del problema de La Brea y Pariñas, el salario mínimo, la protección a las madres obreras, la incorporación del indio a la vida del país y el apartamiento de las Fuerzas Armadas de los quehaceres políticos.

Era un verdadero diluvio de reformas, punto de partida para la acción inspirada en una doctrina cuyo cimiento era la teoría enunciada por Haya de la Torre sobre el Espacio-Tiempo histórico. Se dijo que esa teoría era un mamarracho. Otros, como Toynbee, la respetaron, la estudiaron, la consideraron como una de las más sólidas doctrinas filosóficas que hubiesen salido de América Latina. Lo de mamarracho lo dijeron los adversarios de Haya de la Torre y en tono de mofa. Hoy es una doctrina más fácil de entender que en 1931, cuando para la mayoría de los peruanos dos más dos sumaban cuatro de manera absoluta. Siempre desconfiando de la relatividad de las cosas, siempre ansioso de aferrarse a verdades absolutas que le inspiraban seguridad, el hombre se postraba más que nunca ante esas estatuas de yeso que consiguen novio o curan el constipado intestinal. Einstein había enunciado la teoría de la relatividad del universo y nacía una nueva física, una nueva geometría para la cual el espacio era curvo y el camino más corto entre dos puntos no era la línea recta. Pero las inquietantes preguntas de esa nueva física no habían llegado al Perú en 1931 y el mundo aún estaba por conocer los asombrosos cálculos de Hoyle, que concluyeron por destruir toda afición por las verdades absolutas, con esas estrellas que son dramáticas per-

sonalidades en fuga, con sus matemáticas que explican el "red shift" de las galaxias, esto es, su constante alejamiento de "nuestro universo", la dimensión en que existimos, nuestro insignificante punto de observación; sabido es que las galaxias se desplazan en constante aceleración hacia los confines del espacio que podemos presentir o calcular y Hoyle demuestra que a 2,000 millones de años luz la aceleración de las galaxias alcanza la velocidad de la luz y escapan así de nuestro universo... para el hombre se enfuman, mueren. Sí, para nosotros la vida es hoy una ecuación entre la materia y la energía, nada desaparece, un exacto balance, una precaria eternidad. Hoy se discute la curvatura del tiempo, y los viajes al pasado y al futuro no son ya fantasías. En 1931 la aplicación del Relativismo moderno a la Filosofía y, en especial, al marxismo, dio lugar a la teoría de Haya, una teoría revolucionaria en su época porque se adelantó a ella. Convertida la Historia por la dialéctica en algo vivo, dinámico, la Historia resultaba ligada a su espacio y a su tiempo y por lo tanto variaba según estuviese situado el observador. No había, pues, una sola universal Historia de la humanidad, dividida de acuerdo al Espacio-Tiempo europeo en edades que resultaban caprichosas para otras civilizaciones. Y del análisis de la nueva teoría salió la premisa de que si el imperialismo es la última etapa del capitalismo en Europa, en América es la primera.

El mismo Haya de la Torre hizo esta explicación:

"Marx, como Hegel —desde ángulos y momentos diferentes— están, así, siempre ubicados dentro del Espacio-Tiempo europeo. La filosofía de cada uno de ellos es la "filosofía de su época", ceñida a una realidad intransferible. En el mundo del siglo XIX la expansión cultural y económica de los grandes escenarios mundiales hacia otros ejes de latitud sólo se insinúa y por ello el concepto filosófico del Universo y del Espacio, del tiempo y del movimiento aplicado a la Historia, no logra ascender hasta los planos científicos a que los eleva el Relativismo contemporáneo sobre las bases de una nueva geometría y una nueva física.

"Como la teoría marxista no puede ser antidialéctica verdad eterna, en la esencia misma de su filosofía está su negación. Y ésta es, asimismo, su imperativo de continuidad. Negar, dialécticamente, no es negar simplistamente. Es a la

vez conservar y superar. De allí que la validez universal de todos los principios y doctrinas histórico-filosóficas, devenga relativizada por las modificaciones que le impone cada Tiempo-Histórico".

Haya de la Torre continuó: "Y el mundo sigue su marcha. Lo universal y eterno es el devenir, y la Historia no detiene su proceso dialéctico. Los escenarios político-sociales se expanden y nuevos ángulos de observación se abren ante la conciencia de los hombres. La Historia ya no puede centralizarse en determinados polos europeos. Su movimiento universal tiene varias velocidades. Todo se mueve, todo deviene, pero no por un mismo y solo camino, ni con un mismo sincrónico movimiento".

Por sus ideas, por las drásticas reformas que planteaba su partido, Haya de la Torre fue considerado por la derecha peruana como el mal mayor en las elecciones de 1931. Su doctrina, que tenía el valor de interpretar la realidad latinoamericana y peruana desde puntos de vista propios, no fue entendida de inmediato. Y ni siquiera se la debatió a la altura que exigía sus alcances. Se extrajeron de ella apresuradas conclusiones y se acusó a los apristas —puesto que tenían un origen marxista— de comunistas disfrazados de liberales. Ni una cosa ni la otra. Eran apristas.

Examinados bajo luces más brillantes treinta y siete años después, los ataques lanzados al APRA en 1931 resultan pueriles. Tomemos, por ejemplo, un comentario del diario "La Nación", de Trujillo, publicado ocho días antes de las elecciones y que representa la histérica reacción de las derechas ante las reformas apristas. Decía ese periódico: "Las consecuencias de ese aviso de venganza y de odio, de desafío al capital que medrosamente aún se aventura a sostenerse en el Perú, se verán fatalmente pronto. Ya se anuncia que fuertes entidades comerciales restringirán sus operaciones, liquidarán sus negocios y se ausentarán del país. Quedaremos, pues, en condición económica desastrosa, el hambre llamará a las puertas de los hogares, la desocupación pública será el problema más terrible que tenga que afrontar el Perú y los hombres que propugnan la ruina y el odio, la venganza y la anarquía, alcanzarán su ideal suicida cuando de la Patria no queden más que escombros. Esta es la realidad y esta es la verdad".

Al mismo tiempo un aterrado clérigo escribía una carta sobre el peligro aprista: "El señor Haya de la Torre... entre otras cosas nos dijo que tenía orientaciones nuevas para la política del Perú, que hasta ahora ha adolecido de un lamentable empirismo económico. La política del aprismo se basa en la economía nacional mediante el trabajo de todos los ciudadanos organizados con el sistema sindicalista. Si no me engaño, ésta es la fórmula sintética de sus ideas. A mi modo de ver, el Sr. Haya de la Torre nos quiere presentar como una novedad del sistema aprista, orientaciones que son una copia fiel de la política seguida en Rusia, cuyo término tiene que ser, fatalmente, el comunismo".

Preocupados por la posibilidad de que las masas pudieran arrebatarles sus vacas, sus chanchos, sus tierras, sus esposas e hijas, muchos oligarcas lanzaron toda clase de calumnias contra el Partido Aprista. Hoy, que es conocido el sólido anticomunismo del APRA, resulta interesante revisar esos ataques de personas "bien enteradas". En verdad hay dos grandes movimientos marxistas, el primero evolucionista —de la II Internacional— y el segundo bolchevique —de la III Internacional—. Al primer movimiento, de la II Internacional, pertenecen muchos partidos, entre ellos el Laborista de Inglaterra. Al segundo movimiento pertenecieron Lenin y Trotsky y su comunismo. Un defensivo documento aprista de la época citaba a Plejanov y decía: "Todo lo que se ha dicho hasta hoy por los críticos de Marx sobre el pretendido carácter unilateral del marxismo y su llamado desprecio por todos los factores de evolución social que no sean el factor económico, proviene simplemente de la incomprensión de aquellos sobre el papel que Marx y Engels reservan a la acción y la reacción recíprocas entre la base y la superestructura". El documento agregaba: "Son esos 'factores de evolución social' los que imponen el verdadero marxista 'descubrir la realidad y no inventarla', según Engels, y al descubrirla, saber apreciar el momento de la revolución social de cada realidad". Eso es lo que el APRA quería hacer, descubrir la realidad propia del Perú, puesto que para la evolución marxista no existía en el país la condición básica: un proletariado con conciencia de clase. Furiosamente combatidos entre sí, los dos movimientos marxistas se dirigen hacia el mismo objetivo final, es decir, hacia la dictadura del proletariado.

La diferencia entre esos dos movimientos consiste en el método que propugnan para alcanzar ese objetivo. Evolucionistas los de la II Internacional, se agrupan en partidos que buscan reformas sucesivas y no violentas para llegar al control del Estado y la abolición de la propiedad. Comunistas los de la III Internacional, persiguen la destrucción del Estado burgués con una revolución que edifique la dictadura del proletariado sobre las cenizas del sistema anterior. Inspirada más bien en el Relativismo y el marxismo evolucionista, se hubiera podido identificar al APRA con el primer movimiento, pero de ningún modo acusarla de comunista. Demás está decir que la aversión entre apristas y comunistas se remonta a los lejanos días de la Célula Aprista de París, cuando Eudocio Ravines, el más importante de los comunistas peruanos de su época, trató de apoderarse del naciente movimiento. Hubo un violento incidente y Ravines fue levantado en vilo y arrojado de la reunión por los mismos apristas a quienes trataba de convencer. La guerra había sido declarada.

ERAN CUATRO los candidatos. Un quinto aspirante, Rafael Larco Herrera, miembro de la Junta de Gobierno de la que se había separado llevado por sus ambiciones políticas, ni siquiera pudo inscribirse. Poco antes de los comicios se había formado, de otro lado, la Concentración Nacional, cuyos promotores fueron Rafael Belaúnde, Augusto Pérez Araníbar, Amadeo de Piérola y Juan Manuel Polar. Pretendían unificar el país retirando las candidaturas de Haya de la Torre y de Sánchez Cerro. Era una ingenua jugada política para llevar a la Presidencia a un Piérola. Fracasó en su primera y tumultuosa reunión, en el general de Santo Domingo, por la oposición de apristas y sanchecerristas.

Los departamentos electorales más importantes eran Lima, con 100,992 votantes; Junín, con 34,649 votantes; Cajamarca, con 33,175 votantes; La Libertad, con 33.019 votantes. El total de los electores del país llegaba a 396,310.

Haya de la Torre había llegado al Perú el 15 de agosto de 1931 después de un prolongado destierro y empezó inmediatamente su campaña. Sánchez Cerro había desembarcado en el Callao el 2 de julio del mismo año. Y el 22 de setiembre se

instaló al fin el Jurado Nacional de Elecciones, presidido por el fiscal más antiguo de la Corte Suprema, el Dr. Ernesto Araujo Alvarez, a quien más tarde llamarían "el presidente ánforas". Ese mismo día se inscribió la candidatura de Luis M. Sánchez Cerro.

Las simpatías iniciales del aparato electoral estuvieron dirigidas al Dr. de la Jara, a quien se inscribió pasando por alto los requisitos exigidos por el Estatuto Electoral. Desde su principio, por lo tanto, no fue un proceso limpio y honesto.

El juego de la Junta de Gobierno se puso al descubierto el 30 de setiembre cuando a nombre del partido "Acción Republicana", el ciudadano Toribio Alayza y Paz Soldán solicitó al Jurado la inscripción del Dr. de la Jara como candidato a la Presidencia. ¿Estaba inscrito en el Registro Electoral? No. ¿Había extendido autorización legal, un poder para que se solicitara su inscripción en su ausencia? No. El Dr. de la Jara estaba en el extranjero y quería ser Presidente de la República. Para ello contaba con la simpatía oficial —aunque se da por descartado que él personalmente fuese capaz de prestarse a un fraude, sí se creee que hubo quienes quisieron aprovecharse de su prestigio—, sus merecimientos académicos y su propia integridad. Pero no tenía libreta electoral ni representantes legales en el Perú.

El personero de la "Unión Revolucionaria" lanzó un duro ataque a la candidatura del Dr. de la Jara. Dijo que no estando inscrito en el Registro no podía recabar su libreta y que sin ella no podía ejercer el derecho del sufragio ni ser elegido. El personero del partido "Coalición Nacional" dijo que tratándose de la inscripción de Haya de la Torre solicitada por el APRA, el jurado había exigido que fuese el mismo candidato quien pidiera la inscripción en un oficio firmado de su puño y letra. "El Jurado Nacional —dijo— no debe olvidar que en nuestro sistema legal nadie puede presentarse ante los poderes públicos sino personalmente o por medio de apoderado provisto de la autorización legal correspondiente para cada caso". Y agregó: "Es el candidato quien debe solicitar personalmente su inscripción. Sin embargo, en este caso, la 'Acción Republicana' es la que envía —sin exhibir poder del Dr. de la Jara, ni siquiera telegráfico— las actas que comprueban la adhesión de

mil ciudadanos a dicha candidatura y es la que efectúa el depósito de mil soles, garantía de una votación mínima".

El Dr. Héctor Marisca, personero de "Acción Republicana", defendió la inscripción de su candidato con pintorescos argumentos. Sostuvo que el certificado otorgado al Dr. de la Jara por el Cónsul peruano en Buenos Aires era tan válido como la Libreta Electoral —aunque no le sirviese para sufragar— y que, desde que todo el Perú conocía las intenciones del Dr. de la Jara de lanzarse a la Presidencia, no era necesario, después de todo, el poder que se exigía a su partido para inscribirlo.

Y cuando contra toda norma se inscribió al Dr. de la Jara, sin libreta electoral y sin poder legalizado, se supo que pese a sus protestas de imparcialidad, la Junta metería sus manos en el proceso hasta donde le fuese posible.

A partir del primero de octubre y hasta el día de las elecciones, se fue haciendo evidente que el triunfo sería disputado entre Haya de la Torre y Sánchez Cerro. Mientras el candidato del APRA recorría todo el país exponiendo doctrinas que nunca antes habían sido llevadas hasta el pueblo, los sanchecerristas, organizados en cientos de clubes y apoyados por la Unión Revolucionaria, el Partido Social Nacionalista, la Asociación General de Licenciados de las Fuerzas Armadas, el Partido Unión Nacional y el Genuino Partido Laborista, aplicaban la vieja política del pisco con butifarras y conseguían reunir impresionantes manifestaciones.

El mitin sanchecerrista más importante se celebró el domingo 4 de octubre, una semana antes de las elecciones. La concentración se efectuó en la Alameda de los Descalzos y desde allí, en hombros de sus partidarios, débil todavía por el ataque de un violento virus, Sánchez Cerro encabezó la marcha de tres horas hasta la Plaza San Martín. "Estoy orgulloso y satisfecho", dijo en su discurso, "en medio de los hijos de Lima y del Callao, estos dos pueblos gloriosos y fuertes, que no temen ni engañan. Están aquí los mismos que me aclamaron cuando entré a la ciudad después de derribar la odiosa tiranía; los mismos: los patriotas, los leales, los verdaderos ciudadanos que no olvidan al que repetidas veces expuso su vida por la libertad del pueblo y la honra y el porvenir del Perú". Hizo también referencia a los apristas y al Dr. de la Jara: "A nadie tememos: ni a los que engañan a la juventud ofreciéndole va-

gas y locas reformas; ni a los que hinchados de vanidad menosprecian a las clases populares y se imaginan nueva casta que, por derecho propio, deben gobernar al Perú".

Al día siguiente, la inscripción del Dr. de la Jara volvió a discutirse en el Jurado Nacional de Elecciones y se presentó una moción tachándolo como candidato, "por cuanto su inscripción ha sido hecho pasando sobre disposiciones terminantes de la ley que acarrean su automática nulidad". El Jurado rechazó la moción.

Poco después, a iniciativa de Santiago Poppe, miembro del Jurado Departamental de Lima, se debatió la posibilidad técnica del fraude electoral. El candente debate giró en torno a la forma del escrutinio. El Estatuto establecía el escrutinio por los Jurados Departamentales. Los partidos pedían el escrutinio en mesa. La forma del escrutinio sancionada por el Estatuto permitía el largo viaje de las ánforas, luego de terminada la votación, bajo la vigilancia de empleados del gobierno, viaje durante el cual todo podía suceder: desde la apertura de los sellos para cambiar los votos, hasta la sustitución de todo un lote de ánforas. El Jurado Departamental de Lima se limitó a informar acerca de lo discutido al Jurado Nacional.

El debate concluyó bruscamente el 7 de octubre, con un comunicado de la Junta. El Ministro de Guerra, comandante Gustavo Jiménez, se había manifestado contrario a la reforma, alegando que el escrutinio en mesa se prestaba al fraude. Y el Ministro de Gobierno, afirmando que una reforma en ese momento echaría por tierra el aparato electoral, garantizó solemnemente "la seguridad e inviolabilidad de las ánforas". Una breve reunión con los personeros de los partidos políticos, que temían más una postergación de los comicios, dio opinión mayoritaria en contra de la reforma que ellos mismos habían pedido. Las ánforas viajarían, pues, hasta los Jurados Departamentales, antes de ser abiertas para el recuento de los votos.

El 10 de octubre, víspera de las elecciones, un aviso de media página apareció en la primera plana de "El Comercio". Era la palabra final del Dr. de la Jara, su mensaje para los electores. El mensaje, barroco y titubeante quizás por la distancia a que había sido escrito, no era ni chicha ni limonada. El APRA había aportado doctrinas, polémicas, un nuevo estilo de oratoria, la juventud de sus líderes, la audacia de sus refor-

mas. El sanchecerrismo marchaba tras la figura del caudillo con botas que había derrocado la dictadura de los once años. Pero 24 horas antes de los comicios el Dr. de la Jara seguía sin ofrecer un aporte original; solemne, pulcro candidato que el oficialismo esperaba pudiese derrotar a Haya de la Torre, el peor de los peligros políticos de ese momento. Ese día, al caer la noche, hubo algunas agitadas reuniones. Se abandonaba al Dr. de la Jara y se le sustituía por Sánchez Cerro, pese a la profunda enemistad existente entre éste y el Ministro de Guerra de la Junta. El caudillo piurano constituía, después de todo, el mal menor. Y así, Sánchez Cerro exilado en París unos meses antes, llegó a las elecciones con el favor del gobierno.

FUE UN DOMINGO de sol, domingo de octubre sin toros, sin el escándalo de las campañas. Era el día 11, fecha de las elecciones, veinticuatro horas de tregua mientras el pueblo, supremo juez, desconfiado, humillado, pisoteado juez de la contienda, iba a las urnas a elegir un Presidente. Fue un día tranquilo, sin tumultos en las mesas, ni motines, ni asesinatos. En Caraz, un subprefecto borracho apoyó a balazos a los candidatos descentralistas y en Cajamarca se acusó al jurado de propiciar un fraude electoral. Haya de la Torre votó en Trujillo, ileso de dos accidentes de aviación ocurridos la antevíspera, y Sánchez Cerro lo hizo en la mesa 3265 ubicada en el limeño colegio Guadalupe. Las mesas cerraron a las cinco de la tarde y para esa noche el Jurado Departamental de Lima había recibido 386 ánforas que contenían los votos secretos de 57,750 ciudadanos. Al día siguiente empezaron los escrutinios.

Los resultados de las primeras ánforas del Callao dieron una holgada victoria parcial a Sánchez Cerro. Dos días más tarde, el 15 de octubre, ya podía tenerse una visión panorámica de la votación en Lima. Ganaba Sánchez Cerro, pero estrechamente. En las dieciséis ánforas escrutadas ese día, el comandante obtuvo el 43.30% de los votos y Haya de la Torre el 39.16%. Muy atrás quedaron el Dr. de la Jara con el 10.88% y Arturo Osores con el 6.15%.

Pero para el 17 de octubre los resultados se tornaron adversos para Sánchez Cerro. Aun "El Comercio", decididamente a favor de ese candidato, tuvo que imprimir noticias que caye-

ron sobre el comandante como un baldazo de agua fría. En su página dos, ese periódico admitía que Haya de la Torre había pasado adelante en los escrutinios, con 24,025 votos en todo el país, contra 23,002 votos para Sánchez Cerro.

Las sorpresas no habían concluido. Esa mañana, seis ánforas (1) fueron abiertos por el Jurado Departamental de Lima, Haya ganaba cinco de ellas. Los porcentajes fueron los siguientes: Haya, el 41.03%; Sánchez Cerro, el 35.62%; de la Jara, el 15.60%; y Osores, el 7.73%. El Presidente del Jurado Departamental levantó entonces la sesión. Los magos electorales debían entrar en acción y se escogieron para los escrutinios de la tarde ánforas provenientes de los sectores en los cuales Sánchez Cerro tenía más popularidad. Ahora el Dr. de la Jara quedaba definitivamente descartado como el candidato capaz de detener a Haya de la Torre. La carta a jugarse desde ese día fue la de Sánchez Cerro. Y empezó a producirse el fenómeno: descendió la votación del Dr. de la Jara y la de Osores casi desapareció: esos votos se sumaron a los de Sánchez Cerro. En la última etapa de los cómputos, la votación misma del jefe del APRA hubo de descender a niveles de escándalo.

Pero veamos: después del almuerzo, ese sábado, se escrutaron otras cinco mesas (2) y Haya sólo ganó en una. Sánchez Cerro subió vertiginosamente al 49.48% y Haya bajó al 39.73%; de la Jara al 6.94% y Osores al 3.48%. En la noche del sábado, las astutas manipulaciones se evidenciaron: en seis mesas (3) todas favorables a Sánchez Cerro, este candidato obtuvo el 54.39%; Haya de la Torre, el 35.97%; de la Jara bajó aún más, al 5.60% y Osores tuvo el 4.02% de los votos. Otras cinco ánforas abiertas antes de suspenderse el escrutinio hasta el día siguiente arrojaron resultados similares.

Entretanto Haya de la Torre triunfaba ampliamente en La Libertad, con 12,486 votos contra 2,402 votos de Sánchez Cerro,

(1) Anforas correspondientes a las mesas 3307, 3233, 3313, 3248, 3364, 3300. Resultados oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

(2) Anforas correspondientes a las mesas 8031, 3386, 3365, 3387, 3137, según resultados oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

(3) Anforas de las mesas 3496, 3090, 3507, 3139, 3252 y 3438, de acuerdo con los datos oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

obtenía una abrumadora ventaja en Tacna, con 1,814 votos contra 402 votos de su rival principal; y ganaba holgadamente en Cajamarca, Lambayeque, Amazonas, Loreto y Huánuco. Sus personeros, convencidos de que peligraba la voluntad popular expresada en las ánforas, iniciaron la lucha legal en los Jurados; pero con pocas excepciones, todas las observaciones que formularon fueron rechazadas sistemáticamente.

Doce ánforas abiertas el domingo 18 de octubre arrojaron una ya notable ventaja para Sánchez Cerro (4). El lunes 19, de veintisiete ánforas (5) Haya de la Torre ganó en doce; sin embargo, los porcentajes del total de los votos examinados ese día fueron los siguientes: Sánchez Cerro, el 47.90%; Haya de la Torre, el 36.82%; de la Jara, el 9.01%; y Osores, el 6.42%. ¿Era posible? Ese lunes aparecieron las ánforas de las que definitivamente se sospechó de haber sido alteradas. Una de ellas, por ejemplo, la 3162, arrojó esta votación: Sánchez Cerro, 85 votos; Haya de la Torre, 5 votos; de la Jara, 6 votos; Osores, 3 votos.

El sábado 24 de octubre (6), el mismo día que Al Capone era sentenciado en Estados Unidos a once años de presidio, los prestidigitadores electorales lograban aumentar la ventaja de Sánchez Cerro al 61.72%, dejando a Haya de la Torre el 27.05%, a de la Jara el 8.13% y a Osores el 3.09%.

Y el fraude siguió alegremente el domingo 25 de octubre con el escrutinio de 26 mesas (7) y la creciente ventaja de

(4) Anforas de las mesas 3248, 3360, 3080, 3150, 3128, 3460, 3457, 3430, 3355, 3461, 3319, 3502, que dieron 801 votos para Sánchez Cerro, 590 votos para Haya de la Torre. 139 votos para el Dr. de la Jara y 77 votos para el Dr. Osores. Información oficial reproducida por el diario "El Comercio" de Lima.

(5) Anforas de las mesas 3310, 3359, 3382, 3469, 3225, 3412, 3241, 3113, 3271, 3376, 3263, 3303, 3294, 3145, 3134, 3449, 3191, 3116, 3162, 389, 3108, 3217, 3190, 3261, 3133, 3240. Resultados oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

(6) Anforas correspondientes a las mesas 3340. 2854. 3516, 3388, 3926, 3919, 2898, 3924, 3166, 2828, 3916, 3118, 3187, 3923, 2910, 3180, 3172, 3203, 3165, 3182, 2897, 2967, 3167, 3164, 2887, 3925, 2907, 2881, 2855, 2841, 3917, 2882 2960, 2849, 3073. 3074, 2962, 2890, 2858, 2842, 2894. Datos oficiales publicados en el diario "El Comercio" de Lima.

(7) Anforas correspondientes a las mesas 2857. 2885, 2956, 2852, 2851, 2961, 2889, 2879, 2844, 1965, 2940, 2850, 2963, 2986, 3932, 2880, 2845, 2970, 2848, 2895, 2938, 2846, 2838, 2966, 2968, 2949. Datos oficiales reproducidos por "El Comercio" de Lima.

Sánchez Cerro: el 65.97% de los votos, contra el 27.32% de Haya de la Torre, el 4.56% del Dr. de la Jara y el 2.12% de Osores.

La comparación de porcentajes en las mesas ganadas por Sánchez Cerro y las que dieron ventaja a Haya de la Torre es aún más reveladora.

El martes 20 de octubre, doce ánforas favorables a Haya de la Torre dieron estos porcentajes:

Haya de la Torre	46.36%
Sánchez Cerro	35.59%
De la Jara	10.95%
Osores	7.07%

Ese mismo día, doce ánforas favorables a Sánchez Cerro arrojaron:

Sánchez Cerro	57.37%
Haya de la Torre	33.29%
De la Jara	5.91%
Osores	3.42%

Tres días después, cuando la sustitución de ánforas se efectuaba a prisa, Haya de la Torre sólo ganó en cinco ánforas. La número 3388, por ejemplo, le dio 57 votos contra 54 votos de Sánchez Cerro, 16 votos del Dr. de la Jara y 11 votos del Dr. Osores. Pero once ánforas favorables en Lima a Sánchez Cerro (8) ese día, dan estos resultados:

Sánchez Cerro	76.74%
Haya de la Torre	16.76%
De la Jara	3.74%
Osores	2.76%

Y los magos siguieron actuando. Era preciso asegurar una victoria contundente. El sábado 24, Haya sólo ganó una mesa (9), pero diez ánforas favorables a Sánchez Cerro aumentaron el escándalo:

(8) Anforas de las mesas 2854. 2828. 3187. 2910, 2897. 2967, 2881, 3074. 3073. 2890. 2858, según resultados oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

(9) La mesa 2949, en la que obtuvo 13 votos, sobre 9 votos de Sánchez Cerro, 8 del Dr. de la Jara y 4 del Dr. Osores. Datos oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

Sánchez Cerro	81.17%
Haya de la Torre	15.32%
De la Jara	1.66%
Osores	0.39%

En los escrutinios realizados en Lima el lunes 26, se entrevió que el cambio de ánforas era ya frenético. Diez ánforas favorables a Sánchez Cerro (11) depararon ese día los siguientes porcentajes:

Sánchez Cerro	87.62%
Haya de la Torre	4.53%
De la Jara	1.54%
Osores	6.29%

Ahora Haya de la Torre tenía menos votos que los acumulados por el último de los candidatos, Arturo Osores, en los primeros días del cómputo. El martes 27 de octubre, los magos del Jurado sacaron de su sombrero de copa las ánforas en las que, sin la menor duda, los agentes del gobierno se habían excedido. Seis de ellas (12) suministraron estos porcentajes favorables a Sánchez Cerro:

Sánchez Cerro	93.15%
Haya de la Torre	5.81%
De la Jara	0.43%
Osores	0.54%

¿Puede señalarse cuáles fueron las ánforas sustituidas por el gobierno? Desde luego, que sí. Estas son algunas:

MESA 3366:	
Sánchez Cerro	73 votos
Haya de la Torre	0 votos

(10) Las mesas 2857, 2885, 2852, 2851, 2889, 2940, 3932, 2970, 2038, 2968, según resultados oficiales reproducidos por "El Comercio" de Lima.

(11) Las mesas 2939, 2936, 3076, 2991, 3030, 3929, 3050, 2933, 3051 y 3122, de acuerdo con los resultados oficiales publicados en el diario "El Comercio" de Lima.

(12) Las mesas 3366, 3971, 3027, 3033, 3121, 3123, según los datos oficiales reproducidos por el diario "El Comercio" de Lima.

De la Jara	0 votos
Osores	0 votos
MESA 3971:	
Sánchez Cerro	106 votos
Haya de la Torre	1 voto
De la Jara	2 votos
Osores	0 votos
MESA 3122:	
Sánchez Cerro	134 votos
Haya de la Torre	3 votos
De la Jara	0 votos
Osores	1 voto
MESA 3030:	
Sánchez Cerro	133 votos
Haya de la Torre	0 votos
De la Jara	0 votos
Osores	0 votos

Las ánforas legítimas que resultaban favorables a Sánchez Cerro fueron selladas nuevamente y enviadas al cómputo. Las que otorgaban ventaja a Haya de la Torre fueron sustituidas por otras en las que se aumentaban los votos de Sánchez Cerro a la medida de las exigencias del "presidente ánforas".

Los despojos del fraude —ánforas legítimas cuyos votos adjudicaban abrumadora ventaja al candidato del APRA— fueron escondidas tras una falsa pared en el local de los bomberos Roma Nº 1, en la plaza de la Inquisición. Cinco años después, un comando aprista simuló un incendio echando fuego a unas llantas viejas en los alrededores del Puente Balta, y aprovechando la ausencia de los bomberos, abrió el escondite y se llevó las ánforas en un camión. Más tarde, Haya de la Torre solía regalar esas ánforas a extranjeros ilustres que lo visitaban. "Un recuerdo", decía al entregarlas, "de la democracia en el Perú".

LA ATENCIÓN del país se desplazó hacia el Jurado Nacional de Elecciones. Se pidió la nulidad de las elecciones en Ica, por haberse comprobado que el padrón electoral estaba inflado, que

se había dado más de una libreta a los mismos electores y que se había inscrito a analfabetos. En ese departamento se habían perdido, además, varias actas durante cuatro días. El pedido de nulidad fue rechazado por falta de pruebas.

El APRA solicitó la nulidad de las elecciones en el Callao, porque en nueve ánforas había más votos que firmas en el padrón; porque no se había publicado la lista de los electores en la fecha dispuesta por el Estatuto; porque el número de votantes de la provincia constitucional era incierto y porque en los escrutinios se había sumado más votos que electores. El Jurado Nacional nada pudo decir sobre las nueve ánforas; afirmó que, lamentablemente, no se había podido publicar anticipadamente la lista de electores, que en efecto había mil votos más que electores, pero que esto se explica por "una errada operación de sumar cantidades heterogéneas, a saber, el total del número de votantes más el número de errores cometidos por éstos en sus respectivos votos". Y así, a la ligera, el Jurado rechazó el pedido de nulidad.

La nulidad de las elecciones en Ancash fue solicitada por haberse constituido irregularmente el Jurado Departamental y por no haber usado los candidatos sanchecerristas las cédulas autorizadas por el JNE y el Jurado Departamental. Respondió el Jurado Nacional que según el artículo 12 de la Constitución, eran válidos los actos de los Jurados constituidos irregularmente, pero sin usurpación de la función pública y que la sustitución de cédulas estaba conforme con el Estatuto Electoral. Y rechazó la petición aprista.

El 24 de noviembre se especulaba ya con la conformación de la mesa directiva del Congreso Constituyente. El proceso siguió en discusión en el Jurado Nacional, que anuló las elecciones en Cajamarca, favorables al APRA, y que proclamó Presidente Constitucional de la República a Sánchez Cerro. Los resultados oficiales de esta elección fueron los siguientes:

Luis M. Sánchez Cerro	152,060 votos
Víctor Raúl Haya de la Torre	106,007 votos
José María de la Jara y Ureta	21,921 votos
Arturo Osores	19,653 votos

El fraude estaba consumado.

La represión

LE DECÍAN el serrano Flores. Era hosco, el más grande de los niños de la clase. Se burlaban de él porque llevaba los pantalones a media pantorrilla, según la costumbre andina de ir alargando la ropa de los adolescentes a medida que crecían, de tal modo que se podía decir su edad por la longitud de sus ropas. Usaba medias a rayas blancas y rojas, y su familia, propietaria de la hacienda Olleros, en Ayabaca (la serranía de Piura), había decidido que fuese doctor. Quien haya conocido esa parte del país puede entender la frialdad de este sombrío personaje ante la vida de sus semejantes. Gamonal por estirpe, creció en una región donde un campesino valía, más o menos lo mismo que una cabra y mucho menos que un buey; y así, su vinculación posterior con los fusilamientos resulta explicable aunque no justificable. Funcionario de segundo orden, ganó la amistad de Sánchez Cerro pronunciando un encendido discurso desde el Hotel Bolívar, el día que el caudillo abandonó el poder y se enfrentaba a su destierro a Europa. Más tarde organizó las fuerzas sanchecerristas. Hábilmente fue escalando posiciones hasta convertirse en el hombre más influyente del régimen, el ministro de Gobierno de la represión, el primer ministro todopoderoso del tirano, el capitán de las turbas grotescamente vestidas con camisas negras.

Luis A. Flores fue quien desató la persecución de los apristas a principios de 1932.

A su llegada a Lima, luego de fugar de Trujillo con el diputado Luis González Orbegoso, Haya de la Torre gozó de una precaria libertad. El 4 de enero una muchedumbre de desocupados hambrientos se echó a las calles, dolorosos espectros

que pedían trabajo; fueron dispersados violentamente por la caballería. Poco después empezó a discutirse la Ley de Emergencia que, con el pretexto de defender la democracia, significaba la muerte de la libertad de expresión y daba al gobierno los instrumentos legales para perseguir sin tregua a sus opositores. El 6 de enero, un subprefecto metió preso al director del diario aprista de Chiclayo y el 8 del mismo mes hubo un mitin de protesta porque los recién llegados al poder barrían de sus puestos a los antiguos burócratas, para sustituirlos por sanchecerristas que cobraban así favores electorales. El 9 de enero, preparándose para resistir la represión, el APRA reorganizó su Comité Ejecutivo Nacional: Haya de la Torre mantuvo en sus manos la secretaría general y los dos cargos más importantes recayeron en los diputados Manuel Arévalo y Luis Alberto Sánchez.

Pronto la Ley de Emergencia dio los frutos que esperaba el Gobierno y su policía pudo clausurar dos locales apristas, uno en el Callao y otro en Chacra Colorada. Para entonces había 42 apristas presos en Cajamarca, sin que se les hubiese abierto instrucción o siquiera acusado formalmente de la comisión de un delito. El 16 de enero fue condenado a 20 días de prisión el periodista Serafín Delmar, director de la revista APRA, por haber atacado en un editorial al Presidente Sánchez Cerro. El 28 de enero hubo un violento debate en el Congreso, al denunciar Luis Heysen los planes del gobierno para perseguir a los diputados apristas y pedir garantías para la vida de Haya de la Torre, diciendo que el Gobierno realizaba una burda maniobra para comprometer a otros partidos en las represalias contra el APRA. Se suscitó una polémica entre Víctor Andrés Belaúnde y los apristas Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane. Hacia fines de enero se informó que había 31 apristas detenidos en Trujillo a los que no se seguía acción judicial, y el 6 de febrero murió en el Callao, pobre, abandonado de todos, vejado y torturado, el ex-Presidente Augusto B. Leguía.

El viejo dictador murió mientras la ciudad que lo había adulado y aplaudido celebraba la coronación de la reina del Carnaval. Aquí, en una mesa del Hospital Naval, su cadáver era expuesto a la curiosidad y piedad de quienes se atrevían a compadecerlo en público. Allá, en el Teatro Excelsior, mientras soplaban cornetas y caía una lluvia de serpentinas, mientras los

caballeros jugaban con chisguetes de agua florida y la gente adulaba al nuevo dictador, se procedía a coronar a S. M. Consuelo I. Sánchez Cerro jugó, bailó, comió y postergó la persecución de apristas hasta después del entierro de Leguía. Los funcionarios encargados de encarcelar a los líderes del APRA sonrieron aliviados. Ahora podrían asistir a la función de gala en el Jai Alai y luego al chocolate danzant ofrecido en el Biltmore a la soberana de los carnavales.

Fueron días de alegría. Hubo verbena en los iluminados parques de la Exposición y allí se coronó a Ño Carnavalón, también hubo un desfile de coches alegóricos, bailes infantiles, corso de niños y distribución de raciones —menestras, arroz, una barra de chocolate— entre los numerosos desocupados limeños. Como ocurre siempre, y pese a toda prohibición, la gente pobre jugó con agua; y aunque era necesario el permiso policial para usar un disfraz, la ciudad se vio invadida de piratas, arlequines, pierrots, príncipes y princesas. Y así Leguía se fue para siempre de este país, casi inadvertido mientras su pueblo festejaba las fiestas de la preferencia del ex-Presidente: los carnavales.

En esos días dijo "La Tribuna": "Leguía ha muerto sin que se cortara, por un instante siquiera, el absoluto y prolongado encierro en que vivió desde el 25 de agosto de 1930. Nosotros hemos creído que Leguía debió hablar al país. A nadie se le juzga sin defensa... pero ha caído el anciano sin que el destino haya querido que el país escuchara su defensa y su acusación".

"¿Quiénes tienen derecho a juzgarlo? Si significó autocracia, impericia, favoritismo, corruptela, persecución a los trabajadores, etc., no pueden condenar a Leguía quienes son sus burdos imitadores, sus herederos integrales, especialmente en sus defectos. Los políticos viejos que actúan hoy son iguales o peores que Leguía. Ellos, por consiguiente, sólo pueden examinarlo con el rojizo fulgor de sus pasiones. Pero el odio no es base para revisar el pasado. Por eso afirmamos que a Leguía lo juzgará la Historia con más derecho que sus reemplazantes".

Después de los funerales de Leguía empezó la persecución.

A las 2 de la mañana del 12 de febrero, la policía derribó la puerta de la casa del diputado aprista Arturo Sabroso, lo apresó y lo sacó de su hogar a culatazos. Media hora más

tarde los soplones intentaron allanar el domicilio del diputado Pedro Muñiz, pero fueron recibidos con disparos y se retiraron. Muñiz dio entonces la alarma por teléfono a Manuel Seoane, quien en un viejo y destartalado Ford de "La Tribuna" se dirigió a casa de Luis Alberto Sánchez, donde estaba Haya de la Torre. El jefe del partido se escondió esa noche, con Sánchez, en casa de su tía Benjamina. Seoane alertó luego a Carlos Manuel Cox, que pudo huir, pero llegó tarde a casa de Luis Heysen, quien se había atrincherado detrás de una reja, negándose a salir y amenazando a los soplones con abrir fuego, a la espera de que las gestiones del Presidente del Congreso, Luis Antonio Eguiguren, culminaran con la obtención de garantías para su inmunidad parlamentaria.

El Dr. Eguiguren fue al Ministerio de Gobierno y también conversó con el Presidente Sánchez Cerro. Se enteró entonces de que el gobierno había confeccionado una lista de diputados a los que, por un acto dictatorial, había despojado de todas sus prerrogativas. Los acusaban de conspirar, invocando viejos telegramas de los tiempos de la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo. En su libro "En la Selva Política — Para la Historia" (Sanmartí editores, Lima, 1933) Luis Antonio Eguiguren reprodujo una lista elaborada por el Ministerio de Gobierno, en la que se leen los nombres de Muñiz, Carlos Manuel Cox, Luis A. Sánchez, Sabroso, Seoane, Heysen, Vallejos, Arévalo, Clímaco Tamayo, Alberto Delgado, Saavedra Pinón, Pérez Treviño, Neuhaus y Spelucín. Once apristas y cuatro descentralistas. En lugar de defender la inmunidad parlamentaria, Eguiguren cedió y propuso que los quince representantes acusados por el Ejecutivo fuesen internados en el Hospital Militar hasta que una comisión parlamentaria investigara sus actuaciones. Equivalía, más o menos, a ponerlos presos. Y significaba la desintegración de la combativa Célula Parlamentaria Aprista. En el libro antes mencionado Eguiguren relata sus últimas gestiones de este modo: "Le hice saber al Ministro (de Gobierno) que el señor Saavedra Pinón estaba asilado en mi casa. Si otros invocaban la misma petición debía yo acogerlos. Contestó que el señor Saavedra no tenía garantías. Entonces me dirigí donde el Presidente, en una última y dolorosa entrevista. La conferencia que tuve con el señor Sánchez Cerro fue infructuosa. Estaba absolutamente sugestionado y envanecido. El país se di-

vide en dos bandos, dijo: el sachecerrismo y la gente mala. Era caso perdido".

Mientras tanto, Haya de la Torre se había escondido en casa de la familia Plenge, a la que estaba ligado por lazos familiares. La residencia, ubicada en la alameda Pardo, colindaba con la Embajada de México. El embajador Cabral lo visitó en su escondite. Veinticuatro horas después de darle asilo, la embajada tendría que comunicárselo a la Cancillería peruana y de esa manera —como le sucedió muchos años después con la dictadura de Odría— Haya de la Torre podía convertirse en un dorado prisionero de las negociaciones diplomáticas. Cabral le anunció que tenía órdenes de darle asilo si lo solicitaba y Haya declinó: se quedaría en casa de los Plenge, dedicado a clandestinas labores políticas. Sólo entraría en la Embajada de México si su captura era inminente.

El centro de la lucha política derivó entonces hacia el Congreso.

Apresados varios de los diputados apristas, escondido Haya de la Torre, clausurada "La Tribuna", el Ministro de Gobierno Luis A. Flores envió un mensaje al Congreso, expresando su deseo de explicar su conducta.

Pero Flores no tenía planeado enfrentarse a los diputados apristas y por eso ordenó a la policía que no les permitiese el ingreso al Congreso.

Flores había llegado ya a su cita y los escaños de los diputados apristas estaban vacíos. Pronto sería invitado por el Presidente Eguiguren para iniciar el debate político. Entonces, sorpresivamente, entró un grupo de diputados de la oposición encabezados por Luis Alberto Sánchez y Carlos Manuel Cox, quienes habían burlado la vigilancia de los soplones. Los gobiernistas maniobraron, y a través del diputado Balbuena se pidió la preferencia en el debate a un proyecto de canje de billetes. Flores aprovechó la demora para retirarse del Congreso.

"Los señores Sánchez y Cox", escribe Eguiguren, "estimaron que esto significa la fuga del Ministro para no enfrentarse con sus acusados".

Se suspendió la sesión media hora para llamar al Ministro. "En este intermedio", escribe Eguiguren, "sin dejar yo el salón de sesiones y el estrado, precisamente porque veía en ciertos representantes el propósito de retirarse del local, subieron

al estrado los señores Sánchez y Cox. Les manifesté mi contrariedad por su presencia, que iba a crear al Congreso una situación de hecho; y les recordé que con ese propósito de evitarlo, había suspendido las sesiones por dos días; y había pedido a los representantes que no tenían garantías, que evitaran concurrir al Parlamento, mientras el ambiente se apaciguaba. Me dijeron que tenían que defenderse. Les ofrecí sacarlos en mi automóvil. En ese momento los Ayudantes me avisaron que esto iba a ser imposible, porque habían oído instrucciones confidenciales para sacar a balazos a dichos representantes del automóvil del Presidente del Congreso. Insistí, pero los señores Sánchez y Cox me expresaron que no querían crearme dificultades y que deseaban permanecer en el local para defenderse en el debate político.

"Transcurre media hora y se responde que el Ministro no concurrirá, sino al día siguiente.

"Reabrí la sesión y expresé:

"Se ha manifestado que el señor Ministro después de encontrarse en el Congreso por más de una hora, para hacer la exposición, ha salido por asuntos de servicio y no se ha podido a punto fijo señalar su paradero. Como la exposición del Ministro va a servir de pauta para el debate, pues de otra manera no tendríamos la explicación de los acontecimientos, es sensible que no se pueda entrar inmediatamente a ese debate y definir la situación hoy, en forma plena, de este grave conflicto con el Parlamento. En consecuencia, se avisa que mañana a las cuatro de la tarde vendrá el Ministro. Después de oír su exposición, el Congreso podrá juzgar el asunto cumplidamente. Nada justificaría otros hechos graves, después de lo acaecido.

"El señor representante Sánchez dijo: 'Hemos resuelto no retirarnos del local, hasta la venida del Ministro, pero advertimos que seremos sacados por la fuerza a las tres de la mañana'.

"En guarda del decoro del Congreso, por el que siempre velé hasta el sacrificio, le respondí:

"El señor representante sabe que en todo tiempo, dentro del local del Congreso, solamente el Presidente de la Comisión de Policía ha tenido y tiene jurisdicción, y que nada justificaría ante la Historia un hecho como el que denuncia el señor representante.

"Salí del Congreso, seguro de que el Gobierno actuaría en forma decorosa; jamás imaginé que los que hablaban en contra de la dictadura del Oncenio asaltarían el local del Congreso. No se puede combatir al adversario por las injusticias, y luego, a la hora del triunfo, emplear los mismos o peores procedimientos que él, porque eso equivale a sustituir la justicia por la venganza y a consagrar el desquite, la desigualdad y el rencor como principios políticos".

Eguiguren, prudentemente, se fue a su casa donde recibió las visitas del Ministro de Marina, Alfredo Benavides Diez Canseco, y de un hermano de Sánchez Cerro. Ambos le pidieron que renunciara y se embarcara al extranjero ("En la Selva Política", página 72); se negó y se fue a dormir.

A las tres de la mañana, mientras Eguiguren descansaba, aparecieron camiones con ametralladoras en la Plaza de la Inquisición. Las líneas telefónicas habían sido cortadas y medio centenar de soplones, encabezados por el prefecto de Lima, Julio Chávez Cabello, entró en el Congreso y tomó presos a los disputados, doce apristas —Sánchez, Cox, Cáceres, Baluarte, Showing, Pérez León, Acosta, Cuculiza, Godoy, Alva Díaz, Guillén y Avila— y un descentralista, el Dr. Colina. Se les pidió que entregaran sus armas —cinco de ellos tenían revólver— y en automóviles celosamente custodiados se les llevó al Callao. Al mismo tiempo, en Trujillo, la policía capturaba al diputado Manuel Arévalo.

Los diputados apristas que pudieron evadir a los soplones fueron al Congreso a enfrentarse al gabinete y a responder a las acusaciones de Luis A. Flores. La tensión llegaba a sus extremos. Hubo un debate entre Seoane y Flores, del que salió mal parado el Ministro de Gobierno. Durante una sesión, el Ministro de Justicia Carlos Sayán Alvarez sostuvo un violento pugilato con el diputado aprista Muñiz. Poco después, en la misma puerta del Congreso, Manuel Seoane y Alcides Spelucín eran golpeados por la policía y arrastrados hasta la calle, donde se les embarcó rumbo a la prisión. Eguiguren se limitó a hacer patrióticas exposiciones justificando su conducta. Ya Sánchez Cerro había convertido la democracia en una violenta tiranía. El bello Manifiesto de Arequipa, según apuntó el mismo Eguiguren, "resultó con el tiempo un trapo viejo e inservible con el que los políticos corrompidos barrían el camino por don-

de pasaba su propio autor". En menos de sesenta días se había dispuesto la prisión de Haya de la Torre —que seguía escondido— y se había desterrado a Guayaquil y Valparaíso a toda la plana mayor del APRA, se había ordenado el asalto al Congreso y a los domicilios de los diputados; se había deportado a los directores de "La Tribuna", "La Noche", "La Revista Semanal", "El Hombre de la Calle" y clausurado tres conocidas publicaciones, entre ellas "Buen Humor". El Presidente no estaba dispuesto a tolerar oposición. Su instinto de dictador empezaba a mostrarse en toda su violenta dimensión.

SÁNCHEZ CERRO había arrendado una hermosa casa en la avenida 28 de Julio, en Miraflores, entonces una villa apacible, refugio de artistas y aristócratas, por cuyas calles bordeadas de árboles apenas circulaban automóviles. El Presidente había encontrado allí un vecindario tranquilo y un escondite discreto. Iba a la misa de doce al templo parroquial y almorzaba con un grupo íntimo de amigos y amigas. En la tarde presidía el jolgorio y se bailaba en las terrazas, con música de guitarras, hasta avanzada la noche.

El domingo 6 de marzo, acompañado por el Jefe de su Casa Militar coronel Antonio Rodríguez, y por su edecán, el mayor Luis Solari Hurtado, Sánchez Cerro descendió de su automóvil y entró en la iglesia. Las bancas estaban ocupadas por familias miraflorinas y también por quienes conocían las costumbres del Presidente y oían misa en esa iglesia con el doble propósito de cumplir con su devoción y saludarlo. El cura estaba ya en el altar y las cabezas se volvieron hacia Sánchez Cerro cuando éste avanzó por la nave. Al llegar a la altura de la puerta lateral, un hombre alto delgado, con un blazer azul y pantalones de franela blanca, se volvió bruscamente y apuntando apenas desde la cintura, le descerrajó un balazo en el pecho. Sánchez Cerro dio dos pasos atrás, los ojos desorbitados, atónito por esa quemante sorpresa que le había atravesado las costillas, el semblante lívido, su diestra buscando el revólver para defenderse. El violento estampido causó pánico en la iglesia y sus pulcros, solemnes y cortesanos feligreses. Entre los gritos se escuchó un segundo disparo, dirigido esta vez

contra el coronel Rodríguez, quien cayó herido en una pierna. El mayor Solari, que estaba rezagado, avanzó abriendo fuego. El terrorista respondió con un balazo y huyó, perseguido por Solari, que seguía apretando rabiosamente el gatillo. Ya herido, el joven del blazer azul corrió por un jardín y quiso saltar una reja, pero fue capturado. Las autoridades informaron que se llamaba José Melgar Márquez y que era aprista.

Sánchez Cerro estaba gravemente herido. La bala le había pasado cerca del corazón y perdía sangre en una incontenible hemorragia. Fue trasladado a la cercana Clínica Delgado y sometido a una operación: salvó la vida.

La noticia del atentado se esparció velozmente por Lima. El Congreso se reunió en sesión extraordinaria para dar una ley ratificando el decreto 7060 de la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo, que autorizaba el uso de las armas para reprimir cualquier manifestación hostil o para disolver grupos mayores de cuatro personas en las calles, que instituía las cortes marciales destinadas a juzgar sumariamente —en 48 horas— a los reos civiles o militares de los delitos de rebelión, sedición o motín y que devolvía al país la pena de muerte, ejecutada inmediatamente después de pronunciada la sentencia, para los autores de esos delitos o sus cómplices.

Poco después eran condenados a muerte José Melgar Márquez y el Dr. Juan Seoane, acusados de atentar contra la vida del Presidente de la República. Un movimiento para salvar sus vidas creció en todo el país. Hubo memoriales. Intervino inclusive la Iglesia Católica. Sin embargo, los argumentos más sólidos para conmutar la pena de muerte impuesta a Melgar y Seoane, fueron proporcionados por el Colegio de Abogados de Lima, cuyo Decano, el destacado jurista y más tarde político y diplomático, Dr. Diómedes Arias Schreiber, dirigió esta nota al Presidente del Congreso Constituyente:

"La Junta directiva del Colegio de Abogados de Lima ha acordado, por unanimidad, que me dirija en su representación al Congreso Constituyente solicitando la conmutación de la pena de muerte impuesta anoche por la Corte Marcial contra don José Melgar Márquez y el doctor Juan G. Seoane, por su participación en el atentado contra la vida del señor Presidente de la República, perpetrado el 6 de los corrientes.

"El Colegio está seguro de interpretar con su gestión la convicción doctrinaria y el sentido jurídico de todos los abogados del Perú.

"La abolición de la pena de muerte en nuestra legislación penal común y privativa ha respondido, por igual, a la evolución progresiva de las teorías de Derecho enseñadas en nuestras universidades y profesadas en nuestros institutos forenses y a la emoción social transida de sensibilidad humana de una decisiva y consistente mayoría de la nacionalidad.

"Por esto el artículo 21 de la Constitución, encarnando las normas éticas vivientes en la conciencia colectiva, permite sólo por excepción aplicar la pena de muerte a los delitos señalados en ese precepto cuando las leyes penales específicamente la impongan.

"Estas leyes no imponían la pena capital contra ningún delito común ni militar cuando se consumó el atentado del 6 de los corrientes, atentado que el Colegio de mi presidencia condena severamente en nombre del Derecho, la moral y de la civilización.

"Al pedir clemencia para los dos condenados a muerte, uno de los cuales pertenece a la abogacía y a nuestra corporación, ésta reafirma su profesión de fe, según las cuales todas las leyes y todos los fallos judiciales deben subordinarse al derecho general declarado por la Constitución.

"La sentencia pronunciada anoche vulnera principios básicos de nuestra ley fundamental.

"La ley Nº 7491 (que ratificaba el decreto-ley 7060), citada en dicha sentencia, fue promulgada el 7 de marzo de este año y no ha podido normar el juzgamiento de un hecho practicado el día anterior.

"La indicada sentencia es errónea en cuanto atribuye a la ley 7491 virtualidad ratificatoria del decreto-ley 7060. Este decreto-ley había sido derogado desde el 26 de mayo de 1931, en fuerza del decreto-ley Nº 7161. Lo que no existe no puede ser ratificado. La ley Nº 7491 podrá haber reproducido las disposiciones del decreto-ley Nº 7060 para que rija desde el día de la promulgación de esa ley que fue el 7 de los corrientes. Pero la ley Nº 7491 no puede justificar que se aplique el decreto-ley 7060 no existente el día 6 de marzo de 1932, para la sanción del delito cometido ese día.

"Es asimismo errónea la apreciación que se ha hecho en el sentido de haber revivido el decreto-ley Nº 7060 como consecuencia del decreto-ley Nº 7187 del 11 de junio de 1931. Este decreto-ley no volvió a poner en vigor la ley marcial expresamente derogada por el decreto-ley Nº 7161, del 26 de mayo de 1931. El mencionado decreto-ley Nº 7187 suspendió determinadas garantías constitucionales; pero no estableció la pena de muerte ni autorizó el funcionamiento de cortes marciales de excepción.

"La sentencia dictada anoche infringe el artículo 20 de la Constitución según el cual las leyes no tienen fuerza ni efecto retroactivo y fulmina la garantía esencial de los derechos humanos y de la convivencia social contenida en el artículo 26 de la misma Constitución, que ordena que nadie podrá ser condenado sino conforme a las leyes preexistentes al hecho imputable y por los jueces que las leyes establezcan.

"El Colegio de Abogados de Lima, fiel a la tradición secular del instituto, alza ante el Congreso Constituyente su voz convencida, en la que se mezclan la defensa del derecho y la invocación de la templanza que es la cualidad suprema de la justicia de los hombres".

Rodeada de árboles y frente a la apacible alameda Pardo, la casa de los Plengę era un tranquilo refugio para Haya de la Torre. El jefe del partido ocupaba un habitación en el segundo piso, próxima a la biblioteca y junto al observatorio astronómico que había pertenecido a su tío Carlos Washburn. Leía, escribía —allí escribió su manifiesto de 1932— y dirigía los hilos invisibles de su partido perseguido.

"Allí me agarraron el seis de mayo, el mismo día que asesinaban en París al Presidente de Francia", recuerda Haya de la Torre.

La policía había seguido fatigosamente sus huellas hasta la casona de Miraflores. El jefe de la brigada política, un siniestro, torvo personaje llamado Damián Mústiga, fue quien dirigió la operación.

De Haya de la Torre se decía en Lima que ya había escapado del país, que posiblemente estaba en Panamá. Pero a las 3 a. m. del 6 de mayo, casi un centenar de soplones saltó del

otro lado de la reja de madera y formó un cordón de pistolas y ametralladoras en el jardín de la casa, interponiéndose entre el escondite del líder político y la embajada de México. Víctor Raúl despertó al oír las voces de Mústiga y sus policías que entraban en la casa. Se vistió de prisa y abrió la ventana: estaba atrapado. Salió entonces, el rostro casi oculto por una espesa barba casi rubia, malhumorado y hosco.

"Me agarraron durmiendo", recuerda, "por eso nunca más he vuelto a dormirme antes de las tres de la mañana".

Más preocupado por la suerte que pudiesen correr sus parientes, Haya de la Torre fue sometido a un largo interrogatorio y el 7 de mayo se dispuso su traslado al Panóptico. A las seis de la tarde de ese día estalló una revuelta aprista en Lima y los manifestantes se abrieron paso a balazos hasta la Plaza de Armas, provocando pánico en Palacio durante una media hora. En la noche se hizo acordonar con tropas el Jirón de la Unión, hasta la Penitenciaría y por allí viajó un convoy de automóviles. Pero Haya de la Torre fue llevado velozmente por otro camino, siguiendo por la iglesia de San Francisco, la avenida Abancay y luego de un rodeo, a la avenida Grau hasta la cárcel. Allí lo esperaba la misma celda que había alojado al ex-Presidente Leguía: doble reja, doble candado, ventanas cerradas con ladrillos, un catre sin colchón. Un foco amarillo brillaba encima de su cabeza. Le dijeron que si apagaba la luz, siquiera para dormir, lo dejarían en la oscuridad para siempre. Trampas en el techo permitían a sus guardianes vigilar todos sus movimientos. La cama estaba situada en el centro de la celda. Allí iba a estar más de un año, sin ver la luz del sol, sin que le permitieran salir ni siquiera para satisfacer sus necesidades corporales.

A la misma hora en que Haya de la Torre era conducido a la Penitenciaría, la marinería se sublevaba en el Callao y el gobierno decretaba el estado de sitio en todo el país.

El comunicado oficial hecho publicar en todos los diarios decía:

"Anoche, a las 11 p. m., estalló un motín a bordo de los cruceros Grau y Bolognesi.

"El movimiento es de carácter comunista y seguramente forma parte de un plan social revolucionario preparado para ayer y que debía estallar en toda Sudamérica, plan del que es-

tuvo informado el Gobierno, hace cinco días, por un aviso cablegráfico que recibió de Europa.

"La tripulación de los cruceros, después de apresar a los oficiales, trató de desembarcar, siendo enérgicamente rechazada por las fuerzas de tierra, ejército y policía, regresando los amotinados a sus respectivos buques.

"Un timonel del BAP Grau se arrojó al mar y ganando a nado la playa dio la noticia del estallido del motín.

"El movimiento no compromete a ninguna de las otras unidades de la escuadra.

"La aviación controla los movimientos de las unidades amotinadas.

"El Gobierno les ha intimado rendición y espera poner término al movimiento subversivo en las primeras horas de la mañana, estando dispuesto a proceder con la energía que el caso requiere.

"Las demás fuerzas de aire, mar y tierra permanecen leales y el más completo orden domina en toda la República".

La fértil imaginación del Ministro Flores produjo esta pieza literario-política. Como se demostró durante el proceso seguido a los amotinados, el descontento de la marinería empezó por la mala calidad del rancho y el atraso en el pago de las propinas, derivando luego en un movimiento que no tuvo color político.

Promotor del motín fue el marinero Eleuterio Medrano, de 29 años de edad, natural de Huancavelica y tripulante del "Bolognesi". En su declaración ante la Corte Marcial dijo que fue elegido jefe del movimiento por los otros marineros, simplemente porque lo respetaban. Fue Medrano quien, revólver en mano, aprisionó a los oficiales del "Bolognesi". Luego, en un bote, los marineros sublevados se dirigieron al "Grau", lo tomaron por abordaje y la marinería de ese crucero se unió al motín. Posesionados de las dos poderosas unidades de la escuadra los marineros pensaron en hacerse a la mar, pero al "Bolognesi" le faltaba agua y un caldero del Grau estaba desarmado. Intentaron desembarcar en el Callao pero allí habían tomado ya posiciones el Regimiento de Infantería Nº 7 —el favorito de Sánchez Cerro— y un regimiento de caballería. Regresaron entonces a los dos cruceros y optaron por capturar los submarinos, una fragata y el crucero "Lima", naves que es-

taban surtas en la bahía del Callao. Medrano y diez sublevados se dirigieron al submarino R-4 y encontraron en la cubierta al teniente Zamora, quien simuló rendirse y colaborar con el cabecilla, indicándole el camino hacia el interior. Apenas descendió Medrano a las entrañas del submarino, fue desarmado por otro oficial y Zamora cerró la escotilla tras de sí. Luego se sumergieron y los amotinados que estaban en cubierta no tuvieron otra alternativa que lanzarse al agua. Prisionero Medrano, los marineros no supieron qué hacer. Con las primeras luces, una escuadrilla de aviones sobrevoló las unidades y a las siete de la mañana el R-4 abrió fuego de cañón contra el "Bolognesi". El proyectil dio sobre la línea de flotación y provocó un incendio a bordo del crucero. Los marineros se rindieron y sus oficiales apagaron el fuego.

El juicio fue sumario. A las 7 y 45 de la mañana del 11 de mayo, ocho de los marineros fueron condenados a muerte: Eleuterio Medrano, Gregorio Pozo Chunga, de 22 años, panadero en la vida civil, timonel; Telmo Arrué Burga, cajamarquino de 18 años, mecánico y aprendiz naval; Arnulfo Ojeda Navarro, tumbesino de 22 años, soltero y mecánico de segunda; Rogelio Dejo Delgado, de 21 años, fogonero; Fredemundo Hoyos, cajamarquino de 21 años, zapatero en la vida civil, cabo de mar; José Vidal Monzarret, carpintero, de 27 años, natural de San Martín; y Pedro Gamarra Gutiérrez, albañil limeño de 21 años de edad, marinero de segunda.

Después de leída la sentencia, los ocho marineros fueron conducidos a la caleta sanitaria de la Isla San Lorenzo; allí esperaron mientras un sol apenas tibio rompía suavemente el cielo otoñal de Lima. Una lancha trajo a las autoridades y al sacerdote Ernesto Cotte, de la iglesia matriz del Callao. Los condenados a muerte se confesaron, cambiaron sus uniformes y fueron conducidos en una lenta procesión hasta el sitio de la ejecución. Un pelotón de fusilamiento, doce soldados, los aguardaba. Y también esperaba la comitiva oficial, desde un satisfecho Luis A. Flores hasta el propio secretario de la Presidencia. Un oficial llamó por sus nombres a los marineros Vidal Pozo, Gamarra y Arrué. Quiso vendar sus ojos, pero los marineros rehusaron. De pie, las manos atadas a la espalda, podían ver a los otros cuatro lívidos condenados, a los soldados formando frente a ellos, seis de pie, seis arrodillados; y atrás

el mar gris-verdoso del Callao, la bahía tersa, el perfil de la ciudad. El oficial encargado de la ejecución alzó su sable, se elevaron los fusiles buscando sus blancos y al caer la hoja de acero impartiendo su silenciosa orden, sonaron los disparos. Luego se escucharon los tiros de gracia, la voz del sacerdote se elevó rezando los responsos y los otros cuatro condenados avanzaron para tomar el sitio de los que ya habían sido fusilados.

El 14 de mayo, aplastada la sublevación de los marineros y mientras se abría una escandalosa instructiva contra Víctor Raúl Haya de la Torre, el gobierno mexicano rompió relaciones diplomáticas con el Perú, dando así respuesta a las acusaciones del gobierno de Sánchez Cerro de que la embajada de México había actuado en complicidad con el jefe del APRA.

El 19 de mayo, el Colegio de Abogados de Lima reinició su batalla en contra de la aplicación de la pena de muerte. Era, en realidad, una solitaria campaña. Ya en mayo de 1932 la dictadura de Sánchez Cerro no admitía oposición y aunque se tratase de la templada y serena opinión de los juristas limeños encabezados por el Dr. Arias Schreiber, se sabe que el vidrioso Presidente de la República la recibió con cólera. ¿Qué sabían, después de todo, esos doctorcitos de los problemas del gobierno? El, Sánchez Cerro, el caudillo, decía que había que matar. Los que estaban de acuerdo con su gobierno eran buenos peruanos. Y los malos peruanos debían andarse con cuidado. A menudo arriesgándolo todo, el Dr. Arias Schreiber y los abogados limeños se enfrentaron con valentía única al Dictador. Su profunda preocupación por la forma cómo se conducía el gobierno se revela en toda su intensidad en la nota enviada después de los fusilamientos de San Lorenzo a los secretarios del Congreso Constituyente. Decía:

"La junta directiva del Colegio de Abogados de Lima ha acordado solicitar al Congreso Constituyente la derogación del decreto-ley 7060 y de la ley Nº 7491, en uso del derecho de petición que otorga el artículo 23 de la Constitución.

"El Colegio basa su indicada solicitud en el principio jurídico invariablemente profesado por él, vertido en el anteproyecto sobre la reforma constitucional del poder judicial que le encomendó el Ejecutivo y difundido en numerosos documentos oficiales del Instituto, conforme al cual todas las leyes especí-

ficas deben subordinarse al derecho primordial declarado en la Constitución.

"El decreto-ley Nº 7060 del 24 de marzo de 1931, que había sido derogado por el decreto-ley Nº 7161 del 26 de mayo de ese año, y la ley Nº 7491, que ha vuelto a poner en vigor el decreto-ley primeramente citado, infringen los principios básicos de nuestra ley fundamental. Ellos penan con la muerte delitos menos graves que los de homicidio calificado y traición a la patria, únicos que permiten sancionar con la condena capital el artículo 21 de la Constitución. Al mismo tiempo ellos originan cortes marciales de excepción cuyo personal designa el Poder Ejecutivo para el juzgamiento de los delitos previstos en ellos, después de la perpetración de estos delitos, contrariando así el artículo 155 de la Constitución que prohíbe todo juicio por comisión, y la parte final del artículo 26, que ordena que nadie puede ser sentenciado sino por los jueces preexistentes al hecho imputado.

"Las normas constitucionales violadas por el decreto-ley Nº 7060 y por la ley Nº 7491 deben prevalecer sobre éstos para lo cual es indispensable la derogación solicitada. La subordinación de las leyes a la constitución es condición medular del orden jurídico que no puede realizarse si las leyes se apartan de las normas éticas aceptadas por la generalidad del grupo social. Estas normas, que son la expresión de la conciencia colectiva de un país, viven en sus preceptos constitucionales, que son las grandes líneas directrices dentro de las cuales debe encauzarse la vida del derecho.

"Por mandato brotado de lo más profundo del sentimiento nacional, la pena de muerte estaba abolida en el Perú. Limitada en las constituciones de 1823, de 1826, de 1828 y de 1860 a gravísimos delitos y proscrita para todos en las constituciones de 1856 y de 1867, la de 1920 que actualmente rige, autoriza únicamente la pena capital para los delitos de homicidio calificado y traición a la patria cuando las leyes la establezcan. El Código Penal de 1924 no ha hecho uso de esa permisión. Su articulado no consigna la pena de muerte. Tampoco la consigna la legislación penal privativa, pues los preceptos del Código de Justicia Militar que la preveían han quedado definitivamente en suspenso y sustituida la pena de muerte con la

de penitenciaría, de acuerdo con el artículo 2 de la ley del 20 de diciembre de 1896.

"Contrasta dolorosamente con estos progresos la aplicación anticonstitucional de la pena de muerte a delitos distintos de los taxativamente señalados en la ley fundamental. El contraste se agrava cuando se confronta que aún antes de culminar esta feliz evolución, el cadalso político había desaparecido de nuestro suelo, salvo su fugaz erección repudiada por todos los espíritus libres del Perú, en 1924. Es un hecho histórico que la pena capital había caído en desuso desde una época en la cual los preceptos constitucionales no la prohibían, antes de estar en vigencia la constitución de 1856. Imponer ahora, contrariando la Constitución, una pena que las costumbres habían desterrado cuando la Constitución la toleraba, es un retroceso que hiere la convicción, la sensibilidad y la cultura de la ciudadanía.

"Con iguales relieves se destaca la incoveniencia del juzgamiento por los tribunales extraordinarios instituidos en virtud del decreto-ley Nº 7060 y de la ley Nº 7491.

"Tradicionalmente el derecho nacional proscribió los tribunales extraordinarios. Todas las constituciones que nos han regido han cuidado de prohibirlos expresamente. La de 1920 reitera esa prohibición y de manera explícita ordena, junto con la preexistencia de las penas, la preexistencia de los tribunales capacitados para decretarlas.

"Es obvio que el legislador no debe crear reglas especiales, sustantivas o de procedimiento, destinadas a sustraer ciertos hechos delictivos de la ley general. La represión del Estado debe ser puramente jurídica y por lo tanto excluyente de penas y de tribunales excepcionales instituidos para juzgar determinadas situaciones que al ser apartadas de la ley y de los jueces preestablecidos, son colocadas fuera de la acción de la justicia para dar lugar a la opinión de los partidos.

"El Colegio evidenció ante el Congreso Constituyente que la sentencia de la Corte Marcial del 14 de marzo último había impuesto una pena que no estaba en vigor cuando se cometió el delito que motivó la condena con infracción de los artículos 20 y 26 de la Constitución. Idéntico es el concepto técnico de la corporación sobre el fallo de la Corte Marcial de San Lorenzo. Este fallo se ha basado en el decreto-ley Nº 7060 el

cual legisla en forma taxativa para el estado de sitio que no había estado en vigor para el 7 de mayo, cuando se perpetraron los delitos juzgados por esa Corte Marcial.

"El error de ambas sentencias, reagravado en la última por haberse ejecutado sin apelación la pena capital contra los acusados a quienes no se había permitido designar sus defensores, esencial derecho universalmente respetado, hace imperioso que cese el confusionismo originado por la existencia en nuestra actual ley escrita de esporádicas penas y formas de juzgamiento, definitivamente erradicadas de la teoría del derecho, prohibidas en nuestra Constitución y repudiadas por la inmensa, casi unánime mayoría de la nacionalidad.

"Los delitos contra el Estado y la defensa nacional y contra los poderes del Estado y la Constitución están detalladamente previstos y justicieramente reprimidos en los códigos penales común y privativo. Acordes con las enseñanzas de los juristas, con nuestro derecho constitucional y con nuestras costumbres, los indicados códigos establecen para aquellos delitos penas privativas de la libertad que llegan hasta el internamiento y que son suficientes para resguardar el orden público, la estabilidad institucional y la disciplina del ejército, sin ocurrir al irreparable extremo de la pena capital".

La batalla del Dr. Diómedes Arias Schreiber y de los abogados de Lima era, en verdad, solitaria. Los ocho marineros ya habían sido ejecutados, el decreto-ley Nº 7060 y la ley Nº 7491 no fueron derogados; y los cadalsos políticos siguieron gravitando amenazadoramente sobre la Nación.

El 26 de mayo, diríase que con el fin de aplacar a la opinión pública, se conmutó la pena de muerte contra Melgar y Seoane por la de internamiento. El 2 de julio fracasó una revolución organizada por partidarios de Leguía, cuyo objetivo era capturar la base aérea de Las Palmas.

Y a las nueve de la noche del 6 de julio, Manuel Barreto, barbudo y violento réprobo, miró a un maestro de escuela de 23 años de edad, llamado Alfredo Tello Salavarría, y le dijo: "A las dos de la mañana, maestrito, a las dos atacaremos el cuartel O'Donovan".

Una fría noche de julio

ESTABA ENAMORADO, andaba siempre enamorado en esos días y a las cuatro de la tarde se había metido en cama, arropado bajo una gran frazada a cuadros, sacudido su cuerpo enjuto por un ataque de paludismo. Era el seis de julio, y en su casa de Mansiche, Alfredo Tello Salavarría, de 23 años, maestro del Centro Escolar 245, se aburría y se preguntaba qué estaría haciendo por fin Búfalo Barreto. Hijo de un agricultor, callado, sereno, hermano de una belleza trujillana, mal futbolista del equipito de la ASJ —la Acción Social de la Juventud, organizada por los curas católicos para rivalizar con la YMCA—, tirador de infalible puntería que fuera campeón del San Juan, esa tarde el joven Tello transpiraba y se aburría, atrapado entre dos futuros: el del profesor encanecido, anónimo y provinciano, alimentado hasta la muerte con una exigua pensión del Estado; y el del revolucionario entregado al desafío de nuevas ideas y nuevas luchas. No dudaba —había nacido para los petardos y las tribunas— pero se preguntaba si resultarían finalmente los audaces planes de ese barbudo mecánico a quien había conocido en el partido y con quien había convenido en asaltar el cuartel O'Donovan dentro de nueve días.

Había agarrado el paludismo en el Marañón, unas semanas atrás, ayudando a fugar a Nazario Chávez Aliaga, secretario del APRA en Cajamarca, y a quien había acompañado en un frustrado intento de provocar una sublevación. Todo empezó en enero, cuando su primo Napoleón le pidió que escondiera a Chávez, perseguido por la policía después de otra intentona revolucionaria. Se conocían a través de epístolas. Chávez era director de "El Perú" y Tello escribía en el diario "Norte"; am-

bos eran apristas e intercambiaban artículos. Lo cobijó hasta marzo, y en esos tres meses, Nazario Chávez despertó en él la vocación revolucionaria. Lo acompañó a repetir la intentona de sublevación que abortó antes de la fecha prevista: el 19 de marzo. Perseguido Chávez nuevamente, Tello organizó la fuga hasta Huaraz y consiguió enviarlo a Lima. Volvió a Trujillo y unos días más tarde fue llamado por Barreto. Lo conocía, sí ¿Quién no conocía a Búfalo? Era, en verdad, el mejor orador, mejor que Arévalo, mejor que el minero Avila. Y se había propuesto hacer la revolución.

—Me parece apresurado —le había dicho Tello.

—Tiene tres meses de preparación —contestó Búfalo.

Debía recordarlo: la revolución había estado lista en diciembre de 1931, pero se había frustrado antes de que se disparara un solo balazo.

—No tenemos armas —dijo Tello en esa reunión. Estaban en la casa de Llorens y Búfalo lo hizo subir a un altillo. Desde allí podían ver las luces del cuartel O'Donovan.

—Mira bien —dijo Barreto—. Las armas están allá. Hay que irlas a buscar.

Todavía parecía una locura.

—Atacar un cuartel con las manos desnudas es como proponer una matanza —dijo Tello secamente.

—No, no..., todo estará arreglado. El comandante Silva se ha comprometido. Y varios de sus oficiales también.

Desde entonces Tello había trabajado arduamente. Iba a ser el capitán de los revolucionarios de Trujillo, un grupo de cien hombres que fue seleccionado cuidadosamente. Barreto iría al frente de las fuerzas campesinas. Y en sus conversaciones con Búfalo, trataba de demorar el ataque. Le parecía necesario asegurarse la intervención de los soldados. No creía posible capturar un cuartel sin más armas que las picas fabricadas por los campesinos de Laredo, hechas con viejas puntas de fierro dulce. Pero la prisión de Haya, la noticia del fusilamiento de los ocho marineros, la creciente brutalidad de la policía, aumentaron la presión ejercida por los sindicatos del valle de Chicama. Ya Barreto viajaba todas las noches a Laredo, a Sausal, a Casagrande y Cartavio. Y había llevado a Tello a las reuniones clandestinas en La Merced, en la chacra de Olegario Yépez, un viejo arrojado que más tarde lucharía en las calles

de Trujillo. Sí, estaban impacientes. Y dieron un ultimátum a Búfalo. Después Barreto y Tello habían convenido la fecha para el ataque: el 15 de julio.

Faltaba, pues, más de una semana. Tello dormitó a ratos esa tarde del 6 de julio y despertó a las siete de la noche cuando le anunciaron la visita de Delfín Montoya. Traía un mensaje de Búfalo:

—Esta noche —dijo Montoya—, el asalto al cuartel.

Tello saltó de la cama.

—¡No puede ser! —gritó.

—Dice que reúnas a tu gente.

—No —dijo Tello—, primero tengo que hablar con él. Habíamos quedado en que sería el 15 de julio.

CUCHO HAYA de la Torre, hermano menor del jefe del partido y la máxima autoridad aprista en La Libertad, recibió el aviso al mismo tiempo que Tello. Escondido en su propia casa, despachó mensajeros en busca de los integrantes del Comité Ejecutivo Departamental del APRA, igualmente buscados por la policía a excepción de José Alberto Tejada, a quien por su edad —tenía veinte años— los soplones no daban importancia. Un grupo de furtivos caminantes se refugió en menos de media hora en la casona de la calle Ayacucho. El último en llegar fue precisamente Tejada, cuñado de Oswaldo Llorens, en cuya casa Búfalo se aprestaba para la lucha.

Había sido Tejada el encargado de llevar a Búfalo a casa de Haya de la Torre unos meses antes, para una reunión destinada a coordinar las actividades revolucionarias. El hermano menor de Víctor Raúl era partidario de una rebelión nacional encabezada por el único militar peruano que podía arrastrar con su prestigio a los oficiales jóvenes: Gustavo Jiménez, el zorro desterrado en Chile. Barreto opinaba que era necesario actuar de inmediato, que la vida del jefe del partido estaba en peligro, que era preferible no entregarse a un militar que podía más tarde traicionarlos para apoderarse de la presidencia.

Hasta entonces había existido un peligroso enfriamiento entre el Comité y los revolucionarios a los que Búfalo había ido unificando, desde el apasionado Delfín Montoya —quien quería incendiar todos los cuarteles del país, el mismo día y a la mis-

ma hora— hasta los organizados campesinos de Laredo, que estaban capitaneados por Remigio Esquivel.

La reunión sirvió para lograr un entendimiento en el que prevalecieron los puntos de vista de Cucho Haya de la Torre: se invitaría al comandante Gustavo Jiménez a encabezar la rebelión. El movimiento en suma, tendría carácter militar con el masivo apoyo del pueblo aprista. La revolución estallaría en Trujillo, sería secundada por las guarniciones del Norte y se levantaría un Ejército para luchar contra las bien organizadas tropas con que Sánchez Cerro contaba en Lima. Barreto sería el comandante de las fuerzas populares y Cucho el jefe político.

El dentista Guillermo Baldwin, ya vigilado por los soplones debido a sus ideas revolucionarias y su vigorosa actuación en el Partido Aprista, fue comisionado para viajar a Arica y regresar con el comandante Jiménez antes del 15 de julio. Esa había sido la fecha final fijada por Barreto para la sublevación.

"Teníamos un prefecto adverso al partido y hubo que fraguar documentos. No faltó quien me hiciera un pasaporte. Salí con papeles falsos a embarcarme por Chimbote", recuerda Baldwin.

Partió en el automóvil de un chofer aprista, Artemio Carranza. Corría el mes de abril. Se habían secado los torrentes que descienden en verano de la cordillera, violentos y helados intrusos en los desiertos salpicados de algarrobos. Más allá de la duna gigantesca, alta como una montaña, que camina sin destino en el alto de Salaverry, más allá del estático oleaje de los panecillos de arena, en Virú, sombreado y verde, ya crecían las piñas grandes como balas de cañón, ya colgaban los verdes sables del pacae, ya se agitaba el maíz tierno. Chimbote los aguardaba con su quietud de siestas, una adormecida bahía en la que se mecía, renegrido, oliendo a brea, el buque chileno de cabotaje "Huasco". Baldwin bebió cerveza fría con Carranza, todavía pegoteadas las botellas de aserrín y hielo, y le pagó por el viaje el equivalente del valor de su automóvil. No debía resultar perjudicado. Tendría que esperar a Baldwin y al comandante Jiménez en Chimbote cuando volviera el "Huasco" en los primeros días de julio.

Baldwin compró generosamente al contador de a bordo para que facilitara un escondite a Jiménez cuando llegase el momento de retornar al Perú. Se hicieron amigos y se despidie-

ron con un caluroso apretón de manos en Antofagasta. De allí, en un destartalado automóvil el Dr. Baldwin se dirigió a Arica.

Envió un mensaje a Jiménez. Este respondió con un saludo. Lo recibiría inmediatamente.

—Ya lo conozco —dijo el militar cuando se encontraron—. Tengo referencias de usted y sé a qué viene.

—Necesito nada más que diez minutos.

—Debo presentarle a los desterrados —dijo Jiménez—; pueden ser muy útiles. Están ansiosos de noticias, casi desesperados. Esto es intolerable...

—No quiero conocer a nadie, comandante.

—¿Cómo?

—Esto no es un juego.

—Están ávidos de noticias, hombre. No se negará usted a contarles cómo van las cosas.

—No deben saber nada del plan, ni siquiera que yo estoy aquí.

—Unas palabras, nada más...

—Mi propósito es llevarlo a usted sigilosamente... Todo está preparado, no podemos poner en peligro las vidas de quienes están en la conspiración. Por favor, le ruego que seamos discretos.

—Está bien, está bien.

Jiménez salió de la habitación unos minutos. A su regreso, sonreía.

—Dígame cuánto han avanzado —pidió.

—Las fuerzas del partido intervendrán en apoyo de las fuerzas militares. Todo está listo.

Baldwin informó al desterrado ex-Ministro de Guerra de los pormenores de la conspiración. Diez minutos después repicaron unos golpes en la puerta principal. Y para asombro del dentista, entraron los desterrados. Jiménez los había mandado llamar.

"Sufrí una desilución enorme. Jiménez cayó del pedestal en que lo tenía y lo consideré como a un muchacho, peor aún, ¡un niño! A pesar de todo, él los había llamado y les dijo quién era yo y hasta cuál era la misión que me había llevado a Arica. A mí no me sacaron palabra, porque no quería hablar con ellos. Una revolución se hace por principios, se juega uno la vida, no es para estar con chismes y con risas".

Más tarde, el comandante Jiménez informó a Baldwin que el único militar que iba a ayudarlo hasta el fin era el jefe del Regimiento Húsares de Junín, acuartelado en Tacna.

—Le sugiero que hable con él —dijo.

Baldwin cruzó la frontera con sus falsos documentos y llegó a Tacna. Deambuló por la ciudad, visitó la logia, encontró por fin a un amigo y éste lo presentó al militar.

Se sentaron a beber.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el militar.

—Trujillo.

—¡Ah, sí... está un poco movido! —el militar rió—. ¿Y adónde se dirige?

—Voy a Arica y luego a Santiago, comandante.

—Tenga usted mucho cuidado con todos esos desterrados —dijo el militar—, una partida de sinvergüenzas, no lo vayan a comprometer.

—Estoy bien advertido, comandante.

—¡Ese perro de Jiménez! —agregó el militar—. ¡Ese desgraciado está en Arica, conspirando como siempre!

Baldwin disimuló su asombro.

—Me alegro que lo hayan echado del país —siguió el militar—. Es un traidor y un miserable.

Un rato después Baldwin se despidió y volvió a Chile.

"Sufría mi segunda desilusión", recuerda Baldwin, "hay que ponerse a pensar... ¡ese era precisamente el militar en quien confiaba Jiménez!"

Tuvo una segunda entrevista con el ex-Ministro de Guerra y le contó lo sucedido en Tacna.

Y presintiendo lo que iba a ocurrir, dijo:

—Lamento que me haya usted presentado a los desterrados. Nada bueno puede salir de esa reunión.

Baldwin no tenía ya nada que hacer en Arica. Debía esperar el próximo viaje del "Huasco" al Perú para embarcarse en Valparaíso y recoger a Jiménez en Antofagasta. Se dispuso, pues, a viajar en avión a Santiago de Chile. Tomó pasaje en un transporte militar. Antes de partir se le aproximó el piloto, un sonriente comandante.

—Capitán —le dijo— póngase mi capote que va a sentir frío.

—Usted me confunde —dijo Baldwin— yo no soy militar.

No me venga con cosas... —el piloto rió—. Usted es capitán del ejército peruano y ya sabemos a qué ha venido.

Ya los desterrados habían abierto sus bocazas.

Había un paro general en Santiago, ley marcial, toque de queda. Estuvo unos días en la capital chilena y se dirigió a Valparaíso.

Faltaba poco para la anunciada partida del "Huasco" cuando... "vino a verme el contador. Estaba furioso y me dijo que ya no podíamos embarcar en el buque.

"—¿Por qué? —preguntó.

"—Hemos sido delatados —dijo el funcionario".

"El señor Federico More", recuerda Baldwin, "este escritor famoso en el Perú, había tenido la imprudencia de subirse al buque en Arica cuando pasaba deportado Luis Antonio Eguiguren y le contó un cuento".

Según los recuerdos de Baldwin, More había asegurado a Eguiguren que los deportados estaban organizando la revolución. Siguió viaje con Eguiguren hasta Antofagasta, donde, de acuerdo con el informe del contador, se había embriagado y dicho a voces que Sánchez Cerro estaba próximo a ser derrocado por Jiménez, quien debía embarcarse en el mismo "Huasco".

El contador, en consecuencia, había sido subrogado.

Baldwin vio partir el "Huasco" con un nudo en la garganta. Tomó otro buque, envió un telegrama a Jiménez: aún existían posibilidades de llevar al comandante hasta Trujillo. Tenían hasta el 15 de julio para hacerlo.

Estaba a bordo, cuando la radio informó, el mismo 7 de julio, que había estallado la revolución en Trujillo. Las fuerzas populares apristas, al llegar el "Huasco" sin los esperados viajeros, habían adelantado la sublevación.

Jiménez estaba esperando en el muelle. Solitario y pequeño.

—¡Debemos embarcarnos! —dijo.

—¿Usted cree? —preguntó Baldwin.

—Tengo a mi disposición un avión que puede ponernos en Trujillo mañana mismo.

—¡Eso es una montonera! —estalló Baldwin—, ¿cómo se le ocurre? Ya no cabe el viaje, comandante, todo está arruinado. El movimiento nacional está desahuciado.

Lo miró con cólera y agregó:

—Yo tenía que llevarlo a usted de incógnito. Si ahora viajamos al Perú, la policía nos echará el guante en la primera garita, en el primer aeropuerto.

"Jiménez hizo un gesto de disgusto", recuerda Baldwin, "y dijo: Todo esto ha sido cosa de More. Figúrese usted... More fue allá, al barco en que pasaba Eguiguren, y le sacó cinco o seis mil soles diciéndole que la revolución necesitaba dinero".

El 10 de julio llegaron juntos a Arica. Dos días más tarde Baldwin retornó a Santiago de Chile. Ya no pudo volver al Perú.

CUCHO HAYA pidió a Tejada que disuadiera a Búfalo de atacar el cuartel esa madrugada. Había que traer a Jiménez de todos modos. En caso de que resultara imposible postergar la rebelión, Tejada debía ofrecer a Búfalo toda la colaboración del comité.

Tejada lo encontró en casa de Llorens. Estaba abrochándose el overol.

—Dile a Cucho que a las dos asalto el cuartel y que a las tres estoy en su casa para llevarlo a la Prefectura —dijo Búfalo.

—No puedes hacerlo así —dijo Tejada.

Las pupilas de Búfalo llamearon.

—¿Por qué? ¿Hay acaso que dejar al jefe pudriéndose en una cárcel? ¿quién dice que no puedo hacerlo?

—Cucho está muy preocupado.

—Yo seré el jefe militar y él se encargará de la política —se sentó a calzarse los botines—. No tengo nada contra Cucho, díselo así. Que no se preocupe. La gente me obedece y yo estoy a su lado.

—Pero esto va a ser inmediatamente combatido... van a decir que es un movimiento comunista.

—¿Por qué?

—Porque son obreros. Tú eres obrero, un chofer. Y si asaltas un cuartel... ¿qué esperas que digan?

—No, no, no —Búfalo parecía confiado—. Ahora les vamos a demostrar que el pueblo también sabe corregir los abusos. Y es mejor así. Ya lo ves: Jiménez no vino. Por último, una vez que los militares están en Palacio de Gobierno empiezan a traicionar.

Hizo una pausa.

—Además sería la tercera vez que los cito para atacar el cuartel y los hago volver a sus casas.

Palmeó a Tejada en la espalda y agregó:

—Ya no puedo esperar más; dejarían de creer en mí. Y entonces, tú lo sabes, cualquier cosa puede pasar.

Tejada se dio por vencido.

—¿En qué te podemos ayudar?

—Iré por Cucho a las tres de la mañana para llevarlo a la Prefectura. Que no tema y que espere en su casa.

Alguien entró a entregar las llaves del telégrafo.

—Yo voy al frente de mi canalla —dijo.

—¿Y si te matan?

Búfalo cerró los puños, en gesto desdeñoso.

—¡Qué me van a matar!

—Los jefes se cuidan —dijo Tejada— no por cobardes, sino porque alguien tiene que mandar.

—Yo iré al frente —repitió Búfalo con arrogancia.

EL AUTOMÓVIL se estremeció cuando echo a andar. Rodearon lentamente el óvalo de Mansiche, la noche aún más espesa bajo los ficus gigantescos. Allí había estado, muchos años atrás, la puerta de Paita, cuando la ciudad estaba aún aprisionada por sus hoscas murallas, sesenta mil varas de fortaleza, con sus quince bastiones levantados por los cabildos y los vecinos más ricos y notables, los baluartes de Herrera y de Valentín del Risco, los del Cabildo Eclesiástico y los del Cabildo Secular, abiertas las defensas en puertas, la de Mansiche, la de Moche que caía en el camino al Sur; y la puerta de las Sierras. Revivía Tello las imágenes de la ciudad antigua arrancadas de viejos grabados, la villa pequeña, hispánica y altiva, de huidizas mujeres, de viejas hidalguías y sólidas costumbres, la ciudad adormilada que él, un maestro de escuela de 23 años de edad, podía transformar, hacer suya, entregar a las grandezas y dolores de una revolución. Sí, era una ciudad propicia para los combates callejeros, erizada de campanarios desde los cuales un grupo de francotiradores podía detener a todo un ejército. Llegaron a la Plaza de Armas, cruzaron el jirón Indepen-

dencia nacido en la vieja Portada de Miraflores, estirándose en calles pintorescas, del Algarrobal y del Correo, de Santa Clara, de San Francisco, de la Catedral, de la Panadería, del Descanso y de Loreto. La Plaza había sido remodelada hacía poco, como regalo de los mismos alemanes que se apoderaban, una tras otra, de todas las haciendas del valle. Pasaron frente a la Prefectura, su puerta fuertemente custodiada por la policía rural, y doblaron por el jirón Progreso, que arrancaba en la portada de Huamán y atravesaba la plaza, junto a la Municipalidad, nuevo edificio donado por los opulentos Larco, remplazo del vetusto edificio en cuyos bajos había estado la cárcel. Desde allí, a lo largo de las calles del Comercio, de las Cajas y del Mirador de Santa Clara, se llegaba a la antigua alameda del Recreo, ahora O'Donovan, barrio de los baños públicos, ancha avenida que seguía entre chacras, casas con huerta, ranchos pequeños, hasta encontrar el cuartel, el viejo lazareto donde ahora se tocaba a descanso para dos regimientos. Entre la alameda y el camino a Mampuesto, protegida por grandes árboles, silenciosa y débilmente iluminada, estaba la casa de Llorens. Tello entró. Ya eran las ocho de la noche.

Búfalo estaba listo para el ataque.

—Bien, maestrito, llegó la hora.

Rió. Estaba feliz.

—Quedamos en que sería el 15 —dijo Tello— ¿qué te pasa?

La sonrisa se enfrió en el rostro de Búfalo. No le gustaba discutir sus decisiones.

—Esta madrugada, a las dos —dijo—. Tengo mis razones.

—No se puede adelantar así, ¿te has vuelto loco? ¿Por qué no me avisaste antes?

—Escucha, maestrito. Aquí se está con la revolución o contra la revolución, ¿está claro?

Tello hizo un ademán de cansancio.

—Tienes la responsabilidad de capturar el retén —siguió Búfalo— ¿lo vas a hacer?

—Sí, por supuesto que sí —Tello sintió una súbita cólera y gritó—: ¿Has pensado que no tenemos armas, ni siquiera un maldito revólver?

—¡Ellos tienen, son catorce hombres que están en el retén.

—Prometiste fusiles.

—No los tengo.

—¿Y por qué no esperamos unos días hasta conseguirlos?

—Porque se va uno de los regimientos, ¿lo sabías?

— ¿Cuál?

—El primero de Infantería. Los de Artillería le han ofrecido un agasajo; mañana se embarcan en el "Urubamba". Hay que capturar sus armas. Son 69 hombres los que quedan, nada más. No podemos esperar.

—¿Ni siquiera veinticuatro horas?

—Están embarcando la impedimenta. El primer tren ya salió a Salaverry. Si nos demoramos, perderemos sin remedio las ametralladoras. Es ahora o nunca.

Era imposible detener el asalto. Tello se sentó.

—Bien, ¿cuál es el plan?

—Cada uno tiene su puesto y su responsabilidad y no debe conocer más. Tú atacarás el retén y yo tomaré el primero de Infantería, entrando por la puerta de atrás.

—Es un error —dijo Tello—. Tú no debes entrar. Para eso estamos nosotros. Y si vas a entrar, será mejor que compartas los detalles de tu plan.

—Tengo que tomar el primero de Infantería, maestrito. Esos van a resistir. El primero de Artillería no combatirá. Son amigos y están comprometidos.

—¿Se unirán a nosotros los oficiales?

—Lo sabrás en su momento. Sólo puedo decirte que el comandante Silva no estará en el cuartel.

—¿Y los de Guayaquil?

Los apristas desterrados se habían preparado para regresar. Disponían de un buque y de armas. Los apristas de Piura y Lambayeque los iban a esperar en un punto de desembarco de la costa del Norte.

—No puedo esperarlos, no llegarán a tiempo.

—Es prematuro —dijo Tello—. A pesar de las razones expuestas por Barreto, hubiese preferido aguardar.

"Discutimos mucho esa noche y no se le pudo disuadir", recuerda Tello, "Búfalo era un hombre valiente, pero muy obstinado".

—A las dos de la mañana —dijo Barreto—, tan pronto se escuchen las campanadas de la catedral por segunda vez.

Había un intervalo de un minuto entre los toques de la hora. En el silencio de la madrugada, se escucharía nítidamente en las proximidades del cuartel.

—Bien —aceptó Tello—, no te preocupes, yo tomaré el retén. Voy a reunir a mi gente.

Se puso de pie, sacudido aún por la terciana. Miró a su compañero, sonrió y le dijo:

—Buena suerte... cuídate.

—No me van a matar, maestrito, no te preocupes.

Tello salió a buscar a sus revolucionarios. No imaginaba que ya no volvería a ver con vida a Búfalo Barreto.

El asalto

LOS ENLACES se desparramaron por la ciudad de Trujillo, esparciendo las órdenes: ¡al cuartel! Jorge Idiáquez la recibió en su casa, donde estaban festejando el cumpleaños de su madre. Para verla se había arriesgado a volver a la ciudad, perseguido como estaba por la policía. Ahora, en el patio trasero de la casa, se aprestó silenciosamente para la lucha, recibió la bendición de su madre y salió a reunirse con tres de sus compañeros: Orfilio Sagástegui, Lastenio Morales y Víctor Nureña, "el rata Nureña". En el camino a Mampuesto, alguien vaciaba sus intestinos. Hacía frío y no se sabía si atribuir al frío o al miedo el castañeteo de los dientes. Poco después se reunieron al resto de los complotados. Avanzaron por los sembríos, una silenciosa procesión de rostros lívidos, hasta ponerse bajo el resguardo de una tapia: al otro lado estaba el cuartel. Llovía y así, humedecida, abierta en surcos, la tierra soltaba un perfumado aliento. El cielo estaba encapotado, quizás hubiera una ligera neblina antes del amanecer. Faltaban pocos minutos para las dos de la mañana y los revolucionarios contenían la respiración, paralizados algunos, ya condenados a muerte otros, adivinando todo lo que les esperaba en las horas siguientes. Búfalo y sus cien campesinos de Laredo habían tomado posiciones en la parte trasera del cuartel, el ex-sargento Víctor Calderón avanzaba hacia el centinela al que debía desarmar, los regimientos dormían, en el retén los soldados se habían echado en sus tarimas, la sorpresa debía ser completa.

El cuartel O'Donovan no era una buena fortaleza. Un puñado de barracas que había servido de lazareto hasta principios de siglo, a los hinchados, deformes y agónicos apestados,

enfermos de viruela o de bubónica, abandonados allí a su suerte, enterrados más tarde en los campos próximos donde hasta hoy parece que emergieran, brillantes y fatuos, sus viejos e inflamados fosfatos. Ocupado por el ejército, desinfectado, casi nuevo gracias a los milagros de la potasa y el agua bendita, los barracones habían sido rodeados de murallas de adobe sólo en tres partes. Y como se pensaba que nadie se atrevería jamás a asaltarlo, el frente quedó desguarnecido, abierto sobre la vecina ciudad y su bello paisaje, un rincón agradable para las casas de los oficiales cuyas ventanas estaban priomorosamente arregladas con cortinas y flores. A la derecha había un campo de tenis, apisonado diariamente por los soldados; y atrás, junto al retén con sus catorces soldados, había tres almacenes pequeños y el tópico. Entre esas indefensas edificaciones de madera y la acequia que corría junto a la muralla posterior, cruzada por un puente que llevaba a la puerta trasera usada por los vehículos, se encontraban, frente a frente dos grandes cuadras que albergaban, a la izquierda, al regimiento de Infantería Nº 1; y a la derecha, al regimiento de Artillería Nº 1. Entre las cuadras y las casas de los oficiales se alzaban la caballeriza, la cocina y el arsenal.

Mientras aguardaba agazapado en el camino a Mampuesto, Alfredo Tello decidió modificar su plan de ataque. Había calculado que demoraría un minuto en correr hasta el retén y decidió lanzarse al asalto al primer toque de las campanas de la catedral. Su grupo no estaba provisto de armas, ni siquiera de bombas caseras. Búfalo tenía la seguridad de que no habría combate por el frente del cuartel. Los de Laredo habían ido armados de picas y machetes; Remigio Esquivel tenía un Winchester 44, eso era todo.

La primera, lejana, melancólica campanada de la catedral sacudió al maestro de escuela. Antes de que sonara la segunda campanada, ya se había alzado por encima de la tapia y corría hacia el cuartel.

—¡Alto! —dijo el centinela.

—Soy Víctor Calderón —dijo el intruso.

—El santo y seña...

—¿Quién eres —preguntó Calderón. Era ex-sargento y el centinela estaba comprometido.

—¡Alto o disparo!

—Espera... —Calderón avanzó.

—¡Alto!

—Hermanito... tengo que hablarte.

El soldado abrió fuego.

Búfalo encontró la puerta cerrada. También por ese lado habían cambiado la guardia. Enfurecido cargó contra ella, un formidable ariete de músculos y huesos que la derribó al primer encontrón. Cinco, seis campesinos lo siguieron, empuñando sus machetes. Diez metros más allá, Búfalo cayó en tierra, desmadejado por los disparos del centinela: un tiro en la garganta, otro en los testículos. Se desplomó de espaldas, los ojos vidriosos, sintiendo cómo la vida se le escapaba entre las piernas, boqueando a causa del aire que no llegaba a través de su tráquea hecha pedazos. Los cholos cargaron ciegamente contra la cuadra de Infantería y fueron cayendo, detenidos en el aire mismo por los balazos. El último pudo clavar su machete en la puerta; luego se desplomó acribillado por la fusilería.

Cien hombres habían seguido a Tello, un sordo rumor de pies, un extraño galope en la madrugada. Pasó velozmente entre las casas de los oficiales y cayó sobre los soldados del retén. Dio un golpe de revés al primero de ellos, se apoderó de un fusil y gritó:

—¡Quietos todos!

Los demás tomaron los fusiles restantes y sacaron a los soldados al campo de tenis. El combate había estallado.

Los campesinos con sus picas y sus machetes no pudieron forzar la entrada del cuartel, y Remigio Esquivel dio la orden de retirarse hacia el frente, donde Tello con los catorce fusiles del retén continuaba el ataque.

Herido, desangrándose, Víctor Calderón quedó inmóvil, de espaldas, los ojos fijos en un cielo de nubarrones. Me voy a morir, pensó. Y luego sintió sed y empezó a arrastrarse hacia la cantina. Había vivido en ese cuartel durante casi tres años. Lentamente se fue acercando a la barraca, mientras las balas silbaban encima suyo. La puerta estaba abierta. Ahora la sed era quemante. Había un rimero de cajas de cerveza y gaseosas, pero no podía alcanzarlas. Cerró un puño y golpeó desesperadamente las botellas hasta que se rompieron y el líquido se

derramó por el piso. Entonces, sin importarle los vidrios, lamió ávidamente el suelo.

Tello ordenó a sus hombres que disparasen y cambiaran inmediatamente de posición. El regimiento de Artillería no combatió, tal como lo anunciara Búfalo. Y los oficiales se defendieron durante media hora. Pero el regimiento de Infantería combatió rabiosamente; apuntaban hacia el campo de tenis, de donde los revolucionarios contestaban el fuego; disparaban contra el arsenal, para impedir que en la oscuridad los revoltosos se apoderaran de los cañones Krupp allí guardados; apretaban sus gatillos, ciegos y enloquecidos. Empezó así un furioso tiroteo.

Esquivel se arrastró hasta el lado de Tello.

—¿Y Búfalo?

—Muerto.

—¿Cómo fue?

—El centinela... algo anda mal. Lo mató a boca de jarro.

Aplastados contra la tierra húmeda, los dos hombres guardaron silencio.

—Ahora tú eres el jefe —dijo Esquivel.

—Lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tomar el cuartel... No digas a nadie que Búfalo ha muerto. Si te preguntan por él, di que está conferenciando con el comandante Silva.

Muy bien, maestrito, llegó tu hora. Estás solo con tu valor y tus flaquezas, con tu sangre fría y tus miedos. No sabes nada, maestrito, de los planes de Búfalo; tendrás que dirigir tu propio ataque. Tello dividió a su gente. Debía economizar la munición y llegar al arsenal de todas maneras. Mientras unos cubrían el avance de los más audaces, envió a sus hombres, de uno en uno, hacia el arsenal. Todos cayeron en su desesperado avance. La situación era crítica. No sólo resultaba imposible capturar el arsenal y liquidar la resistencia del regimiento de Infantería, sino que a cada minuto el peligro de un contraataque desde la ciudad era más inminente.

Mientras tanto los revolucionarios habían hecho evacuar el tópico. Cinco soldados, uno de ellos desnudo y muy enfermo, fueron llevados al campo de tenis. Tello se acercó a ellos y

reparó en el muchacho que estaba sin ropas. Llovía y el frío era intenso.

—¿Dónde está tu frazada? —preguntó.

—No tengo.

—Te vas a morir así.

El combate se encrespaba.

—Hay frazadas en ese almacén —dijo el soldado.

Tello ordenó a la gente de Laredo que derribara la puerta del almacén y sacara frazadas. Cuando le puso un par de ellas sobre los hombros, el soldadito dijo en un murmullo:

—Ahí también hay fusiles.

Tello fue al almacén. Estaba todo revuelto y a oscuras. Alguien encendió una vela. Golpeó las maderas con los puños: parecía un escondite. Con una barreta abrió las tablas, las hizo saltar y atisbó... Había ciento ochenta fusiles Máuser argentinos. Entonces pudo armar a toda su gente, aunque faltaba la munición.

Entre los soldados prisioneros estaba el cabo cocinero. Este era simpatizante del APRA y al enterarse de que habían encontrado los fusiles pidió una entrevista con Tello.

—Yo sé dónde está la munición —dijo.

— ¡Habla!

—Ahí mismo.

—¿En qué parte?

—En las cajas, debajo de los casquillos.

Había, en efecto, varias cajas llenas de casquillos hasta los bordes. Tello hundió sus manos entre las cápsulas vacías y hurgó desesperadamente. En el fondo encontró las balas. Volcaron entonces las cajas y recogieron las cacerinas. Ahora tenían más de cuatro mil tiros.

EN LA CASA de Cucho Haya esperaban noticias los miembros del Comité Ejecutivo Departamental. Junto al hermano del Jefe del partido, los dirigentes Silva Solís, Heredia, Galarreta, Pérez, Machiavello y Tejada escuchaban, en la lejanía, los balazos, a veces casi ráfagas y luego cortos silencios. Se combatía con violencia. En la ciudad, las ventanas empezaban a entreabrirse y la gente atisbaba las calles desiertas. En los ba-

rrios, el pueblo, que estaba mejor informado, se reunía ya en grupos desafiantes.

A las cuatro de la mañana, intranquilo por la falta de noticias, Cucho Haya envió a Tejada en busca de informes al cuartel.

Tejada fue a pie, al paso ligero, hasta el jirón Progreso y la Alameda. Ya cerca del Recreo tropezó con las avanzadas de retaguardia enviadas por Tello para evitar una sorpresa. Llegó al cuartel y avanzó imprudentemente por la cancha de tenis. Uno de los revolucionarios lo obligó a agacharse.

—¡Cuidado, compañero están disparando!

Era Salomón Arancibia el talabartero del cuartel que había proporcionado los planos a Búfalo, planos que estaban equivocados. Años más tarde, traicionada una revolución por Arancibia, fue asesinado en el bosque Matamula, el 2 de febrero de 1937.

—¿Y Búfalo? —preguntó Tejada.

—No sé... ¡Desapareció!

—¿Quién está al mando?

—Tello.

—Llévame..., quiero hablarle.

Tello estaba preparando su ofensiva final y tranquilizó a Tejada.

—Dentro de una hora el cuartel se rendirá.

—¿Podemos ayudarte?

—Hay que evitar un contraataque desde la ciudad —dijo Tello—, sería conveniente que la tropa de la guardia civil se pronunciase.

—Me encargaré de eso.

—Dile a Cucho que tenemos casi doscientos fusiles y que todo el cuartel está rodeado.

Tejada volvió a la calle Ayacucho para transmitir las noticias. Se decidió entonces establecer contacto con los apristas que eran cabecillas en los cuarteles de la policía. La Rural estaba encerrada en su cuartel vecino a la Prefectura, con la que se comunicaba por un túnel; y la de Seguridad en su cuartel de la calle Independencia.

Entre los guardias civiles, casi todos trujillanos, el APRA gozaba de grandes simpatías. En la Rural, los guardias Oré Pinto e Ibáñez se habían encargado de organizar una verdade-

ra célula aprista. En la Guardia de Seguridad, el guardia Ascue había formado un núcleo subversivo de fuerza insospechada. Para hablar con este último salieron los dirigente Pérez y Tejada.

Avanzaron hasta la calle Colón. Allí, frente a la Escuela de Artes y Oficios, fueron interceptados por el subteniente Carlos Hernández, del regimiento de Artillería, de un soplón llamado Cordero y de un sargento de la Guardia Civil que estaba armado de un fusil.

—¿Quién vive?

—Pérez..., tu amigo— dijo el dirigente. Había sido compañero de clases del subteniente en el colegio San Juan. Tejada aprovechó para esconder su pistola bajo el sombrero.

—¿Qué hacen aquí?

—¿Qué sucede? —preguntó Tejada.

—Eso es lo que quiero saber —dijo el oficial—. ¿De dónde vienen ustedes?

—Estábamos jugando cartas en la Sociedad de Empleados y oímos los balazos... Salimos a ver qué pasa.

Los dirigentes Porras y Galarreta, que llevaban una misión parecida, pasaron en ese momento por la esquina, los vieron y gritaron:

—¡Vámonos! ¿Qué esperan?

Tejada sintió que lo invadía un sudor frío. El soplón Cordero se dio vuelta y gritó:

—¡Compañeros... vengan!

Los otros dieron unos pasos, pero vieron los fusiles y echaron a correr. Las balas silbaron en la calle adormilada. Tejada y Pérez aprovecharon la confusión para escapar.

ROMPÍA EL DÍA sobre la ciudad capturada por los revolucionarios...

A las seis de la mañana, el ex-artillero Pedro Canseco ayudó a incorporarse al sargento Villar. Un balazo le había cortado el pellejo en el vientre, sangraba mucho y estaba asustado; pero nada más. Durante un rato el sargento estuvo echado sobre un charco de agua, para calmar el ardor. Luego aceptó ayudarlos a armar los cañones. Corrieron entonces hasta el arsenal. De entre el revoltijo de arreos militares sobresalían

los doce cañones Krupp, negros y brillantes. "¿Los proyectiles?", preguntó Villar. Alguien le dijo que estaban desarmados y que no encontraban ni las espoletas ni los estopines. Y se puso a buscarlos.

... el sol se derramó por la cresta de las montañas, un resplandor que se condensaba y se licuaba, corría velozmente cuesta abajo, por laderas sembradas de eucaliptos, cubiertas de espinos afilados y hostiles...

Zanelli, el sanchecerrista, asomó tras las tapias, demacrado y pálido. Tenía un rancho detrás del cuartel y unas hectáreas de buenas tierras en las que había sembrado piñas y sandías. El estruendo del combate lo había sacado de su lecho a las dos de la mañana. Su cuñado estaba en cama, cubierto de horribles abscesos y él mismo tenía la pierna derecha vendada, a raíz de un accidente, pero así salió, cojeando, y se fue a las tapias, a mirar. Hasta entonces sólo había distinguido el resplandor de los fogonazos. Pero ahora pudo darse cuenta del resultado del combate y regresó a su casa. Allí le dijo a la mujer: "Mamita, vete a Trujillo. Los apristas han capturado el cuartel".

... el sol cayó de lleno en los corrales serranos cubiertos de estiércol y chala verde, se fue por caminos serpenteantes y arrancó destellos de los techos de latas y de los ríos exiguos. Amanecía y la negra Agripina Mimbela se levantó, descalza y encogida, caminó hasta el corral, bebió agua de una calabaza, vigorosa ama del niño Víctor Raúl que iba a ser la cocinera del regimiento aprista le pareció oír lejanas detonaciones y volvió sobre sus pasos...

A las seis y cuarto encontraron por fin lo que faltaba para armar los proyectiles. Afuera silbaban las balas y Pedro Canseco asomó para observar la escuadra de infantería. Se dio vuelta y dijo: "Villar, podemos volar en pedazos el tanque de agua".

... emergió el sol, rojo y quemante, por encima de los zapotales, penetró en quebradas silenciosas, como muertas, y brilló alumbrando al fin los techos de Trujillo, techos cuadrados, polvorientos, con tragaluces, de madera, de esteras, de cañas...

Abrieron las puertas de un puntapié y empujaron el cañón. Empezaban a dispararles cuando hicieron fuego. El proyectil silbó apenas y estalló en la misma torre de agua con gran es-

truendo. Una cascada de agua cayó sobre la cuadra de Infantería y los soldados gritaron enloquecidos. "Canseco", dijo Villar, "eres el mejor artillero que he conocido en mi vida".

... rompía la mañana y las puertas se abrían en toda la ciudad. En Chicago, para dar paso a las vecinas que arrojaban sus orines en las acequias y se contaban a gritos las noticias de la madrugada. ¿No eran sus hombres quienes habían ido a combatir? Se abrieron en la Prefectura y se cerraron de nuevo, recogiendo a las autoridades y a los oficiales sorprendidos en las ciudad por el ataque. ¿No era un asunto gravísimo? ¿No resultaba imposible comunicarse con Lima por medio del telégrafo? Se abrieron en el Aguilucho, el ruidoso burdel de Mansiche, para que un fornido portero arrojara a los borrachitos obstinados. ¿No había sido una juerga estupenda? Se abrieron en las iglesias para admitir a las asustadas feligresas, cubiertas de mantillas, beatas de luto perpetuo. ¿No había que pedir la protección divina? ¿No había que escuchar la misa, en latín, con genuflexiones, dádivas, confesiones, golpes de pecho y votos que no llegaban a cumplirse?...

A las seis y media de la mañana las noticias llegaron a la picantería de Pedro Alva, activo sanchecerrista. Llamó a su mujer, a sus hijas, a su hijo Pascual que aún no había cumplido los 21 años de edad. "Es una revolución aprista", dijo "nadie saldrá de la casa hasta que esto haya terminado". Y entre todos trancaron las puertas del negocio.

... las mujeres alisaban sus cabellos en las rancherías, los rascaban con peines desdentados y atrapaban los piojos con dedos veloces. Los hombres en Chicago se armaban de palos y machetes para ir al encuentro de la policía. Y entre tanto se abrían también, pesadas y chirriantes, las puertas de la Plaza de Abastos. ¿Qué importaban las noticias? La ciudad debía comer, celebrar digestivamente una victoria o una derrota; y comenzaban las operaciones del día entre gritos de charlatanes y tristes rebuznos. Había que comprar provisiones, nadie sabía cuánto podía durar aquello. Llegaron apuradas las sirvientas con sus grandes canastas en busca de hortalizas para sus patrones; llegaron paisanitos de poncho a ofrecer sus cosechas; llegaron los comerciantes de todo, el señor Noriega o el señor Ciudad, dispuestos a especular con la revolución, de blanco, sudorosos, prósperos intermediarios de cualquier cosa; llegaron

los pobres y los habladores, los emolienteros y los herbolarios, los perros y los que vendían raspadilla de frambuesa; llegaron todos, alborotados, listos también para pelear, mientras se cerraba el Hotel Americano porque podía estallar la lucha en las calles...

Antes de las siete de la mañana, Fidel León, el cauto, solemne y pausado león dormido del APRA, se levantó a respirar hondo ante las ventanas abiertas. Tenía 67 años de edad, pero la noticia lo llenó de alborozo. Se vistió de gris, retorció sus grandes bigotes blancos, lustró con una franela sus botines negros, se puso el sombrero de fieltro, empuñó el bastón y salió, a grandes trancos, hacia la Plaza de Armas. Había sido entonces la voz moderada del partido, el viejo que pedía paciencia, y por eso algunos jóvenes le habían dicho que no era un valiente. Ahora iría a pelear, qué se habían creído.

Antes de las siete de la mañana, un pelotón de la Guardia Civil llegó en pifiantes cabalgaduras a la Portada de Moche y cargó sobre la turba reunida. Pero la muchedumbre no corrió. Se abrió apenas, envolvió a los jinetes, trepó hasta ellos, los derrotó a pedradas y golpes de puño. La caballería se retiró al trote y su jefe, el teniente Alberto Villanueva, optó por regresar a la Prefectura.

... despertaba la ciudad en manos de su pueblo, desarrapados, macilentos pobres que salían sabe Dios de dónde, multitud sin rumbo, harapienta multitud de todas las revoluciones del mundo, multitud que se arrojaba sobre las colillas de los cigarrillos, que quería un fusil, que gritaba y miraba de reojo las tiendas, las casas prósperas y los bancos...

En la Plaza de Armas, el rumor del gentío que se iba congregando atravesó las ventanas del estudio del Dr. León Díaz, llegó al patio y, por fin, a las habitaciones interiores. El conocido abogado aprista preguntó por su hijo Adolfo, un estudiante de tercero de secundaria en el colegio San Juan. No estaba. Con diez compañeros de clase se había apoderado de las carabinas 22 usadas en la práctica de tiro en la escuela y se había ido, tan pronto se hizo de día, a luchar en la revolución. El Dr. León Díaz se vistió aprisa y salió a la plaza.

... despertaba la ciudad con ruido de disparos y también de ollas y relinchos, cloqueos y silbantes teteras y religiosos tañidos de campanas; despertaba con olor a pólvora y también a

desayunos, a café y leche derramada, a pan hecho en casa, a chicharrones, a pavos horneados, a bizcochuelos. Era el 7 de julio de 1932, día de la revolución aprista. Ahora saldrían las turbas a violar a las mujeres blancas, mientras las beatas rezaban protegidas por la Iglesia y los curas se persignaban porque estaban en manos de los ateos y francmasones. ¡Ave María, gratia plena, Dominus tecum! . .

Las tres hermanas de Luis Sánchez, el combatiente de la revolución, se vistieron de overol esa mañana. Eran morenas y gruesas y reían a gritos. Querían pelear, igual que María Luisa Obregón, la laredina, que gritaba vivas al APRA en la plazuela del Recreo; igual que la negra Agripina Mimbela, que fue a reclutar a las placeras en el Mercado de Abastos. Se amarraron pañuelos de colores en las cabezas y se fueron a la Plaza de Armas, cogidas de los brazos, a esperar el desfile de los revolucionarios, a ver pasar a Luis Sánchez que era muy valiente y había luchado contra los soldados en el cuartel.

. . . de los extramuros de la ciudad llegaron entonces los primeros grupos, sonriendo dentaduras verdes, manchadas por los jugos de la coca. Aparecieron los campesinos, los desocupados, los que eran demasiado viejos, los que siempre habían sido ignorados, el pueblo del que nunca nadie había escrito; que no era ni altivo, ni hispánico, ni aristocrático, ni gallardo; que nunca había oído hablar del Mariscal Orbegoso, ni cabalgado caballos de paso, o bailado marineras, o usado finos sombreros de jipijapa. Eran los indios taciturnos, a veces pueriles, duros, enjutos, secos de sol y tierra, regantes pequeños, desdentados anónimos, mujeres que gritaban, modernas rabonas que más tarde enseñarían los puños a los aviones que bajaban a ametrallar las calles.

AL AMANECER TELLO había dado la orden de disparar todos los fusiles contra la cuadra de Infantería. El barracón de madera se estremeció y pareció desintegrarse, alcanzado por las balas, astillado y maltrecho. En su interior los soldados se protegieron echándose al suelo, súbitamente acribillados por una terrible fusilería. Un grupo de revoltosos encabezados por Pedro Canseco había corrido entonces al arsenal. Las balas de los soldados, empeñados en impedir que los apristas lo capturaran, ha-

bían concluido por destrozar la puerta y bastó que Canseco le diera un puntapié para que quedase abierta. Después del primer disparo de cañón, el que hizo pedazos el tanque de agua a manera de advertencia, los soldados que ya se habían rodeados y sin auxilio, se rindieron. Salvo un puñado de soldados parapetado en la puerta trasera, que combatió valientemente hasta las siete de la mañana, toda resistencia cesó. Y a excepción de los 37 soldados a cuyo frente estaba el subteniente Valderrama, que habían fugado del cuartel al amanecer, toda la tropa y oficiales restantes se entregaron prisioneros.

... Tello le ordenó que recogiera los cadáveres y los trasladara al mortuorio del hospital Belén. Jorge Idiáquez se puso el fusil en bandolera y caminó hacia la cuadra de Infantería. Clavado en la puerta estaba el machete de uno de los campesinos de Laredo. Miró con tristeza el cadáver y siguió andando. Entonces tropezó con el cuerpo de Búfalo. La barba manchada de sangre ocultaba la terrible herida de la garganta y un charco oscuro de tripas y sangre coagulada se extendía entre sus piernas. El rostro había sido adelagazado por la muerte, el poderoso cuello quebrado por el impacto de la bala. Durante un minuto lo recordó, pequeño y revoltoso niño que había dado de palos a su padrastro, que lustraba zapatos y era ayudante de camión; lo recordó arrogante y apasionado y se sintió invadido por una profunda tristeza. Se volvió entonces hacia Carlos Azabache Garvani, con quien compartía la misión de recoger a las víctimas, y dijo: "Es Búfalo". Nadie lo había reconocido hasta entonces. Contó luego el número de víctimas: había treinta y seis muertos. Buscó la cantina para beber una gaseosa y al abrir la puerta encontró el cadáver de Víctor Calderón, boca abajo sobre un charco de sanguaza, los labios lívidos pegoteados todavía con cerveza y con su propia sangre, un muerto que se bebía a sí mismo. Estuvo entonces a punto de estallar, quizás de llorar. Pero se contuvo y dijo a Azabache: "Hay treinta y siete muertos, mejor nos ponemos a trabajar".

Eran las siete de la mañana y el pueblo iba al encuentro de los revolucionarios.

Uno a uno sacaron los cañones, se agitaron las banderas, se hizo formar a los oficiales y a los soldados vencidos, de a cuatro en fondo, y la muchedumbre emprendió la marcha hacia

Trujillo, ejército que marchaba sobre ojotas, los fusiles en bandolera, los rostros manchados de lodo y pólvora, las ropas húmedas de lluvia, cantando por la ancha alameda O'Donovan bordeada de álamos y laureles. Iba al frente el joven capitán de la turba revolucionaria, enjuto y palúdico, extasiado en su propia victoria, arrastrando un inmenso sable de caballería. Seguían los cañones, las ruedas chirriantes. Pedro Canseco abrazado de su Krupp, empujándolo, choferes-artilleros, el licenciado Manuel Leytón al mando de otra batería, moreno y sonriente. Seguían los cañones y los otros jefes, los líderes campesinos, Esquivel con un fusil colgado de cada brazo. Y luego los campesinos que llevaban las banderas rojas y también los niños que cargaban picas y las mujeres que cantaban la marsellesa aprista y los oficiales pálidos y derrotados, tiesos en medio del populacho; una multitud que reía y cantaba y se contemplaba a sí misma, cargando balas de cañón, agitando los fusiles Máuser, que llegaba a la Plaza de Armas y la desbordaba.

En el centro de la ciudad, Tello ordenó que se colocaran tres cañones en la esquina de la Catedral, apuntando a la Prefectura. Cuando envió a Walter Cruz a intimar la rendición, apareció una tremolante bandera blanca en el techo. El gobierno de Sánchez Cerro se había rendido en Trujillo.

Salió entonces de su casa el hermano del jefe del partido y acompañado de los dirigentes apristas entró a la Prefectura. Las autoridades estaban reunidas en el despacho del Prefecto La Riva, aisladas de Lima, paralizadas por la sorpresa.

¿Cómo había sido posible que un puñado de personas audaces se apoderara de Trujillo?

Ciertamente la total pasividad del comandante Silva había facilitado las cosas. Estuvo hasta las dos de la mañana en el Club Central, en una reunión dirigida por el presidente de esa institución, Cecilio Cox, discutiendo la organización de los festejos de Fiestas Patrias. Luego buscó refugio en el Hotel Americano. De haber organizado Silva un inmediato contraataque con las fuerzas de que disponía en Trujillo, el cuartel O'Donovan nunca se hubiera rendido. Hubo, en efecto, dos horas de combate durante las cuales el comandante del Primero de Artillería pudo haber puesto en fuga a los revoltosos sorprendiéndolos por la retaguardia. De otro lado, de haber luchado sus oficiales y soldados, o de haber tenido buen éxito la traición

de Arancibia, que cambió en sus planos la ubicación de las cuadras, lo que motivó que al principio las balas estuviesen dirigidas contra los soldados y sargentos de Artillería que estaban comprometidos, de haber opuesto una tenaz resistencia ese regimiento, el ataque habría sido seguramente rechazado. Silva, el conspirador de 1931, se recluyó esa noche en el hotel y escuchó el fragor del combate. No combatió a los revoltosos, tampoco estuvo a favor de ellos. Dejó, simplemente, que sus hombres se echaran al suelo en la cuadra del cuartel, hasta que los apristas entraron a desarmarlos. Y a la mañana siguiente, después de haber sido el jefe ausente que no había defendido ni a su cuartel ni su regimiento, se vio atrapado entre sus antiguas rebeldías y su sentido del honor militar. Acusado de traición por el Comisario Carbajal, Silva optó finalmente por oponerse al movimiento aprista. En la Prefectura, Cucho Haya lo llevó a un lado: estaba seguro de que se uniría a la revolución. Era menester organizar la marcha hacia Lima, obtener el pronunciamiento de otros cuerpos del Ejército. No sería difícil, después de todo, porque ya López Mindreau estaba listo a sublevarse en Huaraz, los exilados llegarían pronto en su buque y Cajamarca demostraba intensas simpatías por la causa aprista. Además existían íntimos lazos de amisted entre los hermanos Haya de la Torre y Julio Silva Cáceda. Pero el comandante del regimiento de artillería se negó rotundamente a tomar el mando militar de la revolución. No era posible, dijo. Nada más.

En cuanto al Prefecto y al Subprefecto, habían sido despertados por mensajeros enviados a sus casas por el capitán Eduardo Carbajal, jefe de la Guardia de Seguridad. Ambos dormían a pierna suelta, ajenos a la llamarada que envolvía a la Provincia. Se dirigieron a la Prefectura, sólo para descubrir que les era imposible comunicarse con Lima porque el telégrafo no funcionaba. Desde la Plaza de Armas las dos autoridades políticas podían escuchar el trueno distante de la lucha, pero ni siquiera enviaron una patrulla para averiguar la magnitud de los desórdenes. Se refugiaron en el despacho del prefecto y esperaron a que el pueblo viniera a sacarlos. La Riva estaba desconcertado. Hacía menos de un mes que había asumido el cargo. Su segundo, Francisco Carranza, estaba mejor informado, pero no tenía dones de mando. En cuanto al capitán Car-

bajal, ordenó el acuartelamiento de todos sus hombres, en lugar de salir con ellos en auxilio del cuartel O'Donovan. La Guardia Rural, comandada por el teniente Alberto Villanueva, salió a las calles; pero su jefe decidió enfrentar a grupos crecientes de populacho que se estaba amotinando en las Portadas de Moche y de la Sierra, convencido de que el Ejército se bastaría a sí mismo para rechazar cualquier ataque al cuartel. Era, además, demasiado tarde. Cuando los rurales salieron, ya los apristas habían cubierto su retaguardia y les hubieran dado una amarga sorpresa.

El PREFECTO La Riva preguntó a Cucho Haya si habría garantías. Sí, por supuesto. Los apristas tenían intenciones de mantener el orden en la provincia e imponer el respeto a las vidas y propiedades de sus habitantes.

—¿Qué pretenden hacer? —preguntó el Prefecto.

—No nos han dejado otro camino que la revolución —dijo Haya. El APRA es el partido político más importante del país y, sin embargo, está perseguido.

—No podrán ir lejos —dijo el prefecto.

—Eso lo veremos.

Hubo una pausa. Haya se volvió hacia el comandante Silva y dijo:

—¿Quieres ordenar que nos entreguen todas las armas del cuartel de la Guardia Rural y disponer la rendición de la Guardia de Seguridad?

—Muy bien —dijo el comandante.

—¡Un momento! —dijo el prefecto.

—Es inútil —advirtió Haya. Toda resistencia de la policía será barrida con fuego de artillería.

—Seamos sensatos —pidió el comandante Silva. Asomó a la puerta y llamó al teniente Villanueva, el odiado Mal paso— ¡que forme la guardia en el patio, teniente!

—¿Señor?

—Ya me escuchó... ¡Apúrese!

Villanueva escupió e hizo venir a gritos a la tropa. Eran ventidós guardias.

—¿Vamos a entregar las armas, señor?

—Sí, teniente.

Villanueva miró con odio a los dirigente apristas cuando bajaron al patio de baldosas blancas y negras.

—Lo único que pido —dijo Silva— es que cuiden las armas. Son de la Patria.

Cucho Haya asintió. También el parecía emocionado.

—Julio —dijo— por última vez...

—No, no puedo. Lo siento mucho.

Haya se volvió hacia el Prefecto:

—Ha dejado usted de ser la primera autoridad política del departamento. Puede retirarse a su domicilio y permanecer en él. Le ruego que no me obligue a encarcelarlo y que se abstenga de toda actividad antirrevolucionaria.

—Muchas gracias —dijo La Riva.

Haya ordenó que los rurales y su jefe fueran trasladados a la cárcel. Saldrían de ella los señalados como leales apristas por los guardias Ibáñez y Oré Pinto.

Afuera, el pueblo se había dedicado a capturar y golpear a los soplones. Haya apareció entonces en el balcón de la Prefectura y una ovación estalló en la plaza. Habló del valor y también de la cordura y la serenidad. Confiaba en que el gobierno, que había cometido tantos desaciertos, comprendiese la necesidad de un cambio radical y pusiera fin a la persecución. Dijo que en el APRA no estaba escrita la palabra venganza y que la revolución no tenía por objeto cambiar hombres, sino eliminar los métodos de abuso y violencia.

Luego el Prefecto y el Subprefecto fueron sacados en compañía de Luis Gamero, quien los escondió en casa de la familia Cárdenas. Y la masa se dividió. Unos fueron a la cárcel, a sacar en hombros a Ciro Alegría, que había estado allí preso por sus ideas apristas; y otros, con Tello a la cabeza, a aceptar la rendición del Cuartel de Seguridad.

Allí había estado a punto de desencadenarse un segundo combate.

A las siete de la mañana, Tejada y otros dos dirigentes se habían entrevistado con el jefe de la guardia, el comisario Carbajal. Lo hicieron a pedido del guardia Ascue, quien ya prácticamente había amotinado a la tropa.

— El pueblo se ha sublevado —dijo Tejada al comisario— y las fuerzas que han capturado el cuartel O'Donovan vienen hacia aquí. Queremos que ustedes se unan a la revolución.

—No puedo hacer eso —dijo Carbajal—. Yo represento a la policía, somos los encargados del orden público... No servimos a un gobierno sino a todos los gobiernos.

—Capitán, comprenda usted que no podemos correr el riesgo. O ustedes están con nosotros o están en contra. Una revolución no admite términos medios.

—No —dijo el comisario—. No puedo unirme, lo siento.

Luego preguntó:

—¿Cuáles son sus nombres?

Los dirigentes apristas habían sido advertidos de que un soplón estaba escondido detrás de una cortina registrando la conversación. Le dieron nombres falsos.

—¿Ustedes me aseguran que este movimiento no es comunista? —preguntó el comisario.

—Somos todos apristas, es un movimiento aprista.

Hubo un silencio.

—Por última vez, capitán, ¿se une a nosotros?

—No.

—Bien, entonces no queda otro remedio que combatir.

Salieron. En el patio estaba Ascue con la tropa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el guardia.

—Dice que no se une a la revolución.

Carbajal apareció.

—¡Señores, ya han hablado conmigo; por favor, salgan de aquí!

—No, capitán —replicó el guardia Ascue—. Están hablando con nosotros y no pueden irse.

Los guardias prometieron entonces a los dirigentes apristas que tan pronto pasaran frente al Cuartel de Seguridad las fuerzas revolucionarias, saldrían a unirse con ellas.

José Alberto Tejada esperó en la vereda opuesta al cuartel. Llegó la multitud con sus cañones, su barullo, sus banderas, sus gritos, pero los guardias no salieron. Mientras tanto, un grupo de soplones había trepado a los techos del cuartel y desde allí salió un disparo. Entonces se armó la balacera. Los apristas se pusieron a cubierto en los zaguanes próximos y desde allí hicieron fuego a la fachada del cuartel, a la puerta demasiado sólida para ser atravesada con fusilería, a la ventna protegida por una reja. Algunos revolucionarios subieron a los techos del colegio Renacimiento, para hacer barrer desde allí

a los soplones que estaban sobre el cuartel. El fuego continuó, durante unos cinco minutos, hasta que el doctor Alvaro de Bracamonte cruzó la calle, subió a la reja de la ventana y gritó que el cuartel no tenía importancia, que dejaran de disparar, que era necesario tomar primero la Prefectura.

Y el combate cesó.

Media hora más tarde, el comandante Silva conversó por teléfono con el capitán Carbajal.

—Ríndase —le dijo—. No tiene objeto pelear en estas circunstancias.

Cuando la muchedumbre regresó por segunda vez al cuartel, las puertas estaban abiertas y los guardias se unieron a los revoltosos. El capitán permaneció en su despacho. Nadie lo invitó a salir.

LA REVOLUCIÓN aprista tuvo un efecto paralizante en las autoridades. Ahora los revolucionarios tenían armamento, el control de las comunicaciones en el Norte, dinero para ampliar su campaña. En su primera reunión con Cucho Haya, el joven Tello sostuvo la necesidad de aprovechar la sorpresa y despachar avanzadas a Chimbote y Chiclayo, enviar emisarios al mayor López Mindreau y planear una típica acción de guerrillas contra los cuerpos de Ejército que serían despachados desde Lima.

De otro lado, Tello señaló que se debía asegurar rápidamente el control del puerto de Salaverry, impidiendo así que se concluyera de cargar la impedimenta del Regimiento de Infantería Nº 1 en el transporte "Urubamba" y organizar la defensa de los muelles para rechazar el desembarco de tropas procedentes de la capital.

Cucho Haya estaba más preocupado por las consecuencias políticas de la revolución. No era un estratega y no le dio importancia a la organización militar de los revolucionarios. Por otra parte, debe recordarse que nunca había sido un firme partidario de la revuelta organizada por Búfalo Barreto, y éste, su motor, su líder, estaba muerto. El hermano menor de Víctor Raúl no olvidaba que éste, el jefe, estaba prácticamente de rehén en la penitenciaría limeña. Tampoco rehuyó la tremenda responsabilidad de hacerse cargo del movimiento y por ello fue condenado a muerte por la Corte Marcial que más tarde

funcionó en Trujillo; pero en sus acciones hubo siempre inseguridad, jamás se jugó el todo por el todo. Quién sabe si así evitó que la ciudad de Trujillo fuese arrasada por la furia del dictador, pero también privó a su revolución de la posibilidad de una victoria que sólo podía conseguirse con audaces golpes y un poco de buena suerte.

Una de sus primeras medidas fue la de nombrar un jefe militar de la revolución y su elección fue, a todas luces, desafortunada: el capitán Leoncio Rodríguez Manfur, oscuro oficial que era jefe provincial en Bolívar y a quien la revolución sorprendió en Trujillo.

Cuando aún podía mover libremente sus fuerzas por casi toda la provincia, Rodríguez Manfur organizó la defensa de Trujillo como si ya estuviese sitiado: levantó barricadas, abrió trincheras. Ni siquiera se preocupó de acuartelar a los revolucionarios, de modo que nunca supo de cuántos fusiles disponía realmente. Descuidó el puerto de Salaverry, puso todo su empeño en fortificar Trujillo, sólo para que después de que cayeran las primeras bombas se decidiera declararla ciudad abierta y abandonarla. Por último, Rodríguez Manfur estuvo a punto de morir colgado de un árbol, cuando los combatientes apristas descubrieron que había pasado las líneas del Ejército y se había entrevistado posiblemente con el estado mayor de la fuerza expedicionaria que desembarcó en Salaverry.

Responsable Rodríguez Manfur de las operaciones militares, Cucho Haya organizó su prefectura, visitó a los apristas heridos que estaban en el hospital Belén y expidió los nombramientos de funcionarios revolucionarios que se hicieron cargo de puestos vitales en la administración de la provincia. Dispuso que se controlara la central telefónica —no obstante lo cual muchas de sus conversaciones fueron interceptadas—, cortó las comunicaciones por cable y telégrafo con el resto del país y formó una guardia aprista destinada a imponer el orden en las calles y a reprimir cualquier intento de saqueo por parte de esas turbas patibularias que deambulaban sin rumbo. Encargado Oswaldo Llorens de las comunicaciones, apresados en su mayoría los soplones, recogidas por el partido todas las armas y explosivos que había en la ciudad, el prefecto revolucionario quiso saber cuáles eran las primeras disposiciones tomadas por Rodríguez Manfur.

La primera previsión que se adoptó fue la captura del puerto de Salaverry.

Un automóvil con cuatro revolucionarios fue enviado en calidad de avanzada, pero su presencia no hizo sino alertar a las autoridades de Salaverry.

De Trujillo había salido, tan pronto las fuerzas populares llegaron a la Plaza de Armas, el soplón Luis Cárdenas Castro, jefe de investigaciones de la localidad. Trataba de embarcarse en el "Urubamba" y dar, desde el buque, aviso radial a Lima de que Trujillo había caído en poder del APRA. Mientras tanto, algunos rumores habían sido recibidos en el puerto, pero a las ocho de la mañana llegó al muelle el subteniente Raúl Escobar, del 1º de Infantería, que acababa de hablar con la prefectura sin recibir informe alguno sobre la revuelta popular. El militar informó al capitán de puerto Carlos Pleiffer, que a las nueve y media de la mañana arribaría un tren de Trujillo con la impedimenta y munición de su regimiento para embarcarse en el "Urubamba" y emprender el viaje a Paita. Los 69 soldados del regimiento que habían quedado en Trujillo se embarcarían al mediodía.

El tren llegó puntualmente. A bordo estaba la munición. Los revolucionarios no lo registraron, ni detuvieron cuando salió de Trujillo. Las cajas que contenían el parque fueron transportadas esa misma mañana al puerto y depositadas en el muelle. El resto de la impedimenta, incluyendo las ametralladoras, ya estaban a bordo. Y en el mismo tren, para colmo de absurdos, llegó un empleado de la aduana que traía un mensaje de los revolucionarios, exigiendo la rendición de Salaverry.

En declaraciones hechas para un diario de la época, Pleiffer dijo: "En vista de la gravedad del caso, traté de hablar por teléfono con la prefectura, pero fue imposible porque las líneas del teléfono y del telégrafo habían sido cortadas. El edecán del señor Presidente de la República, teniente Llosa, que pasaba en el vapor "Urubamba" hacia Paita, desembarcó casualmente y pudo enterarse de lo que sucedía. Inmediatamente regresó a bordo y se puso en comunicación, por medio del radio del "Urubamba" con palacio".

En efecto, el teniente de artillería Alfonso Llosa G. P., miembro de la Casa Militar del Presidente, viajaba a Piura

para ultimar la recepción que debía tributarse a Sánchez Cerro en su inminente viaje a esa ciudad. En Piura estaba ya el regimiento de escolta, una batería del 1º de Artillería y el resto del 1º de Infantería.

Mientras Llosa G. P., se comunicaba con Lima, Pleiffer organizó una rápida defensa de las instalaciones portuarias, reunió a los policías de Salaverry y armó a los empleados de la capitanía. Eran unos veinte hombres los que recibieron a balazos a los cuatro apristas que llegaron en el automóvil de avanzada y que retrocedió para regresar con refuerzos al cabo de media hora. Mientras tanto, Pleiffer había embarcado las municiones en una barcaza que fue rápidamente conducida junto al "Urubamba". Los apristas atacaron tarde. Pleiffer pudo embarcarse en una lancha automóvil y subir al vapor con los funcionarios de la capitanía, el teniente Llosa, el subteniente Escobar y varios guardias. Un soldado fue alcanzado por los disparos en el muelle, cayó al mar y se ahogó.

Los revolucionarios revisaron entonces el tren y allí, escondido en un vagón, hallaron al investigador Cárdenas. Fue enviado a la cárcel y golpeado por una turba en el camino.

El fracaso de la primera misión ordenada por Rodríguez Manfur no podía ser más ruidoso: se habían perdido las municiones, el gobierno de Lima ya estaba informado y el "Urubamba" zarpaba hacia Chimbote.

El ataque del ejército

"A LAS DOS DE LA MAÑANA estalló un movimiento revolucionario, de carácter apro-comunista, en la ciudad de Trujillo.

"Después de diez horas de combate, los revolucionarios lograron apoderarse de la ciudad, a la que han circunscrito su radio de acción.

"La parte del Regimiento de Artillería Nº 1 que se encontraba en la ciudad y las fuerzas de policía y guardia civil, cumplieron con su deber leal y heroicamente.

"Hay numerosos muertos y heridos por ambas partes.

"También se sabe que los revolucionarios atacaron los puestos de la guardia civil de Puerto Chicama y Paiján, victimando a los defensores del orden.

"Grupos de pueblo recorren las calles de la ciudad portando banderas rojas. Se han producido incendios y saqueos.

"El Gobierno ha impartido las órdenes necesarias al señor comandante general de la Primera Región para que, en combinación con las fuerzas salidas de Lima, proceda a dominar el movimiento.

"En el resto de la República no hay novedad".

De esta manera, el 7 de julio, el Gobierno informó al resto del país que se había producido una revolución en Trujillo.

La maquinaria oficial fue puesta rápidamente en movimiento para aplastar la rebelión. El Congreso aprobó el 7 de julio la ley 7540 sobre las Cortes Marciales y la 7541, aprobando el estado de sitio en todo el país. A las diez de la mañana del mismo día se había emitido el primer comunicado oficial —basado en el informe del teniente Llosa— que daba cuenta de la muerte del "conocido agitador comunista Barreto"

y de los "grupos comunistas" que portando banderas rojas recorrían la parte de la ciudad bajo su dominio.

El Gobierno despachó el mismo 7 de julio una escuadrilla de hidroplanos que estableció su base en la bahía de Chimbote.

Y conocidas las noticias en Chiclayo, donde se encontraba el Estado Mayor de la Primera División, el coronel Manuel A. Ruiz Bravo reunió una avanzada de 150 hombres y marchó con ella hacia Trujillo. Esa fuerza estaba compuesta de 35 soldados del 1º de Infantería, mandados por el teniente Pozo; 60 guardias civiles con el comandante G C Daniel Matto; y 55 soldados del 11º de Infantería, a cuyo frente estaba el mayor Juan Dongo.

También el 7 de julio se despachó a bordo del crucero "Grau" parte del primer batallón del 7º de Infantería —el predilecto de Sánchez Cerro— a cuyo mando estaba el jefe del regimiento, mayor Alfredo Miró Quesada. Eran 180 soldados. Otro número igual de soldados del segundo batallón del 7º de Infantería se embarcó en el "Mantaro", con el mayor Santiago Benvenutto, segundo jefe del regimiento.

Más tarde se despachó de Lima a 100 guardias de la Escuela de Policía, al mando del capitán Vargas Machuca, y del Norte se pusieron en camino 180 soldados del 1º de Infantería y una batería del 1º de Artillería que estaba en Piura.

El cerco de Trujillo se completó con dos batallones del 11º de Infantería, cuyo jefe era el comandante Víctor Corzo; y con el 7º de Caballería, mandado por el comandante Jerónimo Santibáñez.

El Gobierno clausuró los puertos de Salaverry, Huanchaco y Chicama, prohibió todos los vuelos comerciales al Norte y cerró las radio-difusoras del país, "para evitar la propalación de noticias falsas". Y desconcertado al principio al recibir mensajes del Prefecto La Riva y escritos en realidad por los apristas y enviados a Lima por el cable norteamericano, concluyó guardando silencio esperando sólo las comunicaciones enviadas por sus propias fuerzas.

PEDRO CANSECO y Jorge Idiáquez eran íntimos amigos. Sus padres habían fugado juntos de Lima cuando eran muchachos y juntos habían ido a Trujillo buscándose un futuro o quizás algu-

nas aventuras. Arístides Idiáquez, el padre de Jorge, había aprendido la talla de madera y una vez en Trujillo, con su compañero Canseco, trabajaron en iglesias. Hombre emprendedor, pronto Canseco instaló un taller de ebanistería en el mismo club Tell, de donde fue el jefe de guardianes, y compró los terrenos que quedaban alrededor del club que convirtió en jardines para surtir su propia florería. Tuvo cuatro hijos y fue el padrino de Jorge Idiáquez, a quien, durante las vacaciones pagaba 10 soles semanales para que ayudase a confeccionar coronas y ramos. De los cuatro hijos de Canseco fue Pedro quien se negó a seguir estudios. Sirvió en el regimiento de Artillería y fue campeón de tiro juvenil... todos los días practicaba en el club Tell. Cuando abandonó las aulas para siempre, su padre le regaló un automóvil, el mismo en el que Jorge Idiáquez aprendió a conducir.

Cansados por la dura jornada, Pedro Canseco y Jorge Idiáquez, amigos inseparables, estaban en un cafetín de la Plaza de Armas, tomando café con leche.

Trujillo parecía una ciudad en fiesta, la plaza estaba invadida por una multitud que se agitaba, que comentaba los sucesos, rápidamente abultados al rodar de grupo en grupo. Pronto llegaron las vivanderas y los vendedores de refrescos, y, finalmente, aparecieron los fotógrafos ambulantes que se instalaron entre las palmeras para tomar instantáneas de Jóvenes revolucionarios, muchachos que se abrazaban fusil al hombro, para pasar así a la posteridad del álbum familiar. Llegaban y salían autos llenos de importantes hombres con brazaletes rojos, que iban y venían con mensajes; algunos borrachitos bebían en las cantinas a la salud del APRA, una banda de músicos interpretó primero la "Marsellesa" aprista y luego tocó una marinera y más tarde un huaino. Se velaban ahora los restos de los revolucionarios caídos en la toma del cuartel y el más tarde diputado Merino, dueño de la funeraria más importante de Trujillo, corría atareado para atender al sepelio de Manuel Barreto.

Fue entonces cuando se escuchó el zumbido del primer hidroplano lanzándose en picado sobre la ciudad. La primera bomba estalló en la Plaza de Armas. Se derribaron las carretillas de comida, la gente huyó despavorida, los músicos abandonaron sus instrumentos, y en el cafetín, Pedro Canseco vol-

có su café con leche, empuñó el fusil y salió a la calle. Cuando Idiáquez llegó a su lado, Canseco disparaba furiosamente contra los aviones que atacaban la ciudad.

El jueves 7 de julio fue en gran parte desperdiciado por los revolucionarios en inútiles quehaceres. El nuevo Prefecto, Haya de la Torre, actuaba cortésmente y empleó horas de discusión para que la Caja de Depósitos y Consignaciones le entregara el dinero que necesitaba para mover su pequeño ejército. Todos emitían opiniones, todos olvidaron que una revolución es el peor de los conflictos armados y no precisamente un paseo campestre. El grupo de avanzada que se despachó a Chimbote cayó mansamente en poder de la policía y las acciones dirigidas por Rodríguez Manfur siguieron fracasando.

El jefe militar de la revolución, en efecto, mandó un tren armado de un cañón Krupp y con una veintena de combatientes para capturar Casagrande. La gran hacienda de los alemanes era la zona de acceso a Trujillo por donde debían atravesar las fuerzas del coronel Ruiz Bravo y disponía de armamentos suficientes para poner en pie a todo un regimiento. De haber organizado allí los apristas una efectiva primera línea de combate, en lugar de abrir trincheras en Mansiche, otro resultado hubiese tenido la aventura revolucionaria.

En Trujillo y Casagrande existía una línea telefónica directa que no estaba controlada por los revolucionarios; por ella se avisó que había partido un tren con las fuerzas populares. La guardia civil se emboscó en la estación "El Tanque" y cayó por sorpresa sobre los desprevenidos apristas, que hicieron funcionar su cañón sólo para que al primer disparo volcara de su plataforma y quedara inutilizado.

Esa noche Cucho Haya mandó llamar a Tello. El paludismo había recrudecido y se sentía descontento por las medidas militares adoptadas por Rodríguez Manfur.

—No han podido tomar Casagrande —dijo Haya.

—Iré yo.

—¿Cuántos hombres quieres?

—Necesito ocho hombres y tres automóviles. Pediré refuerzos si los necesito. Estén preparados para enviarme artillería.

En ese momento, el norte de Trujillo, baluarte aprista de las haciendas, estaba totalmente desguarnecido. Pero en la ciudad seguían cavando trincheras.

Tello recuerda: "Al llegar a Huanchaco me avisaron que en la noche había pasado por allí un grupo de cincuenta soldados mandados por un teniente. Entonces, rompiendo la consigna que había dado, tres hombres en cada auto, tres autos que hacían altos horarios de cinco minutos, ordené que aceleraran para alcanzar a esas tropas".

Unas dos horas después las avistaron. Eran 37 soldados del 1º de Infantería mandados por el subteniente Carlos Valderrama, las mismas tropas que escaparon del cuartel al amanecer.

Tello confiaba en sus ocho hombres, eran los mejores entre quienes lo habían acompañado en el combate del O'Donovan. Y sin pensarlo dos veces, atacó a los soldados. La lucha fue violenta, duró media hora. Los apristas perdieron un hombre, mataron a tres soldados. Creyéndose rodeado por una gran fuerza revolucionaria, con varios heridos en su tropa, el inexperto subteniente ordenó a su gente que arrojara las armas y saliera con las manos en alto.

Con esas armas y la munición de la tropa prisionera, Tello armó a los apristas de Cartavio y atacó sin demora esa próspera hacienda.

El 7 de julio había llegado a Cartavio una comisión revolucionaria que se entrevistó con el sindicato en el ingenio, dando lugar a una paralización de las labores. La guarnición de la Guardia Civil abandonó entre tanto su cuartel y se trasladó a la casa-hacienda. Los revolucionarios cayeron sobre el cuartel y lo encontraron vacío. Tello ordenó entonces la captura de la casa-hacienda. Los policías huyeron, pero a las nueve de la mañana siguiente, el cabo Coailia y el guardia Medina fueron capturados y media hora más tarde se encontró al guardia Saravia escondido en una huerta de frutales.

En la casa-hacienda Tello encontró 25 fusiles Máuser, ingleses. Estaban flamantes y acompañados de gran cantidad de munición. Con ellos terminó de armar su pequeño ejército y rodeó Casagrande. Pero para abrir los tres frentes, debía tomar primero Roma, Ascope y Sausal. Partió con dos hombres a capturar Ascope —la guarnición allí estaba formada por un cabo y dos guardias—. Había capturado ya esa población cuan-

do le avisaron que el coronel Ruiz Bravo ya entraba a Casagrande.

A partir de Chepén, los 150 hombres de la avanzada de Ruiz Bravo habían forzado la marcha. Tenía vagos informes del primer y fracasado ataque a Casagrande y el militar quería llegar allí antes que los revolucionarios. Con la Guardia Civil constituida en vanguardia, las tropas pasaron por San Pedro y Paiján y el 8 de julio llegaron a la hacienda de los alemanes. Ruiz Bravo envió entonces una patrulla a Ascope, en busca de los revoltosos.

El plan de ataque de Tello tuvo que variar por completo. Creyó que era la gran oportunidad de una victoria resonante. Presentía que de ser derrotados los apristas, el Gobierno no les daría cuartel y aquí podrían batir al jefe de la División del Norte con todo su estado mayor, capturando, de paso, la hacienda más importante del país. A su favor tendría la sorpresa —Ruiz Bravo no esperaba de ninguna manera verse atacado— y la división de las pequeñas fuerzas gubernamentales.

Tello se comunicó entonces con Haya. Le pidió que le enviara dos cañones y algunos refuerzos. Tenía el propósito de cañonear Casagrande y lanzar el ataque siempre por tres frentes. Pero Cucho Haya se opuso.

El viernes habían vuelto los aviones al cielo de Trujillo. Atacaron el puerto de Salaverry, donde se registraron las primeras víctimas del bombardeo aéreo: Francisco Carranza, Víctor Távara, José Andía y el niño Jorge Navarro, muertos por las explosiones. Las bombas cayeron sobre la población civil, arrojadas locamente por los aviadores y —tal vez ése fuera su verdadero objetivo— provocaron el pánico. Las tres primeras bombas hicieron impacto en la calle de las Agencias, en la plaza principal y en la calle de Lambayeque. Ninguno de estos puntos de Salaverry era un objetivo militar.

La acción de los aviones se desvió luego hacia la capital revolucionaria. El cuartel O'Donovan, que los revolucionarios habían abandonado, fue castigado duramente, así como el Molino Hoyle. Luego llegó nuevamente la hora del centro de la ciudad. Los pilotos ametrallaron a los grupos de gente que divisaban en las calles y así dispersaron el cortejo fúnebre que acompañaba a los apristas muertos. Varias bombas cayeron en casas particulares, en el "Trieste"; dos proyectiles hicieron im-

pacto en el Hospital de Belén, uno en el jardín y otro, que por suerte no estalló, en la sala de niños. Este incidente sólo puede explicarse por el nerviosismo de los pilotos, desde que se había extendido banderas de la Cruz Roja en los techos y las monjas francesas habían izado la bandera de su país. Pronto los apristas subieron a los campanarios para disparar con sus fusiles a los aviones que se lanzaban en picada.

De otra parte, las tropas del mayor Miró Quesada habían desembarcado y después de capturar un cañón a los revolucionarios en el cerro "Las Carretas", habían ocupado Salaverry sin encontrar resistencia.

Los dirigentes apristas, preocupados por el despiadado ataque aéreo que amenazaba con dejar la ciudad en escombros, decidieron abandonarla. Las fuerzas populares se replegarían hacia las serranías para organizar un frente de combate desde Cajamarca hasta Huaraz. Tello lo consideró como una señal de debilidad: ni siquiera se había empezado a combatir y ya se estaba emprendiendo la retirada. Cierto era que se bombardeaba la ciudad, pero, después de todo, una revolución era lo mismo que una guerra.

"Fui a Trujillo a convencer a Cucho de que debíamos pelear", recuerda Tello, "pero ya era tarde. Convinimos entonces en que a las cinco de la mañana siguiente debía él salir con el máximo de las fuerzas disponibles hacia la Sierra, para organizar allá la defensa, mientras Remigio Esquivel quedaba al mando de las fuerzas restantes y yo salía a Salaverry a contener a Miró Quesada y al 7º de Infantería, dando tiempo a los nuestros para alejarse".

Entretanto, las fuerzas de Ruiz Bravo se dividieron en tres grupos: uno que se dirigió al cruce de los caminos de Trujillo a Chiquitoy; otro que penetró en Chiquitoy; y el tercero que fue a la hacienda Chiclín. Este último grupo, compuesto en su totalidad por guardias civiles, atacó a las fuerzas apristas que habían quedado en Cartavio luego de la retirada de Tello. Según el parte oficial, los guardias combatieron "con 150 hombres bien armados y otros malamente armados, lo que obligó a mi pequeño destacamento de 51 hombres a empeñarse fuertemente para dominarlos, después de dos horas y media de combate sostenido con los comunistas amparados en los edificios y otros obstáculos, causándoles 36 muertos, quitándoles 4 fusiles

y tomándoles 35 prisioneros; por nuestra parte fueron heridos el alférez Espejo, con una herida leve en la frente; el sargento Roca, con varias heridas, algunas serias, en la espalda, pecho y pierna izquierda; guardia Valdivia Paredes, en la pierna izquierda; habiendo llegado en nuestro apoyo el resto de las fuerzas cuando hacíase calificación de prisioneros por oficiales de mi destacamento". El parte firmado por el comandante Daniel Matto se desinfló más tarde. Hubo sólo unos sesenta combatientes apristas que pelearon ferozmente; y fueron 10 los revolucionarios muertos en la lucha y no 36 como afirmó el oficial. Por último, ninguno de los partes publicados ese día menciona el fusilamiento de los ocho principales dirigentes del APRA en Casagrande, ejecutados por los guardias según órdenes de Matto en la huaca de Mama Pichona, en Facalá, anexo de esa hacienda. Los ocho apristas, muertos desde el 8 de julio, fueron dados como ejecutados diecinueve días después por el Gobierno. Se había juzgado, condenado y fusilado a ocho difuntos.

EL SABADO 9 de julio el Gobierno emitió dos comunicados oficiales. El primero, dado a conocer a las 2:30 de la tarde, decía:

"Esta mañana temprano las tropas del regimiento Nº 7 que conducía el BAP Grau desembarcaron en Salaverry, protegidas por los hidroaviones y por el destacamento enviado anoche, por tierra, de Chimbote.

"Este destacamento tomó las alturas de Salaverry, a las 5 p. m., después de recio combate en el que capturó dos piezas de artillería de montaña.

"La escuadrilla de aviones en su vuelo de reconocimiento sobre Trujillo observó que los pobladores levantaban banderas blancas y que la mayor parte de ellos se encontraba fuera de la ciudad.

"Por ninguna parte lograron descubrir grupos de gente en actitud de rebeldía.

"El gobierno ha empezado a recibir informaciones concretas, dando cuenta de los atentados y tropelías de todo género cometidos por los revolucionarios en Trujillo y Salaverry".

El segundo comunicado fue emitido a la medianoche:

"El destacamento procedente de San Pedro tomó Casagrande a las 2:30 p. m. capturando importante material de guerra.

"A las 4:45 p. m. tomó Cartavio, siguiendo hacia las alturas de Cerro Prieto a efecto de dominar el valle de Santa Catalina para cortar la retirada de los facciosos.

"El destacamento que desembarcó en Salaverry progresó hacia Moche-Huamán, dominando el camino a Trujillo.

"Los revolucionarios en pequeños grupos tratan de fugar hacia Otuzco.

"En el resto de la república no hay novedad".

Pero nada informaban los comunicados del combate de La Floresta, la única gran victoria aprista desde la captura del O'Donovan.

Los campesinos de Laredo habían fortificado la portada de Moche y abierto trincheras que dominaban la línea férrea a Salaverry. Las casas de la zona estaban convertidas en pequeñas fortalezas y se había abierto troneras en las tapias. Por el camino de Moche, en la misma esquina del Garaje Chirichigno y paralela a la tranquera de la Recaudadora, había una profunda trinchera. A la derecha de la línea férrea, cerca del kilómetro trece y junto al bosque de espinos había también troneras en las tapias, igual que en la quinta La Floresta, de Genaro del Risco, cuya casa fue ocupada por los revolucionarios. Las fortificaciones se extendían hasta la huerta que poseían allí los sacerdotes del Seminario, donde unos sesenta campesinos se apostaron en guardia permanente desde el 7 de julio.

A las nueve de la mañana del sábado, Tello y su gente salieron por la portada de Moche con la intención de tomar posiciones en Cerro Negro y emplazar allí su artillería. Esa mañana llevaban, además, un Krupp montado en la plataforma de un camión Ford, accionado por el licenciado Leytón.

Los revolucionarios no pudieron alcanzar su objetivo, porque ya el 7º de Infantería había avanzado. Tello abrió a sus hombres en abanico y entabló combate. Esa mañana su principal apoyo fue el cañón manipulado por Leytón, que era trasladado de un sitio a otro haciendo certeros disparos; pero perseguido implacablemente por la aviación, ese cañón tuvo que ser finalmente escondido bajo un gran ficus. Leytón lo dejó allí por unos minutos. Al volver descubrió que se lo habían roba-

do. Lo encontró al día siguiente, montado todavía sobre el camión, en una calle de Trujillo. Alguien, evidentemente, lo tomó prestado para pelear en otra parte.

El combate en los mamelones de Moche fue intenso. Había buena visibilidad y los revolucionarios cruzaban su fuego, paralizando el avance de los soldados. Pero hacia el mediodía las tropas pudieron infiltrarse entre las líneas apristas y a la una de la tarde, atacado de flanco y sin municiones, Tello dio la orden de enterrar los fusiles y emprender la retirada a Trujillo. El se dirigió a la ciudad acompañado de otro aprista llamado Henríquez. Estaban vadeando el río Moche cuando fueron capturados.

Tello fue conducido a presencia de un oficial. Querían interrogarlo. Dio un nombre falso y se hizo el tonto.

—¿Eres aprista?

—No, patrón, no soy aprista.

—¿Qué hacías en el río?

—Cruzando, pues, patroncito... Soy pacífico.

—¿Qué hacías fuera de Trujillo?

—Huyendo... la pelea es recia, ¿di?

—¿De quién estabas huyendo?

—De los apristas, patrón, lo toman a uno preso y lo castigan, uno tiene que defender su vida.

—¿Adónde ibas?

—A Salaverry, tengo familia en el puerto. Pensé que podrían esconderme. Yo no soy aprista.

Su tono plañidero resultaba convincente.

—Nos encontramos en medio de las balas —siguió— y me asusté y corrí al río.

El militar sonrió por primera vez.

—¿Cuál es la situación en Trujillo?

—Está todo atrincherado, patrón. Hay por lo menos quinientos hombres bien armados. El único sitio que no está defendido es La Floresta. De frente, por el ferrocarril. Por ahí pude salir esta mañana.

Los oficiales conversaron en voz baja. Tello preguntó:

—¿Me puedo ir... di?

—No —dijo un oficial—. Vas a venir con nosotros, caminando delante de las tropas.

Los soldados se pusieron en marcha. Veinte pasos más adelante iban Tello y Henríquez.

"Yo había palomilleado mucho por ahí", recuerda Tello, "y en el puquio grande habíamos hecho una poza en la que acostumbrábamos ir a bañarnos y eso me sirvió, porque desde el terraplén del ferrocarril había como dos metros y medio hasta esa poza y era un buen sitio para huir. Yo me dije: ahora me la juego el todo por el todo. Por más que le hice señas a Henríquez, él no me entendía, parecía que ya estaba muerto. Desde que nos tomaron prisioneros el hombre era un costal de nervios. Al llegar al sitio me tiré a la poza y los soldados nos hicieron fuego".

Vestido de gris, con bombín y empuñando su bastón, el anciano Fidel León los vio llegar, sorprendido porque la vanguardia llevaba de rehenes a Tello y a otro aprista. Hizo una señal para que los dejaran pasar. Los fusiles asomaban ya por las troneras; podía escuchar el ruido de los arreos, de las pisadas de los soldados recortados contra el cielo, caminando en fila de a dos por el terraplén del ferrocarril. De pronto Tello echó a correr y se tiró a la poza. Fidel León gritó: ¡Fuego! Y por las troneras de las tapias estalló la fusilería.

El aprista Henríquez cayó fulminado por veintidós balazos. Los soldados se echaron en tierra, gritando; otros corrieron hacia la retaguardia, arrastrando en la estampida a sus oficiales. Unos quinientos metros atrás, el trencito humeante que seguía al regimiento con su impedimenta emprendió la retirada hacia Salaverry a toda máquina. Por lo menos dos compañías estaban atrapadas y buscaban a sus invisibles enemigos disparando sin dirección. Las tropas habían sido conducidas directamente a una emboscada y frenéticas órdenes llegaban ahora desde el estado mayor, que había avanzado hasta el bosque de espinos.

Fue entonces cuando se afirma que Rodríguez Manfur cruzó las líneas, visitó el campamento del estado mayor y volvió sin que jamás se supiera el propósito de su misión. Poco después, cuando Tello y Remigio Esquivel se preparaban para atacar a los soldados por la retaguardia, con lo cual hubieran eliminado al 7º de Infantería, recapturado Salaverry y conquistado un importante material bélico, Rodríguez Manfur dio la orden de cesar el fuego. Las tropas retrocedieron desordenamente. Más tarde los campesinos se sintieron traicionados y

al enterarse de los movimientos de su jefe militar, quisieron lincharlo. Fue salvado por los propios dirigentes apristas.

SITACOCHA QUIERE decir "Laguna Resplandeciente". Es, en efecto, un paraje encantador, seco, a menudo frío, un lugar muy alto de los Andes cajamarquinos. Desde allí dominan los accesos a la ciudad de Cajabamba, capital de la provincia del mismo nombre. Sitacocha fue el sitio de donde, ese mismo día, partió el ataque de los apristas cajamarquinos que se apoderaron de la ciudad, en un movimiento destinado a unir las operaciones revolucionarias de Cajamarca y La Libertad.

Fue una pequeña fuerza. Treinta hombres bien armados a quienes habían proporcionado todos los pertrechos los hermanos Otoya Porturas. Uno de ellos, Enrique, había sido elegido diputado en 1931, pero no pudo incorporarse al Congreso por haberse anulado los comicios en ese departamento. A pesar de que se ignoraba el violento curso de los acontecimientos en Trujillo y del sigilo con que los apristas planearon la revuelta desde Sitacocha, la Guardia Civil recibió un aviso y abandonó la ciudad. Los revolucionarios encontraron, pues, que Cajabamba estaba a su merced, pero se vieron amenazados desde un principio con un ataque de las fuerzas policiales. Había sido un simple cambio de posiciones: ahora los apristas estaban en la ciudad; los policías, en las alturas que la dominaban. En vez de recuperar la ventaja, los revoltosos trataron de atrincherarse en Cajabamba y enviaron un jubiloso mensaje a Cucho Haya de la Torre, anunciando que el Sur de Cajamarca se había plegado a la revolución.

Cucho Haya había enviado una vanguardia capitaneada por Néstor Alegría para que fuera abriendo el camino a la Sierra. El propósito era unir con grupos pequeños y aguerridos, las posiciones entre Cajabamba y Huaraz, donde el mayor López Mindreau aguardaba noticias favorables para sublevarse contra el Gobierno. Pero Alegría no cumplió la consigna: no capturó Otuzco, siguió de largo por Samne y Quiruvilca y llegó a Huamachuco donde se dedicó a asaltar haciendas, a imponer cupos a los campesinos y a perder su tiempo miserablemente.

La falta de comunicaciones hizo el resto. En la mañana del sábado 9 de julio, Cucho Haya, la plana mayor de dirigentes

y unos 400 combatientes apristas se pusieron en camino a la Sierra. Iban armados hasta los dientes, en camiones y automóviles requisados durante la revolución. Establecieron temporalmente su cuartel en Laredo, esperando allí a la retaguardia formada por las fuerzas de Remigio Esquivel y de Alfredo Tello, que no llegaban al centenar de hombres. A las 11 de la noche, cuando la Guardia Civil cortó los caminos que unían la Sierra con Trujillo y se vieron en peligro de ser atacados por la retaguardia, los apristas emprendieron el camino hacía Otuzco. No sabían que Néstor Alegría había seguido de largo y que la posición de sus compañeros en Cajamarca era crítica.

Los guardias civiles del capitán Vargas Machuca estuvieron a punto de penetrar en Trujillo la noche del sábado. Cayeron sorpresivamente y con su fuego de ametralladoras se abrieron paso hasta la plazuela de la Unión, donde se atrincheraron. Con esto quedaba interrumpido todo el tránsito con Laredo.

Los apristas contraatacaron, pero la fusilería resultaba ineficaz contra las ametralladoras y un cañoncito que, colocado por los policías en la plaza, barrían las calles sin parar. Tello recurrió entonces a las bombas caseras, hechas con dinamita, latas de "Quaker Oats" y perdigones. Dos de sus hombres treparon a los techos de la capilla que había en esa plazuela y por allí avanzaron hasta situarse a tiro. Las bombas dieron exactamente en el nido de ametralladoras, acabando con sus servidores y provocando la fuga de los policías. Los revolucionarios ocuparon la plaza, se apoderaron de dos ametralladoras que estaban en buen estado y llevaron sus líneas hasta el mismo camino a Laredo donde las tropas volvieron a atrincherarse.

Aliviada la presión ejercida en la Portada de la Sierra, Remigio Esquivel y Alfredo Tello conferenciaron. Había que continuar la evacuación y acordaron que el primero saldría con sus campesinos en un convoy de camiones, utilizando un camino que, cruzando por Santo Domingo, llegaba a Laredo por detrás del Ingenio. Si se actuaba rápidamente, se podía burlar el asedio. Después, cubriendo la retirada, saldrían los hombres de Tello, empleando los vehículos más veloces que hubiera en la ciudad. Dejarían así abierto Trujillo a las tropas del Gobierno.

Pero al llegar a la bifurcación de caminos, Esquivel fue informado que la Guardia Civil había abandonado su trinchera en

el camino y que la vía estaba libre. En el camión iba montada una ametralladora manejada por el sargento de la Guardia Civil Julio Alvarado. Decidió entonces seguir por la carretera directa y olvidarse del desvío. Los camiones rodaron velozmente. En el Palomar cayeron en la emboscada.

La sorpresa fue total. Alvarado no llegó a usar la ametralladora. Antes bien, la tomó en sus brazos y corrió con ella hacia los sembríos y arrastrándose retrocedió hasta las líneas apristas. Esquivel, malherido de un balazo, fue salvado por dos combatientes. Sólo seis o siete pudieron regresar a la ciudad.

Tello aguardaba en la plazuela de la Unión, listo para proseguir la retirada. Creía que aún se podía usar el desvío, antes del amanecer. Dispuso que Esquivel fuese trasladado al hospital Belén, tuvo un incidente con el sargento Alvarado y abrió fuego contra los guardias civiles que quisieron recuperar la plazuela. En ese momento había en Trujillo unos sesenta combatientes apristas distribuidos desde Mansiche hasta la portada de la Sierra, donde empezaban a agruparse para seguir huyendo. Pero hacia las tres de la mañana las tropas terminaron de cercar la ciudad y al mismo tiempo el viejo Olegario Yépez transmitía el terrible mensaje:

—¡Están fusilando a los presos en la cárcel!

La masacre

Los oficiales cautivos gozaron de la protección de la Prefectura aprista hasta el sábado 9 de julio, cuando la revolución empezó a desmoronarse y Cucho Haya de la Torre emprendió la retirada a la Sierra.

Los habían tenido encerrados en una amplia habitación del palacio de Iturregui, la bella casona trujillana a la que se trasladó la Prefectura debido a las incursiones aéreas. Una orden impartida el sábado los dejaba en libertad si aceptaban ponerse ropas de civil para que fuesen a esconderse adonde quisieran. Quizás no fuese acertada la alternativa de enviarlos a la cárcel, pero el propio Cucho Haya no quería que nada sucediera a esos oficiales hasta que concluyera la evacuación aprista de Trujillo. La orden se aplicaba también a la tropa que estaba prisionera en la cárcel. En la mañana del sábado, madres, hermanas y novias fueron hasta la prisión llevando ropas para sus hombres. Más de treinta soldados salieron así de las celdas que más tarde iban a ser escenario de una terrible matanza. Sólo un artillero, un pobre soldado que no conocía a nadie en la ciudad, quedó en la cárcel porque no hubo quien le regalara un overol. Los oficiales, encabezados por Silva Cáceda, rehusaron la oferta. El comandante estaba preocupado. Había sido acusado de traición por el comisario Carbajal, quien juzgaba una cobardía la orden de rendición transmitida por el militar desde la Prefectura, el jueves 7 de julio. Silva Cáceda sabía que las tropas no tardarían en entrar a Trujillo y conocía bien los métodos brutales de Sánchez Cerro: la corte marcial y el fusilamiento. Por último, los oficiales debían estar juntos y uniformados para auxiliar desde adentro a los expedicio-

narios que rodeaban la ciudad. Tenía la certeza de que el comisario formularía acusaciones en contra suya y, de otro lado, los apristas garantizaban la seguridad de los presos. Optó por seguir prisionero. Los demás siguieron su ejemplo.

Los apristas partieron. El palacio de Iturregui quedó solitario mientras se combatía en La Floresta y el grueso de la fuerza revolucionaria huía por Laredo hacia las montañas. Los oficiales permanecieron en la sala de lectura hasta el anochecer; en una ciudad a oscuras fueron entonces trasladados a la cárcel.

Dos alfereces, Goicochea y Padilla, siguieron esa noche refugiados en la casa-hacienda de Los Manguitos. En ella habían encontrado seguridad después de escapar durante la marcha de los revolucionarios al centro de la ciudad, una vez caído el cuartel O'Donovan. El comando aprista estuvo enterado del destino de esos dos oficiales. Nada se hizo por sacarlos de allí y, por el contrario, el escondite sería compartido, a partir del lunes, por el dirigente aprista y médico Federico Chávez. Al alférez Picasso se le había ofrecido albergue en casa de la familia Merino, pero insistió en unirse a sus compañeros y ahora pasaba a la cárcel. Otros oficiales habían estado en libertad durante la revolución. Tal el caso del capitán armero Víctor Corante, quien fue apresado por una turba cuando lanzaba gritos contra el APRA por las calles. El comisario Carbajal estaba olvidado en su despacho del cuartel de Seguridad, que no cumplía ya función alguna, cuando un mensaje que le dirigía a Silva Cáceda, conminándolo a tomar una acción contra los rebeldes y dudando de su lealtad al Gobierno, fue interceptado por los apristas, que lo pusieron preso de inmediato. Otro, el subteniente Valderrama, había estado lejos de Trujillo, conduciendo a sus 37 soldados al encuentro de las fuerzas de Ruiz Bravo, pero fue atacado por los revolucionarios, tomado preso y enviado con sus cautivos compañeros de armas.

Hasta que dejó de existir la Prefectura revolucionaria, se mantuvo el orden en Trujillo. No hubo asaltos ni saqueos. Los combatientes tenían órdenes de fusilar en el acto a quienes se sorprendiera entregados a actos ilícitos. Pero en la noche del 9 de julio se aflojó el control de los jefes apristas que quedaban en la ciudad. No podía ser de otro modo: Remigio Esquivel estaba malherido, Tello combatía en la Portada de la Sie-

rra, el viejo Olegario Yépez estaba en las avanzadas frente al O'Donovan.

Había sesenta combatientes revolucionarios en la ciudad en esos momentos. De ellos, unos treinta luchaban al lado de Tello en la plazuela de la Unión. El resto estaba repartido en un vasto perímetro, y entablaba esporádicos tiroteos con las tropas.

Los oficiales, soldados y civiles fueron asesinados entre las dos y las tres de la mañana del domingo 10 de julio.

Fue un asesinato masivo, cometido con ensañamiento, a sangre fría, bárbaro y espeluznante.

Desde los tiempos en que los vencidos en el campo de batalla eran descuartizados por los vencedores en nombre del Rey de España, el país no había sido testigo de tan inexplicable crueldad.

La orden de traslado a la cárcel había sido impartida por Remigio Esquivel. Una guardia de ocho hombres, armados de revólveres y comandados por el aprista Pedro Rojas, custodiaba la prisión.

Les habían quitado los fusiles poco después del combate de La Floresta. Olegario Yépez había recogido esas armas para dárselas a quienes debían combatir en las trincheras, protegiendo la evacuación del grueso de los revolucionarios. Se entregó a los guardianes armas cortas. Una vez concluida la retirada, debían abrir las puertas, enterrar sus armas y salvarse como pudieran.

Pasadas las dos de la mañana, seis o siete combatientes armados de fusiles tomaron posiciones frente a la puerta de la cárcel.

—¡Fuera de aquí! —gritó Pedro Rojas.

—Abra usted la puerta, compañero —dijo el cabecilla.

—¿Qué quieren?

—Nos vamos a llevar a los prisioneros.

—La puerta no se abre.

—Es una orden de Haya de la Torre.

—¿La tienen por escrito?

—Vamos a llevarlos a la Sierra, como rehenes.

Rojas entregó las llaves cuando le pusieron un fusil en la espalda. Apenas abrieron la puerta de la cárcel y lo hicieron entrar con el resto de los guardianes, echó a correr hasta la huerta. Los demás lo imitaron. Escalaban los muros cuando escucharon las primeras descargas.

Los asesinos se habían repartido las celdas. Una linterna alumbró débilmente a las víctimas y el silencio fue roto por los disparos de fusil hechos a través de las rejas; tiraron al bulto, gastando en su macabro propósito alrededor de cuatrocientos proyectiles. Una vez que se les consumió la munición se fueron, cerrando tras de sí la puerta de la cárcel. Atrás quedaban amontonados los muertos: 10 oficiales, un soldado de artillería, quince policías y veinticinco civiles. Y también un puñado de espantados sobrevivientes: Herminio Vargas y su hijo, Víctor Vargas, Ramón Ordinola, Antón Barreto, todos civiles; el sargento primero José Bustamante, y los guardias Antonio Rodríguez Vera y Pablo Sierralta, los tres heridos; ilesos, bajo los muertos, quedaron el sargento segundo Moisés Sánchez y los guardias Nicolás Ravanal, Máximo Escalante, Máximo Ravanal, Isaac Flores, Teófilo Jaramillo, Agustín Urdanivia, Andrés Talavera, Modesto Medina, Feliciano Campo Linzano y Albino González. En total, dieciocho personas. Ninguno de estos testigos, así como ninguno de los guardianes apristas, pudo jamás identificar a los asesinos. Todo había sucedido rápidamente y en la más completa oscuridad.

Muertos y sobrevivientes quedaron en la cárcel hasta que una brigada de la Cruz Roja, formada por el inspector de enseñanza Abelardo Centurión, rompió y abrió las rejas de las celdas. No puede decirse que el descubrimiento de la matanza motivara la violenta actuación de las tropas, porque al darse a conocer lo sucedido ya habían empezado los fusilamientos de Mansiche. Y, como podía esperarse, los trágicos sucesos de la cárcel fueron rápidamente deformados.

Así, por ejemplo, la vigorosa imaginación de Manuel A. Vigil, subsecretario del Presidente Sánchez Cerro e hijo de Justo Amadeo Vigil, alto dirigente de la Unión Revolucionaria de Trujillo, produjo un memorable telegrama dirigido a su inmediato superior en Palacio de Gobierno. En su informe sobre la revolución, este obsecuente servidor del Presidente dijo que los asesinos habían cortado los dedos al comandante Silva para ro-

barle sus anillos y que había visto la herida por donde le sacaron el corazón.

"Después de tomar el cuartel O'Donovan, los aprocomunistas se dirigieron al Cuerpo de Seguridad, tomándolo. El capitán Carbajal, jefe del Cuerpo de Seguridad, fue apresado. Los sediciosos, más o menos en número de 1,500, intimaron la rendición de la Prefectura, emplazando cañones en las calles adyacentes a la plaza principal", informó Vigil.

Su telegrama, difundido con grandes titulares en los diarios limeños, seguía: "Prefecto y Subprefecto fueron llevados por don Luis Gamero a la casa de Alberto Cárdenas, donde han permanecido hasta ayer tarde, después de tomada la Prefectura. Revolucionarios fueron arengados por capitán Leoncio Rodríguez Manfur, quien se dice fue victimado por quienes trataron de dirigir y ayudar. Acto seguido la masa revolucionaria pidió que hablara Agustín Haya de la Torre, que se encontraba en ella. Manifestó que el Partido Aprista asumía toda la responsabilidad del movimiento, exhortando a combatir a todos sus enemigos".

Agregaba Vigil en su telegrama: "El día 8 asaltaron la Caja de Depósitos, llevándose preso al gerente y cajero y 7,000 soles. El sábado 9 victimaron a todos los presos, cerca de 150, masacrándolos y arrastrándolos por las calles".

La espeluznante descripción hecha por Vigil seguía líneas adelante: "La ciudad todavía está horrorizada por las masacres y asesinatos de los revolucionarios, pero está bien controlada. Apristas, creyendo escondidas a personas distinguidas a las que buscaban en el convento El Carmen, pretendieron asaltarlo, pero el ataque de las fuerzas leales impidiéronles allanar el convento. He constatado atrocidades cometidas en estos cadáveres: comandante Julio P. Silva, mayor Luis Pérez Salmón, capitán Manuel Morzán, capitán armero Víctor Corante, alféreces Ricardo Revelli, Alfonso Molina, capitán Guardia Civil Eduardo Carbajal, teniente Alberto Villanueva y subtenientes Carlos Hernández, Carlos Valderrama y Miguel Picasso. He contado veinte heridas abiertas en el cadáver del alférez Picasso. He visto la herida por donde le sacaron el corazón al comandante Silva... A los demás asesinados les cortaron los testes y mil heridas presentan los cuerpos de cada uno. Estoy horrorizado de tanta

maldad y mi agradecimiento será para todos los heroicos jefes y oficiales y soldados que salvaron esta ciudad. Saludo respetuosamente al señor Presidente y Viva el Perú".

El contenido íntegro de este apresurado, irresponsable informe constituye una total distorsión de la verdad.

Veamos: en primer lugar, el Cuartel de Seguridad se rindió a instancias del comandante Silva y el capitán Carbajal no fue apresado sino hasta el día siguiente. Los combatientes apristas nunca pasaron de 600, mal pudieron ser 1,500 los que rodearon la Prefectura; había, sí, gran cantidad de espectadores, entre ellos el capitán Víctor Corante. El prefecto La Riva y el subprefecto Carranza no fueron detenidos; se permitió que se refugiasen en casa de la familia Cárdenas y ellos convinieron en mantenerse al margen del conflicto. Rodríguez Manfur no fue victimado; estuvo sí a punto de sufrir las iras de quienes se juzgaron traicionados por él. La Caja de Depósitos no fue asaltada; recibió del comando revolucionario una comunicación en la que se ordenaba entregar sus fondos; los 7,000 soles fueron recibidos por el prefecto Haya de la Torre, quien firmó el documento correspondiente. Además resulta ridículo presentarlo como un bandolero, si se recuerda que en las bóvedas de los bancos en Trujillo había más de medio millón de soles en billetes y valores y que los bancos recibieron la protección de centinelas apristas. El sábado 9 fue la injustificada, lamentable matanza de la cárcel. Sus autores nunca fueron identificados, ni las autoridades hicieron el menor esfuerzo por aprehenderlos. Las víctimas no fueron 150; los cadáveres quedaron tras las rejas y los militares no fueron arrastrados por las calles y ultimados a golpes por el pueblo aprocomunista. Nunca se intentó asaltar el convento de El Carmen y no se cometieron atrocidades con los cadáveres de los oficiales, ni se les cortó los testículos o se extrajo el corazón de ningún oficial para pasearlo en una pica, como los revolucionarios franceses hacían con los corazones de las vacas beneficiadas cada mañana en París.

Los médicos de sanidad militar que hicieron el examen médico-legal, certificaron, en efecto, que ninguna de las víctimas había sido torturada o mutilada y confirmaron que sus muertes fueron causadas por disparos de fusil.

He aquí el revelador informe firmado por el mayor de sanidad Luis Valentín y los médicos Carlos Morón y Luis G. Tapia, dirigido al Juez Instructor Militar:

"En cumplimiento de lo ordenado por Ud. los suscritos médicos y cirujanos nos constituimos en la fecha en el Hospital y en la Cárcel Central de esta ciudad con el objeto de efectuar el reconocimiento médico-legal de los militares y civiles que fueron victimados en la mencionada cárcel, constatando lo siguiente:

"COMANDANTE JULIO P. SILVA CÁCEDA

"Presentaba:

"—En la región occipital una herida de bordes lisos de 15 cms. de longitud que comprometía el cuero cabelludo;

"—En la región dorso-lumbar derecha, una herida en forma circular de 10 mm. de diámetro y de bordes deprimidos;

"—En la región precordial, entre la cuarta y quinta costillas, una herida de 3 cms. de longitud por 15 mm. de ancho, de bordes provectados hacia afuera;

"—En la falangina del segundo dedo del pie izquierdo, una herida de forma irregular;

"—En el tercio medio del antebrazo izquierdo, en sus caras anterior y posterior, heridas de forma circular de diez y quince milímetros de diámetro respectivamente.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas en la cabeza por instrumento cortante y las demás por armas de fuego larga, de carácter esencialmente mortal.

"MAYOR LUIS PÉREZ SALMÓN

"Presentaba:

"—En el cráneo, región temporal izquierda, una herida de quince milímetros de diámetro;

"—En la región temporal derecha, una herida amplia;

"—En el límite de las regiones escapular y axilar derecha, una herida irregularmente circular de bordes proyectados hacia afuera;

"—En la región pectoral, una herida de tres centímetros de diámetro; dicha herida estaba por encima de la tetilla correspondiente;

"—En el tercio medio del brazo izquierdo, dos heridas con fractura del húmero.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"CAPITÁN MANUEL MORZÁN

"Presentaba:

"—La mano derecha destrozada por un proyectil;

"—Siete heridas en el tronco de forma variada de diez a veinticinco milímetros de longitud;

"—Dos en la cara anterior del tórax;

"—Una en la región axilar derecha;

"—Una en el hombro derecho;

"—Dos en el abdomen;

"—Una al lado derecho de la cadera.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"CAPITÁN ARMERO VÍCTOR CORANTE

"Presentaba:

"—En la región costal izquierda una herida penetrante de tres centímetros de longitud, de bordes lisos;

"—En la región pectoral derecha otra herida de los mismos caracteres que la anterior;

"—En la región de la nuca, una herida circular de bordes deprimidos;

"—En la región anterior del cuello, otra herida también circular y de bordes proyectados hacia afuera, más amplia que la anterior;

"—En la región occipital una herida circular de bordes deprimidos con estallamiento del cráneo.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas las dos primeras por instrumentos punzo-cortantes y las demás por armas de fuego largas, de naturaleza mortal.

"TENIENTE RICARDO REVELLI

"Presentaba:

"—En la mejilla izquierda, herida circular de quince milímetros de diámetro;

"—El esqueleto y partes blandas de la cara estaban completamente destrozados;

"—En el hombro derecho una herida circular de quince milímetros de diámetro, de bordes deprimidos;

"—En las regiones costal y lumbar izquierda otra herida en forma irregular de bordes proyectados hacia afuera, de veinticinco milímetros de diámetro;

"—En la parte inferior de la región costal izquierda otra herida en forma circular de doce milímetros de ancho;

"—En la región poplítea derecha herida circular de bordes irregulares.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por arma de fuego larga de naturaleza mortal.

"ALFEREZ MIGUEL PICASSO

"Presentaba:

"—En la mejilla derecha una herida circular de quince milímetros de diámetro de bordes deprimidos;

"—Estallamiento del cráneo;

"—Herida anfractuosa de la región témporo-maxilar izquierda:

"—En la región precordial, una herida penetrante de veinte milímetros de longitud.

"—En el dorso de la nariz, herida de bordes lisos de un centímetro de longitud.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por instrumento punzocortante y por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"ALFEREZ ALFONSO MOLINA

"Presentaba:

"—En la región pectoral derecha, una herida en sedal;

"—En la región escapular izquierda una herida en forma circular de midos;

"—En la articulación del codo, herida irregular con destrozamiento del esqueleto de dicha articulación;

"—En el muslo izquierdo, herida con fractura del fémur;

"—Herida en el muslo derecho, con idéntica lesión.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"SUBTENIENTE CARLOS VALDERRAMA

"Presentaba:

"—En la región lumbar izquierda, herida circular de bordes deprimidos;

"—En el lado derecho del cuello otra herida anfractuosa;

"—En la región mastoidea izquierda, otra herida circular con bordes deprimidos;

"—En el labio superior, herida irregular cuyos bordes estaban proyectados hacia afuera.

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"SUBTENIENTE CARLOS HERNÁNDEZ

"Presentaba:

"—En el rostro heridas múltiples circulares, de bordes irregulares. Estallamiento de la bóveda palatina y del cráneo;

"—En el hipocondrio izquierdo, una herida en sedal;

"—En la región axilar derecha, herida amplia, irregular;

"CONCLUSIONES: Heridas producidas por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"CAPITÁN COMISARIO EDUARDO CARBAJAL

"Presentaba:

"—En el lado izquierdo de la región umbilical una herida circular de bordes deprimidos;

"—En la fosa ilíaca derecha, otra herida de bordes proyectados hacia afuera;

"—En la parte anterior de la región ilíaca izquierda, una herida circular de bordes deprimidos;

"—En la parte posterior de esta misma región, otra herida amplia, de bordes proyectados hacia afuera;

"—En el conducto auditivo derecho, otra herida circular irregular.

"CONCLUSIONES: Heridas por arma de fuego larga, de naturaleza mortal.

"TENIENTE ALBERTO VILLANUEVA

"Presentaba:

"—Estallamiento de la bóveda craneana con la fracción de la masa encefálica;

"—En la fosa ilíaca derecha, herida anfractuosa;

"—En el tercio medio de la pierna derecha, destrozamiento de las partes blandas y esqueleto de la región.

"CONCLUSIONES: Heridas por arma de fuego larga, de necesidad mortal.

"Además constatamos en el Hospital y en la Cárcel Central treinta y nueve cadáveres correspondientes: uno a la tropa, quince a la guardia civil y veintitrés civiles, muchos de los cuales no ha sido posible identificarlos ni menos detallar sus lesiones por el estado de putrefacción en que se encontraban,

pues todos los cadáveres tenían más de cuarenta y ocho horas. Con lo que dejamos cumplido el informe solicitado. Trujillo, 12 de julio de 1932 —Mayor de Sanidad Luis Valentín, Dr. Carlos Morón, Dr. Luis G. Tapia".

EL CUADRO ES, en verdad, espeluznante, pero desmiente las mutilaciones a las que se refiere Vigil y que tanto impacto causaron en la opinión pública peruana, presentando el acontecimiento de la cárcel, además de masacre, como un verdadero festín de caníbales.

Más tarde se acumularon otras falsedades. El histerismo de los informes de Manuel A. Vigil iba en aumento, preparando el camino para la más terrible, sistemática, despiada matanza que se recuerda en el Perú: los fusilamientos de Mansiche y Chan Chan.

Decía Vigil en un telegrama dirigido a Palacio de Gobierno: "Todos los universitarios matriculados, todos los preceptores, todos los empleados de comercio, sin excepciones ni contemplaciones, deben ser embarcados y juzgados por Corte Marcial. Aprismo de arriba debe ser castigado severamente sin complacencias... Trujillo ha sido salvado, pero la criminalidad de la mayor parte de sus vecinos debe ser severamente castigada".

Sí, se había salvado Trujillo, pero ahora había que fusilar a la mayoría de sus habitantes. Este oscuro funcionario que alcanzaba súbita notoriedad, pedía a gritos un gran baño de sangre. Pronto sería complacido.

Luego aparecieron las versiones de los sobrevivientes... y de los falsos sobrevivientes.

El jefe de investigaciones Luis Cárdenas adujo haberse salvado escondido en un baúl. Esta es su versión publicada en los diarios de la época:

"Se me encerró en un calabozo y desde allí pude ver que los presos por delitos comunes habían sido libertados y que varios de ellos se habían apropiado de las armas, haciendo de custodios. Las amenazas eran constantes, muchos de mis vigilantes me conocían y continuamente me apuntaban con sus fusiles.

"En las primeras horas de la noche, de orden del prefecto revolucionario, me sacaron de la cárcel y me llevaron al

cuartel general de los facciosos, que, como se sabe, funcionaba en el Club Central. Allí me encerraron en una habitación en la que estaba el comandante Silva y su oficialidad, el comisario capitán Carbajal y ordenanzas. Eramos doce personas. Permanecimos toda la noche descansando en butacas y en el suelo.

"Al día siguiente, o sea el 8, los facciosos terminaron de llevar al Club todo el elemento bélico de los cuarteles atacados. Mis compañeros de infortunio y yo atisbábamos por las rendijas y las cerraduras los más mínimos movimientos de los aprocomunistas. El día 9 se realizó el primer encuentro con las fuerzas del orden. Serían las 7 de la noche cuando se presentó frente al cuartel general de los facciosos gran cantidad de revolucionarios vivando la revolución; pero dos horas después abandonaban el cuartel general el prefecto revolucionario Agustín Haya de la Torre, el subprefecto Silva Solís, un comunista apellidado Cisneros Lara y otros más. La retirada de estas gentes obedecía a que las tropas salidas de Chiclayo y las enviadas de Lima se disponían a desalojarlos de la plaza de Trujillo; pero antes de salir, Haya de la Torre dejó encargo a nuestros custodios de que tuvieran cuidado con nosotros, y que, al primer intento de fuga, nos exterminaran.

"Alrededor de las dos de la madrugada llegaron al lugar donde estábamos, cuarenta paisanos completamente armados, los que acercándose al comandante Silva Cáceda, que descansaba en una butaca, le ordenaron que se levantara, lo mismo que a los demás. No pudimos sino obedecer. Momentos después nos pusimos en marcha hacia la cárcel, rodeados de cuarenta hombres que nos insultaban maltrataban, siguiéndonos un camión con una veintena más de hombres armados. Al llegar a las puertas de la prisión, que momentos antes fue calvario de algunos y segundos después lo iba a ser de otros, dos individuos que parecían porteros abrieron las rejas. La prisión estaba perfectamente iluminada.

"Todos los presos entramos juntos y nos dirigimos en gru a la puerta de la alcaidía. Yo noté, así como otros dos de m compañeros, dos cadáveres tendidos en el patio. No bien acabé de contemplarlos, cuando un ¡Ya! dicho con voz estentórea por uno de los que nos habían conducido, fue seguido por una descarga cerrada, cayendo los jefes y oficiales mortalmente heridos.

"Yo, trémulo de emoción, percibí dos fogonazos a mis pies; pero me sentí impulsado a correr, e ingresando al segundo cuarto de la alcaidía encontré un baúl, lo abrí y traté de introducirme en él, pero se hallaba ocupado en parte con herramientas y no se prestaba a mis propósitos. Salí de él, como digo, y saqué precipitadamente los objetos que contenía, mientras los asesinos preparaban nuevamente sus armas para repasar a los caídos que se quejaban dolorosamente. Cuando ya el baúl estuvo desocupado, me metí en él; pero antes pude observar que el ordenanza del comandante Silva se acurrucaba en un espacio que quedaba entre el mueble y la pared. Momentos después escuché que decían: ¡Faltan dos! y varios de esos desalmados fueron a la habitación y encontrando al infortunado soldado lo victimaron sin piedad disparándole varios tiros. Yo ni respiraba. Asido fuertemente a una tabla que tenía la tapa del baúl, me mantuve hasta que se marcharon los criminales. Pasaron diez minutos y entonces levanté la tapa de mi refugio y notando que ya se habían retirado los victimarios, salí del baúl. Mi primera visión fue la del ordenanza muerto.

"Fui hacia las puertas de la alcaidía y, en el patio, al lado del banco que estaba frente a las puertas de aquélla, se hallaban los cadáveres, todavía calientes, de los militares masacrados. Como mi afán era salir de la cárcel, donde he visto la muerte tan de cerca, salté por encima de las desafortundas víctimas, tomé un callejón y me dirigí a la puerta falsa. Cuando ya llegaba a ella noté que había dos personas. Al principio pensé que se trataba de dos asesinos, pero después reconocí a un miembro de la Guardia Civil, Bustamante, y a otro guardia civil que habían salvado de la masacre que se realizó primeramente esto es, entre las doce y la una de la madrugada.

"Bustamante y el guardia pugnaban por salir, yo también pretendí hacerlo, pero fue inútil. La puerta estaba asegurada con un buen candado. Traté de trepar por un poste y también me fue imposible, hasta que, en un cuarto que sirve de zapatería, encontré un formón y un martillo y rompiendo el candado a martillazos logramos salir a la calle, junto con cuatro personas más que habían escapado también de la horrenda tragedia".

De la comparación entre el testimonio de otros sobrevivientes de la masacre y la versión del soplón Cárdenas, resulta

que el investigador no estuvo jamás escondido en un baúl ni, por supuesto, en la cárcel cuando se fusiló a oficiales, guardias y civiles. La enumeración de mentiras es interminable. Haya y los dirigentes apristas dejaron la ciudad en la madrugada; el traslado de los presos del Club Central a la cárcel se hizo con sigilo, por cuanto hay pocos pobladores de Trujillo que recuerden haberse asomado para verlos pasar. La cárcel, lo mismo que el resto de la ciudad, estaba a oscuras y no "perfectamente iluminada". El fusilamiento se hizo en las celdas, particularmente en aquella denominada por los presos "la carpintería", y no en el patio o la alcaidía. Sólo hubo una matanza y no dos, como dijo el investigador. El soplón Cárdenas mintió, pues, y todo el país tragó su mentira difundida por los diarios limeños.

Un auténtico sobreviviente, Ramón Ordinola, herido de un balazo pero salvado a tiempo, lo recordó así:

"En la celda donde yo estaba habría unas veintitrés personas, entre ellas un menor de catorce años de edad y entre las que pude reconocer a don Manuel Gonzales, Ricardo Tello, Manuel Rodríguez, un tal Lara, Venancio Antón, un Chumacero, empleado de la Casa Hart; Herminio Vargas y sus dos hijos, Pedro Campos Merino.

"El día anterior del fusilamiento fue el señor Víctor Silva Solís y nos dijo que tuviéramos cuidado, que él había estado corrido mucho tiempo y que nosotros estábamos allí bien alojados.

"Como la celda en que estábamos era estrecha y con el temor de que nos pasara algo, para dormir hacíamos guardia y esa madrugada sentimos a la entrada de la cárcel una descarga de fusil, poco después alguien se acercó a la puerta de nuestra celda pidiendo que saliera Manuel Rodríguez. Este no quiso salir y entonces se apersonó don Manuel Gonzales, garantizando por Rodríguez, cuando a poco que salieron los dos fueron victimados.

"Después fueron llamando a los demás, pero como nadie quería salir, apuntando los rifles a nuestra celda y al hacer los disparos cayeron varios, yo entre ellos, que me hice el muerto hasta que pasó ese atroz rato. No me acuerdo del resto, sólo me di cuenta cuando un hijo del señor Vargas cargaba a su padre fuera de la cárcel y yo comencé entonces a arrastrarme hasta la puerta donde me recogieron, sin conocer quienes fueron y me trajeron acá".

Desde luego el relato más difundido es el hecho por el joven Víctor Vargas, publicado en Trujillo el 17 de julio de 1932.

Vargas estaba en la cárcel acompañado de su padre y de su hermano menor. Se hizo el muerto cuando estallaron los disparos y salvó. Su versión es la siguiente:

"Era el jueves 7 que amaneció con la nueva de la revolución cuando en la tarde, a eso de las seis y media, varios amigos se acercaron al domicilio de mi padre (Herminio Vargas) y nos aconsejaron que mejor nos escondiéramos ya que la ciudad estaba en manos de los apristas y como nosotros (sus dos hijos) no simpatizábamos con el APRA podían hostilizarnos.

"Mi padre no dio mayor importancia al asunto pues dijo que él no se mezclaba en asuntos políticos y que por lo tanto nada tenía que temer. A las nueve y media cerramos la puerta de la casa, como de costumbre, y como comemos temprano, nos acostamos. Yo no me había dormido todavía cuando a eso de las diez tocaron la puerta fuertemente, llamando a grandes voces que la abrieran. Como estábamos desvestidos, contesté que ya íbamos, pero los visitantes se hallaron impacientes e hicieron varios disparos a la puerta. Cuando abrimos salió mi padre y luego mi hermano Manuel e inmediatamente preguntaron por mí. Yo podía haberme escapado en ese momento, pero preferí correr la misma suerte que mi anciano padre y me presenté.

"En un automóvil grande nos condujeron a la prefectura custodiados por gente armada. Una vez allí, donde había gran cantidad de apristas, nos llevaron a la sala mientras en el camino tuvimos que sufrir una vía crucis pues menudeaban los puntapiés e insultos a cual más cobardes. De allí se dio la orden de conducirnos a la cárcel.

"A las once de la noche ingresamos a la cárcel y tras habérsenos hecho una prolija búsqueda en los bolsillos, fuimos internados en la celda llamada la carpintería (entrando, a la mano derecha). Allí encontramos a los siguientes:

"Manuel Gonzales, el mismo que era un moreno alto, de cara juvenil; un Machado, de Chicago; un joven apellidado Chumacero y que trabajaba en la Casa Hart; Ricardo Tello, más conocido como "el doctor Tello"; Campos Merino, un Lara, de Mansiche; José Manuel Rodríguez, boxeador, ciclista y, alguna vez, según se decía, 'investigador particular'; Antón Barreto, Ordinola, un muchacho de 15 ó 16 años que trabajaba en la he-

ladería de la plazuela de San Francisco, Eladio Carranza y algunos más que no recuerdo.

"Después de charlar un poco, vencidos por el sueño, dormimos, sin dolernos mayormente por nuestra suerte, ya que no la imaginábamos tan negra.

"A las tres de la tarde del día siguiente jugaba yo casino con Barreto, mientras mi papá con J. M. Rodríguez y Campos Merino, que fue empleado de la Junta Pro Desocupados, se entretenían a su vez jugando a la titina.

"Tello y yo hacíamos algunas bromas y algunos, no todos, reían, pero con risa forzada.

"Desde esa noche y por temor a un fusilamiento intempestivo, ya sea por la puerta o por una ventanita que había en el techo de la celda, decidimos hacer guardia durante la noche, turnándonos por igual.

"Mi padre manifestó que sentía nos fueran a cortar la vida siendo tan jóvenes; nosotros lo sentíamos pensando en nuestra familia. En la celda del frente un guardia civil me conversaba contándome de sus amoríos con una joven con la que se iba a casar a fines de mes. 'Sólo por mi novia lo siento' decía y sus lágrimas titilaban en sus pestañas.

"En la mañana del sábado se nos comunicó que habían dado la orden de que los presos que movieran la puerta de sus celdas y ofrecieran la menor resistencia a lo que se les ordenaba, serían fusilados inmediatamente.

"La orden no nos llamó mayormente la atención, pues ya nos habíamos hecho el ánimo de no esperar nada bueno de nuestros carceleros.

"En esa misma mañana el subprefecto Silva Solís llegó a nuestra celda y en tono de sorna nos dijo que nada debíamos temer y que estábamos bien garantizados, a la vez que nos recordaba que la noche del 25 de diciembre fue muerta su sirvienta y asustados sus hijos. Hubo uno de nosotros que le manifestó que de ello ninguno de nosotros tenía la culpa.

"Hacia las seis de la tarde sentimos desde nuestra celda la llegada de un automóvil y a poco escuchamos que había una orden para conducir a la prefectura al sargento Gálvez, de la Guardia Civil. En todas las celdas le miramos salir y sin decirnos nada pensábamos al unísono en la suerte fatal que le espera-

ba al infeliz... reflejo presente de ese instante de lo que más tarde iba a sucedernos.

"Las primeras sombras de la noche enlutaban nuestra celda como un augurio de lo que iba a suceder después. A las ocho de la noche sentimos el timbre del teléfono y supusimos que era la orden de liquidarnos, manifestándonos nuevamente este temor.

"Poco después oímos que se mandaba a comprar velas...

"Gastados por la tensión nerviosa y fatigados por la tétrica espera, el sueño venció a nuestros compañeros de prisión, mientras quedábamos de guardia Manuel Gonzales, el doctor Tello y yo, Gonzales, rendido por el cansancio, se quedó dormido y a la una y media también sentía sueño y desperté a Campos Medina para que me relevara. En ese instante sentimos ruido de llaves en la celda y con los ojos espantados nos miramos estupefactos sin saber qué hacer.

"Entró un individuo con una linterna en la mano y un espadín en la otra y llamó: ¡Rodríguez! El pobre José Manuel, recelando su fin con voz temblorosa dijo: ¡Ay, me van a matar! Y adelantó, indeciso algunos pasos, recibiendo un fuerte planazo con el espadín en el cerebro, a la vez que lo insultaba su verdugo: ¡Cobarde! ¡Soplón! Rodríguez repuso humildemente: ¿Pero yo qué he hecho? A lo que el armado respondió hundiéndole el espadín a la altura del plexo, lo menos cuatro pulgadas. El pobre negro lanzó un gemido y, fuerte de contextura, no cayó al suelo, por lo que su victimario pidió un fusil, mientras Rodríguez corría a una esquina y se ponía de cuclillas, como quien quisiera introducirse de cabeza en el rincón de las paredes. El verdugo recibió el fusil y le disparó los cinco tiros de la cacerina y volvió a cargarlo y le disparó cinco tiros más, matándolo, desde luego, con los primeros disparos.

"Mi padre se refugió en una pequeña celda contigua y llamó a mi hermano y a mí para escondernos, creyendo ya llegada la hora del fusilamiento.

"Abrieron entonces las celdas de los oficiales y soldados, hasta que hubieron salido todos a los corredores de la cárcel, y allí, linterna en mano, como quien da caza a fieras salvajes, los corrían disparándoles a la carrera y esparciendo por toda la cárcel sus cadáveres.

"Cuando hubieron terminado afuera, regresaron a nuestra celda y gritaron fuerte: ¡Salgan todos! Estábamos en la celdita de dos metros de ancho por tres de largo donde se habían refugiado con nosotros los demás.

"Lívidos todos, ninguno se atrevió a salir; vimos asomar por la pequeña puerta el fusil y disparar sin apuntar casi al bulto, pues éramos 16 personas en la celdita y por fuerza nos hacían blanco los mortíferos tiros.

"Como sólo el fusil asomaba a la puerta, Barreto, por salvarse, cogió fuertemente el cañón y se apoderó de él. Pero dos de nuestros compañeros, temerosos por los gritos que de afuera nos daban para que devolviéramos, lo regresaron a nuestros verdugos.

"Siguieron los disparos y mi padre cayó al suelo y yo, viéndolo caer, también me tiré haciéndome el muerto, pero al ver que uno de los que disparaba me apuntaba en el suelo, me puse rápidamente de pie y traté de quitárselo, pero no pude conseguirlo; en uno de los muchos disparos, di un grito y encomendándome a Dios volví a hacerme el muerto. Cuando todos estuvieron tendidos en el suelo, entraron y con las bayonetas y a tiros comenzaron el repaso... Yo que estaba aislado sentí de pronto el cañón helado del fusil en mi frente y ahogué en mi garganta un grito de desesperación. En eso, sin quitar el fusil mi verdugo pide balas a los de afuera. Un sudor frío corría por mi frente; en esos instantes recuerdo a mi padre y a mi hermano y me resigno a morir.

"Sin moverme escucho que de afuera le contestan que se han acabado las balas. El verdugo me cree muerto y retira su arma homicida de mi frente y exclama: "¡Bueno, hemos terminado nuestra obra!" y con paso lento salen todos, dejando tras de sí el eco de sus pasos, que retumban en mis oídos hasta ahora.

"En el silencio sepulcral escuché una respiración fatigosa y un rayo de esperanza brilló en mi mente... ¡podía ser mi padre! Alargué tembloroso mi mano y toqué una frente ¡helada! Decepcionado recorrí con el tacto la cara del cadáver y no hallé sobre su boca los bigotes que mi padre usaba y brilló de nuevo una lejana esperanza. Pasé la mano a otra cara y hallé bigote y frente tibia. "¡Papacito! ¿estás vivo?" musité emociona-

do y mi padre contestó con voz apagada: "¡Víctor!" "¡Sí, papá!" le dije, "estoy a salvo y no tengo ninguna herida".

¿QUÉ SUCEDIÓ realmente esa noche en la cárcel? El testimonio de los sobrevivientes es importante pero arroja una serie de contradicciones y nada descubre sobre la identidad de los asesinos.

Es necesario señalar que hubo verdadera negligencia de parte de las autoridades en investigar de inmediato la verdad de los hechos. Aparte del reconocimiento médico-legal dispuesto por el juez instructor militar, no se investigaron los móviles de la matanza y la identidad de sus autores. Primero se dijo que había sido cometida por el populacho, luego se transformó en un crimen ordenado por Cucho Haya de la Torre y se convirtió al fin en una premeditada barbarie del Partido Aprista, y hasta se pretendió responsabilizar de ella al propio jefe del APRA que estaba preso e incomunicado en Lima desde mayo de 1932.

Luego es necesario eliminar el relato del soplón Cárdenas, porque no resiste un severo examen. Consideremos, por ejemplo, que la cárcel estaba a oscuras y el investigador afirmó que estaba perfectamente iluminada. En ese caso, cualquiera de los sobrevivientes hubiera podido identificar a los asesinos. Además, pasado el primer momento en que se dio gran publicidad a su historia, resultó que los otros sobrevivientes no recordaban haberlo visto en la cárcel. Lo más probable es que Cárdenas haya estado escondido en otro sitio —tal como lo hizo a la hora del combate en Salaverry—, tan bien escondido que ni siquiera se enteró del apagón que había esa noche en Trujillo.

En torno al relato de Ordinola y Vargas, es interesante señalar que según el primero, el boxeador y soplón J. M. Rodríguez fue muerto a balazos fuera de la celda y que según el segundo, lo mataron en un rincón de la celda. Ambos dan también número distinto de recluidos en la misma celda: uno dice que eran 23, el otro que eran 16. El propio Vargas —en un relato que debió de ser recogido y escrito por un mal redactor de "La Nación"— no duda en describir con dramatismo y lujo de detalles el asesinato, más que asesinato, la ca-

cería de oficiales en la carcel, cuando él mismo admite que en ese momento permanecía escondido en una pequeña celda y que la prisión estaba a oscuras. Si no pudo verlo, ¿quién le contó cómo fue? Vargas salió de la cárcel víctima de un shock. Estuvo hasta las nueve de la mañana inmóvil en una celda cuyo piso se había convertido en un gran charco de sangre, junto a su padre herido, a inmediaciones del cadáver de su hermano Manuel y de otros dos sobrevivientes: Ordinola y Antón Barreto. Salió de allí auxiliado por la brigada de la Cruz Roja que abrió las puertas de la cárcel y a la cual él recordó sólo como "un grupo de mujeres". Llevó a cuestas el cuerpo maltrecho de su anciano padre y se refugió donde una vecina. El martes 12, cuando abandonó su escondite para informar a las autoridades acerca de lo que había pasado en la cárcel, fue tomado prisionero por los soldados y estuvo a punto de ser fusilado.

Hay que convenir en que se ejercitó la violencia contra algunos de los oficiales. En efecto, el comandante Silva Cáceda tenía una herida cortante de 15 centímetros en la cabeza; el capitán armero Corante tenía dos pinchazos de espadín, uno en el pecho y otro en las costillas del lado izquierdo; y el alférez Picasso sufrió una herida parecida, de arma punzo-cortante.

Pero... ¿quiénes fueron los asesinos?

POCAS DUDAS caben de que la masacre estuvo dirigida por el ex-sargento Julio Alvarado, secundado por un ex-presidiario: el "chueco" Carrillo. Ambos fueron combatientes apristas en la revolución.

El sargento Alvarado había sido, junto con los guardias Julio Oré y Carlos Ibáñez, cabecilla de los policías apristas en el cuartel de la Rural. El "chueco" Carrillo escapó de la cárcel cuando los apristas fueron a liberar a los presos políticos el 7 de julio y sacaron en hombros al joven Ciro Alegría. Había sido abaleado por un detective inglés, Mr. Whitwell, quien se había establecido en Trujillo como investigador privado. Acusado del asesinato de un soplón, Carrillo se enfrentaba a la posibilidad de una larga condena, pero al huir se enroló con los revoltosos, se armó de un fusil juntó a unos cuantos de sus compañeros de cárcel y luchó en La Floresta.

Es muy posible que en la matanza haya intervenido también el guardia Talavera, quien fue sorprendido por la revolución cuando llevaba una fuerte cantidad de dinero a Otuzco para pagar la soldada, que se hizo así de una pequeña fortuna y se puso a combatir al lado de los apristas. Otro seguro participante en la masacre es el hermano de una infortunada jovencita violada por las tropas de seguridad en Chocope y que estuvo de carcelero el 7 y el 8 de julio. Recuérdese que el teniente Alberto Villanueva era el responsable de la carnicería de Paiján y autor de los lamentables sucesos de Chocope, por los cuales hubo juicio abierto durante varios años. Allí se produjo un asalto al local del APRA y Villanueva permitió —aseguran que hasta intervino— que la tropa abusara de las mujeres. Una de las víctimas de esta salvaje violación fue una jovencita de catorce años, que enloqueció a consecuencia de las brutalidades a que la sometieron. El ultraje fue presenciado por el hermano, quien se convirtió después en carcelero de Villanueva. El joven aprista, mientras cumplió esa función, mostró complacencia en llevar cigarrillos y comida al teniente Villanueva, sonriéndole y hablándole con amabilidad. El oficial lo había reconocido y ese tratamiento estuvo a punto de hacerle perder la razón. No hay que olvidar que Villanueva permaneció todo el tiempo preso en la cárcel, junto con los guardias rurales que se rindieron en la Prefectura.

Luego de desbaratada la fuga de Esquivel hacia Laredo, el sargento Alvarado regresó ileso, y con su ametralladora, hasta las líneas apristas.

Ya Esquivel era conducido al Hospital Belén y Tello asumió el mando total de las pequeñas fuerzas apristas. Ordenó entonces al sargento Alvarado que fuese con su ametralladora a reforzar a los combatientes en el frente del cuartel O'Donovan.

Alvarado preguntó quién daba las órdenes.

—Yo las doy —dijo Tello.

—No, muchacho, yo he sido nombrado segundo jefe y como ha caído el primero, ahora mando yo...

Tello no esperó más. Saltó hacia adelante y descargó un violento culatazo en el pecho del sargento. Se apoderó de la ametralladora, lo miró mientras se incorporaba y dijo:

—¡Llévenselo preso!

—No —gimió Alvarado, no me lleven preso... a ustedes les van a meter un tiro, pero a mí esos hijos de puta me van a descuartizar...

—¡A la cárcel! —repitió Tello.

—Está nervioso —intercedió Olegario Yépez.

Oré Pinto intervino en favor de Alvarado:

—Déjalo que se vaya a su casa... Es uno de los nuestros...

—Levanta las manos —dijo Tello al sargento. Le quitó el revólver: —Está bien. Llévenlo a su casa y que no salga de ahí.

El sargento Julio Alvarado, el "chueco" Carrillo y seis personas más fueron vistas más tarde armadas de fusiles.

Eran casi las tres de la mañana cuando Pedro Rojas apareció desencajado ante Olegario Yépez.

—¡Los presos! —gritó—. ¡Están matando a los presos!

Ya era tarde. Enterado, Tello envió a su gente a la cárcel. La puerta estaba cerrada y por las claraboyas sólo vieron un horrible hacinamiento de cadáveres. Cuando mandó buscar a Alvarado y al "chueco" Carrillo, éstos habían desaparecido.

El sargento Alvarado se presentó ante los jefes militares que tomaron más tarde la ciudad. Dijo que había escapado de la masacre, que los apristas habían querido fusilarlo. En recompensa por su lealtad, fue enviado como jefe del puesto de la Guardia Civil en Ascope.

Los guardias Oré Pinto e Ibáñez se enteraron de que Alvarado era la autoridad en Ascope cuando huían por las serranías. Decidieron entonces irse a entregar a su antiguo compañero de rebelión. Uno de los guardias había sido condenado en ausencia a diez años de prisión. El otro debía salir libre, absuelto, pero no lo sabía. Tan pronto se presentaron en el puesto, Alvarado les invitó a beber y comer. Luego les dijo que facilitaría su fuga y que lo esperasen en el cementerio. Allí ejecutó a los dos. Eran los testigos de todas sus traiciones.

Más tarde, el sargento Julio Alvarado fue asesinado en una emboscada.

En cuanto al "chueco" Carrillo, huyó con los ex-presidiarios a las alturas de Otuzco y se convirtió en bandolero. Los pobladores de Chuquizongo le tendieron una emboscada y murió tan violentamente como había vivido.

De los otros, se sabe que Talavera fue fusilado por el Ejército, posiblemente en Mansiche. Al muchacho de Chocope lo

han visto hace poco deambulando por las calles de Lima. Tal vez no ha podido olvidar aún las pesadillas de las que fue testigo.

LA MATANZA de la cárcel despertó en el Ejército un profundo rencor hacia el APRA. El espectáculo que se ofreció a los soldados que entraron a la cárcel fue pavoroso. En ese hediondo hervidero de moscas, enrojecido por la sangre, estaban amontonados los cadáveres desde hacía casi dos días. La estrecha distancia desde la que se habían hecho los disparos se reflejaba en las espantosas heridas: a un cadáver, rígido y grotesco, le faltaba medio rostro; la bala había entrado por una mejilla y salido por la otra llevándose media cabeza. Había una atmósfera de crueldad y barbarie en esa maldita cárcel, de negación de la humanidad, la justicia y el honor.

Se dispensó a los militares victimados un impresionante funeral. El 14 de julio se ofició por su descanso una misa solemne en la catedral. A las tres de la tarde formó un batallón frente al hospital a cuya cabeza estaba el abanderado, alférez Carlos Goicochea, el mismo que estuvo refugiado en Los Manguitos, y la banda del 7º de Infantería. Emergían otra vez a los honores los que se habían escondido en días anteriores: el Alcalde Manuel Angel Ganoza Chopitea, el presidente de la Beneficencia Néstor León, el presidente de la Unión Revolucionaria Justo Amadeo Vigil. A las cuatro de la tarde arribó el comandante general, coronel Ruiz Bravo, con todo su estado mayor. Diez minutos después arrancó el cortejo fúnebre. El primer féretro que apareció fue el que contenía los restos del comandante Silva. Iba en hombros del teniente naval Julio Elías, oficial del "Grau"; del mayor Ricardo León Velarde, del capitán Horacio Zevallos, del comandante Rubén del Castillo, del comandante Jerónimo Santibáñez y del comandante Juan Ovalle. Siguió el ataúd del mayor Luis Pérez Salmón, conducido por el capitán Guillermo Herrera, el mayor de sanidad Guillermo Valentini, el capitán de sanidad Francisco Villa García, el mayor Luis Alfaro, el mayor Guillermo Valdivia y el capitán Félix Huamán Izquierdo. El cortejo continuó con los restos de los otros militares, de acuerdo con su graduación, e incluyó los restos de un teniente del 11º de Infantería muerto en

combate y restos de soldados, uno por cada regimiento que había combatido. En la estación del ferrocarril hubo discursos y el cortejo se embarcó por fin en el tren a Salaverry. En el puerto, mientras los féretros eran transbordados al "Mantaro", los caídos recibieron el homenaje de la Marina.

En avión partieron ese día los deudos de las víctimas.

El sábado 16 de julio, Lima y Callao amanecieron con las banderas a media asta. Fue una mañana de bruma y de ella emergió la negra silueta del "Mantaro". Fue recibido por una numerosa comisión formada por el capitán de puerto y los comandantes de todas las naves de guerra surtas en el Callao.

Los féretros fueron llevados al puente de popa. Todas las banderas navales estaban enlutadas.

Veintiún cañonazos resonaron en el puerto.

Cubiertos por el pabellón nacional, los ataúdes fueron transportados al puerto en tres lanchas de la Armada.

Marinos ingleses del crucero de la Marina Real "Durban" se unieron al homenaje.

En el puerto formaban las tropas, tiesos marineros de la artillería de costa, bisoños cadetitos de la Escuela Naval, sombríos guardias de seguridad.

Luego vinieron los discursos. La Municipalidad del Callao estaba hondamente conmovida. Las víctimas eran adalides de la constitucionalidad y el sectarismo extranjerizante era la carcoma de la vida institucional; resultaba preciso batirlo en sus reductos. El público aplaudió estruendosamente al alcalde César Velarde La Barrera, y el cortejo se trasladó al Ferrocarril Inglés para el viaje a Lima.

En la Plaza Dos de Mayo esperaban todos los vehículos de bomberos cubiertos de ofrendas florales.

El tren llegó al mediodía y las bandas rompieron a tocar una marcha fúnebre.

Unos cinco mil partidarios de Sánchez Cerro abrieron el cortejo.

Seguía la banda de la Guardia Republicana y doce batidores.

Luego los frailes mercedarios con sus capuchas blancas alzadas, rezando responsos.

Las diecinueve carrozas y ambulancias llevando los restos. Y el gabinete en pleno y las autoridades, alcaldes, jefes militares y tropa.

Repicaron las campanas de La Merced.

En la iglesia metropolitana los opulentos sacerdotes del cabildo eclesiástico les ofrecieron sus responsos, entonados lúgubremente.

Santa Clara, Mercedarias y Maravillas, Refugio y Santo Cristo. Por fin, el cementerio Prebístero Maestro.

Y otra vez discursos.

Se habló de Napoleón y de Lenin, Trujillo era un pueblo patriarcal y sano lanzado a la locura del asesinato. La revolución no podía ser justificada. Había que protestar y perseguir "al grupo descarriado de peruanos que empujado por el afán insensato y morboso de escalar a toda costa las alturas del poder, arrastrado por la sed perversa de sembrar el odio y la destrucción en toda la república, aguijoneado por un sombrío anhelo de satisfacer sus ansias criminales sin reparar en los medios necesarios para conseguirlo, no vaciló en empujar al país a una lucha fratricida, ni en anegar el suelo de la patria con la sangre arrancada del corazón de sus hermanos".

Los militares muertos fueron sepultados.

Los fusilamientos ya habían empezado en Trujillo.

Bombas y lucha

EN LA PÉRFIDA LIMA, confortable e indolente, el ruido de los sables y la fanfarria de los regimientos adquiriró la alegría de una parada militar. Llegaban dos batallones del Sur, el Gobierno movilizaba más y más tropas, los niños jugaban con sus espadas de madera a la revolución de los apristas. La atención del público fue atraída por los intrépidos pilotos de los "Corsarios" que volaban a bombardear Trujillo y las más terribles historias circularon por la Capital del país, llenando de pavor a los corazones conservadores. Aquello era el comienzo de la guerra civil, la invasión de las hordas rojas, el fin de los conciertos de gala, las dispepsias, los adulterios, los viajes en transatlántico, los tedeum, los ataques de gota, los partidos de tenis, de todo cuanto era honorable y lá Nación debía conservar. Incomunicado en prisión, Haya de la Torre ignoraba los sucesos de Trujillo, hasta que el inspector de la Penitenciaria, irónicamente hermano del jefe de las tropas enviadas a sofocar la rebelión, le comunicó que el Norte estaba en llamas. De otro lado, Sánchez Cerro no ocultaba su cólera por la derrota sufrida en La Floresta. Los comunicados oficiales eran escuetos, pero las informaciones periodísticas alentaban generosamente los espeluznantes relatos que circulaban en Lima, historias de sangrantes cabezas clavadas en las picas revolucionarias, macabros bailes luego de la masacre de la cárcel, violaciones, y saqueos, y asesinatos, y hasta rituales dirigidos por esos malditos brujos que había en el Norte. Los limeños, como es su costumbre, iniciaron colectas y esto dio lugar a que se hiciera pública una lista de importantes donaciones, lo que además granjeaba el favor del Gobierno. Más apristas cayeron presos en

la Capital y fueron duramente maltratados por los soplones. Las multitudes se apiñaron en el puerto para ver partir a los expedicionarios, se llamó del Cuzco al director de Gobierno, comandante Ricardo Guzmán Marquina, y se le envió a Trujillo; se censuró a los diarios y se oficiaron misas solemnes tan pronto llegaron noticias de lo sucedido en la cárcel.

La aviación se había puesto de moda en esos días y hasta el domingo 10 de julio los "Corsarios" dieron que hablar en Lima. Sánchez Cerro había despachado nueve máquinas. Tres estaban provistas de patines para acuatizar, otras tres tenían tren de aterrizaje. Esos seis aviones tuvieron la misión de atacar las posiciones apristas. Dos aeroplanos sirvieron para misiones de transporte y la novena máquina actuó de enlace entre Chimbote y Trujillo, tan pronto las tropas tuvieron controlado el aeropuerto de la Faucett, donde hoy se extiende la urbanización de Las Quintanas.

Sánchez Cerro entregó el mando de las máquinas de combate a un destacado aviador: Martínez de Pinillos. El objetivo: bombardear Trujillo. El piloto, que era trujillano, se negó a hacerlo. Entonces el Presidente eligió al mayor Escalante, quien también era trujillano. Este aceptó. Los aviones podían subir hasta 6,500 metros sobre el nivel del mar, pero en sus ataques a Trujillo volaron a 300 metros, a veces bajando a 100 metros en vuelo rasante sobre los techos y campanarios, para soltar sus ráfagas de metralla.

Al principio, dedicados a labores de observación y terminado el primer bombardeo de Trujillo a Salaverry, los "Corsarios" actuaron en apoyo del 7º de Infantería en La Floresta. Cuando las tropas fueron derrotadas y retrocedieron hasta el puerto, la aviación desató un despiadado ataque sobre Trujillo.

Juan Portal, redactor de "El Comercio", describió así el ataque aéreo:

"Las familias se buscaban unas a otras, portando lo indispensable para pasar la noche, y así buscaban la casa donde existiera sótano u otro sitio de seguridad. Se aprovechó, en esta forma, todo sucucho, hueco o lugar por más pequeño que fuera... Tuvimos oportunidad de visitar la casa de una de las más respetables familias de Trujillo, donde existe un lugar al que no puede dársele título de sótano. Se trata de una especie de callejón, largo y muy angosto y a un metro debajo de

tierra, por donde pasan los tubos de desagüe y canalización. El agua aflora y, por supuesto, hablar de comodidad... sería un sarcasmo".

Allí, según informó el reportero, se escondieron seis familias mientras la ciudad era bombardeada. Sigue el informe:

"Trujillo se convirtió el día sábado en un verdadero infierno —frase textual de nuestros informantes—. El bombardeo se hizo más intenso por aire y tierra y los proyectiles hacían impacto en diferentes puntos de la ciudad. El acelerar de los motores de los aviones con su ruido característico cada vez que hacían un pique y descendían, virando en cerrada curva, indicaba la caída de una bomba o de una ráfaga de ametralladora..."

Durante la madrugada del domingo, las fuerzas que habían desembarcado en Salaverry y las que partieron de Lambayeque entraron en contacto. El comandante Daniel Matto y sus guardias civiles atacaban al romper el día la trinchera de Mansiche y el 11º de Infantería había extendido sus posiciones desde el campo de aterrizaje a la muralla del Seminario, el cementerio y el camino a Mampuesto. De allí se extendían las líneas del 7º de Infantería, reforzado con los guardias de la Escuela de Policía, expulsados la noche anterior de la plazuela de la Unión. Esta fuerza estaba detrás del cuartel O'Donovan y llegaba hasta la Portada de la Sierra. Con los dos cañones que capturaron en Salaverry, los soldados bombardearon incesantemente Trujillo y luego el cuartel.

En cuanto al cuartel, allí los apristas habían colocado latas coronadas de sombreros de paja y adornadas con desafiantes palos de escoba. Los aviadores en sus vuelos de reconocimiento, creyeron ver una y otra vez a revolucionarios emboscados. Esto determinó que los "Corsarios" arrojaran varias cargas de bombas y ametrallaran a esos inocentes muñecos durante el domingo. El cuartel quedó casi en escombros, pero la estratagema demoró veinticuatro horas el ataque por ese flanco.

También en Trujillo la ofensiva de los aviones fue intensa. Tratando de darle a la antigua Prefectura, que creían ocupada por los apristas pero que en realidad estaba vacía desde el viernes, los pilotos hicieron blanco en la casa Urquiaga, otra vez en el hospital Belén y en la casa de la familia Valencia.

Otras bombas cayeron cerca del rancho de Zanelli, pero ni éste ni su cuñado se atrevieron a salir. Aguardaban únicamen-

te a que las tropas entraran para ponerse a órdenes del Gobierno. Zanelli era uno de los secretarios de la Unión Revolucionaria. Todo lo que su audacia le permitió fue atisbar por una ventana los aviones que se tiraban en picada ametrallando el cuartel y soltando las bombas que estremecían su vivienda.

—Sería bueno izar una bandera blanca —había dicho su cuñado. Pero Zanelli se opuso. En ese momento, repuso, lo mejor era no llamar la atención.

Eso era precisamente lo que hacían en el recreo de Pedro Alva. La puerta no se había abierto desde el jueves, cuando empezó la revolución. Su hijo Pascual había juntado varias mesas y bajo ellas se refugiaba esta familia de sanchecerristas cuando se acercaban los aviones o cuando un proyectil rasgaba el cielo. Igual que Zanelli, Alva esperaba con impaciencia la entrada de las tropas. Sólo entonces abriría las puertas y saldría de la casa en la que estaba escondido por temor a los apristas.

Otra era la posición del zapatero Ezequiel Rebaza, cuya casa y pequeño taller estaban peligrosamente cerca de la Portada de Mansiche. Allí el combate arreciaba esa mañana de domingo, y, temeroso de las balas perdidas, tuvo que encerrar a sus hijos en una habitación interior, Rebaza era un hombre simple, confiado, trabajador. Encendió una vela a la imagen casera de la Virgen del Socorro y se refugió en el corral de su casita. Con un poco de suerte, todos saldrían vivos.

Don Luis Gamero escuchó rumores de que se había masacrado a los oficiales en la cárcel y se aventuró a salir a las calles. Hizo una corta visita a la casa de la familia Cárdenas, para cerciorarse, nada más, de que el prefecto y el subprefecto estaban bien. Satisfecho regresó a su casa, sorteando los ataques de la aviación.

El sargento Vivanco pasó frente a la casa del zapatero Rebaza. Cien metros más allá tuvo que echarse por tierra, y así, arrastrándose, fue hasta la trinchera ocupada por los apristas. Eran ocho, nada más. Y contenían el ataque de los 60 guardias del comandante Matto y de los refuerzos enviados por el 11º de Infantería. Tenían munición para resistir todo el día, pero si se animaban los soldados a tomarla por asalto o a lanzar un ataque de flanco, los harían pedazos. Vivanco miró hacia atrás y vio el primer ficus, alto y frondoso. Preguntó:

—¿Por qué no se sube alguien al ficus?

El ex-cabo Escobar se ofreció. Tenía una estupenda puntería. Por la tapia que se elevaba al costado del árbol alcanzó las ramas. Trepó ágilmente. Llevaba consigo un fusil, abundante munición, una botella de gaseosa y varios panes. Se instaló cómodamente en una rama, en lo más tupido del follaje. Estaba a unos ocho metros sobre la calle y no podían verlo, aunque él sí tenía una espléndida visión. Alzó su fusil, colocó en su mira a un guardia emboscado y apretó el gatillo.

Manuel Leytón y los veinte hombres que quedaban de su deshecho grupo recibieron aviso de que el Estado Mayor de Ruiz Bravo había hecho un alto en el camino a Huanchaco. Tenían un cañón y no sabían que hacer con él: ya sólo les quedaba un par de proyectiles. Leytón calculó la distancia que lo separaba de los oficiales. Maniobró su cañón, apuntó e hizo fuego. El proyectil estalló en el mismo campamento que había levantado el Ejército. El coronel Ruiz Bravo estaba en su automóvil, en uno de cuyos estribos se había sentado el comandante Matto. La explosión hirió gravemente al capitán Eleodoro Andrade, pero los otros oficiales, incluyendo al capitán Valdivia, el capitán Orejuela y dos alfereces de la Guardia Civil, resultaron ilesos.

El negro Goyo Astudillo montó en su mula, arrojó la botella de aguardiente, hundió espuelas y se fue gritando ¡Viva el Apra! por el jirón Progreso. Era un domingo gris y los aviones volvían al ataque. Goyo alzó los puños cuando los vio encima de su cabeza.

—¡Bajen, carajo, bajen si son hombres! —gritó.

Los aviones se fueron. Astudillo, satisfecho, siguió su camino. ¿Dónde estaban los perros sanchecerristas?

En el Seminario, el padre Medardo Alduán se paseaba preocupado. Sobre el techo del colegio se habían colocado dos francotiradores apristas y en los claustros tenía un buen número de refugiados, en su mayoría mujeres. Eran en total 200 personas y temía que los aviones bombardearan el colegio para acabar con los revolucionarios. Entonces llamó al portero y le ordenó que no abriese las puertas por ningún motivo.

El sargento Vivanco retrocedió, siempre a gachas. Subió al techo de una casa con el licenciado Marrufo y una ametralladora.

—¿Estarás bien?

—Sí —dijo Marrufo. Era joven y sonreía. Armó la ametralladora y agregó: — De aquí no me saca nadie.

Vivanco lo palmeó y miró a los apristas que colocaban latas con sombreros y escobas en las ventanas del Hotel Libertad. Se alzaba a espaldas de Marrufo.

—Le van a disparar a ellos —dijo Vivanco—. Tú estarás seguro.

En el Recreo, María Luisa Obregón se acercó a los cuatro francotiradores apristas que defendían la plazuela. Llevaba una olla con comida y les sonrió con ternura.

—Coman rápido —dijo, y como si estuviese en casa, durante un tranquilo almuerzo de domingo, agregó: — Apúrense que se enfría.

En el Club Central, abandonado ahora como Prefectura, Agripina Mimbela seguía comandando a su ejército de mujeres apristas. Tres grandes ollas humeaban y en una de ellas un guiso de cabrito tomaba consistencia. Sería un buen almuerzo para los muchachos que estaban peleando.

A las 11.50 de la mañana una bala se estrelló contra el reloj del Seminario y detuvo sus manecillas para siempre.

En San José, el grupo de hombres que acompañaba al licenciado Leytón se desbandó. Eran atacados por los soldados del 11º de Infantería y se dispersaron por las ruinas de la ciudad de los Chimús. Hasta ellos llegaba el eco de los disparos y el zumbido irritante de los aviones.

Un ataque fue lanzado por el 11º de Infantería después del mediodía, por el lado del Seminario. Las habitaciones altas del colegio que daban a la calle Gamarra fueron acribilladas y otra bala dio en el reloj, cortó el cable del péndulo y éste se vino abajo estrepitosamente. El padre Alduán se paseaba intranquilo, viendo su centro de enseñanza transformado en un campo de batalla. Mientras tanto, los francotiradores apristas se quedaron sin munición y el enlace que debía traerles las balas no apareció. Se descolgaron rápidamente por los techos y huyeron. Las tropas entraron por primera vez en Trujillo revolucionario.

A esa hora, seis de los ocho apristas que defendían la trinchera de Mansiche estaban muertos. Vivanco se arrastró hasta el ficus y habló con Escobar.

— ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Tienes munición?

—Sí, déjame disparar.

— ¿Quieres que te reemplacemos?

Escobar vio a un policía moviéndose hacia la trinchera. Apuntó, contuvo la respiración y disparó. El guardia dio una voltereta y quedó inmóvil. Una mancha roja fue creciendo en su uniforme.

—No —dijo Escobar—. Aquí estoy bien.

Ante la tenaz resistencia del puñado de francotiradores que mantenía a raya al pequeño ejército de Ruiz Bravo, la aviación regó su metralla sobre Trujillo con creciente violencia. Ahora los aviones bajaban a cien metros y los apristas treparon a los campanarios de San Francisco y San Agustín a contestar el fuego con sus fusiles. A los techos del Club Central subieron entonces las hermanas Sánchez. Ellas se encargarían de los aviones. Hicieron tantos disparos a los aeroplanos que fue necesario decirles que ahorraran munición.

La puerta del Seminario fue golpeada con violencia.

—¡Abran... es el Ejército!

El padre Alduán hizo una señal de asentimiento al portero y éste descorrió el pesado cerrojo y abrió. Un disparo a boca de jarro le dio en el pecho y cayó de espaldas. El nervioso teniente que comandaba la sección aplicó un puntapié a la puerta, listo a seguir disparando, pero vio al sacerdote y se contuvo.

—¡Es el portero! —gritó el sacerdote.

Se inclinó sobre su empleado: estaba malherido.

—Lo siento, padre... —el teniente miró a su alrededor—. Voy a practicar un registro.

—Está bien, está bien, pero no lo rompan todo.

Las tropas estaban distribuyéndose, cuando un soldado entró gritando:

—¡Mi teniente, nos quitan la ametralladora!

Eran los apristas que volvían después de haber conseguido municiones y que atacaban con furia.

La sección salió en tropel. El fuego de los revoltosos los alcanzó en la puerta del colegio. Un soldado se desplomó, otro cayó a unos diez metros, los otros retrocedieron hasta sus antiguas posiciones.

El soldadito se quejaba y el sacerdote salió a recogerlo, mientras las balas se entrecruzaban sobre él. Lo arrastró hasta la puerta.

—Me llamo Jacinto Huertas —balbuceó el soldado—. Soy de Huari...

No pudo hablar más. Estaba muerto.

Asunción Vásquez había sido peón en Cartavio. Ahora era un revolucionario. Alfredo Tello lo había llevado a Trujillo y se había quedado solo en la trinchera de Mansiche. Los demás habían muerto y las cacerinas estaban exhaustas. Saltó de la trinchera y corrió hacia los ficus. Desde la copa del primer árbol, Escobar vio a los guardias que se alzaban para dispararle y casi sin apuntar soltó tres tiros. Los policías se zambulleron detrás de las tapias. Ahora estaba solo frente a todo un regimiento.

Olegario Yépez era el encargado de aprovisionar a los francotiradores. Acababa de recoger un buen número de cacerinas abandonadas por la sección del 11º de Infantería que ocupó por unos minutos el Seminario. Corría de un lado para otro, abasteciendo a los grupos de cinco hombres cada uno, que Tello había dispuesto estratégicamente. Lo encontró en la Portada de la Sierra.

—¿Todo bien? —preguntó Tello.

—¡Ahorren munición! —dijo el viejo— ¡se la están gastando toda!

Tello sonrió.

—Así lo haremos.

Remigio Esquivel se quejó cuando la bomba estalló cerca del Hospital y los vidrios de una ventana cayeron en pedazos. El Dr. Federico Chávez se acercó a confortarlo. Llevaba tres días sin dormir y su mandil blanco estaba cubierto de sangre. La defensa le parecía inútil, sumergido como estaba en esas salas llenas de heridos. Los pasillos estaban bloqueados por los pacientes, un olor espeso, nauseabundo salía del mortuorio donde los muertos se amontonaban. Era imposible llevarlos a enterrar en medio del combate. Las medicinas también se estaban agotando y había sido necesario pedir la colaboración de las boticas. Sonrió a Esquivel y se fue. El líder campesino lo vio irse y se volvió a quejar. Su brazo izquierdo era ahora un muñón cubierto de gasas. Quería salir, expresar su cólera.

Con los ojos entrecerrados observó los movimientos de la Madre Cucaracha. No le inspiraba confianza.

El mayor Juan Dongo echó mano de sus binoculares y observó los altos ficus. No cabía duda: allí estaban apostados los francotiradores que detenían a su gente. Eran muy valientes. A su lado, el comandante Matto masculló: "Hay que acabar con todos". Y Dongo sintió un extraño estremecimiento.

La defensa resultaba mejor de lo que habían imaginado. Tello se acomodó para escuchar el informe de sus enlaces. Las líneas se habían estabilizado desde el ferrocarril a Salaverry, en La Floresta, a la estación Valle Chicama, dando vuelta por el cementerio, el campo de aterrizaje, los ficus de Mansiche, hasta el Club Libertad y la Portada de Huamán. En cada sitio había grupos de cinco a seis hombres cada uno y otros tres grupos volantes cuya misión era ir de trinchera en trinchera y hacer muchos disparos para dar la sensación de que eran todo un ejército. Eso era lo que traía desconcertado al coronel Ruiz Bravo.

Marrufo estaba aburrido cuando vio que picaba hacia él uno de los "Corsarios". Pasó las manos por su ametralladora y estuvo a punto de alzarla y abrir fuego contra el aeroplano. Pero tenía poca munición y sus órdenes eran precisas: detener a las tropas si lograban pasar la trinchera de Mansiche. Marrufo se echó boca abajo y escuchó como las balas rasgaban la fachada del Hotel Libertad.

El avión se elevó, describió un amplio círculo y bajó ametrallando la calle Gamarra. Cinco hombres pequeños corrían, allá abajo, mientras las balas rebotaban en los adoquines y los alcanzaban. El grupo volante de Angel Villalobos había sido deshecho.

Pedro Canseco empujó su cañón por las calles de Trujillo, sin que le importasen los aviones que se lanzaban en picada en busca de una presa. Durante los días transcurridos había desarrollado una profunda intimidad con el reluciente Krupp. Canseco y su cañón eran ya una sola cosa. Ahora marchaban juntos al campo de aviación, a emboscarse y esperar que los aviones tratasen de tomar tierra. Trescientos metros más allá había todo un regimiento. Protegiéndose entre las tapias y las malezas, Canseco orientó la boca del cañón. Darle a los aviones que aterrizaran sería como cazar patos.

Uno de los "Corsarios" pasó volando a gran altura. Piloto y mecánico iban con los ojos bien abiertos. Su misión era seguir el rastro de las fuerzas apristas que habían abandonado Trujillo. Laredo iba empequeñeciéndose y se abrían ante ellos los valles serranos que parecían cortados con un gran cuchillo. Al pasar por Poroto les hicieron disparos y el observador golpeó el hombro de su piloto. El avión picó y soltó sus bombas sobre los insurgentes. Abajo, esperando noticias de Ciro Alegría estaban las fuerzas de Cucho Haya de la Torre.

Manuel Leytón había burlado a sus perseguidores. Estaba herido y trataba de regresar a Trujillo. Caminaba ahora por las largas avenidas en las que alguna vez había reinado el príncipe Minchancamán. Las formidables paredes de las ciudadelas arrojaban su sombra sobre el fugitivo y el estruendo del combate se alejaba cada vez más, sustituido por el silbido del viento y el ruido de sus propios pies descalzos. Lo último que vio, antes de salir a la playa, fue una pared blanqueada por los excrementos de las aves y una fila de quietos gallinazos encima de ella.

Ahora Tello enfocaba sus binoculares hacia Mansiche. Allí empezaban las haciendas y avanzaban, verdes de caña tierna, verdes de repollos, verdes de yucas, verdes y rojas de tomates, amarillas de caña vieja, renegridas después de la zafra; avanzaban hasta tropezar con las ruinas de Chan Chan y se apartaban, rodeándolas, a veces penetrándolas, hasta descansar áridas y solitarias a orillas del mar. Húmedos de olas, despeinadas sus vegetaciones por el viento salado, los imperios eran entonces habitados por zorros y cangrejos y búhos y gaviotas, hasta que al Norte se desparramaban hacia las montañas, otra vez cubriéndose de verdores, de plantaciones, vibrando con el golpear de los trapiches, cruzados por ferrocarriles, trepando hacia la cordillera; llegaban entonces a las quebradas serranas, con su dulce sonido de cencerros, aldeas que olían a leche de cabras, a hogueras alimentadas de ramas viejas, a eucaliptos; subían por las sierras hasta encontrar la puna y volvían bajo un cielo transparente y frío, subiendo y bajando colinas, hasta detenerse en los linderos de la ciudad, frente al cuartel O'Donovan y junto al rancho de Zanelli y las huertas de los chinos, sobrevivientes manumisos de los últimos años de esclavitud, suaves, rasgados, prósperos orientales que sostenían gene-

rosamente el tutuchán y las últimas funciones del teatro chino en Trujillo.

Podía ver el principio de las haciendas y los cerros de La Esperanza. Podía recordar Laredo, la casa de amplias galerías, flores y sauces y un riachuelo profundo entre el ingenio y la casa, un puente de madera, una torre con su reloj de cuatro caras. Laredo. Con esfuerzo podía acordarse del ingenio, una construcción de chimeneas y calderos, con sus bocas enormes que tragaban caña, su aliento tibio que olía a melaza, un castillo de luces que rugía en las noches, un trepidar que se desplazaba por el suelo y que había sentido algunas noches, mezclado con los otros ruidos, las chicharras, el viento, el crujir de las maderas viejas. ¿No era un paisaje cubierto de cañas, no había una cocina en la que humeaban manjarblancos? Una terraza con helechos. Maceteros curvados, de delicadas patas, como insectos cargando flores sobre sus cabezas. Y los muebles, mezcla de baúl y asiento, tambor y escondite de cosas viejas, maderas pintadas de vívidos azules y rojos con la alegría de un tiovivo provinciano. Podía imaginar a los dueños de los imperios ordenando el rancho para las tropas pagando recompensas por la muerte de los agitadores apristas, sonriendo porque ya no habría más sindicatos. Un riachuelo que brillaba al sol, sauces inclinados sobre sus aguas en una graciosa reverencia, el trencito humeante que halaba vagones cargados de caña. Y los niños, harapientos, sucios, temerosos, mordiendo trozos de caña, cayéndoles los jugos por las barbillas, mirando asustados la caravana del patrón y sus capataces, a caballo, tintineando espuelas, humedecidas las botas por el sudor de las caballerías. La verdad de las cosas. La realidad misma, tenaz, cruel, indestructible. No podrás con ellos, se dijo. Y sintió cólera de sí mismo.

El sol se ponía a la izquierda de Escobar, de modo que las luces del atardecer lo ayudaron a seguir defendiendo Mansiche desde el ficus. Podía ver los cadáveres de los apristas en sus rígidas, macabras posturas en la trinchera, vigilando con pupilas vidriosas los caminos desiertos, la frontera a la nada. También veía a sus propias víctimas, detenidas para siempre en un salto, una acción, sorprendidas, frías. Cuando llegara la noche sería difícil defender solo esa Portada.

—¡Escobar!

—¿Qué quieren?

—¡Baja... vengo a relevarte!

Los apristas volvían a ocupar la trinchera de Mansiche.

—Me quedo... Aquí estoy bien.

—Como tú digas.

—Mándame un poco de comida y agua.

Manuel Leytón se dejó caer en la arena. Un resplandor rojizo llegaba del mar. A sus espaldas, las diez ciudades se unían, entrelazaban sus murallas, se iban a dormir mientras los buitres batían sus alas y se acomodaban para pasar la noche. La gran urbe de Minchancamán, ahora silencio, una quietud marrón que se deshacía entre las manos. Leytón pensó en Dios, en su casa y su familia y tuvo ganas de llorar. "Sigue corriendo", se dijo, "si te agarran te fusilan".

Goyo Astudillo abrió la puerta y palmeó su mula. Rió. No podían entrar, no entrarían nunca. Pobres soldaditos. Al primero que se le cruzara lo iba a correr a patadas. Terminó su botella de aguardiente, se acomodó en la alfalfa y se quedó dormido.

José Gabriel Cossío, director del colegio San Juan, salió de su improvisado refugio. No, ya no vendrían más aviones hasta el día siguiente. Hizo una seña a los alumnos internos y los muchachos salieron desordenadamente. Aquello era la gran aventura. Ninguna bomba había explosionado en el colegio, no había nada que lamentar. Pero Cossío estaba preocupado. Las nueve carabinas Winchester usadas en el plantel para las prácticas de tiro habían desaparecido. Y el pausado Director sabía que era un grupo de alumnos del tercer año de secundaria el que se las había llevado.

Tello reforzó las líneas durante la noche. La ciudad había sido duramente castigada por la aviación y por los cañones de la batería llegada de Piura. El contacto con las tropas había sido violento y el 11º de Infantería pudo haber entrado hasta el corazón de la ciudad de no haberse descargado un rápido contraataque en el Seminario. Los integrantes de la Cruz Roja estaban exhaustos, la ciudad seguía a oscuras, había muertos en las calles, un hedor insoportable empezaba a salir de la cárcel, los víveres escaseaban, los combatientes estaban agotados, el

cerco se había cerrado de tal manera que era imposible huir a la Sierra. Pero debían resistir. Cajabamba estaba con los apristas, Huaraz ya debía de haberse sublevado, los 400 revolucionarios que se habían retirado el sábado ya habrían establecido contacto con los cajamarquinos y muy pronto caería Sánchez Cerro. Había que resistir, tres, cuatro días, una semana. Tendrían así entretenidas a las tropas, dando libertad de movimientos a los revolucionarios en la cordillera.

Y al día siguiente, con toda seguridad, el Ejército desataría su gran ofensiva.

La captura de Trujillo

LAS BOMBAS volvieron a caer sobre Trujillo a las cinco y media de la mañana del lunes 11 de julio, sólo que ahora el fuego de la artillería se concentraba en el maltrecho cuartel O'Donovan. Cuando los aviones, que debían volar por espacio de casi cuarenta minutos desde Chimbote, aparecieron a las siete de la mañana, ignoraron a los francotiradores de los campanarios y se dirigieron, rasantes y coléricos, hacia el cuartel que ametrallaron por sus cuatro costados. A las ocho en punto, una compañía del 7º de Infantería se lanzó al asalto con las bayonetas caladas. Los soldados irrumpieron por la puerta trasera y también por la cancha de tenis, siguiendo la misma ruta empleada por Alfredo Tello. Pero el O'Donovan estaba desierto. Acallado el griterío de los enardecidos soldados, el mayor Santiago Benvenutto entró al cuartel. Se hizo un silencio completo. El oficial paseó lentamente entre las cuadras abiertas, sorteó los pozos abiertos por las bombas, dio un puntapié a uno de los monigotes puestos allí para engañarlo y salió a la cancha de tenis. Soplaba el viento y batía las ventanas y las puertas rotas, agitaba los árboles, daba vida a los sembríos. Los apristas podían estar emboscados en cualquier parte. Benvenutto se volvió hacia sus oficiales: debían avanzar. Había prometido estar en el centro de Trujillo al mediodía.

Zanelli se había cubierto la cabeza con un almohadón tan pronto empezó el cañoneo al amanecer. Tenía ya los nervios deshechos. El día anterior una bomba había arruinado su sembrío de piñas y estuvo a punto de pulverizar su rancho, y ahora hubiese dado cualquier cosa por estar refugiado en Trujillo. Pero si antes no se había atrevido a salir de allí, por-

que era un conocido sanchecerrista y temía a los apristas, menos lo haría ahora que estaba atrapado en medio del combate. Cuando cesó el estruendo de los cañones y se alejaron los aeroplanos, Zanelli miró por las ventanas, vio que los soldados entraban en el cuartel y suspiró aliviado. La pesadilla había terminado. Sintió sed y salió cojeando —tenía un rasguñón en la pierna derecha y se había puesto un vendaje— hasta la cocina, situada en la parte trasera de la casa. Entonces vio a un grupo de apristas sentados tranquilamente entre sus piñas.

—¡Bárbaros! —gritó—. ¡Los soldados están aquí!

Los muchachos lo miraron sorprendidos.

—¡Váyanse... fuera!

Los iban a matar a todos si se quedaban. Luego se arrepintió. No estaba bien advertirles del peligro que corrían. Después de todo eran sus enemigos. Los vio irse, bebió agua de un cucharón y regresó a su cuarto. Las dos camas estaban en desorden. En una estaba echado su cuñado.

—¿Qué pasó?

—Los apristas ahí atrás... Les dije que se fueran.

Por el frente se acercaba un grupo de soldados. Zanelli escuchó voces y pisadas que daban la vuelta al rancho. No había nada que temer; eran buenos sanchecerristas y ésos eran los soldados enviados por su caudillo.

El sargento dio un puntapié a la puerta que se abrió con estrépito, observó a los dos hombres en sus camas, vio sus vendajes, vio que uno se levantaba y lo mató de un balazo.

El cuñado de Zanelli dijo horrorizado:

—¡Bestia... es sanchecerrista!

El sargento se encogió de hombros, alzó nuevamente el fusil y mató al otro. Luego inspeccionó la casa e informó:

—No queda nadie, mi teniente.

A las siete de la mañana un soldadito trató de moverse y Escobar lo alcanzó de un tiro. Le había dado en una pierna y lo observó arrastrarse hacia las tapias, mientras la sangre se transformaba en un barro rojizo. Daba pena verlo sufrir así. Escobar lo estuvo mirando largo rato, hasta que alcanzó las malezas y sus compañeros lo recogieron. Después, los guardias ametrallaron la trinchera de Mansiche y vio caer a los apristas que la habían ocupado durante la noche. Volvería a estar solo frente al regimiento.

La columna del 7º de Infantería se puso en marcha. Los ranchos y las chacras que mediaban entre el cuartel y Trujillo estaban desiertos y Benvenutto iba pensando que la resistencia aprista se había desmoronado. Pero en la plazuela del Recreo, en unas chicherías que los trujillanos llamaban "Puerto Veneno", cuatro francotiradores aguardaban a las tropas.

Agripina Mimbela recogió esa mañana todas las ollas que había llevado del mercado y las cargó en una carreta. Había sido, durante algunos días, la dueña del palacio de Iturregui, negra vieja, negra de armas tomar, tierna con los niños, dura con los hombres, rabiosa partidaria de Víctor Raúl que ya era un personaje importante y a quien ese perverso Sánchez Cerro había puesto preso. Agripina paseó por última vez los hermosos salones, se encogió de hombros, montó en su carreta y soltó un grito al burro adormecido.

Pedro Canseco dormía junto a su cañón, dormía sin escuchar los disparos o el vuelo de los aviones, dormía bajo un cielo gris, con la chaqueta húmeda de lluvia, la boca abierta. Dormía su cansancio de cuatro días, su fatiga de pólvora y regimientos, cuando su ayudante lo sacudió:

—Pedro... los aviones.

—Qué sucede... ¿di?

—Están ahí, arriba.

—¿Y qué?

—Parece que quieren bajar.

Hizo una visera con sus manos. Uno de los aviones describía círculos en torno del campo. Hacía un reconocimiento.

Sí —dijo Canseco— parece que van a bajar.

El sargento Vivanco pasaba a la carrera con refuerzos rumbo a Mansiche. Se detuvo junto al escondite donde estaba la ametralladora.

—¡Marrufo! ¿estás bien?

—Sí, todo bien.

La espera era lo peor de todo. Sí, los iba a hacer añicos tan pronto asomaran por esa calle. Marrufo movió la ametralladora como si estuviese disparando. Veía el adoquinado desierto, las casitas pintadas de rosa, de verde, de azul, de colores azucarados, cuadradas, sin ventanas, un panorama de tragaluces y copas de frondosos ficus y un cielo gris cruzado a ratos por los aviones de combate.

Tres soldados avanzaron por Mansiche, y Escobar abrió fuego. Entonces una ametralladora empezó a barrer los árboles. El ficus de la derecha se agitó, sonó como si soplara el viento y una lluvia de hojas y ramas rotas se esparció por el suelo. Escobar vio las llamas azuladas de ametralladora y les disparó rabiosamente. Pero los soldados se infiltraban por el otro lado y Escobar pudo alcanzar a uno y la metralla llegó al ficus, fue subiendo por el árbol estremecido hasta alcanzarlo, derribarlo. Escobar cayó a tierra. Lo habían acribillado.

En "Puerto Veneno" una compañía atacó por el flanco a los francotiradores. Los cuatro apristas cayeron muertos.

El mayor Juan Dongo se acercó al cadáver de Escobar. Los soldados tomaban posiciones, guareciéndose tras los ficus.

—¿Sólo había uno, teniente?

—Sí, señor.

—¿Y sólo uno detuvo el avance?

—Hay once muertos en la trinchera, señor.

—Sí, ya los vi.

—Tenía buena puntería, mi mayor, debe de haber sido licenciado.

Sí —dijo Dongo—, un licenciado. Es una pena que haya muerto.

—¿Señor?

Hay que ser valiente —murmuró Dongo.

Pedro Canseco estaba preocupado. Las tropas describían un amplio círculo, movilizándose hacia Mansiche. Si la defensa se había derrumbado en ese sector, pronto los soldados caerían a sus espaldas y no podría usar más su cañón. Un brillo lejano hirió sus ojos. Un aeroplano voló por dos veces encima del campo, se inclinó a descender, despacio, más despacio. La garganta de Canseco estaba seca, y el "Corsario" bajaba más y más, estaba ya a punto de tocar tierra y el cañón hizo fuego. El proyectil estalló en el centro del campo, produjo una humareda blanca, esparció su terrible carga explosiva, pero el avión aunque sacudido por el estallido, alzó vuelo, zumbó aguadamente y trepó por el cielo.

Pedro Canseco tuvo ganas de llorar.

Luego hizo girar el cañón y empezó a bombardear a las tropas que entraban por Mansiche.

En "Puerto Veneno", María Luisa Obregón pudo apoderarse del fusil de uno de los francotiradores y atacó por sorpresa a la compañía. Los soldados retrocedieron. Los primeros disparos le fueron difíciles de dominar, el fusil reculaba, se le salía de las manos, golpeaba duramente su hombro. Pero después le pareció fácil y supo que tenía buena puntería. Sabía cargar el Máuser y en vez de atrincherarse, la robusta laredina optó por saltar de un sitio a otro, disparando por todas las ventanas de las chicherías. De rato en rato, cuando cesaba el fuego de las tropas, insultaba a gritos a los militares. Disparaba y lloraba de rabia a la vez. En ese momento hubiera querido matar a todo el batallón de Benvenutto.

El "Aguilucho" tenía un patio grande, sombreado por guabos. Y un portón grande y sólido y también urinarios de cemento y una pianola y ocho cuartos que olían a ruda y desinfectantes. En las noches allí bailaban turbias parejas, nobles, ruidosas putas, nobles animales, nobles y peludos sexos. Era un prostíbulo de mala muerte y sus inquilinas habían huido despavoridas desde el mismo jueves de la revolución. En un cuartito se encontró cerveza, coñac de Ica y aguardientes. El comandante Daniel Matto hizo funcionar la pianola, rió, pidió que consiguieran hielo y paseó el burdel con sus ayudantes.

—Este es el sitio que necesitamos— dijo.

Y el comandante Matto, flamante presidente de la Corte Marcial, dispuso que en el burdel se instalara la oficina provisional de la justicia militar. Sí, era un sitio conveniente. Allí juzgaría sumariamente a los revoltosos. Los podían fusilar en la trinchera de Mansiche: los condenados a muerte no tendrían que caminar mucho.

El coronel Ruiz Bravo estaba impaciente a las diez de la mañana. No sólo habían estado a punto de volar en pedazos su automóvil, sino que se habían perdido veinticuatro horas bombardeando fantasmas en el cuartel O'Donovan. Y ahora se descubría que un solo francotirador había detenido a la Guardia Civil y al 11º de Infantería y resultaba evidente que la resistencia aprista no se desintegraba, antes bien, los defensores parecían multiplicarse.

Instalada provisionalmente una Corte Marcial en el Aguilucho, rota la defensa en Mansiche, parecía que al fin sus tropas entrarían en la ciudad. El coronel dio la orden de avanzar.

Desde los techos de la Funeraria Jaramillo, Marrufo los dejó acercarse. Una compañía de infantería formaba la vanguardia, dos filas de soldados pegados a las paredes y bien distanciados entre sí. Pero una cuadra más allá vio a unos oficiales que avanzaban sin protegerse y Marrufo les apuntó y disparó. Luego dirigió sus ráfagas a la avanzada que se tambaleó y concluyó retrocediendo en desorden. Ahora refugiados en un zaguán, dos de los oficiales intercambiaron miradas, asombrados todavía de estar vivos. La lluvia de balas había caído alrededor suyo; un proyectil había rozado una de las botas del coronel Ruiz Bravo; otro había perforado una manga del uniforme del jefe de estado. mayor, comandante Eloy Ureta, sin siquiera rasguñarle la piel.

María Luisa Obregón se batió sola con las fuerzas del mayor Benvenutto durante casi media hora, hasta que llegaron diez hombres de los cuerpos volantes que obligaron a los soldados a retroceder. Los apristas quisieron quitar el fusil a la mujer y mandarla a su casa, pero ella se negó rotundamente. Podía pelear tan bien como cualquier hombre y acababa de demostrarlo. Ellos sonrieron. Primero tendrían que matarla que entrar en la ciudad.

Alfredo Tello preparaba ya una segunda línea de defensa en Trujillo. Sabía que la presión de las tropas era incontenible y preparó a su gente para el combate de calle. Había sufrido bajas importantes. Los quince hombres de los primeros grupos volantes estaban muertos, así como doce de los defensores de Mansiche. En total, los apristas habían perdido medio centenar de hombres. Sus fusiles habían sido tomados por otros y la lucha proseguía, pero ya sus posiciones en la ciudad se habían debilitado. Cuando supo que el batallón de Benvenutto forzaba su paso por el Recreo, le preparó una emboscada en la plazuela que existe entre la iglesia de San Agustín y la Casa del Mariscal.

El muchacho la sacudió por los hombros.

—¡Corre! —le dijo.

—No —dijo María— yo me quedo.

—Hay que retroceder.

No contestó la mujer. Asomó por la ventana y disparó. Dijo:

¡Váyanse ustedes... hombres!

Eran unos cuantos sobrevivientes. En unos minutos quedarían atrapados y sin munición. Huyeron velozmente por las huertas, mientras el batallón seguía rodeando las chicherías, acribillándolas a balazos. María Luisa no se rindió. Sostuvo su posición otros quince minutos. Cuando se le acabaron las balas se escondió. Nunca pudieron capturarla.

A las diez de la mañana, Pedro Canseco se despidió de su cañón. En ese sector, dividido ya del resto de las fuerzas apristas por las tropas de infantería, la orden fue el sálvese quien pueda. Emprendió entonces el camino a su casa, como un animal golpeado. Como un espectro. La revolución había caído encima de él, arrastrándolo, y ahora lo liberaba. Pedro Canseco había combatido, había matado, y rumbo a su casa sólo quería vivir. Se arrastró al otro lado de las tapias, escuchando las voces de las tropas y cruzó desesperadamente las calles próximas a Mansiche. Su mujer, su suegra y sus dos hijos lo esperaban en la casa.

Marrufo disparó hasta que se le acabaron las municiones. Desarmó la ametralladora y escondió las piezas detrás de un anuncio de madera. Las cubrió con papeles y basura y corrió por los techos. Saltó a la calle todavía desierta. Había que salir de Trujillo y lo mejor sería escapar de noche por los cañaverales de Santa Rosa. A sus espaldas los soldados del 11º disparaban contra el Hotel Libertad y llegaban hasta la funeraria.

El sargento Vivanco pensó que debía quitarse el uniforme. Estaba atrapado y pronto los soldados subirían a los techos. Arrojó su fusil y saltó a la acera. Por la esquina dobló una patrulla.

—¡Alto!

Vivanco levantó los brazos.

Un teniente se acercó.

—¿De qué regimiento?

—Segunda batería, primero de artillería, mi teniente.

—¿Qué haces aquí?

—Bajaba de los techos, mi teniente.

—¿Eres aprista?

—¿Señor?

—Que si eres aprista.

Vivanco se mordió los labios y luego sacó pecho.

—Sí, mi teniente.

—¡Llévenselo preso..., traidor!

El fusil había caído en el techo de la casa del zapatero Rebaza. Asustado por el ruido, subió a mirar.

—Isabel —llamó a su mujer—. Es un fusil.

—¡No lo toques! —dijo la mujer.

—No puedo dejarlo ahí.

No lo agarres, por Dios.

Rebaza bajó con el fusil.

¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó la mujer.

—No lo sé.

—Hay que esconderlo... Mételo en el gallinero.

El convoy del 11º de Infantería entró en la plaza de armas a las once de la mañana. Las tropas encontraron la Prefectura desierta, pero una cuadra más allá la tenaz resistencia de los apristas les impidió seguir para unirse a las fuerzas del mayor Benvenutto.

El mayor Juan Dongo ordenó entonces un descanso y envió a sus hombres a tomar posiciones en los edificios que rodeaban la plaza. Paseó el patio de baldosas negras y blancas, que estaba sucio de escombros. Subió los escalones hacia el despacho del prefecto, observó los archivos en desorden, las sillas volcadas, las lunas rotas, enderezó una silla y se dejó caer en ella, estirando las piernas fatigadas. Su ayudante entró:

—Imposible continuar el avance, señor.

—No importa —dijo Dongo—. Aquí estaremos bien.

Los soldados registraban casa por casa en busca de apristas. Un desdichado fue fusilado en la calle y Pedro Canseco abrazó a su mujer.

—Hay que salir de aquí —dijo.

—¿Te has vuelto loco?

—Me haré el enfermo, iremos al hospital. Van a tocar la puerta para registrar y me van a matar.

—Es una locura— dijo la suegra.

—Tengo que irme —insistió Pedro Canseco.

Eliminada la resistencia de los francotiradores en el Seminario, las tropas de Benvenutto entraron por la calle Bolívar. Su propósito era llegar hasta el templo de San Agustín y de allí torcer hacia la Plaza de Armas, a una cuadra de distancia, para unirse al 11º de Infantería. De ese modo Trujillo quedaba cortado en dos y sólo restaría limpiar algunos focos de re-

beldes. Tello se dio cuenta del plan de los militares y concentró a su pequeña fuerza entre Bolívar y el pobre y populoso Chicago. Dos compañías del 1º de Infantería abrieron el avance del mayor Benvenutto. Los soldados estaban apoyados por dos ametralladoras del 7º y una compañía de ese regimiento. Cada bocacalle era un campo de batalla. Las tropas encontraron fuego cruzado que partía de zaguanes y ventanas. Había también la constante amenaza de los francotiradores apostados en los campanarios y los techos más altos. La marcha se hizo lenta. Los apristas se sostenían tenazmente en sus escondites hasta que se quedaban sin munición. Entonces se los tragaba la tierra y reaparecían en la cuadra siguiente, emboscados en otras casas que eran barridas por las ametralladoras. Al mediodía, el tiroteo era furioso en esa parte de la ciudad.

El sargento corrió en zigzag y alcanzó la puerta de la cárcel. La empujó despacio y contuvo la respiración. Del interior salía una pestilencia insoportable. Entró cautelosamente; no había nadie emboscado e hizo una señal a los soldados que cubrían su avance. Cruzó el patio y entró en la alcaidía, que estaba en desorden. Luego avanzó hacia las celdas y soltó un grito. El teniente lo encontró sentado, frente a una reja tras la cual se amontonaban los cadáveres de los oficiales.

—¿Qué pasó, sargento?

El otro no contestó. Señaló las otras celdas con una mano.

—¡Bestias! —murmuró el oficial— ¡Bestias!

—Así estaban mi teniente.

—¡Bestias, cómo pudieron hacer esto!

El teniente se acercó a las celdas y se cubrió el rostro con un pañuelo. Las moscas se amontonaban sobre los rostros desfigurados y todo estaba oscurecido de sangre: piso, paredes, hasta los techos.

—¡Cabo, que formen una guardia aquí y que no entre nadie!

Se volvió hacia el sargento y lo ayudó a levantarse.

—Venga conmigo —dijo.

Salió a buscar a sus jefes.

Pedro Canseco se puso encima una frazada y apoyándose sobre las dos mujeres, como si estuviera muy enfermo, salió a la calle. En la esquina, dos soldados alzaron sus fusiles y les dieron el alto. Ahora llamaban a un sargento y Canseco empezó a temblar.

—¿Adónde vas? —preguntó el sargento.

—Está muy enfermo —dijo una de las mujeres.

—¿Qué tienes?

—Mucha fiebre —dijo Canseco.

—Está grave —dijo su mujer—, hay que llevarlo al hospital... ¿Podemos seguir?

—No —dijo el sargento y le quitó la frazada de encima—. ¿Cómo te llamas?

— Canseco.

—¿Eres aprista?

Canseco no tuvo tiempo de contestar. El sargento le rasgó la camisa y le desnudó el hombro. Estaba amoratado por los golpes de culata.

El soldado observó cuidadosamente los techos; parecía que los apristas se habían retirado, súbitamente. Corrió entonces por la plazuela y se apoyó contra la esquina de la casa del Mariscal. Asomó y vio la Plaza de Armas y las tropas que habían instalado allí una ametralladora. Agitó la diestra y salió a descubierto. Sus compañeros avanzaron hasta la plazuela y esperaron a su jefe, el mayor Benvenutto. En ese momento les arrojaron tres bombas de dinamita y le hicieron disparos desde los techos de la Iglesia de San Agustín. Un soldado cayó muerto y el mayor Benvenutto y otros dos clases se desplomaron heridos. El contraataque aprista fue violento y la columna se desintegró. Las dos compañías de vanguardia buscaron refugio en la Plaza de Armas, el resto de las tropas retrocedió hasta el Seminario, y cuando el subteniente Mendoza intentó cruzar la plazuela para lanzar un asalto, otra bomba explotó cerca suyo y lo derribó.

Un teniente de barba crecida entró en el Hospital Belén. Los médicos de sanidad militar habían tomado ya el control de los servicios y fue a buscarlos. Había que habilitar sitio para los heridos de uniforme. ¿No sería mejor trasladar a esos apristas a otra parte? Después de todo los iban a fusilar. Un médico lo miró con ojos llameantes. El hospital no era asunto del teniente, podía marcharse. En su cama, Remigio Esquivel escuchó el diálogo y miró sombríamente a los centinelas que custodiaban la sala. Tenía que escapar pronto. Y mientras él meditaba en sus posibilidades de escape, el mayor Santiago Benve-

nutto entraba en el Belén en una camilla y el coronel Ruiz Bravo ordenaba que se le enviara a Lima en un aeroplano.

Los soldados los sacaron a culatazos hasta la huerta. Estaban en la avenida Mansiche, de espaldas a una pared de adobes. El subteniente había opinado que era mejor quitarle el uniforme a Vivanco, pero no había tiempo que perder.

—¡Quietos! —ordenó el cabo.

—¿No nos van a juzgar? —preguntó Canseco. La muerte era inevitable y había recuperado su valor. Miró desafiante a los soldados y preguntó: — ¿Nos van a asesinar, así nomás?

Nadie los había juzgado. Habían llegado al Aguilucho y un comandante de la Guardia Civil les había preguntado sus nombres. Nada más. Los soldados los habían acusado de apristas y luego los sacaron a empellones. Listos. Sólo faltaban el subteniente y su revólver.

—Cabo —llamó Vivanco—, ¿Tienes familia?

—¡Cállate la boca!

—Queremos un abogado, cabo.

—¡Silencio!

Nos están asesinando, cabo.

El subteniente llegaba al fin. Estaba cansado. Quería terminar pronto. Miró apenas a los condenados y dijo al cabo:

¡Mátelos de una vez!

Los soldados se pusieron en fila, otros se arrodillaron. Una compañía que marchaba hacia la Plaza de Armas se detuvo para mirar la ejecución.

—Dios mío, te encomiendo mi alma —dijo Vivanco. Lo mataban por confesar su aprismo. Ahora bien valía la pena gritarlo: — ¡Viva el Apra!

—¡Fuego!

Sintió el calor de los provectiles, el estruendo que lo envolvía, y lo golpeaba, y lo arrojaba de espaldas. No había muerto. El subteniente se acercó a grandes pasos, desenfundó su revólver y lo repasó. A su lado estaban los cadáveres del campesino Ignacio Mostacero y el del chofer Pedro Canseco.

La banda de músicos formó frente a la Prefectura y una alegre marcha estalló en la Plaza de Armas. En los techos, que habían sido capturados, los soldados se mostraron los dientes.

Esa música les devolvía la confianza. Pertenecían a un mundo bien organizado, regido por una serie de valores evidentes y tangibles: banderas, insignias, galones, aceros y bronces, patrióticas y mágicas fórmulas que se invocaban para perseguir el bien. Aquella música representaba el triunfo de sus valores vestidos con polainas sobre esos otros valores de reivindicación social, desordenados y violentos, que se habían adueñado de la ciudad con banderas rojas y al grito de revolución. La banda dio la vuelta a la Plaza de Armas. La Constitución había regresado; ahora los fusilamientos serían democráticos y legales, a despecho de las protestas de los juristas; las matanzas se consumarían, al fin, en nombre de la ley.

El enviado especial de "El Comercio", Juan Portal, llegó en un avión de "Panagra" que aterrizó en una pampa bien controlada por las tropas, situada en las afueras de Trujillo. A bordo del aparato llegaron medicinas, un equipo portátil de rayos X y el instrumental para una sala de operaciones de campaña. Una media hora demoró en hacer el recorrido hasta la ciudad, bien protegido por la Guardia Civil. El periodista Portal iba prevenido; el diario para el que trabajaba era intensamente antiaprista y sus redactores compartían las mismas ideas. Los primeros informes que recogió fueron los proporcionados por el comandante Matto, quien había empezado a dirigir los fusilamientos desde su expeditiva y sanguinaria Corte Marcial en el Aguilucho. Portal escribió que el antiguo prostíbulo era un salón de baile transformado en hospital de sangre. Se confundió también con los camiones cargados de cadáveres "que empiezan a ser llevados a la ciudad para sepultarlos". Eran en realidad los fusilados. Reiterando su observación, Portal escribió: "Un cuadro horripilante se presenta a nuestra vista. Muchos camiones cargados con muertos y heridos marchaban lentamente a la población. Contra una pared se contempla los cadáveres de tres personas: un soldado y dos paisanos, caídos seguramente por los balazos de los apristas después de rendidos". Ese es el producto de los prejuicios. Portal no lo sabía, pero pudo haberlos averiguado: esos eran los cadáveres del sargento Vivanco y los paisanos Canseco y Mostaceros, fusilados por órdenes de Matto.

Sobre el tratamiento que se dio a los civiles heridos —fuesen o no apristas— es necesario advertir que no se tuvo pie-

dad de ellos. Fueron llevados al Aguilucho, junto con centenares de detenidos, condenados y cuando no ejecutados de inmediato, enviados al cuartel de seguridad y fusilados en las noches, en la trinchera de Mansiche y más tarde en Chan Chan. De ahí la confusión del periodista Portal, que creyó que el Aguilucho era un hospital de campaña. Se explica así el siguiente párrafo de uno de sus despachos: "En el primer hospital de campaña se curan también paisanos y se hace la calificación de los presos, mientras llegan camiones cargados de éstos procedentes de los valles, que esperan su turno para comparecer ante la Corte Marcial a deslindar su culpabilidad".

Más tarde el periodista Portal dio una versión antojadiza de la muerte de los guardias civiles que fueron masacrados en la cárcel. "Informes fidedignos —escribió— aseguran que fueron masacrados cuando la multitud se lanzó desenfrenada y cobardemente contra el edificio, llevando por delante a los soldados prisioneros del 1º de Artillería para evitar que la guardia disparase contra ellos".

Sobre la muerte del comandante Silva Cáceda, su informe resulta descabellado si se le compara con el relato de los testigos y con el resultado del examen médico-legal: "Los sediciosos se han ensañado con este distinguido jefe. Le hicieron presenciar la muerte de todos sus oficiales. Primero se dio muerte a los subalternos del comandante Silva y luego que hubo sufrido tan atroz martirio, se le ultimó en forma despiadada. Hemos visto el cadáver del jefe. Tiene numerosas heridas. Pero ha habido ensañamiento con el cadáver. El pecho se encuentra completamente destrozado y las vísceras están a la vista del espectador. Parece que el corazón quiso ser arrancado por los criminales. Visibles huellas de mutilación se notaban en sus manos. . ."

Mientras tanto, una columna formada por tropas y guardias civiles había atacado a Cajabamba. Los apristas habían alzado barricadas y se defendieron hasta agotar sus municiones. Los atacantes tenían todas las ventajas: dominaban las alturas y estaban mejor pertrechados. Los apristas sufrieron fuertes bajas y concluyeron rindiéndose. En el ataque a Cajabamba murieron también el alférez Humberto Lengua y cuatro policías. Los 37 prisioneros que tomó la Guardía Civil fueron encerrados en la

pequeña cárcel local. A la mañana siguiente, todos habían sido fusilados.

Al caer la noche sobre Trujillo, los revolucionarios se habían hecho fuertes en el sector comprendido entre la Bella Aurora y Chicama. Las tropas habían hecho funcionar la central eléctrica, pero en su sector los apristas cortaron los cables y hasta que salió el sol, los soldados se mantuvieron alejados de esa cuarta parte de la ciudad que estaba a oscuras.

La lucha seguía en Trujillo.

Los fusilamientos

La pesadilla comenzó con el registro de casas. A humildes viviendas de Mansiche, a importantes residencias con capilla propia, a todas partes llegaron las patrullas, derribando puertas si era necesario, para recoger su cosecha humana. La resistencia que ofrecían los apristas en una parte de la ciudad empeoraba las cosas. Las víctimas de la masacre fueron brevemente expuestas en la morgue del hospital; era demasiado tarde para embalsamarlas; las inyecciones de formol poco pudieron mejorar su aspecto pavoroso. Empezaron las delaciones, los informes exagerados, las acusaciones. El apra atrapado a mitad de camino en una revolución para que la que no se había preparado, sería ahora duramente castigado.

La eficiente dictadura de Luis M. Sánchez Cerro había casi desarticulado el partido entre diciembre de 1931 y mayo de 1932, encarcelando a su jefe y deportando a sus dirigentes. La revolución trajo consigo a sus propios líderes, diez y quince años menores que los otros, los que habían sido desterrados. Eran los líderes que disparaban cañones y usaban dinamita, los que nunca habían ocupado un escaño en el Congreso y que en su mayoría fueron fusilados. Aquellos que sobrevivieron fueron más tarde los hombres de la clandestinidad, los futuros terroristas que iban a combatir con las policías de Benavides y de Prado.

La dictadura, lo establecido, lo tradicional, las cien familias poderosas, los intereses que preferían el estado colonial a un país industrializado, se defendieron con el Terror. El paredón funcionó infatigablemente, de día y de noche; se juzgó, se delató, se mató a culpables e inocentes, se ejecutó a apristas y a los que no lo eran. Y cuando el horror colmó todas las medidas

y los intereses, las cien familias y los mismos militares protestaron por el vértigo de muerte al que se había entregado Sánchez Cerro, entonces la matanza se hizo clandestina.

La resistencia del estado tradicional de cosas había sido, desde la aparición del APRA, inteligentemente dirigida. Se había tenido buen éxito en presentarla como una secta, mezcla de ritual religioso y conspiración internacional, tugs de la política, comunistas en sus ideas, nazis en sus métodos brutales, sus fanfarrias, sus banderas, su Cóndor de Chavín.

La opinión pública no identificada con el APRA permaneció insensible ante la matanza de Mansiche y Chan Chan y sí se estremeció frente a la masacre de los oficiales. Seiscientos fusilados pasaron inadvertidos, pero cincuenta y una víctimas justificaron las hitlerianas represalias del gobierno. Por último, había que protegerse. El argumento definitivo parecía ser: ellos o nosotros. El Perú o el APRA. Y la dictadura más sanguinaria que ha tenido el país se cuidó bien de que nunca se supiera cuáles fueron las proporciones de los fusilamientos. El gobierno admitió sólo la ejecución de 44 personas. De ellos 27 ya habían muerto. Pero se fusiló realmente a 44 condenados en la sombría madrugada del 27 de julio de 1932. Esto significa que 27 desconocidos fueron ejecutados y enterrados en lugar de los que ya habían sido pasado por las armas sin oportunidad de un juicio. Los periódicos colaboraron servilmente al ocultar estas atrocidades. El año de la barbarie es una época nauseabunda en la Historia del Perú. Para todos. Para los carniceros de la cárcel. Para aquellos jefes del Ejército y de la Guardia Civil que ensuciaron sus manos en la matanza. Para los jueces.

La matanza comenzó el mismo día que entraron las tropas. Desde su Corte Marcial en el antiguo prostíbulo, el comandante Matto envió a morir en la trinchera de Mansiche a todos los que fueron identificados como apristas. El martes 12 de julio llegó un mayor desde Lima. El viaje tuvo como pretexto el envío de 10 mil cajetillas de cigarrillos para la tropa. Este oficial, en realidad, traía las instrucciones personales de Sánchez Cerro. Ese mismo día, el mayor quiso sacar del hospital a 18 heridos apristas. Los médicos se negaron rotundamente. Sabían que se quería fusilar a esos heridos.

El mismo martes, a las diez de la mañana, una patrulla tocó las puertas del recreo de Pedro Alva. Abrió.

—Gracias a Dios —dijo—, son los soldados.

Pero iba a llevarse una sorpresa.

—Han estado disparando desde esta casa —dijo el oficial que mandaba la patrulla.

—No, no es cierto... —Alva abrió los ojos desmesuradamente—. Aquí todos somos sanchecerristas.

Lo encañonaron con un fusil y lo sacaron a la calle. Un cabo entró a registrar la casa. Salió con Pascual Alva.

—Ese ha sido —dijo un soldado.

—Es mi hijo —gimió el viejo.

—Yo lo vi —insistió el soldado.

—Es un error, oficial... ¡Créame, aquí somos sanchecerristas!

—Sí —dijo el oficial—, ahora todos son partidarios del gobierno. ¡Llévenselo!

—No, no hagan eso —el viejo se arrojó sobre el oficial pero lo mataron de un balazo.

En el mismo sitio, delante de su espantada familia, fusilaron luego al joven Pascual.

El martes volvió a salir la banda de músicos. Recorrió con estruendo de platillos las calles que estaban controladas por el Ejército. En las esquinas se leía y pegaba un bando del coronel Ruiz Bravo en el que se decretaba:

"1º—Es prohibido llevar, tener u ocultar armas del Estado, debiendo quienes las posean o tengan noticia de su existencia, entregarlas a la autoridad militar dentro del plazo de veinticuatro horas. Los contraventores serán fusilados en el acto.

"2º—Para hacer más eficaz el cumplimiento de lo preceptuado anteriormente, procederá inmediatamente la jefatura militar o el cuerpo de seguridad, si llegara a reorganizarse, a practicar un registro domiciliario con el fin de recoger el armamento militar que ha sido secuestrado.

"3º—Los particulares que posean armas sin licencia respectiva deberán recabar ésta en plazo improrrogable de 48 horas y quienes tengan aquella autorización deberán hacerla refrendar sin que en el intervalo sea permitido usarlas.

"4º—Desde las seis de la tarde queda absolutamente prohibido el tráfico de personas civiles por las calles, corriendo los contraventores los riesgos consiguientes a su desobediencia.

"5º—En señal de duelo y como tributo a la memoria de los señores jefes y oficiales del regimiento de Artillería Nº 1 y de

los jefes del cuerpo de seguridad y de la guardia civil, la población deberá poner las banderas a media asta durante todo el día de mañana, miércoles trece de los corrientes".

Luis Gamero había ido a la morgue del Hospital Belén acompañado del antiguo subprefecto Francisco Carranza. Quería ver por última vez al mayor Morzán, que había sido su íntimo amigo. Regresó profundamente conmovido.

"Al pasar por la casa de Luis Ganoza, lo vi a él. Le dije: Vengo de ver, hombre, a Silva y a Morzán, tan buenos amigos, pobrecitos. Me preguntó si no quería una copa de pisco. Me la tomé y seguí mi camino. Entonces encontré a un oficial alto.

"—¡Pssst! —llamó el oficial.

"Yo me sobresalté. En esa época era muy grave cuando lo llamaba a uno un oficial.

"—A sus órdenes —dije.

"—¿Tú no eres Gamero?

"—Sí.

"—¿Luis Gamero?

"—Sí.

"¿Y no te acuerdas de mí?

"Lo miré bien.

"—No, comandante, francamente no me acuerdo de usted.

"—¿No te acuerdas?

"—No.

"—Soy el flaco Matto.

"—¡Vaya, hombre! ¿Cómo estás?

"Muchos años atrás habíamos sido muy amigos en Buenos Aires. Vivió en mi casa y le gustaba cocinar. Nos dimos un abrazo.

"—Vamos a la casa —le dije—, vámonos de aquí; pero primero hay que conseguir comida, pan, queso, cualquier cosa.

"Fuimos al Trieste. Como estaba de uniforme, abrieron la puerta. Pancho Carranza se nos había unido. Al salir pasó un grupo de oficiales, con un soldado que traía la cabeza vendada.

"—¡Este es! —dijo el soldado y me señaló.

"Yo creí que señalaba a Carranza.

"—¡No, usted!

"Matto preguntó:

"—¿Conoce usted a este señor?

"—Sí —dijo el soldado—, éste es el señor Gamero.

"No había cuestiones.

"—¿Y por qué me llevan? —pregunté.

"—Anda nomás —dijo Matto—, yo no me caso con nadie.

"Al discutir me metieron un culatazo en la espalda.

"—Y si voltea le meten un tiro —dijo Matto.

"Por el camino un borrachito gritó ¡Viva el APRA! y lo metieron en la fila.

"Nos llevaban a fusilar. Así nomás.

"Fuimos a Mansiche, a la trinchera. Los hacían avanzar en grupos pequeños y los fusilaban. Yo he visto matar, ah, fusilar, y no solamente fusilar, sino abrirle la cabeza a un hombre de un culatazo.

"Iban sacando a la gente y pam, pam, pam.

"Ya me tocaba avanzar cuando vi un auto que se acercaba a toda velocidad. Era Matto que venía por mí.

"—¡Viene conmigo! —ordenó y me dijo: — Sube.

"Me subieron al auto.

"—¿Te has asustado? —preguntó.

"—Hombre, carajo, por supuesto.

"Te acusan de haber masacrado a los guardias civiles. Vamos.

"—¿Están locos? Si apenas he salido de mi casa.

"En el cuartel estaba el soldado vendado.

"—¿Tú me has visto matar a alguien? —pregunté.

—No, pero usted ha pasado por ahí.

"—Yo he pasado, sí, pero llevando al prefecto y al subprefecto a mi casa; no he masacrado, no he pegado un solo tiro.

"—Sí, pero el señor pasaba —dijo el soldado— y yo creí que era un revolucionario.

Carranza lo agarró entonces a patadas y puñetes.

A las once de la mañana del martes, el Dr. León Díaz fue arrestado. No se le confesaron los cargos, pero los soldados registraron su casa de arriba abajo. Buscaban a su hijo, en quien las autoridades estaban realmente interesadas y a quien el director del colegio San Juan había tratado de exculpar, afirmando que las carabinas para la práctica de tiro habían sido entregadas a otros revolucionarios. Nueve estudiantes estaban complicados. La patrulla llevó al Dr. León Díaz a través de la Plaza de Armas.

Fue interrogado por el propio coronel Ruiz Bravo.

—¿Dónde estuvo usted en la madrugada del 7 de julio?

—En el Club Central, coronel. Tuvimos una reunión para organizar los festejos de Fiestas Patrias. Estuvo presente el comandante Julio Silva Cáceda.

—¿Cómo puedo saber que usted no miente?

—Pregúnteselo al señor Cecilio Cox. Es el presidente del Club.

—Un soldado afirma haberlo visto a usted en la captura del cuartel.

—No es cierto, no estuve allí. Soy un hombre pacífico.

—¿Es usted aprista?

—Sí, coronel, y muy conocido.

—¡Ah! —Ruiz Bravo miró por la ventana—... ¿Se da usted cuenta de que puede ser fusilado si se prueba su participación en los hechos?

—Soy inocente.

—Investigaré su caso —se volvió hacia un oficial y agregó: —Que lo encierren.

Al mediodía el coronel Ruiz Bravo gobernaba en el centro de la ciudad, pero estaba lejos de haber doblegado la resistencia de los apristas. Se combatía en cada calle, desde cada techo. Los revolucionarios caídos eran rápidamente remplazados. Seis hombres se encargaban de defender cada arteria. Al atardecer, los exhaustos combatientes retrocedieron hasta Chicago. Allí siguieron peleando No era más que un puñado de hombres desesperados.

Mientras tanto, la actividad de la Corte Marcial instalada en el Aguilucho iba en aumento. Se llevaba a los prisioneros al antiguo prostíbulo y se les calificaba sumariamente. Los soldados acusaban, vagos fiscales para quienes el color de una camisa, la forma de un sombrero podían ser el argumento definitivo de la culpabilidad de un sospechoso. Alguien fue fusilado porque llevaba anteojos. Muchos, porque se les vio las señales culpables de los golpes de culata en los hombros. Camiones cargados de apristas y sospechosos llegaron todo el día procedentes de los valles. El interrogatorio era sumario. Luego se les despachaba al cuartel de seguridad, se les encerraba en celdas o se les tenía en el patio, bajo la vigilancia de dos ametralladoras. Al caer la noche, una vez que se escuchaba el to-

que de queda y terminaba el registro de domicilios que se reanudaría el día siguiente, los infortunados condenados eran conducidos a Mansiche, iluminados por los faros de los mismos camiones encargados del transporte de prisioneros y ejecutados.

EL DÍA 13 de julio, el mayor Julio López Mindreau recibió la confirmación: había estallado la revolución en Trujillo y los apristas, en un violento combate librado en La Floresta, habían derrotado a las tropas enviadas desde Lima. López Mindreau era jefe provincial de Cajabamba y se encontraba en Huaraz para dirigir la sublevación. Se puso en contacto con los apristas de la localidad: esa noche se sublevarían plegándose al movimiento de Trujillo. Necesitaba un centenar de hombres decididos a cualquier cosa.

También eligió ese día a los miembros de su junta de gobierno: Milcíades Reyna, secretario de Gobierno; el Dr. Pablo Melgarejo, secretario de Fomento; el mayor Isidro Nieto, secretario de Guerra; Leoncio Zorrilla, secretario de Hacienda; el Dr. Genaro Flores, asesor jurídico; Santiago Sevilla, tesorero de Hacienda; Alejandro Valenzuela, secretario de la Junta y el ayute, Alejandro Mayneto. El plan era sencillo: capturar por sorpresa a las autoridades con el concurso de alguna tropa de la Guardia Civil, organizar en el río la defensa de Huaraz y conseguir el pronunciamiento favorable de los pueblos del Callejón de Huaylas. Más tarde uniría sus fuerzas con las victoriosas huestes apristas de la Costa. López Mindreau estaba seguro del buen éxito. No tenía ni la más remota sospecha de que en ese momento deponían toda lucha los últimos focos de la resistencia aprista en Trujillo.

A Chicago sólo se podía entrar por La Floresta o por la calle Junín, siguiendo la línea del ferrocarril. Esas dos entradas fueron la última defensa aprista. Hacia el mediodía del miércoles sólo cinco hombres disparaban sus últimas balas contra el cerco de ametralladoras. Alfredo Tello quemó su última cacerina, saltó de su escondite, arrojó el fusil a un cañaveral y miró a los dos que lo acompañaban: un muchacho a quien decían Canuto y Juan Montalvo.

—Esto se acabó —dijo—, ahora ¡sálvese quien pueda y buena suerte!

Tello quiso tomar por Santa Rosa, el camino a Laredo, pero tuvo que retroceder rápidamente. Estaba cortado por los soldados. Se internó entonces en los cañaverales; su propósito era huir a la Sierra, unirse a las fuerzas apristas que suponía habían ya establecido un frente desde Cajabamba a Huaraz. Pero más tarde se convenció de la imposbilidad de salir de esa zona y una mujer le avisó que una patrulla lo andaba buscando. Echó a correr, y en su fuga tropezó con un cadáver putrefacto. Hurgó las ropas y encontró los documentos: pertenecían a Manuel Céspedes Gil. Sustituyó los documentos por los suyos, y así provisto de la identidad de un muerto, siguió corriendo.

El registro era intenso en toda la ciudad. Hombres de todas las edades eran arrancados de sus casas por los soldados y enviados al cuartel de seguridad. De allí se les trasladaba, en su último viaje, a la Corte Marcial. Después había sólo dos alternativas: la muerte o la libertad. Y en casa del zapatero Rebaza el miedo iba en aumento. No había tenido nada que hacer en la revolución, pero allí estaba el fusil incriminándolo. El zapatero ya estaba enterado del bando del prefecto, que ordenaba que todos los fusiles fuesen entregados a la autoridad y anunciaba que quienes no obedecieran, serían inmediatamente ejecutados.

—¿Ves? ¿Para qué lo sacaste del techo?

—No podía dejarlo allí.

—Nos has metido en un lío.

La mujer del zapatero estaba furiosa.

—¿Qué puedo hacer? —dijo él.

—Tienes que entregárselo a la policía; eso dice en el papel que pegaron en la calle.

—¿Y si me matan?

—¿Acaso eres aprista?

—No sé.

Pero Rebaza se armó de valor. Estaba bien; iría a entregar el fusil.

Lo envolvió en periódicos viejos y salió a la calle. A mitad de cuadra había un grupo de soldados.

—Quiero entregar esto, señor, me lo tiraron al techo.

El cabo rasgó los papeles y miró.

—¿Y quién lo arrojó a tu casa?

—No sé, señor.

—¡Llévalo a Mansiche! —dijo un soldado.

—¿Eres aprista, verdad?

—No, señor, estoy diciendo la verdad.

Lo empujaron contra la pared. Su mujer salió cuando le disparaban con un fusil. El primer balazo le atravesó el pecho, pero le siguieron tirando hasta acabar la cacerina.

El mayor Dongo era un estorbo en Trujillo. No se podía tener debilidades y aplastar una revolución de comunistas. Se oponía por todos los medios posibles a las ejecuciones en Mansiche aunque sabía muy bien que era necesario acabar de una vez por todas con el cáncer de la rebelión y las ideas peligrosas. Era una lástima. Tan buen jefe y al mismo tiempo tan lleno de melindres. Ahora tendrían que sacarlo del medio. Ya estaba amenazando con elevar una protesta. Habría que preguntarse ante quién iba a protestar. Sí, desde luego, lo mejor sería enviarlo a la Sierra a perseguir a los apristas que estaban en Otuzco. Así los dejaría tranquilos mientras temina-ban de ejecutar a los revoltosos.

El miércoles cayó preso Fidel León. El anciano sabía que no habría compasión por su vida, pero estaba satisfecho. Y no sería doblegado: en la Corte Marcial se despachó un discurso sobre los crímenes de esa sociedad en cuyo nombre lo iban a fusilar.

Sí, soy aprista —dijo en la corte— y me honro de serlo. Y por cada gota de sangre que brote de este viejo aprista, miles de jóvenes apristas volverán a la lucha.

Matto estaba casi divertido. Le costaba creer que este anciano de bombín y bastón, que no había perdido su dignidad cuando los guardias lo llevaron a culatazos hasta el antiguo prostíbulo, hubiese dirigido a los campesinos que derrotaron en La Floresta al aguerrido 7º de Infantería. Pero los testimonios eran categóricos.

—Es usted un anciano —dijo el comandante—, pero tengo que fusilarlo. ¡Llévenselo!

En la Prefectura, el juez instructor militar se acercó a la celda donde estaba el Dr. León Díaz.

—Buenos días, doctor —dijo el oficial.

León Díaz no contestó el saludo.

—Lo estoy saludando, ¿no me oye?

Silencio.

—Por lo menos escúcheme.

El abogado ni siquiera parpadeó.

—Lo vamos a fusilar, doctor. Pensé que le gustaría saberlo...

León Díaz sintió que le faltaban las fuerzas, pero siguió inmóvil, detrás de los barrotes.

—Pero, ¿sabe usted, doctor?... nosotros realmente queremos a su hijo. Usted es una persona importante. Sería una lástima que fuese ejecutado y por eso he venido a proponerle que entregue a su hijo. Es menor de edad y no puede ser fusilado. Usted, en cambio, sí puede ir al paredón. Dígame dónde se encuentra y le perdonaremos la vida.

León Díaz estuvo a punto de escupirle en el rostro. Siguió, inmóvil, hasta que el militar salió. Luego se sentó en el suelo. Tenía sed, mucha sed.

Al caer la noche, Tello cruzó la ciudad y salió hasta el balneario de Buenos Aires. Era una noche fría y transparente y alcanzó a ver las luces del "Grau", anclado frente a la playa. De allí tomó un camino poco conocido hasta la chacra de su padre en Mansiche. Pero no quería ser visto por su propia familia, de modo que pidió refugio a su amigo Lolo Hoyle. Allí pasó la noche. Entretanto el cadáver de Manuel Céspedes Gil era revisado en la morgue. Los documentos pertenecía a Alfredo Tello Salavarría. El cadáver tenía por lo menos cuatro días. Uno menos a quien buscar.

ESA MISMA NOCHE, siete apristas comandados por Jorge Idiáquez salieron furtivamente a las calles de Trujillo. Llevaban mochilas, y fusiles y cuchillos y salían dispuestos a jugarse la vida con tal de abandonar la ciudad. Unos días antes, cuando las tropas entraban a la ciudad, Jorge Idiáquez había pedido dinero prestado a su madre para embarcar a su hermano menor, Oscar, al fundo Moncada. Luego con Nureña y Azabache, se refugió en casa de unos amigos. Allí se reunieron los otros cuatro revolucionarios. Nada podían hacer ya en Trujillo; por el contrario, estaban expuestos a ser sorprendidos y ejecutados. Y como habían conservado sus armas y aún tenían municiones, optaron por fugar después del toque de queda y abrirse paso a balazos si era necesario.

La casa quedaba en el Recreo y caminaron casi un kilómetro hasta el cementerio, eludiendo a las patrullas. En el cam-

posanto fueron vistos por el guardián, el viejo Eloy Cueva, quien al principio se molestó porque estaban poniendo su vida en peligro. Ya serenado, el viejo les informó que por allí no había vigilancia, pero que la zona de Las Quintanas estaba celosamente patrullada. Antes de que partieran les impuso su bendición.

"Lo peor de todo eran los perros", recuerda Idiáquez, "No hay nada peor cuando uno está huyendo por el campo y es de noche, que la vecindad de los perros. Arman un alboroto tremendo. Y esa noche, nuestro camino estuvo salpicado de perros que aullaban y mostraban los dientes y nos delataban a cada paso".

Eran las diez de la noche cuando llegaron al canal de La Mochica, un antiguo canal que cruza por el norte de Trujillo. Se hundieron en las aguas hasta la cintura cuando iban a ser descubiertos por las patrullas a caballo que se juntaban allí mismo, para separarse y andar unos kilómetros antes de regresar a juntarse otra vez. Conferenciaron brevemente. Para escapar debían caminar no menos de diez kilómetros a través de un arenal hasta el llamado Cerro de Cabras. Tomaron el tiempo que demoraban las patrullas en separarse y juntarse y convinieron en que no había tiempo para atravesar el arenal sin ser vistos. Decidieron entonces emboscar a las patrullas.

Con el agua hasta la cintura cargaron sus fusiles y esperaron, en la oscuridad. Las patrullas se acercaban, se juntaban, los soldados hablaban ahora. Idiáquez abrió fuego y los otros dispararon. El tiroteo fue breve, los soldados derribados de sus cabalgaduras. Los apristas salieron del canal y echaron a caminar hacia el Cerro de Cabras. Idiáquez escuchó entonces el gemido de uno de los caballos atravesados por las balas.

Continuaron faldeando el Cerro de Cabras hasta que rompió el día. Habían caminado unos veinte kilómetros sin detenerse. Unas cuevas aparecieron ante sus ojos. Estaban llenas de murciélagos. Exhalaban un hedor insoportable. A pesar del olor, las usaron como refugio. Bebieron agua y comieron maíz tostado y gallinas asadas. Estaban durmiendo, a las ocho de la mañana, cuando aparecieron los aeroplanos buscándolos. Las huellas habían sido barridas por el viento, y ocultos como estaban no fueron divisados desde el aire.

En la madrugada del jueves, el mayor López Mindreau capturó un depósito de la Comandancia y vistió de soldados a sesenta apristas. Sublevó luego a la Guardia Civil, arrestó a todas las autoridades armó con fusiles a un centenar de los suyos y al romper el día, Huaraz supo que hasta allí había llegado la revolución. No se había disparado un tiro.

López Mindreau esperaba que su pronunciamiento arrastrara a otras guarniciones a la rebelión. Imaginaba que los apristas se habían hecho fuertes en Cajamarca y La Libertad, con lo que la Primera División de Ruiz Bravo quedaba separada totalmente de Lima. Controlando el Callejón de Huaylas, él podía enviar un pequeño ejército hasta Pativilca, en duro viaje por la cordillera, y llevar la insurrección casi a las puertas de Lima. Pero el militar no contaba con el derrumbe aprista en Trujillo, la efectivvidad de la aviación, que entraba en acción por primera vez en el Perú, y con la decisión de Sánchez Cerro de defenderse a cualquier precio. A la mañana siguiente, cuando, dueño de Huaraz, el mayor López Mindreau se sentía victorioso, las noticias llegaron a la Costa y se impartían ya las órdenes para combatir la nueva rebelión. La suerte del desafortunado oficial estaba echada.

Pronto los registros se convirtieron en una rutina para los trujillanos. En casa del Dr. Iturri, varios refugiados vivían en un sótano y se ocultaban detrás de un viejo altar cada vez que llegaba la policía. Luis Gamero, así como antes había protegido a los del Gobierno, ahora escondía en su casa a un puñado de apristas. Varios condenados a muerte fueron salvados por Víctor y Alfredo Pinillos, quienes los sacaron de Trujillo confundidos con la carga de sus camiones. Algunas señoras trujillanas organizaron un clandestino abastecimiento de víveres destinados a los prófugos, que iban a recibir las canastas al borde mismo de Chan Chan.

El jueves concluyeron los fusilamientos en la trinchera de Mansiche. Entre 150 y 200 personas habían sido ejecutadas allí y se hizo necesario buscar un nuevo lugar para continuar la macabra misión de acabar con el apra. La trinchera fue cubierta de tierra y se montó en ella guardia permanente. Las viejas ciudadelas de Chan Chan, la metrópoli precolombina más

grande de América, fueron transformadas en paredones para la justicia de Sánchez Cerro.

Mientras tanto, en el Cuartel de Seguridad ya no había donde acomodar a los detenidos. En las esquinas próximas se agrupaban mujeres vestidas de negro, tratando en vano de acercarse para visitar a sus hombres apresados.

Parece ahora que el propósito de Sánchez Cerro hubiese sido fusilar hasta el último aprista de Trujillo. Porque aquel jueves fueron varios los camiones cargados de prisioneros los que partieron rumbo a las ruinas. Muchos sucumbieron simplemente porque fue comprobada su filiación aprista, aunque no su participación en la revuelta: la posesión del carnet aprista, se había convertido en un delito que se castigaba con la muerte. Otros porque habían sido acusados, porque los señalaba alguna anónima denuncia o la temida identificación de parte de un soldado o un soplón. Finalmente hubo quienes murieron porque eran desconocidos y miserables que nadie intercedió para salvarlos. Algunos sargentos encargados del registro y no pocos soplones fueron sobornados para que no se llevaran a los asilados en casa de las familias acaudaladas. Pero, a pesar de todo, algo más de un centenar de trujillanos fueron pasados por las armas en Chan Chan el jueves 14 de julio.

LA VIUDA DEL zapatero Rebaza salió a buscar a su marido. Estaba sorprendida. Nunca se ausentaba toda una noche. La mujer, triste, desolada, partió con sus hijas, un grupo de mujeres enlutadas de pies a cabeza. Habían ido a la iglesia, y el sacerdote dijo que no debían tener miedo, que había que confiar en la misericordia divina. Las niñas querían tomar desayuno, pero la madre insistió en seguir buscando al zapatero.

No estaba en el Hospital de Belén, seguro, pero entró a preguntar de todos modos. Las niñas quedaron fuera, mirando a los soldados, escuchando a la banda de músicos, asustadas por los gestos de un loco que pedía limosna. En el hospital la trataron mal. Su marido se habría emborrachado, tal vez estaba muerto, nadie estaba seguro durante una revolución. Fuera de aquí, mujer. Se dieron cuenta de que estaba loca y la echaron a empeñones. ¿Y ahora?

Atravesaron la Plaza de Armas, ciento sesenta pasos en cada uno de sus lados, solamente ocho palmeras. ¿Por qué hay tanto soldados, mamá? Tenían hambre, irían a tomar desayuno. Bajaban ahora por Gamarra. Dos señores de sombrero conversaban en una esquina; debían de ser hacendados. De un bazar salía música de vitrola. Muchas tiendas habían abierto sus puertas, algunas estaban cerradas por duelo. Un perro gordo con la oreja pegada a la bocina de un gramófono. Le gustaba caminar por las calles de Trujillo, oyendo la música de las tiendas. Ahora habría más música en el mercado, música y confusión. Los burros la observaban tristemente, inmóviles en la calzada de adoquines, rucios grises y trotones. El sol tibio caía sobre los techos poblados de gallinazos, la ciudad estaba llena de buitres. Recta, invadida de carretillas, la calle seguía hasta la vecindad del ferrocarril. A lo lejos se veía la sucia espiral de una tolvanera, chupando papeles y desperdicios vegetales. ¿Qué hora es? Casi las once. Pronto no habría sombras, cada figura estaría contenida exactamente en sí misma. ¿Han visto al zapatero Rebaza? Salió de la casa a comprar pan y no ha vuelto. Apuraba a sus hijas. Los pies delgados, los dedos chatos, aplastaban ahora cáscaras, la inacabable basura del mercado, escamas y sangre, y frutas podridas. Compraron una naranja y se la repartieron en gajos. Las niñas chupaban ávidamente el jugo dorado y la mujer iba de aquí para allá, preguntando por su marido. ¿Quieren chicharrones? Quedaron quietas, junto a la mesa, al hule de desvanecidos colores, observando cómo caían los trozos de cerdo en la sartén negra, cómo burbujeaba la grasa, cómo se doraba la carne. Crujía entre los dientes. Pan con chicharrón. ¿Han visto al zapatero Rebaza? Salió de la casa a comprar pan y no ha vuelto.

CASI TODAS LAS tiendas habían abierto, el mercado funcionaba; pero la economía de Trujillo estaba prácticamente paralizada. Había que continuar los juicios, castigar severamente a los apristas; pero también era necesario devolver la confianza a los sectores de la producción. Por eso el coronel Ruiz Bravo publicó ese jueves un bando dirigido a los pueblos de La Libertad, que decía:

"La terrible masacre realizada en la cárcel de Trujillo en la madrugada del 10 del actual, por un grupo de individuos afiliados a la secta internacional cuyas doctrinas no pueden tener cabida en el corazón de los ciudadanos honrados y trabajadores, ha estremecido de horror al Perú entero.

"Esta nueva sublevación, cuyos fines son de un comunismo perfectamente definido, tiene que merecer el rechazo de los que han hecho de su vida una escuela de abnegación y trabajo, realizando así con el conjunto de esfuerzos el engrandecimiento de la familia y la prosperidad de la patria.

"Y ese ideal levantado en el corazón de todos los buenos peruanos es precisamente lo que se trata de destruir; lo más sagrado que existe: la patria y la familia se hallan en peligro de desaparecer bajo el agitado vendaval de las doctrinas que no pueden germinar en nuestro suelo, que regaron con su sangre generosa nuestros héroes de la magna epopeya de la independencia.

"El coronel prefecto y comandante general de la Primera División hace un llamamiento al patriotismo de los hijos de este departamento que lleva el nombre glorioso de La Libertad, para que reanuden su vida, honradez y trabajo y se aparten de ideas que sólo llevan el germen de la disociación y de la desintegración de la nacionalidad y espera con todo fundamento no verse obligado a tomar medidas de fuerza cuyas consecuencias deplorables serían por todos sentidas".

Al mediodía, cuando Ruiz Bravo se aprestaba a salir de la Prefectura, oyó los gritos de una mujer en la Plaza de Armas. Era la viuda del zapatero Rebaza que llamaba a gritos a su marido.

—¿Quién es? —preguntó el Prefecto.

—Una loca... fusilaron al marido.

—Llévesela de aquí... ¡mándela a otra parte!

Y ese mismo día la mujer y sus hijas desaparecieron de Trujillo.

LAS TROPAS DESEMBARCADAS por el "Perené" marcharon de Casma a Punta Callán sin ser hostilizadas por los revolucionarios de López Mindreau. Soldados y guardias civiles integraban esa pequeña fuerza que debía aplastar la rebelión en el Callejón de

Huaylas. Los campesinos ayudaron a las tropas, sirviéndoles de guías y cargadores. Entretanto, Caraz y Yungay se habían pronunciado a favor del movimiento y el mayor López Mindreau controlaba completamente la ciudad de Huaraz, donde se había apoderado de todos los servicios y hecho encarcelar a todas las autoridades. Pero estaba incomunicado del resto del país.

EN LA PEQUEÑA CELDA en la que había sido incomunicado, el Dr. León Díaz sentía sed, pero sus carceleros no le proporcionaban agua ni alimentos. Caía la tarde cuando se presentó un civil. Era un abogado a quien conocía ligeramente.

—Buenas tardes, doctor.

—Buenas tardes —repuso León Díaz.

—He venido a conversar de su situación.

—No me dan de comer ni de beber, no han formulado cargos en contra mía ante la justicia, estoy incomunicado... ¿Qué más quiere usted saber, doctor?

—Lo van a fusilar si no coopera. Me han pedido que trate de persuadirlo.

—Pierde usted su tiempo. No puedo colaborar con el Gobierno.

—Las autoridades quieren que usted entregue a su hijo.

—¿Se da cuenta de lo que me pide?

—Lo pondría en libertad.

—¿Y de qué acusan a mi hijo? ¿Qué ha hecho?

—Horrores, doctor, horrores...

El Dr. León Díaz lo miró a través de la reja y movió la cabeza.

—Usted me dice que ha hecho horrores. Eso significa que si es capturado por el Ejército, mi hijo será fusilado, ¿no es cierto?

El otro no contestó.

—¡Usted quiere que yo salga libre por encima del cadáver de mi propio hijo! ¿Verdad?

—¡Cálmese, doctor, escúcheme!

—¡Váyase de aquí!

—Usted es padre de familia... Usted es mucho más útil que su hijo.

—Mi hijo es joven, tiene derecho a probar la vida, a ser feliz, a transformar el mundo de acuerdo a su época.

—Doctor, usted será fusilado.

—¿Y qué me ofrece en cambio? ¿La muerte de mi hijo? ¿Y qué dirá mi conciencia? ¿Qué dirá mi esposa? —Lo miró de hito en hito y gritó: —¡Váyase! ¡Lárguese... déjeme solo!

Dos horas más tarde uno de los carceleros se acercó con un balde de agua. Hundio un tazón y se lo entregó. El abogado bebió ávidamente hasta la última gota. Luego se dejó caer al suelo. Estaba físicamente agotado.

—Dios mío —murmuró—, que no le hagan daño a mi mujer.

PANCOCO HABÍA sido chofer de taxi y los apristas lo acusaban de soplón. Gordo, de baja estatura, Pancoco se juzgaba incomprendido. Sentado al timón de uno de los vehículos que llevaba condenados a Chan Chan, iba ahora sumido en sombríos pensamientos. Era un sucio trabajo y no quería continuar. Pero la revolución lo había dejado a pie y en algo tenía que ganarse la vida. Además, no se atrevía a negar sus servicios a la Prefectura. Esa noche Pancoco entregó su cargamento humano y estacionó su camión, como siempre, frente al paredón para iluminarlo con los faros. Hacía frío. Por lo menos, él lo sentía. Temblaba todo su cuerpo mientras los muchachos eran obligados a pararse frente a las luces, en grupos, para ser fusilados. Los soldados disparaban mecánicamente y un oficial remataba velozmente a los que quedaban con vida. Atrás, uno de los condenados que aguardaba la muerte, reconoció a Pancoco. Empezó a llamarlo: "¡Pancoco, Pancoco... avísale a mi familia!" Otros también le pasaron la voz, hasta que el oficial se dio vuelta y ordenó: "¡Lárguese de aquí!"

DEL MIÉRCOLES AL SÁBADO, los fusilamientos cubrieron de cadáveres las ruinas de Chan Chan. De cuatrocientos a cuatrocientos cincuenta apristas fueron ejecutados sumariamente en esos cuatro días. Procedían de Trujillo y de los valles y eran campesinos en su mayoría, jóvenes que fueron sacados de sus casas y no volvieron más.

Los cadáveres no eran enterrados; quedaban abandonados a los gallinazos y a las manadas de perros hambrientos que se adueñaron de las ruinas. Cuando el suelo se cubría de ejecu-

tados, se buscaba otro paredón. Las ciudadelas estaban llenas de paredones. Al caer la noche y concluir su trabajo el pelotón de fusilamiento, los huanchaqueros burlaban la vigilancia de los centinelas para llevarse los cadáveres o sepultarlos allí mismo. Era un humanitario trabajo, una disputa con los perros hambrientos.

En Trujillo seguían los registros y la verdad de la matanza empezaba a saberse. No había familia que no tuviese una víctima o no estuviese enterada de la ejecución de algún desdichado deudo. Entonces la horrorizada población protestó. Fueron las mujeres de Trujillo las que elevaron un memorial pidiendo clemencia al coronel Manuel A. Ruiz Bravo.

Decía así:

"Señor coronel prefecto:

"Las que suscriben damas representativas de todas las clases sociales de esta ciudad, agradecidas desde lo más íntimo de nuestras almas por el alto y generoso servicio prestado por las tropas de su digno comando, acudimos a su digno despacho para expresar:

"1º— Que la mujer, sea cual fuere su condición, representa y ha representado siempre, la fibra más noble, más sensible y más caritativa de la sociedad, representa el corazón de un organismo vivo, cuyos latidos cesan solamente al exhalar el último suspiro, sea cual fuere la gangrena o la podredumbre que encerrara parte de ese cuerpo miserable.

"2º— Que la mujer trujillana ha sido siempre noble y digna, ha vivido horas de luto y de lágrimas en los interminables días trágicos de la rebelión que execra. Condena con toda altivez los desmanes de las turbas inconscientes que en hora maldita se cebaron en inocentes víctimas, como fueron los malogrados jefes, oficiales, tropas y civiles masacrados en la cárcel de esta ciudad, ante cuyas tumbas se deshoja la siempreviva del recuerdo y la riega con el llanto de su corazón.

"3º—Considera muy atinadas las medidas de represión dictadas por el Supremo Gobierno para debelar el movimiento. El cauterio es remedio heroico que quemando la llaga llena sus efectos, pero las acciones del cauterio, imperiosamente necesarias en los primeros momentos, imploramos de su magnánimo corazón que cesen ya, porque el órgano revive, sano y salvo, para ser útil al todo al que pertenece. Los deshechos rebeldes

abandonaron la ciudad y en las cárceles y prisiones debe haber actualmente víctimas de tal vez calumnias mezquinas.

"Por lo tanto, a usted, señor Prefecto, en nombre de las viudas, madres y huérfanos inconsolables de las víctimas de la revolución y sus consecuencias, en nombre de María, madre de Jesús, imploramos clemencia. No haya ya más sangre, no haya ya más luto. Las damas de Trujillo pondremos todo el contingente de nuestro amor para amparar a los desgraciados y cooperar con la autoridad valerosa, pero justa y noble que usted encarna, señor Prefecto, para remediar la situación futura.

"Es gracia que esperamos alcanzar de su digno despacho".

Firmaron la rogativa más de un centenar de mujeres. Los nombres que encabezaron las firmas son los de Josefina P. de Larco, Rosario P. de Guimaraes, Emilia Larco de Fort, Flora Plaza de Ganoza, Jesús de Cockburn. María E. de los Ríos Pinillos de Cox, Virginia de los Ríos Pinillos, Roxana Cox, Luisa Cox de Pinillos, María Teresa I. de Quevedo, Etelvina de Iturri, Carmen Q. de Goicochea, Eloísa Blondet de Morales, Eloísa B. de Escudero, Carmela de Fernández, Josefina de la F. de Cox, María Loyer, Isabel de Cárdenas, Elma de Rodríguez, Matilde de Vargas y Lucila de Angulo.

En el hospital de Belén, el licenciado Manuel Leytón supo que las peticiones de clemencia de las que se hablaba en la ciudad, serían tardías para sus compañeros que estaban en la sala vecina.

Leytón había podido entrar a Trujillo burlando el asedio de las tropas y fue directamente al Hospital. Tenía herido un brazo y había perdido sangre.

Pero, intuyendo la inminente caída de la ciudad y las represalias del Gobierno, Leytón, que había sido chofer del comandante Silva Cáceda y era bien conocido de los soldados, se metió en la sala donde se atendía a las tropas. Nadie objetó su presencia. Era un amigo compañero de armas. No se le identificó como el artillero que había maniobrado, con Pedro Canseco y Vivanco, los cañones de la revolución.

Fue rápidamente interrogado al pasar el Hospital al control militar. Sí, dijo, lo habían herido los apristas. Sí, era amigo del Gobierno. Sí, había sido chofer del comandante Silva Cáce-

da. Quedó en libertad, todavía curándose en compañía de los soldados heridos.

Allí, al lado de los del Gobierno, Leytón supo que sus compañeros iban a ser irremediablemente fusilados. Una tarde se arriesgó a pasar hasta donde estaban los apristas heridos y los alertó de su suerte. Excepto Esquivel, los demás se sentían seguros, pero con todo se preparó un plan de escape. Tendrían que reducir a los centinelas, apoderarse de armas y uniformes y huir.

Pero la noche del 18 de julio, un grupo de soldados entró en el Hospital guiado por la Madre Cucaracha, una vieja religiosa que facilitó la entrega de los heridos pese a las protestas que habían elevado días antes los médicos militares.

Desde la puerta de su sala, Leytón vio entonces cómo sacaban a sus amigos, cómo la Madre Cucaracha iba hasta los baños para denunciar a un muchacho aprista que se había escondido allí, cómo partían rumbo al paredón.

No hubo clemencia para ninguno. Ni siquiera se les volvió a interrogar. Todos habían sido combatientes, no cabía duda. Habían caído heridos en la batalla con el ejército. A excepción de Esquivel, ninguno tuvo participación en el planeamiento de la revolución, aunque la mayoría participó en el ataque al cuartel O'Donovan.

Los dieciocho apristas fueron conducidos en un camión hasta la trinchera de Mansiche. Allí se les fusiló.

En abierta discrepancia con el testimonio de Manuel Leytón están los recuerdos del entonces capitán de sanidad, Sr. Francisco Villa García.

Había llegado el martes 12 en el avión que trajo el equipo quirúrgico de campaña y de rayos X con el radiólogo Carlos Rojas Moreno.

Ese mismo día, Villa García avanzó a pie, solitario y pensativo, por las calles desiertas de Trujillo, sorteando los burros y caballos muertos y deteniéndose a mirar los cadáveres de civiles y soldados que encontraba a su paso. Salvó la vida al perderse en las calles y dar vueltas sobre sus pasos cuando llegaba a una esquina dominada por una ametralladora aprista. Al llegar al hospital y examinar a los heridos tuvo una sensa-

ción de horror. De un bando y de otro se habían usado balas explosivas, ya sea limadas en cruz a la manera de las balas dun dun, ya sea balas de plomo, sin camiseta de metal, que tenían el mismo efecto. Todas las heridas en el vientre habían producido horribles complicaciones, y Villa García se hundió entonces en la sala de operaciones, operando sin descanso, curando esos cuerpos estallados, a menudo amputando miembros ya invadidos por la gangrena. Aunque no firmó el examen médico-legal, fue llamado también a examinar los cadáveres de los asesinados en la cárcel. Un diestro cirujano, comprendió que no había habido mutilaciones, pero que las balas explosivas habían causado una muerte espantosa.

De acuerdo con el testimonio de Villa García, Remigio Esquivel no estaba en el hospital cuando él llegó. Revela que efectivamente un oficial al que no quiere identificar, fue al Belén y exigió la entrega de los heridos apristas para llevarlos al paredón, entrega a la que se negaron rotundamente los médicos militares, "porque eso no se hace ni siquiera en las guerras más salvajes".

Según Villa García —impresionado por la ferocidad con que se había luchado en Trujillo, ferocidad de soldados y ferocidad de revolucionarios—, los heridos apristas que permanecían en el Hospital fueron sorprendidos por los médicos cuando estaban a punto de reducir a la guardia, darle muerte, apoderarse de sus fusiles y uniformes y emprender la fuga de Trujillo.

Ya retirado de las filas del Ejército, un viejo y calmado cirujano de gran prestigio profesional, Villa García agrega que ningún herido fue sacado del Hospital para ser fusilado el 18 de julio, y que si Esquivel y otros heridos fueron ejecutados, posiblemente estaban en otra parte y no en el Belén.

Cualquiera que pudiera ser el resultado de esta polémica, lo que sí es cierto es que Remigio Esquivel fue fusilado el 18 de julio en la trinchera de Mansiche.

LA REPRESIÓN en Trujillo fue sin duda alguna dirigida por Ricardo Guzmán Marquina, comandante y director de Gobierno. Si bien su jerarquía militar era inferior a la del coronel Ruiz Bravo, tenía mayor jerarquía política y representó directamente a Sánchez Cerro. Estuvo brevemente en Trujillo, volvió a Lima

para presentar su informe y viajó por avión otra vez a la ensangrentada ciudad. Estableció su Despacho en la misma Prefectura y sus decisiones con relación a los fusilamientos eran inapelables. A él había que pedir clemencia. A él hay que responsabilizarlo por las ejecuciones masivas. Más tarde, cuando Ruiz Bravo regresó a Lambayeque y su jefe de estado mayor, Eloy Ureta, elevó un informe absolviendo al ejército de los sanguinarios excesos de la dictadura de Sánchez Cerro, el mayor Dongo quedó encargado del mando militar en Trujillo. Pero este militar se oponía abiertamente a los fusilamientos y opinaba que la Corte Marcial debía funcionar dando todas las garantías de justicia y defensa a los acusados y fue rápidamente devuelto a su puesto, al frente del 11º de Infantería. Fue remplazado por el propio Guzmán Marquina, quien retuvo la dirección de Gobierno. Esto da una idea de la importancia que Sánchez Cerro otorgó a la persecución de los apristas en La Libertad.

Lolo Hoyle pidió a Tello que se quedara en su casa.

—Están agarrando a cualquiera en la calle, y si es aprista fijo que se lo tiran —anunció.

Pero Tello estaba preocupado. Cualquier día podían presentarse a registrar la casa y si lo encontraban allí, iban a fusilarlos a todos.

"Yo veía a Lolo más muerto que vivo", recuerda Tello, "mi presencia significaba un peligro para toda la familia".

El lunes 18 de julio, a las seis de la mañana, Tello se puso en camino. Era inútil esconderse. Lo mejor sería cruzar la ciudad como si estuviese yendo al mercado o a trabajar. Así, a pie, haciendo alarde de su increíble sangre fría, este joven maestro que había sido el capitán de los revolucionarios, atravesó la ciudad con soltura; en el camino compró un ejemplar de "La Nación" y se fue, enfrascado en la lectura, por las calles del centro. Pasó frente a las tropas en la Prefectura; nadie lo detuvo, nadie lo había reconocido. Al llegar a la iglesia de San Agustín se cruzó con Carlos Burmester Barrionuevo, que entonces trabajaba en "La Industria". Intercambiaron miradas, pero Burmester no dio señales de haberlo reconocido. Habían sido compañeros en la universidad. Tello se detuvo, lo siguió con la

mirada, luego fue hasta la esquina y se quedó allí, observándolo. Burmester pasó de largo ante la Prefectura y entró en "La Industria". Tranquilizado, Tello prosiguió su camino hacia la escuela 245 en la que había sido profesor. El director Manuel Hernández lo vio venir y abrió la puerta.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó— ¡Venir así, a la luz del día!

La escuela no había sido registrada. Tan pronto entraron las tropas, Hernández había reanudado las clases.

Tello fue alojado en un altillo. Bajaba para comer con la familia del director. Hernández y Hoyle eran las únicas personas que sabían que estaba con vida. En efecto, la estratagema del cambio de documentos había dado resultado. Su defunción fue comunicada a su familia que lo veló, enterró, se puso luto, lloró su muerte y mandó oficiar misas por su descanso eterno.

El ejército atacó a Huaraz a las tres de la tarde del lunes 19. Doce días habían transcurrido desde que la revolución estallara en Trujillo y para entonces el mayor López Mindreau sabía ya que el suyo había sido un paso en falso. Los rebeldes del Callejón de Huaylas no tenían noticias de Cucho Haya ni de la fuerza aprista que había huido a las montañas; pero la aviación había arrojado volantes y diarios trujillanos sobre Huaraz, de modo que se difundió así la suerte adversa del movimiento. López Mindreau no podía rendirse. La capitulación no entraba en las reglas del juego impuesto por Sánchez Cerro desde el comienzo de su mandato, sólo el paredón. Organizó, pues, la defensa de Huaraz como quien tira los dados por última vez. Si rechazaban el ataque, otras tropas volverían a la carga. Eso, tal vez, le daría tiempo para huir.

Del otro lado, las perspectivas eran distintas. "Ayer llegué a Callán con todo el destacamento y pude darme cuenta de que el triunfo era nuestro", escribió el teniente Alfonso Llosa G. P., "pues el espíritu de nuestros oficiales, de la tropa y de la Guardia Civil era excelente..." Y luego: "Desde que llegamos a Callán se acercó a nosotros gran cantidad de indígenas que formaron militarmente, ofreciendo sus servicios para restablecer el orden. Debo hacer presente la forma encomiable como han

cooperado estos hombres, sirviendo de conductores a nuestra impedimenta, como arrieros y guías sobre todo. En su condición de agentes de enlace han prestado útiles servicios, por los que estamos muy reconocidos.

"Las tropas iniciaron su ataque, lanzándose hacia sus posiciones de asalto y comenzando el descenso a las 3:30 p. m. A hs. 5:30 p. m. se abrieron los fuegos de parte de nuestros elementos de avanzada, siendo contestados por disparos de los apristas, quienes, al mismo tiempo, lanzaron petardos de dinamita e intentaron volar el puente, consiguiendo sólo deteriorarlo ligeramente".

Pese al fracaso sufrido por los rebeldes, que no pudieron destruir el puente, el combate continuó con creciente intensidad desde ambas riberas.

El mayor Lazo, que comandaba las tropas, ante la imposibilidad de atravesar el puente, defendido con una intensa fusilería, despachó dos compañías con la misión de vadear el río en un punto situado a tres kilómetros de distancia, con el propósito de atacar de flanco a los rebeldes. Pero una hora después de haber enviado a los soldados del 3º de Infantería, un enlace anunció que habían sido detenidos por los apristas. No había forma de cruzar el río.

A las diez de la noche, un subteniente armado de una ametralladora y acompañado de una sección, se lanzó a través del río, logró vadearlo y cayó de sorpresa sobre la retaguardia de los rebeldes. Al mismo tiempo, el alférez de la guardia civil Rafael Serrano, en un arranque casi suicida, cruzó el puente disparando rabiosamente su revólver. Sus hombres enardecidos por el ejemplo lo siguieron. Cogidos así entre dos frentes, los apristas huyeron hacia la ciudad.

A las diez y media de la noche las tropas entraron a Huaraz. Hubo un intenso tiroteo en las calles, pero a la medianoche los rebeldes habían desaparecido.

En efecto, el mayor López Mindreau había tomado de rehenes al prefecto López Alfaro, al subprefecto Pedro Artola y a otros trece prisioneros políticos que estaban en la cárcel. Con ellos y con medio centenar de revoltosos, huyó hacía Yungay. Pero allí también la resistencia se desmoronó y los apristas dejaron en libertad a sus rehenes y se escondieron en las haciendas.

Al día siguiente el mayor Lazo dispuso una edición extraordinaria de "El Departamento" dando a conocer "Los Crímenes del APRA" —una recapitulación de lo sucedido en Trujillo— y organizó la búsqueda de los fugitivos. Las comunidades ofrecieron su cooperación en esta cacería de seres humanos, así como los civiles partidarios de Sánchez Cerro a quienes se proporcionó armas. A las cuatro de la tarde, malherido el mayor López Mindreau fue capturado en la hacienda Canyasbamba por una partida de estos voluntarios.

Toda resistencia había terminado antes de que se cumpliera 48 horas del ataque del ejército.

OTRO HUBIESE sido el destino de Pedro Canseco: la corte presidida por Daniel Matto —el mismo que lo había mandado fusilar— lo condenó a diez años de penitenciaría.

Los oficiales que integraban el tribunal eran jueces y parte, desde que habían intervenido en los sucesos debelando la rebelión. El juzgamiento de los rebeldes se hizo a base de informes vagos, a menudo referidos a personas cuyos nombres se equivocaban o se desconocían. La sentencia sirvió, principalmente, de arma política para aplastar al APRA y también para encubrir los más notorios fusilamientos anteriores, hechos sin sentencia de corte alguna.

Entretanto en Lima había conciencias tranquilas. Las víctimas del populacho estaban sepultadas, la Corte Marcial se encargaría de administrar justicia a nombre de la Nación, las rojas banderas del APRA estaban abatidas para siempre. Llovieron entonces los telegramas de felicitación sobre Palacio de Gobierno, debutó con éxito el circo Razzore y las colectas se multiplicaron.

Casi podría escribirse de una competencia de telegramas. Burócratas, políticos de provincia, clubes de mujeres sanchecerristas reiteraron su adhesión al señor Presidente y pidieron castigo para los traidores a la patria, paredón para los apristas. Dos telegrafistas de San Mateo aplaudieron en un mensje la derrota de "los internacionales", y de Mollendo, este telegrama pedía severidad: "Nombre comité decano señoras Unión Revolucionaria condenamos enérgicamente nuevo levantamiento Trujillo renovámosle adhesión incondicional al efecto telegrafiamos nuestra presidente señora Primitva Montoya haga valer nuestros

derechos pidiendo severo castigo traidores". Una carta del Presidente de la UR en Piura decía: "El país contempla atónito los actos criminales que esa agrupación nefasta para el país ha realizado. Indignación en todo el universo ha de causar cuando lleguen las noticias de la masacre". Juan F. Zevallos, vicepresidente de la UR de Magdalena del Mar, dirigió una carta llena de ferocidad: "Ahora que una vez más ha demostrado sus bastardas ambiciones la secta apro-comunista, desde los más lejanos sectores del Perú se oye insistentemente el eco de la severa sanción para aquellos culpables dignos de su propia traición. El comité distrital 'Unión Revolucionaria' de Magdalena del Mar permanece a la expectativa en espera de una sanción efectiva contra los homicidas de la Patria, que se encuentran huérfanos de todo amparo, huérfanos de conciencia y al margen de la ley". En el Callao, los partidarios del Gobierno formaron el regimiento Guardia Chalaca Sánchez Cerro Nº 1, en el que sentaron plaza 500 civiles y licenciados. Prosperaba también la colecta nacional dispuesta por iniciativa del Presidente de la República y cuyo propósito era la adquisición de aviones y la satisfacción de las más urgentes necesidades militares. Pronto comenzó otra colecta, a iniciativa de la Caja de Depósitos y Consignaciones S. A., que dio 20 mil soles "para contribuir a aliviar la dolorosa situación en que han quedado las familias de los servidores de los institutos armados con motivo de los sucesos de Trujillo". La comisión de Fiestas Patrias acordó también una colecta en favor de las viudas e hijos de los soldados y policías. Las donaciones a estas colectas fueron hechas en medio de gran propaganda, con patrióticas cartas publicadas en todos los diarios.

Los fusilamientos masivos cesaron a raíz de la rogativa de las mujeres de Trujillo. Algunos infelices eran todavía conducidos cada noche hasta Chan Chan, tres o cuatro a la vez, y ejecutados en secreto. La atención se centraba ahora en la Corte Marcial presidida por el comandante Daniel Matto.

La sentencia de esta Corte revela que, o estuvo mal informada o actuó maliciosamente. En efecto, la Corte ignoró la participación de Alfredo Tello —a quien se creía muerto— y echó sobre los hombros de Federico Chávez —que había organizado la Cruz Roja durante la revolución y trabajado intensamente en el hospital Belén atendiendo, indistintamente a sol-

dados y apristas heridos— la responsabilidad de haber dirigido la rebelión, junto con Agustín Haya de la Torre, Augusto Silva Solís, el capitán Leoncio Rodríguez Manfur y Manuel Barreto. La Corte ignoró también la existencia del 1º de Artillería y su actuación en el cuartel O'Donovan. Era la única manera de no referirse a la actitud pasiva de los soldados que, como ya se ha dicho, no combatieron. Dice la sentencia: "Que en lo que se refiere a la toma del cuartel está probado que ésta se produjo a las dos de la madrugada del siete del actual, por gente traída exprofesamente de Laredo a cuyo frente se encontraba Manuel Barreto (alias) Búfalo, y mientras la tropa del regimiento de infantería número uno se encontraba durmiendo en una cuadra, de cuyas circunstancias se aprovecharon los atacantes para dominarla fácilmente, tropa que se dispersaba en varias direcciones y fue capturada en su mayor parte por los sublevados en diferentes lugares de la provincia y conducida después, en calidad de presos, primero a la Prefectura y luego a la cárcel, siendo un hecho asimismo que la dominaron por completo, adueñándose de todo el armamento".

En cuanto a la masacre de la cárcel, la sentencia pone en evidencia que las autoridades militares no investigaron los sucesos. Veamos: "Que organizada la defensa de la ciudad y la del puerto de Salaverry, para lo que contaban con abundante armamento, así como la gente sublevada, los presos fueron trasladados en diferentes oportunidades a la cárcel central, habiendo antes los sublevados héchose dueños de dicho establecimiento mediante el ataque a la guardia que custodiaba a los presos comunes, los cuales fueron puestos en libertad, ocupando su lugar los referidos presos políticos, cuyas vidas estaban en peligro debido no sólo a las amenazas de los guardias apristas que los custodiaban, sino del mismo jefe de la plaza, Rodríguez Manfur, lo que se confirmó posteriormente, pues a las dos de la mañana del domingo diez de julio los custodios de los presos comenzaron a disparar sobre ellos victimándolos y escapándose únicamente los guardias que se encontraban encerrados en un cuarto, por no haber hallado las llaves sus victimantes".

En cuanto al combate sostenido entre los apristas comandados por Tello y los soldados que huían con el subteniente Valderrama, ésta es la versión de la Corte Marcial: "... cuando el subteniente Valderrama conducía al resto de sus fuerzas sal-

vadas en el cuartel O'Donovan, al pasar frente a Santiago de Cao fue atacado por los sublevados y después de rendirse lo trajeron preso en un camión, ultrajándole sus aprehensores y conducido después a la cárcel central junto con sus soldados, por orden del prefecto Haya de la Torre".

Estos y otros hechos movieron a la corte a imponer la pena de muerte a 102 encausados, de los cuales 58 estaban ausentes, entre ellos los más importantes. La sentencia dice: "Considerando: que los hechos que han sido probados y a que se refieren las cuestiones de hecho correspondiente constituyen el delito de Rebelión, por cuanto un grupo de ciudadanos se alzó en armas contra el gobierno legalmente constituido para intentar su deposición, substrayéndose desde luego a la obediencia del gobierno, aunque momentáneamente, parte del territorio nacional; Que si durante la rebelión los revolucionarios cediendo a las exigencias de la guerra han dado muerte a soldados del gobierno y apoderándose de las rentas públicas; tales hechos que agravan, sin duda, el delito, no constituyen delitos especiales que deben castigarse por separado; Que no sucede lo propio si los revolucionarios, sin ser impulsados por la necesidad de la guerra, y cediendo sólo a intereses individuales o pasiones mezquinas, cometen homicidios, realizan robos, etc., etc.; pues en ese caso las disposiciones sobre Rebelión no amparan a los autores de tales hechos, los cuales la ley quiere, con razón, que sean juzgados y penados como reos de tales delitos comunes; Que conforme al artículo cuarto de la ley siete mil sesenta las Cortes Marciales aplicarán la pena de muerte a los autores de los delitos a que se refiere el artículo tres de dicha ley, esto es, a los reos, sean civiles o militares, de delitos flagrantes de rebelión; Que igualmente la segunda parte del artículo citado establece que a los cómplices de los indicados delitos se les aplicará el máximo de las penas con que las leyes vigentes reprimen la complicidad; Que asimismo. . .".

Pero aparte de su pobre información sobre los hechos ocurridos en Trujillo durante la revolución, esa Corte Marcial atropelló el derecho y cortes marciales desde el principio del gobierno de Sánchez Cerro. Aquí nuevamente se encuentra la serenidad, la templanza, la voz honesta e independiente del Colegio de Abogados de Lima, cuyo decano, el Dr. Diómedes Arias

Schreiber dirigió al Presidente de la Corte Suprema el siguiente oficio:

"El Colegio de Abogados de Lima pidió al Congreso constituyente la derogación de las leyes que han creado penas y cortes marciales ad hoc, para el juzgamiento de los delitos previstos en ellas, por su oficio Nº 22 del 19 de mayo último, cuya copia adjunto al presente. No atendida esa gestión, el Colegio se considera obligado a elevar su recordada iniciativa a la Corte Suprema, con arreglo al inciso 2 del artículo 2 de los estatutos de la corporación, aprobados en el acuerdo de ese supremo tribunal del 4 de julio de 1912.

"El decreto-ley y las leyes cuya derogación persigue el Colegio de Abogados de Lima, son la negación de las fundamentales garantías sobre la inviolabilidad de la vida humana; sobre la exclusividad de la jurisdicción ordinaria para sentenciar a los civiles; y sobre la preexistencia de las penas y de los jueces capacitados para decretarlas. La constitución vigente incorporó en su texto las indicadas garantías obedeciendo a la tradición jurídica y a los principios éticos que informan la conciencia misma de nuestra nacionalidad y que son la base medular de nuestra organización republicana. Los lineamientos señalados en la constitución para encuadrar las actividades de los Poderes del Estado no pueden ser transgredidos por las leyes específicas, si se quiere conservar intacta esa organización, condición, a su vez, del orden social y de la paz moral de la república.

"Las sentencias pronunciadas por las cortes marciales de Trujillo y de Huaraz demuestran que fueron justificados los temores determinantes de la solicitud del Colegio de Abogados de Lima para la derogación de las leyes anteriormente referidas.

"El asesinato de los presos de la cárcel de Trujillo, los demás delitos cometidos por los revolucionarios de esa ciudad y los perpetrados, en evidente escala menor, por los sublevados de Huaraz, merecían severa sanción. Ninguna es más eficaz ni más ejemplarizadora que la que imponen los tribunales constitucionales aplicando la ley general. La acción represora contra el delito no debe estar mezclada ni con la apariencia del rencor; y la majestad de la justicia impide que los vencidos en la contienda sean entregados al fallo de los jefes y oficiales vencedores.

"La institución de las cortes marciales contraría la necesidad, que reposa por igual en la teoría y en la práctica, de encomendar exclusivamente a los expertos la totalidad de la jurisdicción. La justicia debe hacerse a base de investigación, de serena discriminación de responsabilidades y de aplicación de penas, proporcionadas a la participación de cada condenado en el hecho imputado, labor que no puede ser efectuada con acierto sino por personal especializado en la función.

"Las cortes marciales de Trujillo y de Huaraz han condenado a muerte sin apelación a ciento doce civiles a quienes amparaba la garantía constitucional que prohíbe que los jueces militares condenen a las personas no pertenecientes a las fuerzas armadas, y los acusados no pudieron designar sus defensores libremente. Estas irregularidades tienen su origen en las leyes de excepción cuya abrogación estaría justificada sólo por la incidencia de estas causas.

"Las mismas cortes marciales ejecutaron sus sentencias olvidando la regla elemental de la piedad humana inscrita en los códigos más retardatarios, que limita la ejecución de la pena de muerte impuesta a los autores de los delitos colectivos, a un número reducido de los condenados mediante el procedimiento del sorteo, practicado también con la denominación de quinta, aun en medio de los estragos de las guerras internacionales.

"Los excesos de las revoluciones no deben ser compartidos con los excesos de la represión. La perduración de unos y otros excesos amenaza convertir nuestro territorio en un campo de lucha inexorable. El Colegio suma a su convicción doctrinaria, el anhelo nacional por la cesación de esa lucha y por el advenimiento de una consistente y duradera armonía, basada en el predominio de las normas jurídicas, entre todos los peruanos.

"El instituto cuyo decanato ejerzo espera que su iniciativa inspirada en las finalidades sustanciales de defender los fueros de los tribunales de justicia y la garantía del derecho a la vida humana, finalidades comunes a la magistratura y la abogacía, merecerá la consagración del tribunal que usted dignamente preside para que pueda convertirse en ley de la Nación.

"Dios guarde a Ud.

"Diómedes Arias Schreiber — Decano".

Nadie escuchó las sensatas peticiones de los abogados limeños. Antes bien, empeñado en seguir fusilando, el gobierno de

Sánchez Cerro se encontró metido en un embrollo. Cincuenta y ocho de los condenados a muerte estaban ausentes, debía fusilarse a cuarenta y cuatro, pero de ellos veintisiete ya habían sido ejecutados: ocho en Casagrande, dieciocho heridos —ejecutados el 18 de julio— e Ignacio Mostacero, fusilado con el sargento Vivanco y Pedro Canseco en Mansiche. El gobierno no quería que se supiese que había pasado por las armas a un puñado de heridos, ni que había ejecutado a los dirigentes apristas de Casagrande por el solo hecho de ser apristas. Se echó entonces mano de veintisiete presos contra quienes no se había podido concretar cargos y que habían salvado del paredón gracias a la petición de clemencia elevada por las mujeres de Trujillo. Completando así el número de 44, se ordenó la ejecución: sería a las cinco de la mañana del 27 de julio de 1932.

Entre los presos llevados a sustituir a los condenados que ya habían sido ejecutados, se hallaba esa madrugada el joven Asunción Vásquez, el que uniérase a Tello en Cartavio y que combatiera en casi todas las trincheras. Lo capturaron el martes 12 de julio y no perdió su sangre fría, ni siquiera cuando lo embarcaron a las cuatro de la mañana, rumbo a la huaca de Mansiche. Iba pensando en los días pasados, en Dios, en las posibilidades de escapar. Pensó golpear a uno de los soldados que los vigilaban, apoderarse de la ametralladora; luego le pareció una locura. De pronto todos sus sentidos estaban puestos en su propia existencia, en los actos de respirar y de moverse y no se acordó del padrenuestro habitual.

Lo obligaron a bajar, colocarse en fila con los demás condenados. La huaca estaba rodeada de ametralladoras, el pelotón de fusilamiento llegó marchando en la oscuridad, los camiones maniobraron hasta colocar sus luces sobre el paredón. Llegó un sacerdote. Los reemplazantes no habían sido puestos en capilla y el cura venía a confesarlos. A las cinco y cinco el cielo apenas se desteñía sobre las montañas y hacía mucho frío. Asunción vio llegar los autos, de los que bajaron negras siluetas que se movieron con autoridad. Esos eran los dueños de su vida, los que se disponían a arrebatársela sin conocer sus proyectos y sus sueños. Por primera vez el muchacho se sintió invadido de una cólera violenta. Venían, sí, a presenciar el espectáculo. Venían a ver morir a Asunción Vásquez. Oyó las voces. Alguien dijo: "Empiece usted, capitán". Ahora restalla-

ban los cerrojos de los fusiles. ¡Firmes! Los primeros. No, no querían que les vendaran los ojos. Era mejor vivir consciente de lo que ocurría hasta el último y fugaz instante. Listos, apunten. Las descargas remecieron la atmósfera crispada y húmeda. Los condenados cayeron, dando saltos, rotos sus pechos. Un oficial se acercó a los cuerpos caídos disparando su pistola. ¡Los que siguen, pronto! Asunción se acercaba a la huaca y sintió miedo. Miró a izquierda y derecha, pero estaba rodeado y no podía escapar. Asunción quería vivir cuando lo hicieron cruzar el terreno desnudo. Tenía la huaca a sus espaldas, la sombra del pelotón frente a sus ojos deslumbrados por los faros de los camiones. Algunos apristas habían muerto dando vivas a su partido y con el brazo en alto y por un instante Asunción pensó en hacer lo mismo, pero entonces una fuerza poderosa e irrefrenable lo empujó a correr. Se encogió, saltó y huyó de las luces, de los fusiles. Oyó los gritos, su propio silencio, los estampidos de las balas que se enterraban alrededor de él, las ametralladoras rasgando la oscuridad en su busca. Asunción corrió, saltó el alambrado, poseído de un vigor extraordinario, de una resistencia sobrehumana. La fuerza seguía empujándolo, llevándolo hacia Mansiche y las ruinas. La súbita carrera del joven aprista provocó confusión entre los soldados. Ahora lo perseguían, y otro cautivo, un campesino llamado Calderón, corrió en otra dirección y se perdió en la oscuridad. Los oficiales gritaban órdenes coléricas; dos, tres autos en cuyos estribos iban varios soldados, salieron hacia la carretera a Huanchaco; pero Asunción había pasado los ranchos y se hundía ya en las ruinas de Chan Chan, huía por las ciudadelas al amanecer, corría llevado por un desesperado instinto. A las seis de la mañana se desplomó exhausto. Descansó casi una hora y siguió huyendo, sorteando todas las patrullas a Cartavio. Su testimonio permitió conocer, luego de la muerte de Sánchez Cerro, que en la huaca de Mansiche hubo 25 fusilados que no estaban condenados a muerte por la Corte Marcial. Sólo dos, Vásquez y Calderón, habían podido salvar.

El texto de la sentencia de la Corte se dio a conocer en Lima el 31 de julio de 1932.

La Corte consideró como instigador de la revolución a Víctor Raúl Haya de la Torre, preso desde el 6 de mayo e incomunicado en Lima. Resolviendo las cuestiones planteadas por

el Fiscal, la Corte no pudo incluir en la sentencia al Jefe del APRA —y condenarlo a muerte— porque se lo impedía el artículo 549 del Código de Justicia Militar, "tanto por no haberse encontrado presente en los hechos delictuosos que se juzgan, cuanto porque es aforismo jurídico que nadie puede ser condenado sino después de juzgado y sentenciado en el modo y forma determinado por la ley y por los actos u omisiones señalados en la misma". Pero la Corte consideró que Víctor Raúl Haya de la Torre no podía ser considerado ausente, puesto que estaba en el Perú —aunque encarcelado e incomunicado dos meses antes de que se produjera la revolución— y concluyó que era evidente su culpabilidad como instigador de los delitos juzgados y que debía ser sometido a proceso. Ordenó entonces la Corte que se remitieran copia del fallo y las conclusiones del fiscal al comandante general de la primera división "a fin de que proceda a darle el curso conveniente para el juzgamiento de dicho Raúl Haya de la Torre y de todos los que resulten culpables del delito de instigación a la rebelión".

Sánchez Cerro quería ejecutar de todas maneras a Haya de la Torre. Y el pronunciamiento de la Corte Marcial le daba el pretexto para embarcarlo a Trujillo y fusilarlo junto a los 44 condenados, en la huaca de la Mansiche. Ruiz Bravo se opuso a esto con un duro telegrama. Explicaba claramente al Dictador que la ejecución de Víctor Raúl provocaría un alzamiento popular incontrolable y declinaba toda responsabilidad militar. Sánchez Cerro, sin embargo, estaba empeñado en seguir adelante.

Fue precisamente el hermano de Ruiz Bravo, Florentino Ruiz, quien se desempeñaba como inspector de la Penitenciaría, quien informó a Haya de la Torre de lo que estaba sucediendo.

Lo van a fusilar mañana —dijo—. Prepárese usted. No hay nada que hacer.

Haya de la Torre pasó la noche del 26 al 27 de julio en capilla. Se había vestido con un sweater, un pantalón de franela gris, zapatos de golf. La bombilla de 200 vatios seguía prendida. Nunca la habían apagado para vigilar sus movimientos a través de las mirillas puestas para los centinelas en el techo. Larga, inacabable noche, aguardando a los verdugos. Pero éstos no llegaron. Se hizo el día: Florentino Ruiz regresó con noticias. Se ejercía toda clase de presiones sobre Sánchez Cerro para evitar la ejecución. Luis González Orbegozo encabezaba el

movimiento de legisladores. Del extranjero llegaban cables pidiendo respeto por la vida del líder político. Los mismos militares advirtieron al Dictador que no podía sobrepasarse de los límites y exponer al país a una guerra civil sin tregua ni cuartel. Pero Sánchez Cerro insistía esa mañana en fusilar a su enemigo. La ejecución sería efectuada, de todos modos, esa misma noche. Haya de la Torre pasó, pues, una segunda noche en capilla. Amaneció y nadie vino por él. Ya era el 28 de julio y respiró aliviado. Le pareció improbable que lo fuesen a matar el día que se celebraba la Independencia del Perú. Más tarde una banda de músicos ofreció una retreta junto a la Penitenciaría, y cerca de su celda. Haya de la Torre recuerda que tocaban el vals "Celosa".

En cuanto a la Corte, también "acordó transmitir al señor comandante general la parte pertinente del pedido del señor fiscal relativa a que sean declarados fuera de la ley todos los adeptos de la Secta Internacional Apro-comunista, a fin de que el Ejecutivo resuelva lo conveniente".

Catorce horas después de los fusilamientos de la huaca de Mansiche, el Director de Gobierno Ricardo Guzmán Marquina examinó su uniforme de gala, salió con paso ligero sonriendo a sus ayudantes y se encaminó con su esposa al Club Central. Allí la orquesta tocaba sus primeros fox-trots, las mujeres conversaban detrás de sus abanicos, los caballeros de frac paseaban su importancia por los salones donde los estropicios causados por las balas aún no habían sido resanados. La fiesta era ofrecida en honor de Guzmán Marquina y para festejar la Independencia del Perú. Un grupo pequeño había boicoteado la fiesta, enrostrando al Director de Gobierno su desprecio por el luto de Trujillo. Pero la mayoría de los invitados, temerosa de las represalias que podían derivar de la ausencia, fue al Club Central y felicitó a Guzmán Marquina. Fue una fiesta estupenda.

A LA MEDIANOCHE del 4 de agosto se reunió la Corte Marcial de Huaraz. Dos horas y media después, todos los encausados menos cinco, fueron llamados para escuchar la sentencia.

Esos cinco eran los condenados a muerte que estaban en poder del Gobierno.

El Dr. Mondoñedo, relator de la Corte, leyó la sentencia con voz metálica. El presidente del tribunal, teniente coronel García, jugaba con un lápiz. Los otros, los capitanes Guzmán Mendizábal y José Ruiz Mejía, el teniente José Corzo y el alférez Rafael Serrano, miraban con ojos ausentes a los encausados.

Los cinco condenados a muerte habían sido informados de su suerte hacía un rato: serían fusilados al amanecer.

Cuatro de ellos, el doctor Carlos Phillips, el teniente Inocencio Soto, el cabo Alberto Torres y el ciudadano español Juan Alonso, estaban en capilla en el vecino templo de San Francisco.

El mayor Raúl López Mindreau permanecía en el hospital Belén. Tenía cuatro costillas fracturadas, un desgarramiento de la pleura y hemorragia interna. No pestañeó al saber que lo iban a ejecutar. Hacía algunas horas que estaba muriendo.

Un sacerdote franciscano los confesó.

El cabo Torres pidió autorización para contraer matrimonio con su conviviente. La Corte otorgó su permiso. Una sección salió a buscar a la pobre mujer. La llevaron al templo y lloró. Tenían un hijo.

El doctor Carlos Phillips dijo que deseaba hacer su testamento. En su última voluntad expresada al notario Moreno —teniendo como testigo al capitán Camilo Calderón— el Dr. Phillips ratificó su credo aprista: "Más que bienes materiales dejo a mi esposa e hijo los votos de que mi muerte sea un augurio del porvenir. No tengo otro delito que mi ideología aprista, a la que no renuncio ni en estos momentos supremos. Quiero que mi cadáver sea incinerado y que mis cenizas se depositen en un frasco que tenga como leyenda mi nombre y la frase: "Sólo el Aprismo Salvara al Perú". Este frasco deberá guardarse en el local del Comité Aprista de Huaraz cuando pueda funcionar".

A las tres y media de la mañana le permitieron reunirse con su esposa.

En el hospital, el mayor Raúl López Mindreau dictó débilmente su testamento, nombrando albacea al Dr. Mesana. Luego comulgó, ayudado por las religiosas del hospital.

En San Francisco, los otros condenados y las esposas del Dr. Phillips y del cabo Torres, también recibieron la comunión. La iglesia estaba en penumbra. Un oficial entró tan pronto el sacerdote terminó de administrar los sacramentos.

—Vengo a llevarlos... ya es la hora —dijo.

El Dr. Mesana preguntó:

—¿Puedo acompañarlos?

—Como guste, doctor —dijo el oficial.

El triste cortejo salió de la iglesia. El frío era intenso, pero varios centenares de personas se habían reunido en la Alameda Grau y cerca del panteón para ver pasar a los condenados.

El teniente López Martínez se encargaba en esos momento de llevar, en una camilla, al mayor López Mindreau. Quisieron pararlo en el paredón, pero el vacilante militar se desplomó. Estaba casi agonizando y tuvieron que sentarlo a seis metros de distancia del sitio reservado para la ejecución.

Los otros cuatro abrazaron al doctor Mesana y a los sacerdotes que los habían acompañado. Luego se tomaron de los brazos y avanzaron así hasta el paredón. Phillips dio vivas al APRA y el cabo Torres pidió a los soldados que apuntaran bien.

El alférez que dirigía la ejecución se llevó la mano derecha al quepis, saludando militarmente al mayor López Mindreau. Luego gritó:

—¡Fuego!

El mayor López Mindreau dio una voltereta. Las balas le habían destrozado la cabeza. Los otros se desplomaron, los brazos todavía entrelazados. El alférez les descargó el tiro de gracia.

Una hora después empezó la pugna de los familiares con las autoridades para que fuesen entregados los cadáveres. El Ejército se encargó del sepelio del mayor López Mindreau y del teniente Soto. El cabo Torres fue enterrado gracias a una colecta hecha entre la tropa de Huaraz. Phillips fue sepultado en Huaraz, igual que el español Alonso.

CUCHO HAYA y un número cada vez menor de revolucionarios llegaron a las afueras de Huamachuco cuando ya Cajabamba había caído en poder del Gobierno. Regresó entonces a Quiruvilca y perseguido por las fuerzas del mayor Dongo arribó a la provincia de Pallasca, tratando de alcanzar Huaraz para unirse a López Mindreau. Enterado en Pallasca del fracaso del nuevo levantamiento, volvió sobre sus pasos y eludiendo a sus perse-

guidores alcanzó Ongón, el más remoto distrito de Pataz, en La Libertad. En agosto, cuando Ricardo Guzmán Marquina fusiló a Goyo Astudillo por haberse paseado borracho persiguiendo a un aterrado soplón al que quería golpear y se cerraba con él la lista de los apristas ejecutados por el sanguinario Gobierno de Sánchez Cerro, Cucho Haya y cuatro o cinco acompañantes estaban en Sihuas. Allí se escondió. Para él, la revolución había terminado.

La revolución de Jiménez

A PESAR DE LOS fusilamientos de Mansiche y Chan Chan, a pesar del terror impuesto por los soplones y la policía, a pesar de todo, los apristas trujillanos siguieron conspirando. Un grupo de tenaces rebeldes se puso en contacto con el comandante Gustavo Jiménez en los primeros días de 1933 y le ofreció el apoyo del partido en La Libertad. El aparato clandestino era reconstruido silenciosamente y los perseguidos se aprestaban otra vez para la lucha.

Pero Jiménez desconfiaba de los apristas. Mejor dicho, desconfiaba de los civiles. Además, creía que su revolución debía ser puramente militar, porque el honor del Ejército había sido comprometido en los sangrientos desmanes de la Dictadura. En una carta dirigida a un oficial amigo, Jiménez se refirió así del Gobierno de Sánchez Cerro: "Destruida por él mismo la base democrática que le dio vida, con la persecución y el apresamiento de los representantes independientes a la Constituyente, lanzado por el camino de la conculcación de todos los derechos, amordazamiento primero y supresión después de toda la prensa libre, prisión y extrañamiento de hombres que, como yo, sólo tienen horror al envilecimiento y la abyección, este Gobierno no tiene ya derecho al apoyo del Ejército, que dentro de su sentido profesional y por respeto a sí mismo, no debe tener otro interés que el bienestar de la Patria. Sería doloroso y suicida para la nacionalidad que se volviera a repetir el caso de que, por apatía, indiferencia o comodidad, se convirtiera a todo trance en sostenedor de los desvaríos de un hombre y de los intereses de un grupo, cuya actuación se vislumbra más aciaga que la de los once años, tan gastada ya".

Otra carta de Gustavo Jiménez revela que sus trabajos revolucionarios estaban dirigidos a sus compañeros de armas, que su propósito era minar el apoyo que el Ejército dispensaba al dictador: "Oportunamente hice circular entre mis camaradas de armas y entre algunos ciudadanos honestos del país, la carta anterior. No obtuvo respuesta; pero como la situación lejos de mejorar ha empeorado, sucediéndose los atropellos, el desorden administrativo —entregado en su mayor parte a personas inescrupulosas e inmorales—, como nada detiene la incapacidad entronizada en la senda de errores y de arbitrariedades; fresco aún el crimen cometido, humeante la sangre joven e inocente derramada —violando todo sentido legal, todo postulado humanitario—, ensañamiento que jamás tendrá justificación ya que las víctimas, hasta cierto punto irresponsables por su misma condición modesta y oscura, no han sido comunistas, ni criminales, como se les quiere hacer aparecer, sino avanzada pujante e incontenible de la rebelión que restablecerá los fueros vulnerados y devolverá al Perú su rango de nación civilizada, es llegada la hora de exhortar de nuevo la conciencia, especialmente de los hombres que con el orgullo de nuestra abnegada profesión, tenemos como inmanentes postulados del honor y la dignidad, la lealtad para con la Patria y la devoción de sus instituciones".

Gustavo Jiménez fue —¡qué duda cabe!— un honesto aventurero de la política, un hombre bien intencionado, demasiado ingenuo para ser un eficiente conspirador, valeroso, casi Presidente del Perú, más tarde un pobre desterrado. Al derrumbarse el Gobierno provisional de Sánchez Cerro se instaló en Palacio de Gobierno y estuvo a punto de quedarse en el poder, pero sus propios compañeros de armas lo forzaron a aceptar la Junta de Samanez Ocampo, que integró como Ministro de Guerra. Había sido socio de Sánchez Cerro cuando cayó Leguía. Pero después conspiró contra él. Fue partícipe del fraude electoral de 1931, aunque más tarde intentó lavarse las manos y escribió en su "manifiesto a la Nación" de 1933: "Formé parte de un gobierno que le dio al Perú la Ley Electoral más completa que debió presidir la elección más pura que jamás hubiera tenido la República, si organismos electorales autónomos, pero inmorales y corrompidos, no lo hubiesen desvirtuado". Jiménez fue, además, un mal revolucionario. Así, por su propia, increíble ingenuidad, compartió con quienes debían ignorarlos, los s

cretos de la revolución de Trujillo de 1932, lo que motivó las infidencias que impidieron su retorno al país para encabezar el movimiento. Así, por su incurable ingenuidad, se lanzó a la aventura de 1933, creyendo que su sola presencia en el Perú levantaría en armas a todos los jefes del Ejército. Pero Jiménez olvidó que no sólo debía combatir una dictadura, sino también luchar contra el Terror. La lista interminable de fusilamientos, la sanguinaria reacción de Sánchez Cerro al aplastar sañudamente a sus adversarios, el terror que inspiraban sus métodos y su crueldad, paralizaron a muchos oficiales descontentos que a la hora de la verdad, prefirieron no arriesgarlo todo, optaron por aguardar a que Jiménez, solitario, triunfara, a que un loco cualquiera asesinara al dictador, a que los apristas se lanzaron a otra sublevación suicida. Y por eso, porque ingenuamente creyó que su prestigio personal bastaba para abatir el Terror, porque siempre habló demasiado, porque con frecuencia confió en quienes realmente no le tenían simpatía, por eso Jiménez, aventurero e ingenuo, terminó abandonado, mordiendo el cañón de un revólver, al final de su revolución de 1933.

Gustavo Jiménez desembarcó en Chimbote el 7 de febrero de 1933. Eran las ocho de la noche y el muelle estaba intensamente patrullado por la guardia de seguridad, vagamente alertada del retorno del desterrado. Jiménez iba disfrazado de mecánico, cargando la pieza de un motor, el rostro sucio de grasa. Los innumerables tropiezos que sufrió en su última aventura empezaron esa misma noche al malograrse el automóvil en que viajaba hacia Trujillo. Los desperfectos lo obligaron a refugiarse en la hacienda San Ildefonso, en Virú, hasta las seis de la tarde del día siguiente. En Trujillo fue escondido por los apristas y fijó el 15 de febrero como la fecha para el levantamiento. Para ello esperaba ganarse el apoyo del 3º de Infantería, acantonado en la ciudad, y del 11º de Infantería, que estaba en Cajamarca.

Pero las infidencias volvieron a interponerse entre Jiménez y el buen éxito de su conspiración. Enterado el prefecto Manuel Varela y Orbegoso de que se gestaba una rebelión, obtuvo rápidamente el traslado a Talara de tres compañías del 3º de Infantería. Jiménez fue traicionado entonces por los mismos oficiales con quienes había estado complotando, y cuando los citó para sublevarse antes de que las tropas partieran de La Libertad,

sólo acudió uno a su llamado. Los apristas le propusieron entonces adueñarse por segunda vez del cuartel O'Donovan y transformar el movimiento en una rebelión cívico-militar. Con Jiménez en Trujillo y el reiterado apoyo del regimiento que estaba en Cajamarca no podían perder. Pero Jiménez se negó de plano. Era el honor del Ejército el que estaba comprometido, eran los militares quienes debían luchar. Optó entonces por viajar a Cajamarca.

Diecisiete días después de haber desembarcado en Chimbote, el comandante Jiménez se dirigió a Pacasmayo en auto y de allí, a lomo de bestia, emprendió el viaje a Cajamarca. Hizo escalas en Libes y Yamalán y llegó a su destino tres días después, sólo para descubrir que nadie lo esperaba en el punto de reunión secreto. Finalmente las cosas parecieron arreglarse. Confirmó la participación de la mayoría de los jefes del 11º de Infantería, y el 10 de marzo, a la medianoche, la tropa fue sacada de sus cuarteles y llevada a una plaza pública donde cuatro capitanes —Luis Tirado Vela, Daniel Villafuerte Arguedas, Mauro Castañeda Vargas y Carlos Gamero Galdós— y el resto de los oficiales subalternos lo reconocieron como jefe.

El pequeño comandante, que se había autotitulado "Delegado Nacional de las Organizaciones Revolucionarias y Jefe Supremo, Político y Militar de la República", pronunció entonces su proclama.

"A las Fuerzas Armadas del Perú, en la Tierra, en el Aire y en el Mar:

"¡Soldados!

"El único orgullo de mi carrera es haber sido siempre fiel al juramento que presté de servir a mi Patria. En el cuartel y en el Gobierno nunca he sido otra cosa que un servidor del Perú, de sus leyes y de sus instituciones. Un soldado, como vosotros, presto al servicio de la Democracia y la Justicia.

"Hoy, al frente de las más grandes calamidades que haya experimentado en toda su vida independiente el Perú, sigo fiel a mi juramento y, en nombre de la Patria, de sus leyes y de sus instituciones, en nombre de la Democracia y de la Justicia, cumplo con mi deber de soldado y de peruano y me levanto en armas.

"Vengo confiado en que no habrá de faltarme vuestro apoyo. Nutridos por el honor y el patriotismo, los hombres de ar-

mas en ningún modo podemos permitir que continúe ni un día el sistema de desorganización y vergüenza encabezado por Luis M. Sánchez Cerro, hasta ayer nuestro compañero de armas.

"Las normas morales y las reglas jurídicas, los principios de la ley y las estipulaciones de la Constitución; las enseñanzas del Derecho y los principios de la Democracia; el pacto mismo de la convivencia humana, la dignidad de las personas, los postulados de la civilización, todo ha sido hollado y roto por los hombres mil veces funestos que en una hora de locura popular, ocuparon, en Lima, la casa de los Presidentes del Perú.

"No vengo a hacer una revolución política, ni una revolución social. Vengo a hacer una revolución casi biológica, a restaurar la vida misma de la Nación segada en todas sus fuentes; el honor mismo del Perú, escarnecido por todos los medios.

"Soldados del Perú:

"Os invito a reuniros en torno de las banderas de la restauración que ahora flamean en mis manos. Que la sombra gloriosa de Grau, de Bolognesi, de Ugarte, de Castilla, de Piérola, el gran patricio, enciendan sus fuegos en vuestros corazones. Son miles los soldados del Perú que supieron vencer o morir por la Patria. Vayamos a engrosar sus filas. Pocas veces como ahora, ninguna vez realmente, los soldados peruanos pudieron decir con tan íntima evidencia lo que hoy exclamamos: ¡venimos a salvar al Perú!"

Jiménez se apoderó fácilmente de Cajamarca. Entregó el mando del 11º de Infantería al capitán Tirado. El control político y militar del departamento recayó en el capitán Villafuerte, asesorado por el Dr. Luis Benjamín Gálvez. La Guardia Civil se unió al movimiento.

La revolución se movía con lentitud. Ya el Gobierno estaba enterado de que Jiménez había sublevado Cajamarca y pudo organizar su defensa en Trujillo y reprimir cualquier simpatía militar hacia la revolución. Sólo el 11 de marzo pudo salir hacia Chilete un destacamento del 11º de Infantería, con el propósito de detener la salida del tren en que debían embarcarse las tropas rebeldes. Un libro dedicado a historiar el movimiento de Jiménez asegura que "en esos días llovía fuertemente, malogrando las aguas gran parte de la carretera por lo que la marcha fue muy penosa, viéndose obligados a hacer a pie gran parte del

recorrido por haberse enfangado y malogrado muchos de los camiones".

Jiménez resolvió entonces marchar hacia Pacasmayo con las tropas que estaban en Chilete, pero en Quebrada Honda el puente había sido destruido por disposición del subprefecto Fernando Orbegoso, y las fuerzas revolucionarias se siguieron dividiendo. El capitán Carlos Gamero Gálvez no había podido embarcarse en el tren con su destacamento. Fue emboscado y muerto en el camino de herradura que existía entre Chilete y Cajamarca. Ahora, el 11º de Infantería debía continuar a pie hacia Pacasmayo, dejando en el tren parte de su impedimenta y despachando una avanzada de 40 hombres con dos ametralladoras ZB30 para asegurar la entrada a esa ciudad.

La avanzada llegó a Pacasmayo a las ocho de la noche. Las últimas tropas arribaron a las tres de la mañana del 13 de marzo. La ciudad no parecía dispuesta a irse a dormir esa noche. Una localidad sanchecerrista, se había volcado al aprismo después de la revolución de 1932. Ahora los jóvenes se agolpaban en la comandancia, ofreciéndose para luchar al lado de Jiménez.

Jorge Idiáquez había llegado a Pacasmayo después de una marcha de tres días. Se alojó en casa de unos familiares y poco después fue llamado por el subprefecto Orbegoso.

—¿Cuándo llegastes a Pacasmayo? —preguntó la autoridad.

—Dos meses —dijo Idiáquez.

El subprefecto lo observó unos minutos. Lo conocía desde niño.

—No te creo —dijo.

—Es verdad.

—Y no me mientas más porque te encierro...

Idiáquez se dio por vencido.

—Llegué antier.

—¿Te busca la policía? ¿qué hiciste en Trujillo?

—Nada, se lo prometo... sólo que estaban tomando presos a todos los muchachos y pensé que estaría más seguro en Pacasmayo.

Fernando Orbegoso se encogió de hombros.

—No te creo ni una palabra, pero está bien. Cuidado, nomás; nada de hacerme política por aquí, porque te devuelvo a Trujillo.

Idiáquez estuvo tranquilo más o menos un mes. Luego, confiado, empezó a formar una célula y luego otra, hasta que se convirtió en el motor del movimiento aprista clandestino en Pacasmayo. Cuando llegó Jiménez, Jorge Idiáquez fue el jefe de los civiles sublevados que se unieron a la revolución.

Pero el pequeño comandante delegó las más miserables funciones en los apristas: requisar vehículos, respuestos y llantas, aprovisionar a las tropas, cargar los camiones y, por último, servir de choferes.

Durante una entrevista con Jiménez, el joven Idiáquez le aconsejó tomar las playas y llevar el convoy por la arena húmeda a partir de la caleta Puémape. Jiménez rechazó ese plan y ordenó que la caravana de camiones sobrecargados tomara la huella de San Pedro.

Idiáquez se encogió de hombros. No las tenía todas consigo y dispuso que el último de los camiones fuese el mejor de los vehículos disponibles. Le hizo poner llantas nuevas y avisó a los apristas que en caso de que el 11º de Infantería se rindiera, debían ellos escapar a toda marcha en ese camión. Podía haber clemencia con los militares, pero los civiles serían seguramente fusilados.

La columna revolucionaria se puso en camino a la medianoche. Avanzó con dificultad por la carretera, los camiones se atollaban a menudo; la huella de San Pedro a Paiján y a Malabrigo era infame. Jiménez no encontraba oposición: el 1º de Infantería, que estaba estacionado en Guadalupe, no se movió de sus posiciones cuando los sublevados partieron hacia Trujillo, pero la marcha era lenta debido al estado del camino. En Malabrigo, cerca de Puerto Chicama, el 11º de Infantería fue atacado por la Guardia Civil. Un fulminante contraataque puso en fuga a los policías y sólo entonces Jiménez admitió haberse equivocado de ruta. Pero ya no podían tomar las playas. Habían perdido la marea baja de las 9 de la mañana y tendrían que esperar hasta la madrugada. Siguió, pues, avanzando, hasta que hallándose ya en la pampa de San Cristóbal, la fuerza revolucionaria fue atacada por el 3º de Infantería y 180 guardias civiles. El combate fue violento, pero el zorro Jiménez era un gran es-

tratega y pronto el 11º de Infantería llevó la ventaja en la lucha, haciéndo retroceder a las fuerzas del gobierno casi dos kilómetros hasta Paiján. El 11º de Infantería continuó su avance y al romper el día fue el 5º de Infantería, que acababa de desembarcar procedente de Lima, el que lo atacó de flanco. Poco después la retaguardia era acosada por el 1º de Infantería. Jiménez había planeado una violenta maniobra que debía romper el cerco y destrozar al 5º de Infantería, pero sus oficiales le comunicaron que habían agotado la munición. Los problemas de transporte sufridos al partir de Cajamarca habían concluido por vencerlo.

El comandante ordenó al corneta tocar el "alto el fuego". Las tropas formaron en pabellones. El zorro se rendía.

Pero estaba muy lejos de entregarse a Sánchez Cerro. Hizo llamar a sus oficiales. Habló brevemente. Se despedía. Sacó su revólver, lo alzó hacia su sien, pero su secretario se le arrojó encima y lo desarmó.

—¡No, comandante, usted se debe al Perú! —gritó el secretario.

Jiménez se volvió hacia el capitán Tirado.

—¿Va a permitir usted que desarmen a su comandante?

Se le acercó.

—Yo... Yo... —balbuceó Tirado.

Jiménez se lanzó hacia el capitán, le arrebató el revólver, saltó ágilmente una tapia y se disparó un balazo.

Muerto el comandante Jiménez, Jorge Idiáquez dio la orden a los apristas: ¡al camión! Tuvieron que alzarlo a pulso para emprender el regreso, pues el camino era demasiado angosto para maniobrar. A toda la velocidad que podían imprimir al vehículo en esa carretera llegaron a la caleta de Puémape y por las playas continuaron hasta alcanzar los acantilados. Abandonron el camión y siguieron a pie, los zapatos y las ropas destrozados por las rocas, hasta encontrar el refugio de Pacasmayo. Pronto la policía estaría buscándolos en sus domicilios.

Los oficiales que capitularon fueron llevados a Trujillo en un camión. El cadáver de Jiménez fue colocado en un catre del Hospital Belén y expuesto ante el público. Esa noche hubo una fiesta en la Prefectura, según afirman los partidarios de Ji-

ménez. Al día siguiente, en un ataúd de 30 soles, Gustavo Jiménez, ex-Ministro de Guerra, fue sepultado en el nicho 44 del cuartel San Anselmo del cementerio de Trujillo.

A los oficiales se les acusó de traición a la Patria, y próximas las Cortes Marciales a pronunciar sentencia, fueron disueltas por el gobierno debido, quizás, a que sus integrantes se negaban a aplicar la pena de muerte. Poco después, una ley del Congreso Constituyente autorizaba el funcionamiento de la Corte Marcial de Cajamarca... en Trujillo. Esta nueva Corte estuvo formada por el comandante Arístides Alfaro, ayudante del Ministro de Gobierno; por el mayor Remigio Morales Bermúdez, como fiscal y por los vocales, capitanes Juan Becerra Vargas y Oriel Zúñiga y el teniente César Vallejo, comisario de Trujillo.

En cuanto a las irregularidades cometidas por esta Corte existe un recurso en la revista del Foro Peruano presentado por el abogado defensor de los encausados al Colegio de Abogados de Trujillo, pidiendo su cooperación ante las serias fallas cometidas en el proceso.

Dice así:

"Señor Dr. Daniel Chávarri, Decano del Colegio de Abogados.

"Muy señor mío:

"Llamado por algunos oficiales procesados por la última rebelión que se inició en Cajamarca el 11 del mes pasado, me constituí en la ciudad de San Pedro de Lloc, en donde, como es de pública notoriedad funcionaban las tres Cortes Marciales.

"Cuando llegué, los tres jueces instructores estaban por terminar sus respectivas labores, pues ya habían tomado la mayoría de las instructivas y en breve elevaron los autos a sus Cortes, previos los informes de los auditores, habiéndose mandado sobreseer contra todos los clases y soldados que estaban afectados para su juzgamiento por la Segunda y Tercera Cortes Marciales, por no haber mérito para elevar el proceso contra estos acusados. La Primera Corte fue de opinión de que también debía elevarse a proceso respecto de los clases y soldados.

"Los expedientes pasaron a vista de los Fiscales. El de la Tercera fundó su acusación en las disposiciones del decreto-ley Nº 7060 y pidió para los cuatro acusados militares que había detenidos la pena de penitenciaría, con diferente duración. El

de la Primera dictaminó basándose en el Código de Justicia Militar y pidió la misma pena de penitenciaría con duración de 15 años para todos los acusados. El Fiscal de la Segunda también dictaminó, pero por motivo que ignoro, su informe no corre en autos.

"La Tercera Corte fijó para audiencia pública el miércoles 29 a las 2 p. m. Integrado el Tribunal, como Vocal el capitán Becerra, quien había tenido un altercado combatiendo con los facciosos, en el mismo campo de batalla, con el subteniente acusado Saldaña, incidente que le rememoró en la audiencia en la que actuó con falta absoluta de control que debe tener todo juez en el desempeño de sus delicadas funciones. Hay más todavía. Después que terminó la audiencia pública solicitó se leyesen todas las piezas del proceso que no eran pertinentes y como los cuatro miembros restantes del Tribunal votaron en contra de su pedido, pretendió retirarse de la Sala y entonces sus compañeros, por un exceso de tolerancia, admitieron que fueran leídas aquéllas, por lo que se demoraron en leer las cuestiones de hecho de las 4 de la tarde hasta las 8 y media de la noche, citándose para pronunciar la sentencia a las 11 de la noche del mismo día. Pero resulta que a las 11 y media de la noche el Tribunal nos hizo pasar al Fiscal y a los dos abogados que habíamos intervenido en la defensa y se nos leyó un telegrama del Comandante General de la Región en el que indicaba que a mérito del decreto supremo que se había transcrito se debía suspender toda tramitación en las Cortes Marciales, hasta que el Congreso resolviese sobre el proyecto de ley que el gobierno había remitido. Pedí que el citado telegrama fuese agregado a los autos y me reservé hacer las atingencias del caso por escrito, lo que efectivamente hice al día siguiente, en que dejé constancia de mi protesta por la arbitraria suspensión del procedimiento y solicité, además, que se reuniera la Corte para dar lectura al fallo que ya estaba acordado y redactado. Mi solicitud fue atendida. La Primera Corte había fijado para la audiencia pública el jueves 30, a las 8 a. m., la que no comenzó a funcionar. También formulé por escrito mi respectiva protesta.

"El viernes llegó a San Pedro la transcripción de la nueva ley que dispone que haya una sola Corte y la disposición superior de que ésta debería funcionar en esta ciudad.

"De conformidad con las nuevas disposiciones, la Comandancia General de la Región ha designado para integrar la Corte Marcial el siguiente personal:

"Presidente al comandante Alfaro, quien había dirigido una carta por el periódico 'El Comercio' al comadante Jiménez, a raíz de que éste dejó el Ministerio de Guerra y en la que lo trataba en términos muy despectivos y ahora va a juzgar a los oficiales que colaboraron con el infortunado jefe desaparecido.

"El mayor Morales Bermúdez, no obstante de ser uno de los jefes más distinguidos por sus antecedentes familiares y personales, al frente del 5º de Infantería combatió a los procesados y antes de saber que iba a ser designado miembro de la Corte ha adelantado su opinión en San Pedro de Lloc sobre la pena que debe aplicarse a los acusados y ahora interviene como Fiscal.

"El capitán Becerra, como miembro del cuerpo antes citado, combatió a los insurrectos; como miembro de la Tercera Corte actuó en la forma a que ya me he referido, su voto es conocido y según se afirma (sin que personalmente me conste) ha dicho que lamentaba que en la Tercera Corte no estuviese el capitán Tirado "para sentarle la mano".

"Los capitanes Oriel Zúñiga y Vargas Díaz, también forman parte del 5º de Infantería, combatieron a los sublevados, han integrado las disueltas cortes de San Pedro y sus votos son conocidos.

"Por escrito presentado el día de ayer en el acto de instalación de la Corte en esta ciudad, he hecho presente las condiciones personales de los que la integran y he pedido de conformidad con los capítulos I y II del Título VII del Libro I y muy especialmente con lo dispuesto en el artículo 142 del Código de Justicia Militar que se pusiese, oyendo al auditor, en conocimiento, por telégrafo, del señor comandante de la división, el contenido de mi escrito, pues dada la importancia del fallo, por tratarse de un Tribunal de única instancia y que por consiguiente no es susceptible de revisión, se hace necesario que sus miembros sean insospechables de apasionamiento voluntario o involuntario.

"Ahora bien, el primer acto de la Corte instalada ayer fue nombrar tres jueces instructores nuevos con el objeto de cambiar los informes presentados por los que actuaron los expedientes. Uno de los jueces designados ha sido el mayor Vildo-

so, que había intervenido ya como fiscal de la fenecida Segunda Corte y cuyo dictamen, como dije anteriormente, ha sido retirado de los autos.

"Por todas las irregularidades procesales anotadas y otras de fondo y forma que no escaparán al elevado criterio de usted, el veredicto que dicte la Corte puede adolecer de error, por lo que solicito la cooperación del Colegio de Abogados de esta ilustre ciudad y del cual es usted su digno Decano, para que se dirija al Colegio de Abogados de Lima, dándole la comisión a fin de que, en vista de los hechos creados, explicándosele debidamente, gestione, mediante los abogados que forman parte del Congreso Constituyente, y los miembros de la Comisión de Justicia de dicho Congreso, se dicte una ley de amnistía a favor de los procesados que están próximos a ser juzgados; amnistía, por lo demás, aconsejada por la actual situación internacional.

"Agradeciéndole a usted y a los señores miembros que completen la Junta Directiva del Colegio de Abogados el interés que le presten al contenido de las presente comunicación, me suscribo... Alfredo Elmore".

Los temores del abogado Elmore eran fundados. La Corte Marcial concluyó condenando a muerte a los principales lugartenientes del comandante Jiménez. Se les ejecutó sin apelación.

Muerte para un dictador

SALTÓ A TIERRA y miró en rededor, gesto instintivo del hombre perseguido por la policía. Pero en ese puerto, el Callao, nadie podía reconocerlo. Lejos de Pacasmayo y Trujillo y de los soplones familiares, podía sentirse libre. No traía equipaje, únicamente lo que llevaba puesto, ropa impregnada del olor a bodega, arrugada y sucia. Tenía sólo unas monedas y buscó quien lo transportara a Lima.

A las diez de la mañana se puso en camino y poco después, bajo un cielo pálido, en lo profundo de un gran anfiteatro tallado en la cordillera, observó cercano el perfil chato, erizado de campanarios y cruces, marrón de adobe, blanco de cal, rojo de ladrillo, de la Capital a la que llegaba por primera vez. Esa era la Lima a la que había combatido con un viejo fusil desde las trincheras de Trujillo, la Lima de los gabinetes, embajadores, cuarteles y prisiones. La Lima destruida por tres terremotos, sobre la que habían retumbado truenos por última vez en 1803, fría de humedad; ciudad de jazmines y molicie, hartura y cuchicheos, sables y gallinazos, con sus heladas iglesias y sus portales antiguos, poblados de mercachifles, pordioseros y jovencitos elegantes y ociosos; lejano señorío de Cuismanco, valle de yungas sometidos, de españoles degolladores, endurecidos, avarientos; aldea fabricadora de templos, devociones y austeridades; ciudad de curas inquisidores, de huertas, penitencias y alborotos, de sociedades vagamente secretas, de santos flagelados, de cúpulas y vanidades, de libertadores extranjeros, intrigas, cuartelazos, tribunos, sargentos revoltosos y traidores impunes; de faldas que no se atrevían a subir a las rodillas y de dicta-

dores engreídos, crueles, rodeados de esa tenue hipocresía limeña, precedidos de fanfarrias, escoltados por negros vestidos de republicanos franceses; ciudad ahora estremecida por el patriótico estruendo de la guerra en cierne, de súbito poblada de flamantes uniformes, de capitanes de última hora. Lima burlona, sonriente, ligera, escéptica, que murmuraba, que presentía próximo el fin del dictador al que había arropado, pero nunca hecho verdaderamente suyo.

Jorge Idiáquez pagó, bajó del vehículo y trató de orientarse. Anduvo con paso incierto por el centro de la ciudad, observando las tranquilas actividades comerciales. Por esas calles habían tronado los flámines infernorum de obispos irritados y también se habían vendido chancaquitas y tamales, habían avanzado procesiones y también herejes emplumados, vestidos de sapos y culebras. Miraba los conventos, alguna vez llenos de tímidas vírgenes y las iglesias de los dominicos torturadores, de los santos azotes, sahumerios, decapitaciones y sacrificios humanos en el nombre del Señor. Esa era, por fin, la ciudad de Sánchez Cerro, la del galope de bárbaros gendarmes, la de los sangrantes cuerpos de los capitanes de alguna rebelión, la de los niños que cargaban latas de agua, la del mercado con sus indios ajenos al resto del mundo, la de los confesores que hurgaban a los moribundos en pos de un testamento, la de la corte versallesca de los señores virreyes. Estaba en ella, tragado por sus calles, sus setenta iglesias, sus cúpulas, sus ficus y sus sauces, sus sacristías recubiertas de cuadros de rubicundos canónigos y prósperas, casi abotagadas vírgenes españolas.

Buscaba el hotel Roma. Ahora la ciudad dormía la siesta. Al doblar una esquina tropezó con su camarada Mac Cubbin. Se dieron de abrazos.

—Ven —dijo Mac Cubbin— tienes que ver a los otros. Has venido justo a tiempo.

En el hotel Roma, otros dos refugiados apristas, Vargas Machuca y Carlos Lizarzaburu, le dieron la bienvenida. También habían fugado de Trujillo al empezar la bárbara represión gubernamental.

A las ocho de la noche sirvieron a Idiáquez una buena comida, la primera buena cena que tenía por delante desde que encabezara a los civiles que se unieron a Jiménez. Tuvo que relatar como había sido esa desafortunada aventura; era, dijo,

absolutamente cierto que Jiménez se había suicidado. Una lástima. Guardaba el recuerdo de un hombre admirable. Y en Lima, ¿qué estaban haciendo?

—Hay un plan para acabar con Sánchez Cerro —dijo Lizarzaburu.

—Sí —dijo Vargas Machuca—, tienes que hablar con Heysen.

Luis Heysen era, en ese momento, secretario general del APRA.

—Tenemos cita dentro de un rato.

—Está bien —dijo Idiáquez—, cuenten conmigo para lo que sea.

Casi a las diez de la noche, el pequeño grupo se dirigió al parque de la Reserva. Sentado en una banca, protegido por la oscuridad, estaba Luis Heysen.

—El destino te ha enviado, Jorge —dijo Heysen con su característica gravedad—. Has venido en el momento preciso.

—Yo estoy listo —dijo Idiáquez—, ¿cuál es el plan?

Lizarzaburu se inclinó:

—Vamos a matarlo con una bomba —dijo.

HAYA DE LA TORRE había logrado que lo trasladasen a la enfermería de la penitenciaría. Ahora, con una pretendida enfermedad, podía comunicarse con el exterior.

El sistema de enlace era sencillo: se iniciaba con Augusto Benavides, quien iba a visitar a Juan Leguía, el hijo del exdictador al que habían levantado la incomunicación. Leguía, a su vez, entregaba los mensajes a un caporal de la prisión, quien, como tal, tenía libertad de movimientos y se encargaba de llevarlos a Haya de la Torre.

Pero... ¿con quién mantenía correspondencia el jefe del APRA?

"El general Oscar R. Benavides tenía muy avanzado un plan para derrocar a Sánchez Cerro y a través de esos mensajes entabló contacto conmigo para asegurarse el apoyo del APRA", recuerda Haya de la Torre.

"Me escribía en el papel platina de los cigarrillos Lucky Strike, que eran los que yo fumaba entonces. Yo designé a

las personas con las que podía negociar en el partido, pero siempre había decisiones que yo debía tomar", agrega el líder del APRA.

"Tenía que leer los mensajes de Benavides con lupa. Me escribía al estilo de los memorandums militares y yo le contestaba de igual manera".

"Parecía, a juzgar por los mensajes, que el movimiento cobraba fuerza y que muy pronto Sánchez Cerro sería derribado".

"Recuerdo que uno de los últimos mensajes que recibí me anunciaba que era inminente mi liberación y el cambio del estado de cosas en la república".

"No llegué a enterarme de los pormenores del plan de Benavides. No puedo decir, por lo tanto, quiénes estaban comprometidos.

LAS BOMBAS HABÍAN sido fabricadas por un químico alemán, un extravagante personaje que había emergido de su mundo de retortas para meterse en la conspiración.

Eran, sin lugar a dudas, bombas de un terrible poder explosivo y extraordinariamente eficaces. El grupo de Heysen las probó repetidas veces en la desierta playa de La Chira. Luego se hizo el sorteo entre los complotados. Se arrojarían tres bombas en la calle Mercaderes al paso de Sánchez Cerro hacia las carreras de caballos. Al extraer las balotas, la primera bomba le tocó a Jorge Idiáquez. Entonces procedieron a las maniobras blancas, esto es, al simulacro de toda la operación. En vez de bombas usaron pelotas de tenis. Un grupo de apristas desempeñó el papel de policías. Otro aprista piloteó el automóvil en el que imaginariamente viajaba el Presidente. Idiáquez tiró la pelota, dio en el blanco y corrió en dirección a la montonera y al sitio de impacto de la segunda "bomba". Pudo eludir a sus perseguidores y, contra todo lo esperado, fue el de la segunda "bomba" quien resultó capturado por los "policías".

Tras repetir varias veces el simulacro, satisfecho al fin de su plan, Heysen fijó la fecha para su ejecución: el domingo 14 de mayo de 1933. Y es que el domingo 7 los complotados no quisieron hacerlo y el domingo que se avecinaba, no habría carreras de caballos. En lugar de la reunión hípica, Sánchez

Cerro pasaría revista a los movilizables llamados a filas para el conflicto con Colombia. (1)

HABÍA CONCLUIDO el desfile. Sánchez Cerro descendió desde la tribuna oficial. Estaba de uniforme. Sonreía, agradecía los aplausos, caminaba pausadamente. Tras él, igualmente sonrientes, iban el presidente del Consejo de Ministros, José Matías Manzanilla, y el coronel Antonio Rodríguez, jefe de su Casa Militar.

El oficial de estribo, teniente Elías Céspedes, tieso y elegante, miró a su alrededor, picó espuelas levemente e hizo caracolear a su caballo. El Presidente acababa de abordar el reluciente Cadillac descubierto, y el oficial dio la orden de avanzar. El regimiento escolta se puso en marcha, con sus lanzas en alto, abriendo el cortejo presidencial.

El jefe de la brigada política, Damián Mústiga, pugnó por acomodarse; pero el automóvil del Presidente Sánchez Cerro había arrancado y su propio vehículo quedó bloqueado por la caballería que escoltaba el mandatario.

Raúl Rodríguez Martínez, chofer del Presidente, conducía lentamente. En la salida del Hipódromo de Santa Beatriz, donde habían desfilado las tropas, una muchedumbre se apretuja-

(1) El conflicto nació con el desafortunado pacto Salomón-Lozano, que dio carácter definitivo a la demarcación territorial entre Perú y Colombia. A tenor de él, el primero cedía un extenso territorio a cambio de otro al que no tenía acceso.

Se trataba de un territorio que no estaba en disputa y había pertenecido siempre al Perú.

"El problema no tenía carácter urgente para el Perú ni para Colombia —afirmaba una exposición de la Sociedad Geográfica y del Instituto Histórico del Perú, hecha en 1932—. Entre el límite de las poblaciones peruanas sobre los ríos y los remotísimos centros colombianos de Pasto y Florencia, demoraban territorios de las cabeceras de Putumayo y Caquetá a los cuales podía llegar la acción colonizadora de Colombia sin el peligro de chocar con las posesiones peruanas. Sea porque el país vecino estuviera absorbido por los problemas de su organización interna, sea porque las montañas y las selvas cisandinas presentasen obstáculos insalvables, su acción colonizadora no se dejó sentir en esa región. El statu-quo posesorio se mantuvo sin peligro para las buenas relaciones de los dos países. Sólo en 1906, ante el desarrollo que pareció tomar la ribera superior del Putumayo (hoy entregada a Colombia por el Tratado Salomón-Lozano) formuló aquel país la exigencia de la suscripción de un modus-vivendi que estableció como límite el curso del citado río hasta la frontera con el Brasil.

ba para ver pasar a Sánchez Cerro. El chofer escuchaba el rumor de los aplausos.

En esos momentos, el aprista Leopoldo Pita estrechaba la diestra de un joven vestido de negro llamado Abelardo Mendoza Leiva y le deseaba buena suerte. Lo esperaban, allá arriba, ese mismo día.

Román Morales, un fornido moreno de Supe, aplaudía y lanzaba vivas al dictador. Era un fanático sanchecerrista y quería ver de cerca a su caudillo. Por eso no perdía de vista el automóvil presidencial.

El cabo Juan Acuña, de 23 años de edad, estaba de guardia en la puerta del Hipódromo. Se sentía incómodo por el sol del mediodía. Miró a su izquierda y vio a su compañero, el cabo Rodríguez, que se secaba el sudor. Pronto presentaría armas, cuando pasara el Presidente. Cada fusil Máuser cargaba sólo una bala. Así lo habían dispuesto sus jefes.

Al llegar a la puerta del Hipódromo, Sánchez Cerro agitó una mano, respondiendo el saludo de la multitud. El chofer Rodríguez Martínez pisó el freno.

Afuera, el alférez de la Guardia Republicana Fortunato Bedoya, ordenó a sus cincuenta soldados que abriesen calle al au-

"Dicha línea tiene excepcional interés en la presente controversia. Iniciado y aprobado inmediatamente por el gobierno colombiano, revela que éste sólo pretendía realmente el Putumayo. El Perú no pudo acceder a la suscripción de aquel modus-vivendi por las reclamaciones y protestas del departamento de Loreto, algunas de cuyas casas comerciales explotaban ya con éxito los afluentes superiores del Putumayo: el Caraparaná y el Igaparaná.

"La inaprobación del modus-vivendi no alteró las buenas relaciones entre los dos países. Carecieron de mayor trascendencia los choques habidos entre esporádicos destacamentos colombianos y los industriales peruanos de la parte alta de los ríos Putumayo y Caquetá. Implícitamente regía como frontera provisional la línea que bordeaba las posesiones peruanas de la hoya media del Putumayo".

Sin consulta plebiscitaria, sin auténtica discusión en el Congreso, un Leguía ávido de popularidad continental se entregó generosamente a gestiones directas para delimitar los territorios de los dos países. Nada supieron de las negociaciones la Comisión Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, ni los funcionarios del Archivo de Límites que fue fundado en 1895. Por último, se celebró el célebre tratado secreto de 1922, el Pacto Salomón-Lozano, remitido todavía en 1924 a la aprobación del Congreso, demorado allí hasta 1927 hasta que dictaminado por el mismo Dr. Salomón, fue aceptado por la asamblea.

"Coactóse por todos los medios posibles la libre discusión del tra-

tomóvil del Presidente. No fue difícil, porque la muchedumbre estaba compuesta en su mayoría por mujeres y niños.

Abelardo Mendoza Leiva se infiltró entonces entre los soldados, corrió junto al automóvil como si quisiera estrechar la mano del dictador y disparó.

"Oí un tiro y me di vuelta. Vi a un individuo prendido de la capota del auto que disparaba al Presidente", declaró el alférez Bedoya.

"Creí que se trataba de cohetes", declaró el chofer, "pero al mirar a la izquierda vi a un hombre que caía. Comprendí que era un atentado y miré al Presidente que hacía un gesto de dolor".

Román Morales aplaudía a su Presidente cuando sonó el primer disparo. Entonces distinguió a Mendoza Leiva que seguía apretando el gatillo. Se arrojó sobre él, por la espalda, y lo cogió de los brazos, inmovilizándolo.

Rodríguez Martínez enganchó en segunda y aceleró violentamente. Decidió ir a la Clínica Delgado, quizás porque a ese sitio lo había conducido después del atentado de Miraflores. Jadeante, los ojos vidriosos, Sánchez Cerro había enmudecido.

—¡No, no, no! —exclamó el presidente del Consejo—, ¡al Hospital Italiano, pronto, se está muriendo!

tado en la prensa —afirma la exposición antes citada—, se recogió la edición del importante folleto que imprimió el senador por Loreto Julio C. Arana y se trató de ahogar con medidas de terror la opinión de Loreto... Todos los pueblos de aquella región suscribieron actas de protesta contra el tratado... En esa atmósfera de clandestinidad y terror y dentro de la triste depresión colectiva originada y fomentada por la larga dictadura, el pacto fue aprobado al fin en el Congreso. Bajo las mayores conminaciones se llevó adelante el proceso demarcatorio y se entregaron a Colombia el 17 de Agosto de 1930, cinco días antes de la revolución de Arequipa, los territorios septentrionales del antiguo distrito de Loreto, que habían pertenecido siempre al Perú".

A poder de Colombia pasaban, en consecuencia, extensos territorios poblados por 17,000 peruanos a los cuales no se les consultó a través de un plebiscito. Colombia debió entregar territorios bastante más pequeños. Nunca se hizo, porque el Perú no tenía acceso a ellos. Estaban embotellados, al otro lado de territorio ecuatoriano.

En setiembre de 1932, los peruanos que habían sido traspasados a Colombia con esos territorios, se apoderaron de Leticia, desconocieron la soberanía colombiana y al jefe de su administración, Villamil Fajardo, y convirtieron su descontento en un conflicto internacional. Eran 17,000 pobladores de una de las regiones más remotas, agrestes y rebeldes del planeta, de una selva húmeda y ecua-

El teniente Elías Céspedes creyó primero que se trataba de una salva de cohetes. Luego se dio cuenta de que eran disparos. Volvió grupas con tanta violencia que su caballo resbaló en el pavimento. Cuando el oficial se incorporó, el auto de Sánchez Cerro se alejaba velozmente.

El cabo Rodríguez se abalanzó sobre Mendoza, que se debatía impotente entre los fornidos brazos de Román Morales, y le descargó un feroz culatazo en la cabeza. En ese momento estalló el tiroteo y el cabo Rodríguez cayó muerto.

Ahora Román Morales sostenía al inerte Mendoza, privado del conocimiento por el golpe. Alzó la vista y vio a un investigador que descerrajaba un tiro en la frente del aprista. Lo dejó caer y observó cómo los soldados seguían disparándole al cadáver y hundiéndole sus bayonetas y sus lanzas.

Ya nadie sabía quién era quién. Dos cabos y un soldado fueron heridos por sus propios compañeros de armas. El mismo auto presidencial al momento de acelerar, había sido blanco accidental de los fusiles. El alférez Bedoya se desplomó con dos balazos en una pierna, y una mujer cayó herida en la calle Guzmán Blanco.

Alguien gritó que los apristas estaban detrás de una palmera y el fuego se dirigió en esa dirección. Nadie daba órdenes,

torial, que siempre habían sido peruanos y que querían seguir siéndolo, aunque los hubiesen transformado en colombianos sin siquiera preguntarles si estaban de acuerdo. Parece que la chispa definitiva fue la prohibición de cantar el Himno Nacional del Perú en la escuelita de la Hacienda Victoria.

El 30 de setiembre de 1932, el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Carlos Zavala y Loaiza, dirigió al Canciller de Colombia, R. Urdaneta Arbeláez, por intermedio del Ministro de la Legación de ese país Fabio Lozano y Lozano, una nota negando toda participación de gobierno peruano en los sucesos de Leticia. Decía que el incidente y el movimiento nacional de simpatía hacia los peruanos de Leticia "revela la existencia de un estado de cosas, como consecuencia del Tratado de 1922, ejecutado formalmente en 1930, que mi Gobierno invita al de vuestra Excelencia a considerar amplia y serenamente".

Afirmaba que "el procedimiento aparentemente simple de la represión violenta de los sucesos de Leticia, sólo provocaría una solución efímera, como todas las que reposan en la fuerza. Las vinculaciones de continuidad geográfica, de antiguos y naturales intereses comerciales, de nacionalidad y de sangre que existen entre las poblaciones cuyo territorio fue cedido a Colombia por el tratado y las otras poblaciones del Oriente peruano, continuarán provocando, si no conflictos como el que ahora nos preocupa, por lo menos una

res de cuerpo, todo anunciaba un estado de suma gravedad, precursor de la muerte".

Para este conocido médico, la herida había sido de necesidad mortal. El balazo lo había alcanzado en plena región precordial, con aparente trayectoria de abajo para arriba y de adelante hacia atrás. Había sido descargado desde muy corta distancia y provocó una incontenible hemorragia.

A la una y diez minutos de la tarde, tan sangrienta y violentamente como había vivido, el ahora general Sánchez Cerro, caudillo, dictador y guerrero, dejó de existir.

En la enfermería de la penitenciaría, Víctor Raúl Haya de la Torre escuchó el tiroteo.

Había estado preocupado por los desmanes de un recluso demente alojado en la enfermería, y que tan pronto gemía como echaba a reír. El líder aprista tenía vagas referencias de que se trataba de un homicida y optó entonces por asustarlo para que lo dejase tranquilo. En efecto, colocó un celofán rojo en las cuencas vacías de una calavera que había sido su compañera de encierro desde hacía casi un año y dentro encendió una velita Santa Rosa. La calavera parecía así mirar al loco con ojos llameantes y éste se refugió en un rincón.

Al desatarse el tiroteo, Haya de la Torre asomó a la puerta de la enfermería. Los guardias ordenaban el encierro general. Pronto el patio quedó desierto y el Jefe del APRA se preguntaba qué habría sucedido cuando el caporal amigo apareció a la distancia y por señas le hizo saber que Sánchez Cerro había resultado herido en un atentado.

Haya de la Torre recordó entonces que tenía en su poder uno de los mensajes enviados por el general Oscar R. Benavides y al que aún no había podido dar respuesta. Corrió entonces al baño, abrió los grifos y deshizo el papel. Cumplido su propósito, regresó a la puerta de la enfermería. Pensaba en ese momento que ahora sí le darían muerte sin que nadie pudiese impedirlo. Apareció nuevamente el caporal y esta vez se pasó el índice por la garganta. Quería decirle que Sánchez Cerro estaba muerto.

Dos horas después se cambió toda la guardia de la penitenciaría. Los soldados formaron un cordón de seguridad alre-

dedor de la enfermería para proteger su vida. Poco más tarde, un mensaje del general Benavides llegaba por el mismo antiguo y clandestino conducto. Benavides informaba a Haya de la Torre que él garantizaba su vida, que no se preocupase y que pronto estaría libre.

El cadáver de Abelardo Mendoza fue trasportado al Sexto. Allí fue reconocido por un investigador que lo había detenido quince días antes por sus presuntas actividades políticas.

Mendoza Leiva había sido un muchacho pobre, impresionable, fanático del APRA y admirador de Manuel Seoane. Descubierta su pasión política por Leopoldo Pita, éste lo sometió a su influjo y lo transformó en el hombre aparente para consumar la ejecución de Sánchez Cerro.

Pita, activo aprista que tenía un taller de herrería, era un veterano de la política dura. Se inició en las huelgas de 1908 reprimidas sangrientamente por el más tarde general Pedro Pablo Martínez.

Al descubrir un fanático en Mendoza Leiva, Pita fue moldeándolo con el propósito de usarlo para eliminar a Sánchez Cerro. Este plan no fue sospechado siquiera por Luis Heysen, quien venía preparando, como ya se ha dicho, su propio complot.

Firme creyente en el más allá y en la intervención de los espíritus en los asuntos terrenales, Mendoza Leiva fue llevado a sesiones de espiritismo en las que ilustres peruanos le ordenaban matar a Sánchez Cerro.

En enero de 1933, Mendoza Leiva estuvo a punto de dar muerte al dictador en la Alameda de los Descalzos, durante una actuación pública. Llevaba la pistola oculta por un periódico doblado y debajo del brazo izquierdo. Avanzó aplaudiendo, y cuando estuvo cerca del auto presidencial, un grupo de sanchecerristas se interpuso y no llegó a disparar.

El 30 de abril al despedirse de Leopoldo Pita, el joven Mendoza Leiva, que había trabajado de chocolatero de D'Onofrio, iba tranquilamente a matar y morir. Había dejado un mensaje escrito a Manuel Seoane, una especie de testamento. Sabía que ése era su destino, su sacrificio personal. Luego iría al más allá desde donde tantas veces se habían comunicado con él.

nadie las hubiera obedecido. En esa confusión total, el joven Alejandro Túnel —cuya inocencia quedó después comprobada— se echó a tierra. Era nada más que un espectador, a seis metros de la palmera. Pero le disparaban rabiosamente. Un soldado de la Guardia Republicana se le aproximó gritando:

—¡Suelta el arma!

—¿Qué arma?

—¡La que tienes en las manos!

—¡No tengo armas! —gimió Túnel.

Un detective se acercó esgrimiendo un revólver.

—¡Suelta el arma..., suéltala, pronto!

Túnel alzó las manos y se puso de pie. Llegaba la turba y los policías lo llevaron preso. Lo empujaron al auto de Damián Mústiga para que la muchedumbre no lo linchara. Cuando el vehículo se puso en marcha, un oficial del Ejército trepó al estribo con la intención de pegarle. La portezuela estaba abierta y Túnel le largó un puntapié: el militar rodó a tierra.

EL TIROTEO SE HABÍA escuchado en toda la ciudad y el Dr. Carlos Brignardello salió a la puerta de la Maison de Santé. Eran las 12:30 del día.

situación de tensión, de disgusto, de disconformidad que obligaría —para mantener sobre esa zona una autoridad forzada— a un régimen permanente de ocupación militar, con los inconvenientes y peligros de la paz armada, agravando los obstáculos que la naturaleza pone a la vida y a la actividad humanas en aquellas regiones y la acción y control de los gobiernos centrales".

Sin embargo, el Perú, según la nota, reconocía en el Tratado de 1922 "a pesar de las particularidades de su elaboración y aprobación, uno de los vehículos jurídicos que lo unen a Colombia y desea que constituya, principalmente, un vínculo de paz".

El Perú, concluía la nota, de acuerdo con la Convención de Conciliación Internacional suscrita en Washington en 1929, promovía la formación de una Comisión Permanente, en esa misma ciudad, para encontrar una solución pacífica al problema.

El 13 de octubre de 1932 el canciller colombiano cursó su respuesta. Colombia estaba complacida de que el gobierno peruano no hubiese participado en la gestación y desarrollo de los sucesos de Leticia y que hubiese expresado que "el Perú no ha violado ni viola el Tratado de 1922, sino que ve en él uno de los vínculos jurídicos que lo unen con Colombia". Recordaba que el Tratado estipulaba que "las altas partes contratantes declaran que dan definitiva e irrevocablemente por terminadas todas y cada una de las diferencias que por causa de los límites entre Colombia y Perú habían surgido hasta ahora sin que en adelante pueda surgir ninguna

"Un mayor del Ejército me anunció entonces que el Presidente de la República había sido herido y que estaba en el Hospital Italiano. Fui inmediatamente, ya que soy médico de esa institución, e ingresé por la puerta falsa, pues la policía, cumpliendo órdenes superiores, no dejaba acercarse a nadie", empieza el relato del Dr. Brignardello.

"Había en el hospital un gran ajetreo: movimiento inusitado no sólo de médicos y practicantes, sino la natural confusión que produjo en los primeros instantes la afluencia de público. En el cuarto número ocho se encontraba el señor Presidente de la República, desprovisto ya de su uniforme", sigue el relato del médico.

"Me acerqué a él y a primera vista pude observar una gran mancha de sangre en el lado izquierdo de la camiseta. Se encontraba ya en agonía. Lo asistían los doctores Raffo, Abel Delgado y Teófilo Rocha. Se le inyectó suero y se le pusieron inyecciones tónicas, pero todo fue inútil, pues el señor Sánchez Cerro se encontraba ya en estado agónico. Su pulso era imperceptible, las pupilas dilatadas no reaccionaban y los temblo-

que altere de cualquier modo la línea de frontera fijada por el presente tratado".

El canciller colombiano asumía que, por lo tanto, la conciliación propuesta por el Perú era incompatible con el Tratado suscrito por los dos países y manifestaba claramente que los sucesos de Leticia eran una cuestión de orden público interno que competía arreglar exclusivamente a Colombia.

De este modo se gestó el conflicto con Colombia.

Ya en octubre los voceros políticos del Ecuador habían expresado su simpatía por la causa colombiana y el gobierno de Venezuela apoyaba abiertamente a su vecino. El 5 de octubre se había informado que los ministros de Guerra y de Marina del Brasil transmitían órdenes a sus unidades fronterizas disponiendo "decidida cooperación con las autoridades colombianas. Y Colombia había habilitado rápidamente una base aérea en Cancaya, cerca de la zona disputada.

Luego sobrevinieron las especulaciones. Mientras actuaba la diplomacia, en ambos países se especulaba con los movimientos de poderosos e imaginarios ejércitos en la selva amazónica, se compraba armamentos, se organizaba colectas patrióticas para sufragar los gastos del conflicto.

Y el 30 de abril, el dictador fue a Santa Beatriz para pasar revista a los hombres a quienes iba a enviar a la guerra con Colombia: 30,000 jóvenes movilizables, mal armados y a los que se había dado una apresurada instrucción militar.

Muerto Sánchez Cerro, el general Oscar R. Benavides solucionó rápidamente el conflicto, sin necesidad de ir a la guerra.

Tuvo una fama más o menos efímera fuera de las filas del Partido Aprista. Víctor Larco Herrera ordenó la impresión de cien mil fotografías del héroe que había eliminado al más sangriento Dictador. Fueron distribuidas en toda la ciudad. Pero también su cadáver fue escupido y vejado, porque era el monstruoso asesino que había cortado la vida del gran caudillo. Cuestión de puntos de vista.

Se siguió un proceso a los implicados al que no se aportaron casi pruebas y que reveló, entre otras cosas, que la policía había golpeado brutalmente a los detenidos. El proceso comprometió a Luis Heysen, Víctor Peñaloza, Leopoldo Pita, Héctor Valdivia y Valdivia, Marcial Acosta Izaguirre, Manuel Guerrero Jaramillo, Cosme Adolfo Taype, Pablo Calisaya, Pedro Catalino Lévano y otros. El 21 de junio de 1933, una Corte Marcial los declaró inocentes.

El 30 de abril de 1933, el facismo peruano se quedó sin caudillo. Aunque la Unión Revolucionaria y el grupo íntimo de Sánchez Cerro tenían el control casi absoluto del gobierno, no hubo, sin embargo, un hombre que pudiera calzarse las botas de la dictadura y seguir gobernando. De otra parte, la poderosa personalidad de Oscar R. Benavides, jefe de la campaña del Caquetá, el militar que derrocó a Billinghurst, el opositor al Tratado de 1922, se hacía ya sentir en el país. Y un Perú al borde de la guerra internacional, desarticulado por los odios, la guerra civil, el terrorismo, la inquietud social quería un hombre fuerte. Benavides maniobró entonces con profundo instinto político. Empezó a dictar órdenes, pero propició la esperanza de que todo seguiría igual, incluso el predominio de los hombres que habían sido de Sánchez Cerro. Era una simple sustitución del caudillo.

El mismo día de la muerte de Sánchez Cerro, el Consejo de Ministros asumió el Poder Ejecutivo. No había entonces Vicepresidente, y en el plazo de tres días el Congreso Constituyente debía elegir un Presidente. En estado de sitio toda la república, suspendidas las garantías, el Congreso se reunió con prontitud y, dócilmente, eligió Presidente al general Oscar R. Benavides.

Y mientras una muchedumbre de curiosos pugnaba por entrar en la iglesia del Sagrario a ver el cadáver del Dictador y el país se paralizaba a lo largo de tres días de duelo nacional, en Palacio de Gobierno se libraba una sutil batalla política. Sin poder actuar libremente, sin poder otorgar la amnistía —que beneficiaba a los apristas con quienes tendría una prolongada luna de miel—, Benavides tenía que fortalecer su incipiente gobierno. Así logró el total apoyo de la Unión Revolucionaria, la cual, en un comunicado a sus afiliados, expresó: "La presencia en el nuevo gabinete del jefe del partido, doctor Luis A. Flores y del doctor Pablo Ernesto Sánchez Cerro, significa que la Unión Revolucionaria colabora con el Gobierno Constitucional presidido por el general de división don Oscar R. Benavides. En consecuencia, la disciplina del partido impone a todos los adherentes apoyar en forma activa al gobierno".

Ese mismo día, 3 de mayo de 1933, juraba el gabinete de Benavides en el que seguían ocupando sus carteras los principales ministros de Sánchez Cerro: la presidencia del Consejo y Relaciones Exteriores en manos del Dr. Manzanilla; en Gobierno, Julio Chávez Cabello; en Hacienda, el Dr. Ignacio Brandariz; en Justicia, Culto e Instrucción, el Dr. Wenceslao Delgado; y en Guerra, el coronel Antonio Beingolea. Integraban el gabinete un hermano del dictador, Pablo Ernesto Sánchez Cerro y el Presidente de la Unión Revolucionaria, Luis A. Flores; el primero como Ministro de Fomento y el segundo como Ministro de Marina y Aviación.

Entretanto llegaba a Lima Antonio Sánchez, el padre de Luis M. Sánchez Cerro. Fue recibido por altos dignatarios. Benavides lo visitó en la casa que el asesinado Presidente mantenía en la avenida Bolivia.

El nuevo Presidente de la República pronunció estas frases de condolencia:

"Doy a usted mi más sentido pésame en nombre de la patria y en el mío propio por la irreparable pérdida que la desaparición de su ilustre hijo representa para todos. Ciudadano ejemplar, soldado valeroso y gobernante probo ha caído asesinado en los momentos en que con más decisión y cariño se hallaba dedicado al cumplimiento de su deber. El dolor que lo embarga a usted en estos momentos es compartido por toda la nación, donde hasta las clases más humildes lloran inconsola-

blemente la desaparición del hombre que los libertó en 1930 y a quien sorprende la muerte luchando con más tenacidad que nunca por el engrandecimiento de la patria y el bienestar de todos sus ciudadanos".

Según "El Comercio" el 4 de mayo de 1933, Benavides se despidió de Antonio Sánchez con estas palabras:

"Su hijo, el ex-Presidente de la República, fue un noble y leal amigo mío. Por eso puede usted y toda su familia contar con que en Palacio, que es la casa de ustedes, hay un hombre que está dispuesto a servirles siempre y en todo".

El 4 de mayo de 1933, las campanas doblaron a difunto y antes de las diez de la mañana las tropas se habían emplazado en la plaza de armas: cadetes navales y del ejército guardaban la puerta de la Catedral, un batallón de marina y otro de infantería abrían calle del templo al Palacio de Gobierno, una sección de ametralladoras se posesionó del atrio; otro de caballería, de la calle Pescadería; el 5º de Infantería se situó en la calle de la Rivera; el 3º de Caballería, en la calle del Correo; el 7º de Infantería en el Portal de Botoneros y el 2º de Artillería en el Portal de Escribanos.

Y después...

Después llegaron el nuevo Presidente, sus ministros, los embajadores, los altos dignatarios, los prelados del Cabildo con sus túnicas de terciopelo negro.

Y la oración fúnebre, los responsos.

Y el pesado olor de las ofrendas florales, el crujir de los trajes, el humear de cirios, resonancias en la Catedral.

Y pies cansados, miradas graves, esperas, protocolos. Y el pueblo sanchecerrista aguardando afuera para sumarse al cortejo. Y la multitud de curiosos que llenaba las veredas hasta el cementerio.

Y las cintas negras en manos de importantes personajes, el féretro reluciente, la marcha fúnebre, el chasquido de los tacones militares, las secas voces de mando, las bayonetas alzadas al cielo, el saludo a un cuerpo sin vida.

Y los dieciséis batidores, los frailes, las flores, el carro mortuorio vacío.

Y un oficial del ejército llevando las condecoraciones, la espada, el sombrero de picos del Dictador.

Y el féretro sobre un armón de artillería.

Y el caballo de batalla.

Y los carruajes, el nuevo Presidente, los deudos, los ministros, los prelados, los jueces, los almirantes, los generales, los alcaldes, los policías, los bomberos.

Y la gente y el toque de silencio y los disparos al aire.

Era el final de una época de barbarie.

Indice

NOTAS DEL AUTOR	9
BUFALO	23
VIVO O MUERTO	33
HAYA DE LA TORRE	45
SANCHEZ CERRO	63
ELECCIONES	79
LA REPRESION	97
UNA FRIA NOCHE DE JULIO	115
EL ASALTO	127
EL ATAQUE DEL EJERCITO	149
LA MASACRE	163
BOMBAS Y LUCHA	189
LA CAPTURA DE TRUJILLO	203
LOS FUSILAMIENTOS	217
LA REVOLUCION DE JIMENEZ	255
MUERTE PARA UN DICTADOR	267
APENDICE	283